ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LS.C
C7324

[Canada]

Vol. 25

MIEDO A UNA ALEGRIA.

COMEDIA DE MADAME DE GIRARDIN,

Arreglada en dos actos al teatro español,

POR

PASCUAL DE RIESGO.

HABANA.

IMPRENTA NACIONAL Y ESTRANGERA
(Y DEL CORREO DE LA HABANA:)
SANTA CLARA, 14.

1867.

462236

PERSONAJES

ELOISA, madre de
BLANCA.
MATILDE.
LUIS, hijo de Eloisa.
JOAQUIN, amigo de Luis.
CLEMENTE, criado viejo.

La escena pasa en Cádiz.

(Todos visten de luto riguroso, escepto Luis, que viste el medio uniforme de marina, con la cachucha.)

MIEDO A UNA ALEGRIA

ACTO PRIMERO

La escena representa un salon pequeño; al fondo una puerta, que se abre sobre la escena; un canapé á cada lado de la puerta; á la derecha, una ventana con balcon, con grandes cortinas. En primer tèrmino, una chimenea; cerca de la ventana hay una mesa que sirve para dibujar.—Un sillon en el centro de la escena; á la izquierda, en primer término, una mesa con tiradores ó cajoncillos, arrimada á la pared; en el ángulo, á la izquierda, una puerta; en primer término en la escena, un sillon frente á la chimenea, y cerca de él una silla pequeña. Decoracion cerrada.

ESCENA PRIMERA.

Eloisa, Blanca, Matilde, Joaquin.

(Eloisa sentada en el gran sillon; Blanca cerca de ella, sentada en la silla pe-

Joaquin, [con sentimiento]

¡Ah, sí! ¡Querido Luis, mi amigo de la infancia.....

Matilde, (con dolor.)

¡Morir tan jóven! ¡Despues de haber obtenido tantos triunfos. ..

Joaquin.

Cuando ya los hombres mas sábios de España hacian justicia á su precoz talento, tan grande, tan brillante, y apreciaban tanto sus trabajos y sus descubrimientos.... (Vá á sentarse en el canapé, á la izquierda.)

Blanca, [acercándose á Matilde, y mirando el retrato en que aquella trabaja.]

Oh, sí, si, es él, su mirada tan dulce y bondadosa, su aire valeroso y calaverila.... Tén cuidado que mamá no vea este retrato, pues se parece tanto á mi hermano que su vista la haría sufrir. ¡Mi pobre Luis! Tú le amas siempre, ¿verdad, Matilde?

Matilde.

¡Siempre! (Mirándola fijamente, y con

ternura.) Mira, Blanca: cuando estás triste, tienes sus mismos ojos, su modo de mirar. (Dándola un beso) ¡Ay! Era este mes cuando debíamos casarnos.

Blanca.

¡Matilde!

ESCENA II.

Los mismos.—Clemente.

(Eloisa, absorta, siempre sentada en el sillon Joaquin en el canapé, á la izquierda; Clemente entrando por el fondo, y cerrando la puerta despues de entrar. Blanca y Matilde dibujando.)

Clemente (en voz baja, despues de haber mirado á Eloisa.)

¡Señorita Blanca!

Blanca, (dirigiéndose á él, cerca de la puerta.)

¿Qué quiere usted, Clemente?

Clemente.

Es el arquitecto, es decir, el maestro albañil, que viene á buscar los escombros de la cerca que se ha destruido. Dice que quisiera hablar á la señora.

Blanca, (bajo á Clemente)

Bien. (Se acerca á su madre, pero luego vuelve á donde está Clemente) ¿Trae el plano de la casita de campo que le encargué?

Clemente, (bajo).

Sí, señorita Blanca, y dice que costará poco fabricarla, mucho menos cuando la señora tiene ya reunidos casi todos los materiales.... Haga usted que mamá consienta, señorita. Usted la llevará á ver trabajar á los obreros, y esto hará que tome un poco de aire puro, que ande un poco, ó mucho, y siempre habremos adelantado algo.

Blanca.

Mamá no querrá salir. ¿Y si yo la pidiera que mandase hacer al mismo tiempo un cerco de cristales para mi flores?

Clemente, [sonriendo.)

¿Las flores de usted, señorita? Cuatro naranjos enanos y....

Blanca.

Bueno, bueno. Yo tendré otras. Es preciso que mamá se figure que yo deseo ese cerco de cristales. Bien sabe usted, Clemente, que solo la idea de tenerme contenta, en cualquier cosa que sea, es lo que la saca de su tristeza.

Clemente.

Tiene usted razon, señorita. Tratemos de que se ocupe de estas fábricas la señora, desde hoy mismo, al momento.

Blanca.

Si yo suplicára á Matilde que la hablase....

Clemente.

La señorita Matilde? Si no es buena para nada! ¿No la vé usted siempre, señorita? No sabe hacer otra cosa que llorar!

Blanca.

Y dibujar, y pintar admirablemente; mire dust.

Clemente.

Sí, pero los dibujos y las pinturas no consuelan en los grandes dolores.

Blanca.

Y por tanto.....

Eloisa, [como volviendo en sí.)

¿Qué es eso?—(Con tristeza.)

Blanca (acercándose á su madre.)

Mamá, es Clemente, que quiere absolutamente conseguir de usted que la hable el maestro albañil un momento, para tratar sobre la nueva casita de campo que quiere usted hacer construir, como le dijo usted hace tres meses.... antes de nuestra desgracia. Yo le he dicho que usted no está dispuesta para ocuparse de negocios todavía, pero no quiere creerme.. Clemente se empeña en que ha de subir el albañil... Dice que toda la obra costará muy peoco, apenas nada..

Clemente. (á Eloisa.)

Nada, señora, casi nada.

Blanca.

Y que tambien podrá formarse un cerco de cristales, para mí, para que me distraiga cuidando en él mis flores....

Clemente. (á Blanca, aparte.)

Muy bien, señorita.

Blanca.

Vea usted, mamá! ¡Decir que eso me distraerá! ¡Como si tuviera necesidad de distraerme! No, yo no quiero distracciones de ninguna clase, y, además, á mí no me gustan las flores. Está dicho.

Eloisa, (aparte].

¡Querida hija mia! ¡Siempre llorando! ¡Siempre triste! Esta vida es peligrosa á su edad ... Vá perdiendo sus bellos colores.... (alto.) ¿Como es eso de que no te gustan las flores? ¿Pues no las has amado siempre con delirio?

Blanca.

Si, antes no digo que no.... Pero, ahora ya....

Eloisa.

Sí, antes no eras tú sola á cuidarlas, ya lo sé.... Pero, al menos, es preciso conservar siempre las que él amaba.... Serán un recuerdo querido de aquel que.... Clemente tiene razon; yo hablaré al maestro albañil.

Blanca, (bajo á Clemente.)

¿Ha oido usted?

Clemente.

Sí, señorita. la señora es un ángel.

Eloisa.

Clemente: avise usted al maestro albañil que voy á hablarle. (Clemente sale; (Eloisa, aparte.) Vamos, valor. (alto) Ven, Blanca; es preciso que tu dés tambien tu parecer. (Sale con Blanca.)

ESCENA III.

Matilde.—Joaquin.

Joaquin, [levantándose y cerrando la puerta.]

Solos un momento, por casualidad. (Se acerca rápidamente á Matilde; esta se levanta de pronto, y se mantiene en pié é inmóvil.) ¡Por piedad, escúcheme usted, yo se lo suplico. Déjeme usted prometer á su padre que pronto volverá usted á su casa.....

Matilde, (con seriedad.)

Ya he dicho á usted que quiero, que debo permanecer aquí.

Joaquin.

Usted debe vivir con sus padres, con su familia.

Matilde.

Mi familia es esta ya; la del hombre que debió ser mi esposo

Joaquín.

Comprendo que le haya usted querido llorar, al lado de su madre y de su hermana, en los primeros dias de la pena de todos, pero, despues de tres meses de duelo, me parece que....

Matilde.

Calle usted! Si me hubiera casado ya, si hoy fuera su viuda, tendría el derecho de llevar luto por él toda mi vida, y, créame usted, sabría llevarlo sin faltar en un solo dia.

Joaquín.

Ya!.... Eso sería diferente.... La costumbre.... Los deberes que la sociedad impone....

Matilde, [severamente]

¡La costumbre!.... ¡Los deberes que la sociedad impone! ¿Qué comprende usted por todo eso? Yo lloro con los que sufren el mismo dolor que yo, y eso es solo cuanto tengo y quiero tener presente.

Joaquin.

Sí, pero usted tiene deberes de hija qué cumplir....

Matilde.

La madre de Luis es para mí una madre.

Joaquin.

Pero, en fin, su padre de usted....

Matilde.

Mi padre está casado en segundas nupcias: es feliz: sé muy bien que no tiene necesidad ninguna de mí, y estoy segura de que, sin las advertencias de usted....

Joaquin.

¿Qué?

Matilde.

No habría pensado en llamarme á Madrid.

Joaquin.

Su padre de usted sufre con solo comprender que está usted entregada á una desesperacion violenta. Bien sabe usted cuanto la ama, lo orgulloso que está de usted y de su talento artístico.... Teme que el dolor escesivo haga á usted olvi-

dar el arte y sus encantos, que deteste usted los pinceles, que no pinte usted mas ...

Matilde.

Y teme con razon; yo no pintaré mas en adelante....

Joaquin.

Teme, además, que caiga usted enferma, que, tal vez, la muerte.....

Matilde, (serena.)

Sí, moriré: lo deseo, se lo pido á Dios..

Joaquin.

No tiene usted el derecho de desear, de pedir la muerte..... Su talento de usted, sus triunfos, pertenecen al arte, á la España toda, al mundo....

Matilde.

¡Qué me importan mi talento, mis triunfos, el arte, la España, el mundo, si Luis ha cesado de existir.. ¡Mi talento! Todo cuanto yo le pido es la fuerza necesaria para concluir su retrato, (dirigiéndose á la mesa donde estaba pintando) Ay! Quisiera que me saliese bien parecido.... te

ner de Luis un buen recuerdo, bello como está en mi corazon..... ¡Querido retratro! Tú serás mi último trabajo..... Pero ¡sin tenerle delante! ¡Fiándome solo de mi memoria, de mi imaginacion! ¡Disputar á la muerte la imágen del amado de mi corazon..... ¡Es bien terrible, amigo mio!.....[Pone los codos sobre la mesa de pintar, apoya el rostro en las dos manos, y llora.]

Joaquin.

¿Y por qué aquella idea de salir de España, de separarse de usted y de su madre y hermana, solo por ir á correr el mundo? ¿Cómo es posible decidirse á emprender tan largos viajes cuando se es amado como él lo era? Yo, Matilde, si usted me hubiera amado un poco, nada mas que un poco, no hubiera tenido jamás ánimo para decir á usted *adios*, no; yo hubiera querido pasar mi vido entera á los piés de usted, á mirarla á vivir verla ser dichosa.... No hubiera soñado ni con la gloria, ni con el brillo vano y fascinador de un nombre.... La gloria encantadora de usted me hubiera satisfecho; nada mas habría deseado que poderla admirar, ayudar á usted en sus trabajos, hubiera sido el criado del génio de usted, y este papel, tan modesto, pero de que hubiera estado tan orgulloso, me habría embriaga-

do.... Ay! Es que yo no soy un ambicioso, sinó un amante..... ¡Yo amo! [Matilde levanta la cabeza, y cierra el retrato en el cajon de la mesa en que estaba pintando.] Sí, sí: ya sé que tambien Luis amaba á usted con seriedad, con todo su corazon, pero, si hubiera sentido una pasion como la mia.... [Matilde se levanta] sí, sí: aunque se enfade usted conmigo lo he de decir: no habría partido como partió, no habría salido de España dejando á usted en ella....

Matilde.

Hizo bien, y si hubiera procedido de otro modo, yo no le habría amado, porque lo que yo amaba en él era su ambicion, aquel deseo insaciable de renombre y de gloria, aquella necesidad de llevar dignamente un nombre como el de su padre, tan ilustre ya en la historia de la marina española. Luis amaba mas correr toda clase de peligros; desafiar mil veces la muerte, que permanecer inútil, desconocido, oscurecido á mi lado.... Sí, sí: ese era su gran mérito á mis ojos; su ambicion y su audacia eran lo que me seducían.... ¡Qué Luis no me amaba! ¿Es esto lo que usted quiere dárme á entender? Sea, pues; he comprendido á usted, y mi respuesta es que amo mas y mejor esta heróica indiferencia, este abandono glorio-

so, que la pasion esclusiva y la ternura eterna que cualquiera otro se atreviera á ofrecerme.

Joaquin. [con sentimiento.]

Es usted injusta, Matilde, y yo no merezco esa severidad con que usted me trata.. ¿En qué he ofendido á usted?

Matilde. (con severidad.)

Usted se atreve á amarme, y á decírmelo.

Joaquin.

¿Y es eso un crimen, por ventvra?

Matilde.

Sí, porque aquel por quien yo lloro, era su mejor amigo de usted.

Joaquin.

Yo amaba á usted antes de que usted conociese á Luis, y usted lo sabía, y entonces no se incomodaba usted al oir que yo la amaba.

Matilde [con ironía.]

Ls verdad, no me incomodaba porque me reía.

Joaquin.

Ah! Es usted sin piedad! Usted quiere desesperarme.....

Matilde.

¿De veras que usted aspira á consolarme? ¿No conoce usted, no siente usted todo lo que hay de ofensivo y despreciable para mí en la esperanza que se atreve usted á alimentar? Hablarme de amor cuando sufro y lloro, es decirme indirectamente que soy una mujer de poco mas ó menos, sin recuerdos, sin religion, un corazon sin fé..... Usted no quiere comprender que si yo me consolase sería una miserable, que me aborrecería á mi misma! Ya no tengo valor mas que para soportar mi desesperacion; vivo solo para conservar en mi alma y en mi corazon su recuerdo, su imágen adorada, para continuar su pensamiento..... Vivo para evocar su sombra, llorarle, amarle siempre, siempre....! Y usted viene á decirme.... usted se atreve.... (cruza rápidamente la escena.) Ah! Esta idea me exalta! Usted se atreve á acercarse á mi y á decirme: "Yo la amo á usted: olvídele usted: olvidémosle juntos amándonos!" ¿Y se admira usted de que yo me indigne? Pues yo me admiro de que haya

podido escuchar tan largo tiempo las palabras de usted! [exaltándose.] ¡Venir aquí á ver, á contar mis lágrimas, á saber si comienzan á secarse ya.... y esperar..... y ser capaz de esperar..... y soñar en que podrá consolarme de mi pena.... porque dice que me ama..... y que sabrá probarme que Luis no me amaba tanto como él..... ¡Luis! ¡Querido Luis mio! ¿Y este hombre era tu mejor amigo?

Joaquin.

Cálmese usted, Matilde, por Dios! Bien! Me equivoqué! Perdóneme usted, pero ¡soy tan desgraciado viendo á usted sufrir!

Matilde.

¿Qué le importa á usted? ¡Déjeme usted con mi dolor! ¡Yo quiero sufrir! ¡Sufrir es mi única alegría ya!

Joaquin.

El cielo me es testigo que daría con gusto mi vida por salvar á usted de esa desesperacion insensata, que acabará por matar á usted.

Matilde. (exaltada.)

Yo no quiero ser salvada, no quiero que nadie me salve, ¿lo oye usted? No quiero que nadie se interese por mí, que nadie me ama.

Joaquin.

¡Matilde!

Matilde.

¡Déjeme usted! ¡Déjeme usted! (Sale vivamente de la escena; la puerta del fondo queda abierta, y aparece por ella Clemente, con un plumero en la mano.)

ESCENA IV.

Joaquin.—Clemente.

Joaquin [corriendo á la puerta del fondo.]

Por Dios, sosiéguese usted. [Volviendo á la escena, al ver que se ha ido] ¡Será

preciso abandonarla! Esto no es desesperacion, sinó verdadera demencia.... Toda su fuerza, todo su génio, desaparecerá en el sufrimiento.

Clemente, (cerrando la puerta y dejando su plumero sobre una silla.)

¿Qué es lo que pasa aquí? Usted la atormenta demasiado, señorito.

Joaquín.

No: yo no trato mas que de consolarla.

Clemente.

¿Y si ella no quiere consolarse?

Joaquín.

Pero, Clemente, ¿no vé usted los estragos que el pesar ha causado ya en ella? ¡Qué cambio tan completo! ¡Qué palidez tan estraordinaria!

Clemente.

¿Y qué le importa á usted todo eso, señorito? Mire usted: voy á hablar á usted francamente: no está bien que usted ame á la señorita Matilde, pues que bien

sabe usted que debió casarse con el señorito Luis, que tanto quería á usted, y, por eso, debe usted respetarla como á una hermana.... Además, es una mujer que, por su fortuna, no le conviene á usted, hijo único del mas fuerte comerciante de Cádiz; usted ha nacido para vivir siempre entre la abundancia, el lujo y la felicidad que proporcionan las riquezas; cásese usted con una de esas señoritas de los salones, que saben bailar bien, y vestir segun el último figurin, que hablan francés siempre, algunas veces marmagean el inglés y cantan eternamente en italiano; que oirá á usted con gusto, que á nadie habrá amado antes que á usted, y que puede ser que tampoco ame á ningun otro despues de conocer á usted. Yo sé lo que me digo; la señorita Matilde no amará á usted jamás.

Joaquin (sentándose á la derecha.)

Dice usted bien, Clemente; es preciso que yo la olvide.

Clemente.

Es lo mejor: ponga usted el pensamiento en otra. ¡Hay tántas que lo desearán! Casarse, y con usted! ¡Pues no es nada lo del ojo! ¿Porqué se ha de obsti-

nar usted con la señorita Matilde, que no piensa en usted?

Joaquin.

Sí: se acabó: me iré de Cadiz.

Clemente.

¿Irse de Cádiz? ¿Porqué?

Joaquin.

Conozco que mi presencia la desagrada, que la hace mal....

Clemente [con intencion.]

Puede ser, respecto á la señorita Matilde, pero acaso no haga mal á todos.... es decir, que alguna otra personita....

Joaquin. [con curiosidad.)

¿Qué quiere usted decir?

Clemente.

Quiero decir que existen en el mundo personas para quien es la presencia de ustede s agradable, señorito. Empiece usted por mí.....

Joaquin.

Gracias, amigo mio.

Clemente.

Por la señora despues.... luego la señorita Blanca, tan buena, tan graciosa, tan amable, una jovencita que es un pino de oro, un verdadero tesoro..... y tan modesta.....

Joaquin.

Sí, con el tiempo conozco que será muy linda.... y ya he notado que tiene un talento en la conversacion....

Clemente.

Y muy intsruida. si, señor, y cuando no tiene pesares grandes, como ahora, está siempre contenta, y tan alegre, gorjeando como los pajaritos de Dios, á todas horas, si, señor. Ah! Lo que es la señorita Blanca, si alguno quisiera consolarla, estoy seguro de que podria conseguirlo con mas facilidad (Con intencion marcada. Joaquin guarda su anterior actitud. Clemente continúa aparte.) ¡Y no me comprende aun.... No entiende nada, no vé nada aquí.... Vamos: tiene razon el refran

cuando dicen que dice que "el amor es ciego," Sí, sí: es ciego para todas las cosas.

Joaquin, [levantándose.]

Clemente: estoy resuelto: mañana salgo de Cádiz; me iré á Madrid.

Clemente, (con pesar.)

¿Mañana?

Joaquin.

Sí.—Si llegase á caer enferma Matilde, ó si su señora de usted tuviera necesidad de mi, escríbame usted al instante.

Clemente, (con reconvencion.)

Sí, si, pero consolar, distraer tres mujeres desesperadas, es una carga bastante pesada para un pobre viejo, y ahora que me vá usted á dejar solo.....

Joaquin.

Cuente usted siempre conmigo, Clemente, yo he sido criado en la casa con vuestro querido Luis, y, aunque yo no sea de la familia.....

Clemente.

¡Eh, hay varios modos de ser de la familia.....

Joaquin.

Yo lo soy por el corazon y por los recuerdos.....

Clemente. (aparte)

Vamos, este hombre es un alcornoque!

Joaquin.

Luis me consideró siempre como un hermano; yo seré un hijo para su madre....

Clemente.

Pues si eso es todo lo que yo deseo!

Joaquin.

Mañana habré dejado á Cádiz: se lo repito á usted,—(Sale por el fondo.)

ESCENA V.

Clemente.

¡Pobre jóuen! Hace cuanto puede, preciso es confesárlo; es un buen amigo de la familia, y si no hubiera conocido á la señorita Blanca de pequeñita, de seguro que la habría amado como un loco. Pero, la señorita es tan linda que yo espero acabará por adorarla. Solamente que es preciso hacer de manera que la vea bien, que la mire, sí señor, que se detenga contemplándola, (al ver entrar á Blanca llorando, y que se sienta en el canapé, á la derecha.) Es ella! ¡Siempre llorando! Es para pegarse un..... (vá al fondo y cierra la puerta.)

ESCENA VI.

Blanca.—Clemente

Clemente.

Vamos á ver, señorita Blanca ¿qué es eso? ¿No me había usted prometido no llo-

rar mas?—(Se sienta á su lado en el canapé, tomándola una mano.)

Blanca.

¡Ay, Clemente! No me he podido dominar! ¡Sabe usted los bonitos rosales blancos que hace dos años plantamos Luis y yo?

Clemente.

Vamos, bien, ¿y qué?

Blanca.

Pues todos están ya cubiertos de grandes rosas, y de botoncillos, tan hermosas, tan lindos..... ¡Dios mio, y qué desgracia!

Clemente [consolándola.]

Vamos: yo no veo en eso desgracia ninguna. Señorita, juicio, valor, por todos los santos del cielo!

Blanca (llorando.)

¿Qué no vé usted en esto ninguna desgracia? ¿Es decir que no comprende usted nada? ¡Ay, mi pobre Luis! Juntos plantamos esos rosales, juntos, ¡y yo sola los veo florecer!

Clemente. (conmovido.)

Entiendo..... entiendo..... Pero, no hay remedio, y eso no es mas triste que cualquier otro recuerdo.

Blanca.—(Levantándose y pasando á la izquierda.—Clemente se levanta tambien.)

Es verdad, pero yo habia olvidado esos rosales, y al verlos de pronto, tan bellos y floridos, todo lo pasado ha venido á mi memeria, he reconocido que eran los que..... Entonces he sentido que se me oprimia el corazon.... El pensamiento de que Luis no los volvería á ver jamás ¡jamás! me ha afligido, me ha hecho tanto mal, que he vuelto aquí corriendo para que mamá no me viera llorar!

Clemente,—(fingiendo encolerizarse.)

Vamos, señorita Blanca, eso no son mas que niñerías! Qué diablos! Eso ya debía usted esperarlo; es una cosa bien simple, y que todos los dias sucede. Todo el mundo se divierte en plantar un rosal, un árbol, un yerbajo cualquiera con otra persona, y, cuando la primavera llega, la persona que nos ha acompañado á plantarle..... no está allí..... Eso es sabido!

Se cortan las flores y se recojen sin ella ... como hace todo el mundo..... y no hay en eso motivo para llorar.... (Llora y se incomoda consigo mismo.) Vamos, vamos, sea usted mas fuerte, y reflexione usted en que, si no pone usted mucho cuidado, puede muy bien mandárnos Dios una nueva desgracia. Sí, querida señorita Bladca; ya se lo tengo dicho á ustsd; la salud de mamá me inquieta, pues veo que no se restablece completamente. Llora de dia y de noche; al menor ruido siente palpitaciones que la hacen temblar y palidecer á cada momento..... Es preciso que no nos hagamos ilusiones; si no nos unimos todos para distraerla, para hacerla desear la vida por nosotros, por nuestro cariño, la pena la matará.

Blanca, (asustada.)

¿Y qué hacer, Clemente! ¿Cómo la arrancaremos de ese peligro? ¿Cómo la curaremos....

Clemente.

Ante todas cosas, es preciso que acaben esos lloros y esos sollozos de usted y de la señorita Matilde; despues, es necesario buscar á mamá alguna ocupacion, conseguir que salga de casa á distraerse....

Blanca.

Eso es lo que yo he hecho, y por ello estoy bien contenta. Mamá está ahora con el maestro albañil; han hablado largamente del trabajo que hay que hacer.... Los trabajaderes vendrán el lúnes. Me regocijaba ya porque había consentido á todo cuanto yo deseaba para mí, cuando, á la vista de esos desdichados rosales....

Clemente. (interrumpiéndola.)

¿Todavía? No quiero que se nombren otra vez delante de mí esos canallas de rosales, ¿entiende usted señorita Blanca? Vamos á ver: enjugue usted inmediatamente esos ojos, y vaya usted á reunirse con la señora,... pero corriendo.... que con la agitacion vendrán los colores á ese rostro travieso..... ¿Estamos?..... Y, sobre todo, oculte usted bien á mamá que ha llorado usted de nuevo.... .¿Estamos? Procure usted presentarse á ella con la sonrisa en los lábios, inventando cualquiera cosa agradable qué decirla....por ejemplo, que un buen mozo, jóven, elegante, que nunca habia pensado en usted, pide de pronto su mano.....

Blanca. (alarmada.)

¿Mi mano? ¿Un jóven buen mozo? Por

Dios, Clemente, hable usted, hable usted!

Clemente.

Cuidado que no me refiero al señorito Joaquin.

Blanca, (sonriendo.)

¿A Joaquin?

Clemente.

Sea enhorabuena! Vuelve á aparecer esa linda sonrisa, que ha sido siempre la alegría de todos..... ¡Hacía tanto tiempo que no la veíamos!..... Sonría usted, así á mamá, señorita Blanca, que esa sonrisa es lo que puede hacerla el mayor bien posible.

Blanca. (conmovida,)

Ah, usted es bueno, Clemente; usted me dá siempre ánimo, ualor..... Todos nosotros habíamos perdido la cabeza, y usted ha sido para todos un salvador, tan delicado en sus cuidados por mamá, tan ingenioso para prepararla á ese golpe terrible..... No digo á usted nada, Clemente, pero sé muy bien cuanto le debemos..... Sí, lo conozco bien, y amo á

usted mucho, ni buen amigo.... Oh! Pero usted llora tambien á su vez; le he cogido, y ya no puede reñirme mas porque vea que lloro....

Clemente. (llorando)

¡Es que tambien usted me dice unas cosas, señorita Blanca!—(Incomodándose)— Vamos, vamos, no me enternezca usted mas; no me quite usted mi acostumbrada energía....

Blanca.

¿Cómo? ¿Usted no quiere que le diga que le amo, y que es muy bueno? Pues todavia he de decir mas, y es que usted sabe adivinar en el pensamiento de los demás, que se ocupa de cosas misteriosas.....

Clemente, (sonriendo.]

¿Cómo? ¿Qué significa esto? ¿Quiere usted esplicarse, señorita?

Blanca.

No, no, yo no quiero nada, no quiero decir nada mas; deseo solamente probar á usted que le conozco bien, que estimo

como debo cuanto hace por nosotros, y que le amo mucho....

Clemente.

Pero, en fin, es preciso qee me diga usted....

Blanca, (con cariño.)

Bueno, bueno! Calle usted ahora. Mamá me espera para ir á la iglesia. Adios, querido Clemente.—(Tomándole una mano y en voz baja.]—Usted no ha hablado á nadie de ello, verdad?

Clemente, (con malicia.]

¿De qué?

Blanca.

De sus descubrimientos.

Clemente, [dudando,]

Yo..... no!

Blanca.

Y yo suplico á usted que sea discreto..... Porque si mamá llegase á dudar, su tristeza sería todavía mas grande....

Y además, Clemente, yo tengo mi dignidad.....

Clemente.

Y que, al fin, puede que no sea verdad que el señorito Joaquin.....

Blanca. (Vivamente.)

Oh, eso sí, sí.

Clemente.

¿Cómo? ¿Lo confiesa usted?

Blanca.

Nada, nada, no es nada. Adios, Clemente.—[Sale por el centro, y la puerta se cierra.]

ESCENA IIV.

Clemente.

La señorita Blanca es una jóven encantadora! Es una jóven como me gustaban

á mí las mujeres en mis bueno tiempos. (Vá á abrir la ventana.) Nunca he amado á las mujeres de gran talento; al contrario, las tengo terror.—[Arrima la mesa contra la chimenea.)—Su famosa Matilde, que todos aman tanto, á mí me causa miedo. ¡Y llaman á eso una mujer de génio! Yo no la hago caso ninguno, lo digo francamente. (Coloca un sillon en el proscenio, á la derecha.)—Si la perdono su talento, es solo porque con él ha sabido hacer un hermoso retrato de nuestro querido Luis, aunque le ha dado un aire sombrío y severo que no era, por cierto, el suyo.... Bien hacen todos en llorarle sin consuelo!..... Yo no puedo creer aun que sea verdad su muerte, que ya no le volveremos a ver jamás..... ¡Pobre chiquitin mío! Cuando me contaban todos los detalles de su horrible fin, cuando me enseñaron sus ropas agujereadas por las balas, las cartas que encontraron sobre él, su cartera, sus papeles, que están allí, (indicando la puerta á la izquierda]....Pues bien: todavía estaba yo empeñado en decir que todo eso no probaba nada.... [arreglando los muebles.] La declaracion del capitan dijo que esos vestidos cubrían el cuerpo de un jóven que se conocia había muerto hacía algunos dias, y cuyas facciones apenas podían reconocerse.... ¿Y si no fuera él? ¿No pudo haber prestado sus vestidos á cualquier amigo, á un

compañero, á un camarada que le fuera querido? Puede ser muy bien que se halle entre los salvajes, que cayera impensadamente en su poder, que se encuentre en peligro..... en gran peligro.... si, señor..... ¿porqué no?.... Pero muerto no, no y no.... ¡Vaya! ¡Cómo si fuera la primera vez que esas cosas se vén..... ¡Morir jóven, mi Luis, á quien tántas veces había respetado la muerte.... que él había sabido evitar con tanta frecuencia y con tan gran suerte.... Cuando recuerdo todos los peligros de que había sido salvado por milagro, no puedo creer, de ningun modo, que Dios le haya abandonado de golpe.... (se enjuga las lágrimas) Un dia, ¡me acuerdo bien! mi Luis tenía solo cinco años, y jugábamos juntos saltando; yo corría detrás de él, y, en el calor de la guerra, perdió la cabeza, se acerca al balcon, salta por él, y desaparece:.. ¡Dios mio! ¡Caer desde un segundo piso! Yo arrojé un grito espantoso, me lanzo al balcon, miro á la calle, donde creí verle tendido, sin vida..... Pues, no señor, nada de eso.... El muy belitre había quedado colgado por su levitilla á una persiana del primer piso, había pasado sus pequeños piés por las tablillas, y, sosteniéndose con las manos, se mantenía alegremente en el aire, mirando á todas partes, haciéndome gestos, y gritándome con su querida vocecita:=Que no me cojes,

no, Clemente; ven á cojerme aquí, si te atreves." ¡Qué miedo tuve aquel dia! De resultas del susto, estuve enfermo dos semanas, y él no hacía mas que reirse.... ¡Ay, mi Luisin!..... ¿Y el dia que se cayó, al agua, en el muelle, y que un marinero le pescó en el momento, como si fuera una anguila?.... ¿Y el dia....Bah! bah! No acabaría jamás si contára tantos milagros! Era siempre lo mismo, conociéndose que Dios quería salvarle constantemente, que le necesitaba en el mundo para alguna cosa buena.... ¿Y quieren hacerme creer, á mí, Clemente, al viejo Clemente, que unos canallas de salvajes, pícaros que nada valen, hombres que andan siempre desnudos, lo mismo en invierno que en verano, se han atrevido á poner sus manos sobre mi Luis, bendito por Dios? No, eso no es posible.... no puede ser.... Así, yo le espero siempre, y con fé, y tengo razon, ¿eh? ¿Digo algo?.... Si le viera entrar ahora mismo, por esa puerta [señala al fondo) ni siquiera me sorprenderia, no. A cada momento se me figura que se vá á presentar delante de mí, riendo como siempre, que voy á escuchar su voz, su querida voz,—[la puerta del fondo se abre: Luis aparece en ella con medio uniforme de oficial de marina y gorra; se detiene y escucha;]—sonora y agradable, y que me grita; como en otro tiempo, cuando volvía de sus escursiones

al Puerto, á San Lúcar y á Sevilla:—"Aquí estoy, aquí estoy, mi viejo Clemente, [llorando), sin haber comido nada hace veinte y cuatro horas, y quiero que me mandes á hacer una buena tortilla de pescadilla, al momento."—[Se enjuga las lágrimas.

ESCENA VIII.

Luis.—Clemente.

Luis. [alegremente.)

Aquí estoy, aquí estoy, mi viejo Clemente, sin haber comido nada hace veinte ycuatro horas, y quiero que me mandes á hacer una buena tortilla de pescadilla, al momento. Deja su gorra sobre el canapé, y luego se acerca sonriendo á Clemente.)

Clemente. [retrocediendo espantado.)

¡Santo Dios!—(Le mira de hito en hito.

Luis, (asustado.]

Pero, ¿qué es esto? ¿Qué tienes? ¿Porqué tiemblas de ese modo? ¿No me esperabas? Pues yo te anuncié ya que.... [Viendo á Clemente tambalearse le recibe en sus brazos.) Vamos á ver, Clemente, mi viejo Clemente, vuelve en tí. [Clemente le mira aturdido, queriendo reconocerle.) Sí, hombre, sí, soy yo, yo mismo, en carne y hueso. [Clemente rompe en sollozos, rodea el cuello de Luis con sus brazos, y le estrecha con fuerza sobre su pecho.]

Clemente (con esplosion.]

Luis! Mi Luis! Mi Luisin! Hijo mio! Hijo de mi alma! ¿Eres tú? ¿Eres de veras tú?

Luis, [conmovido.)

¿Pero no te digo que sí, hombre? ¿A qué viene esta sorpresa, esta emocion? ¿No te tengo escritas dos cartas, contándotelo todo? ¡Acaso no las has recibido?

Clemente, [abrazándole de nuevo.)

¡Dios mio! ¡Dios mio! Yo no he recibido nada.

Luis.

Mi última carta ha debido llegar ayer á Cádiz.

Clemente.

¿Ayer? Lo mismo es. Desde que no esperábamos mas cartas tuyas, nadie se cuidaba aquí de lo que pudiera venir por el correo.

Luis.

Pero y ¿las otras cartas para todos vosotros, sean de quien quieran?

Clemente.

Nada ha venido, ó, al ménos, por nada se ha preguntado aquí.

Luis, (con viva inquietud.)

Y.... ¿y mamá?

Clemente.

¿La señora? Te cree siempre muerto.

Luis, (espantado.]

¿Muerto?

Clemente, (reflexionando.)

¡Ay! Desgraciados de nosotros! ¡Esto vá á ser terrible! ¡Será como el efecto del rayo, la matará, de seguro.... ¡Compasion, Dios mio, compasion....!

Luis, (asustado,)

¡Es decir que mamá no está preparada para recibirme?

Clemente.

¿Preparada? ¿Lo está aquí alguno? ¿Lo estaba yo.... ¡Oh Vírgen Santísima! ¿Si alguno te ha visto entrar!.... ¿Has encontrado en la calle á algun conocido? ¿Le has hablado?

Luis.

No, á nadie, y lo que te confieso es que he entrado bien inquieto, al ver que no veníais todos vosotros á recibirme.

Clemente, (llorando y riendo á la vez.)

¡A recibirle! Vamos, si esto es divertido!..... Pero esta es demasiada emo-

cion.... Si otro estuviera en mi lugar, todo se lo llevaría la trampa. Pero yo tengo mi cabeza siempre bien organizada.... Vamos, Clemente, juicio y prudancia, porque sinó las tres mujeres son perdidas, de seguro.... Es preciso traerlas con mucha cautela, y muy poco á poco, á saber la verdad, tan dulce como es, tan demasiado dulce, si, por cierto .....Mira, Luis: ellas no tienen mi energía de hombre.... ellas no podrían soportar.... como yo soporto....

Luis, (estrechando su mano.)

Clemente, mi pobre Clemente, cuando tu tiemblas tanto por mamá, sin duda que estará bien quebrantada, y crees que la alegría de volver á verme será un gran peligro para ella.

Clemente.

No, no: ya no estoy mas inquieto por su salud, no por cierto. La pena acababa con ella, pero ahora ya estoy seguro de que la felicidad la curará.... Pero es preciso evitar que la alegría la mate.... El primer momento será terrible....Yo no sé.... busco en mi imaginacion un medio.... Estoy tan angustiado como el dia en que tuve que participárla tu muerte.... Tres horas estuvo sin conocimien-

to, y eso que yo había tomado las mas grandes precauciones....

Luis.

¡Querida mamá! ¡Cuánto tardo en estrecharte entre mis brazos!

Clemente.

¡Calla, calla, que me haces temblar!

Luis.

¿Crees de veras que la alegría....

Clemente, (resuelto.)

Yo creo que á tu vista caerá muerta... Esto es todo lo que yo creo. ¿Estamos? Con que así, dejémonos de locuras, Luis. Es preciso que tu hermana....

Luis.

Sí, si: Blanca nos ayudará. ¡Cuánto tiempo hace que no la he visto! ¡Qué hermosa debe estar ya!

Clemente.

Siempre lo ha sido y tambien ahora lo es,

pero despues que has muerto, ha sido tanto lo que te ha llorado....

Luis, [sonriendo.]

¿Despues que he muerto, eh? ¡Querida Blanca! ¿Y Matilde?

Clemente.

Aquí está

Luis.

¿Está aquí Matilde?

Clemente.

Sí; desde que se supo que te habían matado, vino aquí, y no se ha separado ni un solo dia de la señora.

Luis, (le echa los brazos al cuello y le abraza.

¡Qué feliz soy, mi viejo Clemente! ¿Es decir que Matilde me ama siempre!

Clemente.

Siempre. Llora y hace tu retrato; aquí tienes todas sus ocupaciones. ¡Figúrate cual va á ser su alegría!.... ¡Oh, sí, pe-

ro tambien es preciso que tomemos las debidas precauciones para no espantarla, pues que su carácter es distinto al de la señora; mamá moriría de la alegría, pero la señorita Matilde se volvería loca, estoy seguro de ello.... ¡Dios mio, Dios mio! ¿Cómo manejarme con tantas mujeres? ¿Cómo decirlas.... ¿Cómo advertirlas... Yo no estoy en mí, me vuelvo loco.... me....

Luis.

Pues por evitar todo esto fué por lo que te escribí con tiempo; en Barcelona fué donde primero supe que se creía en Cádiz que había muerto víctima de los salvajes, y era en tí en quien confiaba para que fueras preparando á mamá.....

Clemente, [escuhando.]

¡Silencio!

Luis.

¡Que desgracias que no hayas recibido mis cartas!

Clemente.

Silencio, por Dios! Es la señora.

Luis.

¿Mamá?

Clemente, [escuchando.)

Sí, sí, ella es: su modo de andar pausado, fatigado, lánguido, como toda ella..... ¡ah!.... se detiene á la mitad de la escalera.... Sí, ya no hay duda.... ¿Dónde ocultar le, Dios mio?

Luis, [corriendo á la puerta de la izquierda.]

Aquí, en mi cuarto.

Clemente.

La señora tiene la llave siempre consigo.... Nadie entraba ya en tu cuarto mas que ella....

Luis.

Pues bien: en el balcon.

Clemente.

No: te verían desde la calle--(corriendo á la puerta del fondo.)--Pasemos el cerrojo á esta puerta.... No, no: eso la in-

quietaría, se empeñaria en entrar, y entonces si que todo lo habíamos perdido... ¡Dios mio! ¿Qué hacer?.... ¡ah! Una barricada delante de la puerta.... Sí, eso es; ayúdame, pronto! [Entre los dos llevan el canapé de la derecha, y le ponen delante de la paerta, y luego un sillon delante del canapé.)

ESCENA IX.

Clemente [de rodillas sobre el canapé. —Eloisa (detrás de la puerta, y esta un poquito entreabierta.]—Luis [ocultándose á la derecha de la puerta.)

Eloisa, [forcejeando por abrir la puerta.)

¿Clemente?

Clemente, (bajo á Luis.)

Dejé mosla llamar.

Luis,—(tendiendo los brazos á la puerta, aparte.)

¡Mamá de mi corazon!

Eloisa, (entreabriendo la puerta.)

¿Clemente?

Clemente, (acercándose á la puerta.)

¿Señora? ¿Es usted? Perdone usted; creía que todo el mundo estaba en la iglesia, y me aprovechaba de ello para hacer la completa limpieza de esta sala, como es debido, y que bien lo necesitaba..... ¡Vaya! La señora quiere que separe de la puerta el canapé y ese sillon para.....

Eloisa.

No, no: no quiero mas que mi libro de misa, que debe estar sobre la chimenea. Démelo usted, Clemente.

Clemente.

Sí, señora. (sosteniendo el canapé y el sillon contra la puerta, hace señas á Luis, quien vá á la chimenea, coje el libro de

misa de su madre, le cubre de besos, y, en vez de entregársele á Clemente, alarga el brazo figurando que es Clemente, esconde el cuerpo, y presenta el libro á su madre, por lo poco que está entreabierto de la puerta, al mismo tiempo que Clemente dice:]—¿Es este, señora?

Eloisa. (Detrás dela puerta, tomando el libro.

Sí.—Gracias. [Se retira. La puerta acaba de cerrarse.)

Clemente, (dejandose caer sobre el canapé.)

Uff! Estoy sudando!

Luis, [corriendo á la ventana, y mirando.]

Clemente! Ya la veo, si, la veo! ¡Qué pálida está! ¡Qué cambiada! ¡Pobre mamá!

Clemente, [corriendo á Luis, y separándole precipitadamente de la ventana.]

¿Pero qué estás haciendo aquí, desventurado? Tambien yo estoy bien cambiado! Tengo ya la cabeza blanca....

Luis, [conmovido.]

¡Cuánto ha debido sufrir! ¡Cómo me ama! ¡Y no poder tenerla ya en mis brazos! (hace ademan de tenderla los brazos: Clemente se arroja en ellos.)

Clemente.

Bien! Abrázame cuanto quieras, pero á mí. Esto te calmará, (Luis le abraza con pasion,) en tanto que no tienes alguna cosa mejor que abrazar. Todo el mundo vive de ilusiones sobre la tierra. Yo seré ahora tu ilusion· [Pasa á la izquierda, y Luis vuelve á acercarse á la ventana.] Gracias á Dios, el peligro ha pasado! [Vuelve á arrancar á Luis de la ventana] ¿Te has propuesto volverme loco? ¿Y si tu madre mira y llega á distinguirte, desgraciado?

Luis, [con sentimiento.]

¡Gozo tanto siguiéndola con la vista! Mira, Clemente, tu vas á decir que soy un miserable, pero siento una alegría inmensa al verme llorado de ese modo.....

Clemente.

No se trata de eso..... Dejémonos de

tonterías..... Es preciso entendernos No tenemos mas que una hora á nuestra disposicion..... Pero ¡silencio! ¿Quién se acerca ahora? (escuchando) El cerrojo, el cerrojo pronto. [Llaman á la puerta.]

Blanca, (dentro.)

¿Clemente?

Clemente, [bajo, á Luis.]

Es la señorita Blanca.

Luis, [con alegría.)

¡Mi hermana!

Blanca. (dentro.]

¿Clemente? ¿No oye usted?

Clemente, (á Luis.)

¡Qué diablo! A su edad se tiene fuerza suficiente para resistir la felicidad, aunque venga cuando menos se la espera. Déjame solamente prevenirla. Ocúltate detrás de la cortina.—(señalando la ventana.)

Blanca, (dentro.)

Pero ¿quiere usted abrir de una vez, Clemente?

Clemente.

¡Allá voy, allá voy!—[Empieza á quitar los muebles que habia amontonado delante de la puerta, y cae el telon.)

ACTO II

ESCENA I.

La misma decoracion del primer acto.

Blanca.—Clemente.—Luis [oculto.]

Clemente, (acabando de retirar el canapé de delante de la puerta, y descorriendo el cerrojo.

¡Ah! ¿Era usted, señorita?

Blanca, [entrando enojada.)

Si, yo, sí; ¿porqué se encierra usted, Clemente?

Clemente, [conteniendo su alegría.)

¿Porqué?.... Es..... es.... para impedir que saliera el polvo.... para eso.

Blanca.

¿El polvo? ¿Cómo es eso?

Clemente, [aparte.]

Pero, señor, ¿qué es lo que yo estoy diciendo?

Blanca, [dirigiendose á cojer su labor, sobre la mesa, de la izquierda.]

Mamá ha ido á misa con Matilde. No quisieron que las acompañára, porquo yo había ido ya mas temprano. Yo creía que mamá estaría hoy peor, y que no podría salir.... Ay, Clemente! Usted tiene razon; yo la observaba hace un momento; lestá bien triste y desmejorada; esta pena ia ha acabado.—[Atraviesa el teatro para r á buscar sus tijeras sobre la chimenea.]

Clemente, (que ha vuelto á cojer su plumero y sacude los muebles con él.]

¡La pena!.... si.... efectivamente... la pena ¡Peuh, peuh, peuh!—(como canturreando.)

Blanca. (Mirándole sorprendida.]

¡Qué es eso? ¿Qué tiene usted?

Clemente, [sonriendo.]

¿Yo? Nada, nada. [vuelve á canturrear.] ¡Pú, pú, pú!

Blanca.

¿Conque hablo á usted de mis inquietudes, de mamá, y usted no me escucha, y usted canta?

Clemente.

Sí, señorita Blanca, sí; yo la escucho á usted..... mucho que la escucho [canturrea) Tararirá, rirá, tararira rá!

Blanca, [admirada.]

¿Usted cantando, Clemente? ¿Qué es lo

que sucede aquí? [acercándose á él.] Vamos á ver, ¿qué pasa? Usted está como contento; esto no es natural, no. Algo ha sucedido. Hable usted, hable usted.

Clemente.

Parece como que estoy trastornado, ¿verdad, señorita? No hay nada mas natural, porque acabo de esperimentar una emocion, una impresion violenta, y me cuesta un poco volver en mí.

Blanca.

Sí, una emocion de felicidad, porque le veo á usted contento y cantando....

Clemente.

Sí, señorita, cantando.

Blanca.

¿Es una noticia venturosa para usted?

Clemente.

Para mí sí, y tambien para la señorita Blanca....

Blanca.

¿Sí? ¿Es, de veras, una felicidad que nos llega?

Clemente.

Como lo dice usted: una felicidad.

Blanca.

Pero, cual.... sepamos.

Clemente.

Busque usted..... adivine usted, señorita....

Blanca.

No quiero buscar..... no quiero adivinar.... no es necesario.... Se trata de mi hermano, ¿verdad?

Clemente, [resueltamente.]

Sí, señorita.

Blanca, [conmovida.]

Acaso ha recibido usted alguna buena noticia?

Clemente, [sonriendo.]

¡Adelante, adelante! Creo que sí, y que sí....

Blanca. (con volubilidad)

¿No ha muerto? ¿Se equivocaron en lo que dijeron? ¿Ha llegado á España? ¿Está en Cádiz?

Clemente, [admirado.]

Pues qué, ¿lo sabia usted, señorita?

Blanca. (agitada.)

No, pero lo habiá soñado. ¿Está en Cádiz?

Clemente.

Señorita Blanca, usted tiene valor, sangre fría, energía varonil.... ¿verdad?

Blanca.

Sí, si: puede usted decírmelo todo sin cuidado ninguno, Clemente.... Ya lo vé usted. Por medio de un sueño, Dios me había preparado para esta alegría....

Clemente.

En ese caso..... si Dios la ha preparado á usted, yo no tengo nada mas qué hacer..... Pero...., ¿está usted resuelta á no desmayarse?

Blanca.

¡Desmayarme? ¿Yo? ¡Está en Cádiz mi hermano!

Clemente.

En Cádiz.

Blanca. [anhelante.]

¿Y aquí, en casa?

Clemente. (decidido.]

En casa.

Blanca, [resuelta.)

Quiero verle.

Clemente.

Vá usted á verle.

Blanca, [cayendo de rodillas.]

¡Oh, mamá, querida mamá!

Luis, (saliendo de detrás de la cortina.—Deteniéndose un momento.—(Aparte,) mirándola con ternura.

¡Mi pobre Blanca!

Blanca, [levantándose, y mirando en derredor de ella.)

Pero, si está aquí, en casa, ¿qué hace que no viene á mis brazos?

Luis, [viniendo á ella.]

¡Blanca!

Blanca. [Arrojándose en sus brazos.)

Luis! No tengas miedo: yo no me desmayo.

Luis, (abrazándola.]

¡Querida Blanca!.... ¡Volverte á ver! ¡Qué felicidad!

Blanca, (siempre en sus brazos,||

¡Qué alegría para mimí! Si tardas un

mes mas en venir, Luis, no la hubiera encontrado..... ¿Y Matilde? Vamos! Esto es la vida para las tres! ¡Qué bueno es Dios!..... Pero mírame de frente..... Sí, sí, eres tu, Luis..... ¿Con que te habían matado aquellos pícaros salvajes, eh?

Luis, (sonriendo)

Sí, pero no me mataron del todo; me mandaron tres balas, que se quedaron dentro de mi cuerpo.... perdí el conocimiento.... me creyeron muerto.... me desnudaron, se cojieron mis vestidos, y me dejaron allí, como á un cadáver.... Me salvé por un verdadero milagro.

Clemente.

Yo me lo había sospechado ya; un nuevo milagro de Dios en tu favor, como siempre...

Luis.

Una mujer de aquel pais me recogió en su casa, y tardé dos meses en restablecerme completamente.

Blanca.

¡Pobre Luis!

Luis.

La buena mujer me curaba á su manera, y por toda medicina lo que me daba eran palabras mágicas, que, por cierto no fortificaban mucho el estómago. Por eso la cura fué tan larga.

Blanca.

¿Y tu informe de marino que nos mandaron de Madrid?

Luis.

Le encontraron sobre el cuerpo del que me le había robado; el pícaro ladron fué muerto en una refriega en que, por cierto, perdimos algunos de los nuestros, Le tomaron por mí cuando encontraron el cadáver, porque estaba ya de todo punto desconocido; recojieron mi uniforme, hallaron en él mi pasaporte, vuestras cartas, el reloj con mi cifra, lo mandaron todo á España, y, afirmaron que el muerto era yo.....

Blanca.

Bueno! Ahora pensemos en mamá.

Luis.

Si, que mis aventuras yo os las contaré todas, y cuantas veces queraís, cuando ella me escuche sentado yo á sus piés.

Clemente, [á Blanca.]

Es absolutamente preciso ocultarle; no puedo estar un momento mas en este salon.

Blanca, (tiernamente á Luis.)

Es el tuyo! Estábamos siempre aquí, para así pensar mas en tí.

Clemente.

Necesitamos la llave de ese cuarto.

Blanca.

Ya sabe usted que mamá la lleva siempre consigo.

Clemente.

¡Diablo!

Blanca.

Ah, no, no! Ahora me acuerdo que ayer

la metió aquí adentro. (Dirigiéndose á la mesa de la izquierda, y buscando en el pupitre.) ¡Aquí está! ¡Nos hemos salvado! [Abre la puerta del cuarto,] Pronto, á la prision, [á Luis) y cuidado con moverse, caballero, Usted permanecerá aquí, sin comer ni beber hasta á la tarde. ¡Apostaría á que tienes hambre, eh?

Luis.

No! Estoy demasiado conmovido para tener hambre ahora.

Blanca.

Bueno.—Almorzarás ahora mismo, y eso te ocupará.

Luis, *(sonriendo.)*

Yo sé bien que en una casa donde no hay mas que mujeres, nunca hay nada de provecho qué comer..

Blanca.

Sí, pero ahora no estamos en casa mujeres solas; tenemos con nosotras un amigo.....

Luis. *(Vivamente.]*

¿Joaquin? ¿Está aquí?

Blanca, [confusa.]

Sí; nos acompaña constantemente.

Luis.

¿Qué es eso? ¿Porqué bajas los ojos?

Blanca, [mas confusa.]

¿Yo?

Luis.

Sí, tu.... Ah, ya caigo!.... Joaquin está enamorado de ti?

Blanca.

No, no: vamos, entra en tu prision.

Clemente, (bajo á Luis.]

Déjala tranquila; yo te lo diré todo.

....

Luis. (á Clemente.)

Bueno.—Me alegro.—Llego á tiempo para bendecirlos.

Blanca, [á Luis.)

Vamos, vamos pronto, no sea que llegue mamá,

Clemente, [mirando por la ventana,]

No, todavía no asoma nadie·

Luis. [A la puerta de su cuarto, mirando para dentro.)

Ay! Mi cuarto de estudiante.... ¡Que simetría en todo! Mis libros, mis mapas, mis cuadernos, cada cosa en su puesto... como nunca las tuve yo.... Es ese viejo regañon de Clemente, que se aprovechó de mí muerte para ponerlo todo en órden..... Pero, no tengas cuidado que ya mañana conocerás que estoy de vuelta. [entra en su cuarto.)

Blanca, (cerrando la puerta.)

Bueno! Ahora haz lo que quieras, pero encerrado.

Luis, [desde dentro.]

¿Pero me trancas?

Blanca, (á la puerta.)

Prudencia: mira que es de la vida de mamá de lo que tratamos.

ESCENA II.

Blanca.—Clemente.

Clemente, (frotándose las manos.)

¡Qué ventura! ¡Cuándo yo decía que no podía estar muerto! ¡Sí le conoceré yo bien!

Blanca.

Vaya usted corriendo á preparárle el almuerzo ofrecido.

Clemente.

Tiene usted razon, señorita, y voy....

Blanca.

¡Qué dicha! ¡Qué felicidad! ¡Como va-

mos ahora á divertirnos todos! ¡Qué hermoso es no tener mas penas! Y esto luto.... ¡que vestidos tan tristes, tan feos.. Ya estoy impaciente por quitármelos.... Esta tarde me pondré el de color de rosa.... ¡que gusto! [dando palmadas de alegría.]

Clemente, [riendo.]

Pero, señorita Blanca, no dé usted palmadas así, porque si la señora llegara de pronto y la oyese....

Blanca, [acariciándole.]

Vamos, mi viejo gruñon déjeme usted un minuto con mi alegría, porque sinó me ahogo.... ¡Oh! Que gusto es pensar que él está allí, sano, contento, guapo, mas que nunca, nuestro Luis, que tanto hemos llorado todos.... Allí está, allí, sí, señor, (tirando besos á la puerta del cuarto de Luis) toma, toma, y que Dios te bendiga....

Clemente.

Es ya todo un hombre, y, lo que es mas aun, un marino. un gallardo marino, sí, señor.... Digo que es mejor mozo que su amigo el señorito Joaquin.....

Blanca, [sonriendo.]

Entiendo á usted, Clemente, pero no logrará usted mortificarme.....

Clemente.

¡Estoy tan contento que ni sé lo que digo! Perdóneme usted, señorita Blanca... Pero, ¿qué medio emplearemos para hacer saber á la señora....

Blanca.

Yo no sé: no quiero buscar ninguno. Dios me mandará una inspiracion. Lo único que me inquieta es que yo no puedo aparentar ya que estoy triste....

Clemente.

Ni yo tampoco. Usted está ya fresca como una rosa.

Blanca.

Pues ¿y usted? Tiene usted una mirada tan animada, tan brillante, que lo dice todo sin querer.... [Suena una campanilla.)

Clemente.

Llegó el momento..... Es la señora.... ¡Cuidado y prudencia.... Yo me voy....

Blanca.

¿Cómo es eso? ¡Traidor! ¿Me abandona usted en la hora del peligro?

Clemente, [riendo.]

Usted misma lo ha dicho, señorita; yo no sé disimular mi alegría.... Yo no soy mujer. (sale.]

ESCENA III.

Blanca.

Se marchó! ¿Qué hacer? El corazon se me quiere salir del pecho.... ¡Pobre mamá!.... Aquí está.... Mas triste que nunca.... [se dirije hácia la ventana.) ¡Oh! Tentaciones me dan de saltárla al cuello y decirla de un golpe.... Pero no....

¡Está tan delicada! La alegría la mataba, de seguro.... ¡Inspírame, Dios mio, inspírame! [mirando entrar á su madre.] Llegó el momento!

ESCENA IV.

Eloisa.—Blanca.

Eloisa, [sin ver á Blanca.]

¡Cuánto sufro! (mirando al cielo] ¡Mejor! Así será mas corto el tiempo de mi suplicio. [Se deja caer en un sillon, con desfallecimiento.)

Blanca, [acercándose poco á poco.)

Mamá, ¿cómo se siente usted? Se me figura que se ha fatigado usted demasiado.

Eloisa, [con triste sonrisa']

Ah! ¿Estás ahí? No te habia visto.

Blanca.

Estaba en el balcon.... Mamá, me parece que está usted mas pálida.... que acaba usted de llorar mucho, y eso no es bueno.... y en la iglesia—es peor aun.. Vaya....

Eloisa.

No, hija mia; en la iglesia no he hecho otra cosa que rezar por el eterno descanso de su alma!

Blanca, (aparte.)

¿De su alma? No, yo no puedo verla llorar mas tiempo así; no tengo mas paciencia para....

Eloisa.

Joaquin estaba con nosotras, de modo que no he podido decir á Matilde lo que tenía pensado. ¡Es preciso tomar tantas precauciones con ella, ¿No te parece que cada dia está mas triste y llora mas? ¿No estás tu tambien inquieta por ella, como lo estoy yo?

Blanca, (distraida.)

Sí, mamá. muy inquieta.

Eloisa.

Es absolutamente preciso que vuelva ya á casa de su padre..... Nosotras no tenemos el derecho de disponer de su porvenir.... Matilde debe consolarse de.... si, porque aun no la unía ningun lazo á.. ¡Dios mio! El dolor constante, eterno, solo nos pertenece á nosotras, Blanca!

Blanca, (impaciente.)

¡Si pudiera responderla como quiero..

Eloisa.

¿Qué es lo que tienes? ¿No has visto á Matilde?

Blanca.

No, mamá.

Eloisa.

¿Te has enfadado porque hayamos ido sin tí á la iglesia?

Blanca, (vivamente.)

No, por cierto; al contrario; estoy muy contenta y muy satisfecha por haberme

quedado en casa..... ¡Vaya si lo estoy!

Eloisa, (con languidez.)

¡Qué calor hace aquí! ¿Porqué has cerrado la ventana? Abrela, hija mía.

Blanca, [mirando á la ventana que está abierta.)

¿La ventana? Pero, mamá, sí..... ¡Ah, sí, es verdad! Se había cerrado por distraccion. [corre á la ventana abierta, y finge que la abre, diciendo aparte.] ¡Como sufre! ¡Que oprimido tiene el corazon! No me atrevo todavía á decirla nada....

Eloisa.

Verás cómo vamos á tener tempestad.... . Esto es sofocarse....

Blanca, [sonriendo y aparte.]

Vamos, y hace un tiempo admirable... Dios mio! ¡La pobre mamá! [pasa por detrás de su madre, y se coloca á su izquierda. Alto,] ¿Qué siente usted? (Rodea el cuello con sus brazos.)

Eloisa, [con tristeza.)

Náda, hija mia, nada. (La mira con ter-

nura.] El paseo á ver las flores te ha sentado muy bien; tienes tus colores de antes y casi tu sonrisa de los tiempos venturosos.... Pero, yo no sé porqué, se me figura hallar en tu rostro una espresion estraña....

Blanca, [un poco confusa.]

¿Yo, mamá?

Eloisa.

Sí, tu; me pareces á la vez alegre y contrariada.

Blanca, (sonriendo.]

Usted lo adivina tódo, mamá.

Eloisa, (un poco sobresaltada.]

Pues qué ¿has sabido acaso alguna noticia que te regocije?

Blanca.

¡Mamá!..... yo.....! [aparte.] ¡Qué idea! ¡Si me atreviese.....

Eloisa.

Ay! ¡Que noticia puede interesárnos ya en el mundo!

Blanca. [aparte.)

Sí, es el medio mejor.....

Eloisa, (indicando á Blanca que se siente.]

Dime, ¿qué es lo que tienes?

Blanca, [sentándose cerca de ella.]

Pues bien, mamá; estoy incómoda, furiosa, porque hay cosas que me exasperan.....

Eloisa.

Pero, ¿qué cosas son esas, hija mia?

Blanca.

Son que Dios se empeña en mandar grandes alegrías á gentes que no las merecen, que no saben apreciarlas.... ¡Y usted, mamá, sufriendo tantas penas, usted, tan buena, tan generosa, tan amada..

Eloisa, [con resignacion.

Yo habia recibido del cielo una felicidad demasiado grande, hija mia! ¡Dios so

la volvió á llevar! ¿De quien hablas de ese modo?

Blanca.

De esa mala madre.... porque yo creo que es una mala madre, ¿verdad?

Eloisa, (mirándola fijamente.]

¿Pero de quien hablas, veamos?

Blanca.

De Gervasia, de esa Gervasia que obligó á su hijo á que se marchase, á engancharse porque quería casarse contra el gusto de esa mujer.... Eso fué una crueldad indigna, y merecía bien que tuviera porqué llorar siempre.

Eloisa.

Pero bien.... separemos....

Blanca.

Nada, sinó que parece que acaba de recibir noticias de su hijo.... el muerto....

Eloisa. (Levantándose de golpe.)

¿Noticias de su hijo?

Blanca.

Sí, señora; dicen que no pereció, como se creía, en el naufragio de....

Eloisa.

¡Dios mio! ¡Qué felicidad! ¿Puede ser eso posible? [Se deja caer de nuevo en el asiento.]

Blanca,

Segun dicen, está en Barcelona ya, y se le esperá pronto en Cádiz,

Eloisa, [reflexionando.)

Pero, Vírgen Santísima, ¿qué protección merece al cielo esa madre para que la sea concedida tal recompensa?

Blanca.

Eso es lo que me tiene indignada, mamá, ni aun sabía llorar á su hijo.

Eloisa, (reconviniéndola.]

No digas eso, Blanca; no hay madre que no llore con el corazon á los pedazos de sus entrañas....

Blanca.

Pues cualquiera hubiera creido que se hallaba consolada ya..... ¡Se la veía siempre tan resignada, tan tranquila....

Eloisa

Es que esperaba siempre! Recuerda que lo que es Gervasia nunca había recibido la noticia oficial de la muerte de su hijo, como nosotras, y podía, por tanto, esperar que, mas tarde ó mas temprano, un dia ú otro.....

Blanca.

Eso sí; siempre he dicho yo que podía esperar..... como todos pueden esperar..... ¡Pues no!..... Les suceden á los viajeros, á los militares y á los marinos [con intencion] aventuras tan singulares!....

Eloisa. [Levantando los ojos al cielo.)

¡Madre venturosa!

Blanca.

Y nosotros, mamá..... es una idea lo-

oa, lo conozco..... pero ¿no podíamos esperar tambien?

Eloisa, con desfallecimiento.)

¡Esperar tambien! ¡Nosotros! ¡Oh no, no!

Blanca.

Ay, mamá, que felicidad sería para nosotras si de repente nos dijeran que.... que.... que....

Eloisa, (con triste distracion.)

No, no: eso es imposible: tenemos todas las pruebas oficiales de su horrible fin.... ¡Pobre hijo mio!

Blanca, (dudando.]

Si, es verdad que encontraron el cuerpo de un jóven con los vestidos de Luis, pero se dijo, se declaró que no se había podido reconocer de todo punto, á causa de estar completamente desfigurado el rostro.....

Eloisa.

Sí, pero.....

Blanca, (impacientándose.)

Pero.... . pero..... y si cualquiera..... ¿quien sabe? hubiera robado á Luis su uniforme, y se le hubiera puesto? ¿Si Luis se le hubiese prestado, tal vez?

Eloisa.

No! Un oficial de marina no presta nunca su uniforme. Además, no hay que hacernos ilusiones, hija mia; mi pobre Luis está en el cielo; esta es la verdad, lo positivo; el gobierno mismo ha recibido la noticia con todos sus pormenores.. el gobierno lo ha publicado..... ¡Dios mio!

Blanca. (impaciente.)

¿Y no se puede haber equivocado el gobierno tambien?

Eloisa.

Vamos, Blanca, tú estás loca; ¿no me hubiera escrito Luis?

Blanca.

Bueno, pero lo cierto es que Gervasia

no ha sabido por ninguna carta que su hijo se había salvado, sinó por un viajero.....

Eloisa.

Es que el hijo de Gervasia no escribía nunca á su pobre madre, era un corazon duro, en tanto que tu hermano (enjugando sus lágrimas), tan bueno, tan cariñoso, tan religioso en el cumplimiento de todos sus deberes para conmigo....

Blanca.

Bien, mamá, será todo eso, pero confieso á usted que desde que yo sé que Gervasia ha sabido la salvacion y la vuelta de su hijo, no puedo menos de esperar tambien, de soñar con que Luis vive aun, con que se ha salvado, con que está en España..... ¿qué sé yo?.....No puedo creer que Dios nos olvide así.... ¿Porqué, mamá?..... Vamos! Figúrese usted todo lo feliz que sería si cualquiera viniese á decir á usted, así, de repente: "¿Sabe usted que se dice por ahí que su hijo de usted se ha salvado, que llegó á Barcelona, que vino luego á Cádiz, y que le han visto ya por esas calles de Dios?" Vamos, ¿qué dice usted á esto, mamá?

Eloisa, [exaltada.)

¡Calla, calla! Si alguno me dijera eso, la alegría me mataría.... No hagas despertar en mi tan crueles ideas..... son inútiles..... y acabarían por hacer mas amarga mí desesperación.....

Blanca, (aparte, alejándose.]

Mamá me desanima!.... No me ayuda en nada.... rehusa toda esperanza, aun que sea en sueños..... Y ello es preciso decirla.... (alto, al ver que su madre se levanta y hace ademan de salír.] Qué ¿me deja usted ya, mamá?

Eloisa, [agitada.]

Sí; voy á ver á Matilde.

Blanca, (dudando.]

¿A Matilde?

Eloisa.

Si; es preciso conseguir de ella que grese á Madrid, al lado de su padr Voy.... debo ir..... [Llega á la pue del fondo, y vuelve de pronto á donde

Blanca.) ¿Dices que el hijo de Gervasia ha llegado á Barcelona?

Blanca.

Eso dicen, mamá, y que de un momento al otro estaré en Cádiz.

Eloisa.

¡Que alegría para ella, eh? ¿Cómo podrá soportar la pobre tal emocion? Yo, en su lugar, no podría.... [estallando en sollozos]... Ay! Yo no tendré jamás esa felicidad.... ¡Su hijo, su hijo! ¿Como puede existir ni un minuto mas sin verle, sin abrazarle? Debe estar contando los instantes, ¿verdad? [resuelta.] Hasta luego, Blanca; yo vuelvo.—[Sale, fuertemente conmovida.]

ESCENA V.

Blanca, [enjugándose las lágrimas y mirando á la puerta del fondo.)

El golpe está dado! La semilla va á ger-

minrr y crecer.... Por de pronto, mamá comprenderá que una madre puede encontrar de nuevo á su hijo perdido, volver á abrazar á aquel que creía muorto.... Bueno! Que vnelva, y, cuando sea tiempo, yo la diré: "Mamá, esta madre tan dichosa, tan favorecida del cielo, no es Gervasia, es usted."

ESCENA VI.

Blanca.—Clemente.

Clemente, [con un cesto, que deja al fondo, á la izquierda.]

Señorita Blanca, ¿á donde vá la señora?

Blanca.

Me dijo que iba á ver á Matilde.

Clemente.

No, no: la he visto salir de casa, la he seguido con los ojos, y se me figur aba

que tomaba hácia la calle donde vive Gervasia.

Blanca.

Eh ¿Y vá sola?

Clemente.

No: Luisa la sigue; pero como ocultándose; yo la hice señas, y ella me contestó.

Blanca.

¡Salir así, sufriendo como hoy sufro!....

Clemente.

Pues, lo que es ahora, no tenía aire de sufrir..... Andaba bien ligera, con paso precipitado, como quien vá en busca de una buena noticia.... Yo he creido que la había usted dicho alguna cosa....

Blanca, [reflexionando.]

¡Tomar hácia la calle de Gervasia! Ha ido á verla. Ya me lo figuraba yo.

Clemente.

¿Y qué vá á hacer allí?

Blanca.

Vá á saber de qué modo una madre recibe la noticia de la resurreccion de su hijo.

Clemente.

¿Cómo es eso? No comprendo bien.

Blanca.

La he contado un cuento; la he hecho creer que ea á Gervasia á quien Dios ha mandado la felicidad que disfrutamos.

Clemente, [incomodado.]

¡Pues ha estado usted ingeniosa, señorita Blanca· ¿No conoce usted que vá á descubrir al momento que la ha engañado usted?

Blanca.

Mejor, y cuando sepa que no hay nada de verdad en lo que la he dicho, sospechará que todo esto encerra algun misterio, se pondrá á pensar en qué pueda ser, y....

Clemente, [comprendiendo.]

Ya caigo, ya! Y todo lo adivinará, ¿no es esto?

Blanca.

No, lo que es toda la verdad no llegará á adivinarla tan pronto.... Es demasiado hermosa para ella y no la creería. Creerá solamente que hemos recibido algun aviso favorable, alguna buena noticia..... ¿Adivinar ella que Luis está allí, vivo, alegre, deseando verla.... Pero Dios mio! ¿Olvidamos que nuestro prisionero se muere de hambre? Llévale usted pronto alguna cosa de comer, Clemente.

Clemente.

Ya traigo algo para él en mi canasto. [señalándole.)

Blanca.

Bueno! Pues éntrelo usted al momento.

Clemente.

Mire usted si alguno nos observa. (Entra en el cuarto de Luis.

Blanca.

Vaya usted tranquilo.—Es ver dad! S cualquiera nos sorprendiese, Matilde, por ejemplo! Uff! ¡Que ataque de nervíos tan feroz tendríamos! ¡Y Clemente quei siempre está pensando eñ los nervios do Matilde!

Clemente, [saliendo del cuarto, asustado.)

¡Señorita, señorita!

Blanca,

¿Qué sucede?

Clemente.

Su hermano de usted.....

Blanca.

¿Y bien, qué?

Clemente.

No hay nadie en su cuarto....

Blanca.

¿Nadie? ¿Pues qué ha sido de Luis?

Clemente.

¿No le encerró usted, dando doble vuelta á la llave?

Blanca.

Sí, sí.... Pero, ya caigo.... Apuesto á que está en el cuarto de Matilde.

Clemente.

Puede ser, pero, ¿por dónde habrá pasado?

Blanca.

Por la ventana.

Clemente.

¿Todavia hace eso, como cuando era un chico? Pues ya ahora es un hombre hecho y derecho.

Blanca.

¡Y mamá que puede ir al cuarto de Matilde antes de venir aquí! ¡Si le llegase á encontrar!.... ¡Dios mio!

Clemente.

Bueno! Apenas ha llegado, y ya empieza á atormentarnos.

Blanca, (sonriendo.)

¿Y qué quiere usted si la ama!

Clemente, [gruñon.)

Sí, la ama, la ha vuelto á ver, y ya no piensa mas en nosotros.... ¡Oh, el amor, el amor!.... Aquí tiene usted lo que es el amor....

ESCENA VII.

Blanca.—Clemente.—Luis.

Luis, [de pié sobre la ventana.]

¡El amor tiene alas! (rie.]

Blanca, [corriendo á él.]

Ah! ¿Eres tu?

Clemente, (corriendo á él.]

¡Buena pieza! ¡Loco!

Blanca.

¡Qué imprudencia!

Clemente.

¡Qué locura! [Luis salta de la ventana. Blanca le coje por la mano derecha, Clemente por la izquierda, y entre los dos le traen al proscenio.]

Blanca, [reconviniéndole.]

¡Saltar por la ventana! ¿Y si te hubiera visto mamá? ¿Has reflexionado en ello, Luis?

Clemente.

¿Y si te hubieras roto la cabeza?

Luis.

¡Quiá! No hay cuidado! Yo estoy acos-

tumbrado á dar saltos mas peligrosos; eso es lo que mejor sé hacer

Clemente.

¡Bonito talento, por cierto!

Luis.

Era imposible esperar mas.... El cuarto de Matilde estaba enfrente del mio, y....

Blanca, [como enfadada.]

Déjanos en paz! No tenemos tiempo de escuchar tus tonterías. [Quiere llevarle hácia la puerta de su cuarto.]

Luis, [volviendo á Clemente.]

Matilde lloraba por mí.... yo lo sabía, y....

Clemente.

Sí, sí, y pegaste el salto. No hablemos mas. Entra al momento.

Luis.

¡Y cuanto mas hermosa la he encontrado! Verla vestida de luto.... ¡y por mí!

Vamos, eso solo me ha hecho perder la cabeza....

Blanca.

Pero, ¿acabarás de entrar?

Luis, (riendo.)

Te digo, Blanca, que si todos los maridos llorados pudieran ver á sus viudas de luto por ellos mismos.....

Clemente.

¿Qué harían?

Luis.

Se apresurarían á resucitar.....

Clemente.

Sí: y sus viudas se morirían. Vamos, vamos, entra pronto.

Luis, (con ternura.)

¡Cómo me amais todos! ¿Es decir que yo valgo alguna cosa, eh? (sonriendo.)

Blanca, [dándole cariñosamente en el hombro.]

¿Tu? ¡Valiente sugeto! Tu no vales nada, nada. ¿Acabarás de entrar? Si mamá llegase....

Luis.

¿Y qué? Aunque me viera de repente, estoy seguro de que la alegría....

Blanca, (interrumpiéndole.)

La sofocaría..... la mataría....

Luis, (pasando á la izquierda con resolucion.)

Yo quiero ver á mamá, ea! Al momento!

Blanca.

¿Ha oido usted, Clemente! ¿Pues no dice que quiere verla al momento?

Clemente.

¡Es un loco do atar!

Blanca.

Pues yo no quiero que la veas aun, ¿estamos?

Clemente, (plantándose delante de la puertad el fondo.]

Aunque tuviera que emplear la fuerza contra tí, no saldrás, no la verás todavía.

Luis, [riendo.]

¿Tu? ¿La fuerza contra mí? ¡Já, já, já!

Blanca, [reconviniéndole.)

¡Hombre sin corazon!

Clemente.

¡Mal hijo!

Blanca.

¡Mal hermano!

Clemente.

¡Jóven brutal!

Blanca.

¡Sin entrañas!..... ¡Marino al fin!

Clemente.

¡Y marino sábio, que son los peores!

Luis, [estallando en risa.]

Basta, basta! Esto es horrible! Si seguís maltratándome así, me vuelvo con los salvajes, para que acaben de comerme..

Blanca.

¿Para que acaben? Pues qué, ¿te empezaron ya á comer?

Clemente, [riendo.]

¡Qué boba es usted, señorita Blanca! (escuchando.) Pero ¡cuidado! Yo oigo...

Blanca, (suplicante.]

Luis, querido Luis, hermano mio, ¡por Dios! ¡Si fuera mamá que llega! ¡Ocúltate!

Luis.

Pues, señor, ya que es preciso, volvamos al escondite.

Clemente, (asustado,]

¡Ven!

Blanca, [llevando á Luis á la puerta del cuarto.]

¡Gracias á Dios! ¡Si tarda un poco mas.....

ESCENA VIII.

Clemente.—Blanca.—Joaquin.

Blanca, [bajo á Clemente]

Ah! ¡No es ella! Me alegro.....

Joaquin.

¡Señorita Blanca.....

Blanca, (á Clemente.]

¡Qué miedo he pasado!

Clemente. [á ella.]

¿Pues y yo?

Joaquin.

Disimulen ustedes; sin duda los incomodo..... Voy.....

Blanca.

No, no; al contrario; quédese usted; habíamos creido que era mamá la que llegaba, pero, al ver á usted entrar....

Clemente.

Pues..... Nos hemos alegrado.

Joaquin, [sorprendido.]

¿Pues qué hay de nuevo?

Blanca.

Nada..... Sinó que tenemos que dar á usted una noticia, que..... que, sin duda....

Clemente, [bajo á Blanca.]

Vamos, señorita! ¿Tambien con este quiere usted gastar cumplimientos? ¿Teme usted que se desmaye tambien? ¡Pués no faltaba mas!

Joaquin, [aparte.]

¿Qué tendrán? ¿Porqué cuchichean aparte? (alto.) Vamos á ver: sepamos la gran noticia.

Blanca.

Es la felicidad, una gran felicidad que llega para nosotros.

Joaquin.

Pero sepamos cual, si ustedes quieren.

Blanca.

Tambien usted tiene parte en ella.... porque yo sé que siempre le quiso usted

bien.... Usted nos ha acompañado en nuestro dolor···· y justo es que en adelante nos acompañe en nuestra ventura....

Joaquin.

¿En la ventura? Pues qué, acaso su hermano de usted....

Blanca.

Sí, sí, eso es; está vivo.

Joaquin.

Ah! ¡Querido Luis!

Blanca, [bajo á Clemente.]

Mire usted su alegría, su.....

Clemente, [bajo.)

Sí: tiene un buen corazon!

Blanca, (bajo.]

Y yo hago bien en amarle, ¿verdad?

Clemente, (bajo.]

Por supuesto.

Joaquin, [á Blanca.)

¡Qué dicha! Pero, ¿y su madre de usted?....

Blanca.

Solamente por ella estamos temblando, pues que los demás de la casa todos lo saben ya....

Joaquin.

¿Todos? ¿Tambien Matilde?

Blanca.

Sí, tambien; ha vuelto á ver á Luis; para ella no hay ya peligro....

Joaquin, (con sentimiento.)

Ah! ¿ya se han vuelto á ver?

Blanca, [bajo á Clemente.)

¿Lo vé usted? ¡La quiere todavía! Ya está celoso de nuevo....

Clemente, [bajo á Blanca.)

No hay qué tener miedo.... Ya Matilde es un imposible para él....

Joaquin (con agitacion,)

Blanca, amiga mia, usted tiene un noble corazon; yo me fio de usted completamente.... No diga usted á nadie que al dejar esta casa sabía que Luis había vuelto á ella.... Tengo razones para ello que no puedo esplicar á usted....

Blanca, [sonriendo tristemente.)

Yo no quiero que usted me diga su secreto.... porque le sé ya....

Joaquin, (admirado.]

¿Mi secreto?

Blanca.

¡Es tan peligroso mirar amar!

Joaquin.

¡Blanca!

Clemente, [escuchando á la puerta del fondo.]

Ahora sí que es ella! La señora llega.... ahora si .....

Joaquin.

Adios!

Blanca.

No, no se vaya usted..... Es preciso darla ya la noticia..... Quédese usted para ayudarme....

Joaquin, [indeciso.)

No, mejor será....

Blanca.

¡Se lo ruego á usted!

ESCENA VIII.

Blanca.—Clemente.—Eloisa.—Joaquin.

Eloisa, [entrando y observando fijamente á Blanca y Joaquin, que permanecen

inmóviles. Despues pasa á la derecha, y dice [aparte, con lentitud.)

Pero, ¿porqué me ha engañado mi hija?.... Mi Blanca decirme una mentira, ella, que es la verdad personificada.... ¿Porqué ha sucedido esto en su vida?... No, no es posible.... Aquí pasa algo de estraordinario.... No puedo esperar mas.... Tengo miedo! (alto.) Déjenos usted, Clemente, (sale este.]

ESCENA IX.

Blanca.—Joaquin [un poco al fondo)— Eloisa,

Eloisa, [á Blanca, mirándola fijamente.]

¿Has estado inquieta por mi larga ausencia, Blanca? Te dije que iba al cuarto de Matilde, y he hecho una cosa muy diferente....

Blanca, [confusa.)

Mamá!

Eloisa, [sin dejar de mirarla.]

Sí; tuve la idea de ir á ver á la pobre Gervasia, de la que acababas de decirme que estaba tan alegre por.... Pues bien: no! No está alegre ni poco ni mucho.... Al contrario: jamás la he encontrado tan triste.....

Blanca, [confusa.]

¿De veras, mamá?

Eloisa, [con intencion.]

Si, de veras, muy de veras.... No es cierto que haya recibido noticia ninguna de su hijo.... Ay! Eso hubiera sido para ella una alegría demasiado grande.... Esa felicidad no la llega á ninguna madre que llora á su hijo..... ¡Tenerle por muerto, y volverle á ver de repente delante de sí, vivo, alegre..... escuchar su voz que se creía apagada para siempre..... tenerle en sus brazos.... apretado.... apretado en ellos.... para que no se nos vuelva á escapar.... (con exal-

tacion.] ¡Oh, esta dicha divinas bien sabía yo que Dios no la concede á madre ninguna para que la conozca, para que la saboree.....

Blanca, (á Joaquin.]

Mírela usted! Se exalta..... se estremece...

Eloisa, (aparte.)

No, no.... Es preciso contenerme: si nó, estoy segura de que no me lirán nada. [Aparenta calmarse, y se sienta á la derecha.)

Blanca, (á Joaquin, aparte.]

Comprende usted cuanta prudencia es preciso para....

Eloisa, (aparentando calma.]

¿Quién te dijo todo ese cuento, hija mía?

Blanca.

Clemente, mamá. Un marinero se lo contó esta mañana, en el muelle, como cosa cierta.....

Eloisa, [con intencion.]

¿Y ese hombre dá pormenores? ¿Ha nombrado precisamente á la pobre Gervasia?

Blanca.

No sé si la ha nombrado, mamá.... Puede que no..... Puede que se trate de otra madre y de otro hijo....

Eloisa, [estremeciéndose.]

¡Ah!

Joaquin, (bajo, á Blanca.]

¡Cuidado!

Blanca.

Lo que es ahora, creo por mi parte, mamá, despues de meditar sobre cuanto han contado á Clemente .... creo.... como Clemente....que en toda esa historia no se trata de Gervasia....

Eloisa, [poniéndose de golpe en pié.)

¿No?

Joaquin, (á Eloisa.]

Yo salgo esta noche ó mañana de Cádiz.... Si quiere usted, iré á Barcelona.. tomaré noticias, y escribiré á usted lo que sepa....

Eloisa, [vivamente.)

¿Cómo es eso? ¿Nos deja usted? (aparte.] ¡Qué triste está! (alto] ¿No ha prometido usted al padre de Matilde que acompañaría usted á su hija hasta dejarla en su poder en Madrid?

Joaquin, [confuso.)

Sí, señora, pero.....

Eloisa.

¿Ha logrado usted convencerla ya? ¿Nos deja tambien?

Joaquin.

No, señora; se empeña en permanecer al lado de usted.

Eloisa, (con intencion)

Ah!..... Y usted..... ¿usted se vá?

Joaquin.

Sí. señora Ya vendré á despedirme de ustedes. Hasta luego. [Saluda y se vá.)

Blanca, [aparte.)

¡Se vá..... ¡Ay, Dios mio! ¡Eran demasiada felicidades en un solo dia! [Llora, y se sienta en el canapé, al fondo, á la izquierda.)

ESCENA X.

Eloisa.—Blanca.

Eloisa, [aparte, con alegría.)

Joaquin está violento, como avergonzado cerca de mí..... Parecía que me pedía perdon por alguna falta, al ser desgraciado.... ¡No hay nada mas que la vuelta de un rival feliz que pueda dar ese desfallecimiento al corazon del hombre.. Sí, sí, esto es.... Joaquin me oculta su

pena.... Blanca y Clemente me ocultan su alegría.... ¡Dios mio! Yo quiero saberlo todo.... Yo podré soportar esta felicidad inmensa.... pero lo que no puedo sufrir es esta esperanza loca.... La alegría de mi hija.... (notando que Blanca enjuga las lágrimas de sus ojos.) ¡Oh! ¡Desventurada de mí! ¡Llora! ¡Lágrimas aun!....¡Nada, nada! Mi esperanza fué una ilusion [con desfallecimiento.] ¡Me he equivocado! [Se deja caer sobre un sillon, á la derecha.]

Blanca. [corriendo á ella.]

Mamá, mamá! ¿Sufre usted? ¡Dios mio! [la coje las manos.) Que frias tiene usted las manos! ¿Se siente usted mal? ¿Quiére usted que....

Eloisa, [de repente, mirándola con fijeza.

Blanca! [con autoridad.) ¿Porqué estás llorando?

Blanca, [aturdida.]

Pero, mamá,—— desde que.... que mi hermano se fué.... yo no puedo despedirme de nadie sin llorar....

Eloisa, (mirando sus vestidos de luto.)

¡Dios mio!..... Yo estoy loca..... Pregunto porqué llora..... Pero ¿de quién te has despedido tu, Blanca, para llorar así?

Blanca, [confusa.)

De Joaquin.....

Eloisa, [aparte.)

Ah! Es verdad! Le ama! Yo lo habia olvidado.... ¡Pobre hija mia!.... Joaquin se vá..... Blanca llora..... [de pronto, con alegría.) Pero es por eso.... nada mas que por eso..... ese llanto... (alto) Blanca! (bajo) No, no; la causo miedo.... no dirá nada.... [se levanta] ....¡Que esperanza, Dios mio! Voy yo misma á leer de nuevo el despacho en que se me dieron todos los detalles de aquella muerte horrorosa..... Sí, sí, quiero leerlos mil veces.... (Vá á la mesa, á la izquierda, y busca en el pupitre) [alto:] ¿Cómo? ¿No está aquí? ¿Quién ha cogido la llave del cuarto de.... (revuelve.) Yo la había dejado aquí. ¿La has cogido tú?

Blanca, [confusa.)

¿Qué decía usted, mamá?

Eloisa, (impaciente.]

Que si has cogido tu de aquí la llave del cuarto de.... tu hermano.

Blanca.

¿La llave? Usted la guarda siempre en su escritorio..... yo lo sé..... Mamá, por Dios, no soy yo quien la ha cogido.

Eloisa, (alarmada.)

¿Qué tienes? ¿Qué es eso? ¿Tienes como aire de justificarte.....

Blanca.

¿De justificarme?

Eloisa, (aparte.]

Es ella quien la ha cogido..... ¿Porqué? ¿Para qué?..... Hice mal en decir á Clemente que se fuera..... Bah! Clemente á mentir tambien..... Pero yo sabré adivinar la verdad.... [alto.] Blanca: necesito esa llave: vete á pedirse-

landClemente. [aparte.] No, no, porque te á ría lugar de concertarse con él, [llamando en alta voz.] ¡Clemente, Clemente!

Blanca, [azorada.)

Yo iré á buscarle.

Eloisa, (vivamente.]

No. no; ya me ha oido. [aparte] Comprendo..... Quería prevenírle.... [alto, á Blanca] Hija mia: procura detener á Joaquin un dia mas con nosotros. Tengo que pedirle un favor.... Si, si: que se detenga solo un dia, ¿has entendido?

Blanca.

Sí, mamá.

Eloisa.

Vete á buscarle, Blanca; vete. (Aparte.) Si puedo contenerme, yo lo sabré todo.

Blanca.

Voy, mamá. [A Clemente que entra.]

Yo no he dicho nada todavía; sea usted prudente. [sale.)

ESCENA XI.

Eloisa.—Clemente.

Eloisa, [resuelta.)

Cierre usted la puerta.—(Mirándole fijamente.) Clemente: ¿qué nuevas noticias hay de mi hijo?

Clemente. [azorado.)

Señora!..... Yo.....: ¿Quién ha dicho á usted semejante cosa?

Eloisa. (resuelta.]

Blanca!

Clemente.

¿Sí? Pues ha hecho mal la señorita

Blanca.... porque todo eso no es mas que un vago rumor, que causará á usted una falsa alegría.

Eloisa.

¿Qué quiere usted decir?

Clemente.

Sí, señora: hay algo de nuevo. (Eloisa se tambalea: Clemente la hace sentarse en el sillon, á la derecha.].....y si usted estuviera tranquila..... si pudiera usted estar tranquila.... yo se lo diria á usted todo....

Eloisa. [haciendo un esfuerzo sobre sí misma.]

¿Todo?..... Clemente: míreme usted.... ¿estoy tranquila, completamente tranquila, sí ó no?

Clemente, (dudando.]

¡Hum! ¡Qué sé yo!.... De seguro, á la primera palabra que yo diga, usted se desploma, señora....

Eloisa, [impacientándose por grados.)

No.... ¡cuando digo que no!.... Va-

mos! Hable usted! Yo se lo suplico á usted, se lo ruego..... ¿quiere usted mas?.... Yo sé bien que es una felicidad imposible..... pero, desde que Blanca me hizo concebir esta esperanza..... lo he comprendido todo..... lo he aceptado todo.... ¡Hable usted!

Clemente, [sonriendo.]

¿Es decir que puedo confesar á usted toda la verdad?

Eloisa, (temblando.]

Sí, mi viejo Clemente, sí; toda la verdad..... Vamos ¿qué hay?

Clemente.

Lo que hay es esto solamente,—Un marinero, que ha llegado esta mañana á Cádiz, ha dicho que, por casualidad ha viajado últimamente con un señor.... con un jóven..... que se llamaba Don Luis de la Calzada..... Entonces le han contestado que cómo podía ser eso.... que nosotros éramos su familia..... que habíamos sabido positivamente su muerte..... que había perecido á manos de..... ya usted sabe, señora .....

Eloisa, (aparentando calma.)

¿Y qué?

Clemente.

El marinero ha contestado que no: que ha sido despues del suceso de los salvajes cuando han viajado juntos, y que no hace aun quince dias que se había separado de Luis, dejándole vivo, alegre, y siempre con buenas ganas de comer.....

Eloisa, [estallando de alegría.]

¡Vivo! ¡Luis! ¿y dónde le dejó?

Clemente, [confuso.]

¿Dónde?

Eloisa.

Sí, vamos acabe usted.... ¿dónde?....

Clemente, [tocándose la oreja.]

En..... [aparte.] ¡Diablo, diablo! En donde diré?

Eloisa, [exasperada.]

¿Acabará usted? ¿Dónde le ha dejado, donde, Clemente?

Clemente, [espantado.]

En Persia.

Eloisa, [colérica, levantándose, y pasando á la izquierda.)

Calle usted....! Eso que usted dice es una necedad, nada mas.... ¿En Persia..... hace quince dias....! Eso es imposible, Clemente!

Clemente.

Bueno, pero la culpa de todo es de usted, señora.... Usted me asusta,.... me aturde con sus arrebatos.... Quiere usted adivinar mas que lo que hay en realidad.... Me hace usted perder la cabeza....

Eloisa.

Clemente!.... ¡Dios mio.... ¡Qué idea!.... Calla, corazon mio, calla. [Llevándose las dos manos al corazon] ..... Si fuera.. ¿Le espera usted?

Clemente, (asustado.]

No, señora, no; nadie le espera aquí...

Eloisa, [anhelante.]

Quiere decir que mi hijo me ha escrito, ¿no es esto?

Clemente.

No, señora; no ha escrito á usted

Eloisa.

Habrá escrito á algun otro..... á usted, por ejemplo.... ¿no es esto?

Clemente.

No, señora, tampoco; no me ha escrito él; me ha escrito otro..... pero no puedo enseñar á usted la carta....

Eloisa.

¿Porqué?

Clemente, (dudando.]

Porque..... la verdad ..... yo no la he recibido.....

Eloisa. [con exaltacion.]

Ah!..... Me hace usted morir, Clemente..... Sin duda que me tortura usted de este modo por compasion hácia mí.... ¡Pobre Clemente!.... ¡Tiene usted razon!.... ¡Esta alegría es insoportable.... (cae desplomada sobre el sillon.]

Clemente, (corriendo á ella.)

¡Señora!

Eloisa, (llorando.)

¡Déjeme usted! ¡Déjeme usted!

Clemente, [aparte.]

Qué hacer, Dios mio!.... ¿Será preciso..... yo voy á llamar á todos, sí sí... [se dirije á la ventana.]

Eloisa, [levantándose.]

Pero.... ¿y si los hubieran engañado?..... ¿Si fuera preciso renunciar de nuevo á esta esperanza? No, no: la noticia es cierta.... Mi hija no me la hubiera dado á entender si no hubiese estado bien segura de ello.... ¡Oh, sí, sí.... ¡Creo en mi alegria..... ¡Esta alegría

delirante, que me enloquece, es un presentimiento es una prueba.... Dios no permitiría este sublime regocijo á una pobre madrecu yo hijo estuviera aun en la tumba.... No, no.... Si yo esperimento este gozo inmenso es porque mi hijo, mi Luis vive.... ¡Vive!.... Sí, yo lo sé.... yo lo siento en mi corazon ..... ¡Vive!.....

ESCENA XII.

Eloisa.—Matilde.—Clemente. (Matilde entra con viveza, y se detiene

Eloisa. [Aparte.]

Ah! ¡Es Matilde!.... Esta lo vá á descubrir todo.... Se ha peinado con mas coquetería.... se ha hecho los rizos como gustaban á Luis.... No hay duda: le espera. (alto, y dirigiéndose á Matilde ?Matilde?

Matilde, (sin atreverse á mirarla.]

Cálmese usted.... Esa dulce esperanza que conmueve á usted.... yo no me atrevo á creer todo lo que se me dice... Todas esas noticias son.... tal vez.....

Eloisa. [mirándola de frente.)

¿Porqué vuelves los ojos? ¿Porqué no me miras cara á cara?

Matilde, (titubeando.]

Es porque su vista de usted me oprime el corazon.... Esa emocion tan viva...

Eloisa.

Yo soy mas fuerte que lo que vosotros pensais.... Matilde..... Ya me tienes preparada para todo.... Vamos á ver... ¿Tu esperas á Luis, verdad?

Matilde.

¿Esperarle?.... No, señora, no: todavía no.

Eloísa, (impacientándose.)

eno!—Pero la alegría se revela en

todo en tí, te hace traicion.... Sí, sí.... el brillo de tus ojos.... ese rayo de luz.. (inspirada.) Matilde: Luis te ha visto: mi hijo vive..... mi hijo está aquí....

Matilde, (asustada.)

No..... no..... Cálmese usted, por Dios!....

Eloisa. (exaltada.)

¿Qué no está aquí Luis? ¡Tu mientes!

Matilde.

¡Juro á usted....!

Eloisa.

No jures.... Tu mientes... ¡Tú lo has visto ya....

Matilde.

Pero, ¿qué es lo que puede hacer creer á usted semejante cosa....

Eloisa, (llorando.)

Tu alegría..... tu hermosura misma.... el brillo de tus ojos.... Tu le has

visto.... Luis está aquí..... ¡Aquí, Dios mio!

Matilde.

Pues bien.... sí.... le he visto.... está en Cádiz..... pero usted no puede verle hasta mañana.....

Eloisa, [fuera de sí.]

¿Hasta mañana?..... ¡Mi hijo!..... ¡Calla, Matilde, calla!..... No te oigo ya..... (recorre la escena riendo y llorando.] No oigo nada ni á nadie. (Blanca y Joaquin entran por la puerta del fondo y vienen á Eloisa, para calmarla.).... ¡Atrás, atrás todos!.....¡Luis, Luis, hijo mio..... ¡ven!.... Yo sé que tu estás aquí..... ¡Ven, ven!.... ¡Luis!

Luis, (sacudiendo la puerta de su cuarto, pero sin aparecer aun.)

¡Mamá! ¡Mamá!

Eloisa, (espantada de alegría.)

Gran Dios!.... ¡Su voz!.... (cae desplomada en los brazos de los que la rodean.—En este momento, Luis abre la puerta de su cuarto, aparece en ella, pe

ro á la vista de su madre desmayada, se detiene.)

ESCENA XXII.

Luis.—Joaquin.—Eloisa [empezando á volver en sí.)—Blanca.—Matilde.—Clemente

Luis, (temblando.]

No me atrevo.....

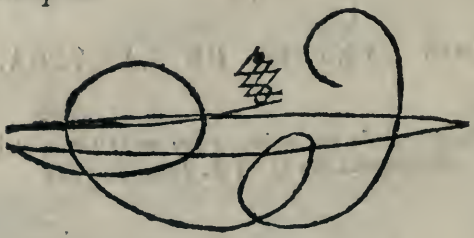
Matilde, (á Luis.)

¡Animo.

Eloisa, (volviendo en sí completamente.)

¡Dios mio! (Luis se lanza á su madre, y estrecha su mano derecha entre las suyas. Eloisa le rechaza con un gesto de espanto lleno de ternura,—Luis cae de rodillas delante de ella.—Eloisa le contempla un instante, estática de alegría, luego

Esta Comedia es propiedad legítima de su Editor, quien pondrá su firma en todos los ejemplares, y perseguirá ante la ley al que la reimprima.



PERSONAS.	ACTORES.
Estanislao.	*Sr. C. Latorre.*
Cristina.	*Sra. J. Baus.*
Miguel.	*Sr. A. Guzman.*
Guillermo.	*Sr. M. Casanova.*

Nota del autor. El papel de *Miguel* no debe tomarse en el sentido de tonto: eso seria destruir todo el efecto del papel y de la obra. El actor que se encargue de desempeñarlo conocerá sin duda que la verdad está en darle cierta mezcla de sencillez, candor y sensibilidad: en una palabra, es un *gracioso* que hace llorar.

El teatro representa el interior de un jardin, terminado en el tercer bastidor por un cercado. Puerta de entrada en el fondo. A la izquierda del espectador, en el segundo bastidor, la puerta de la posada, una mesa y dos sillas: á la derecha un cenador, una mesa de piedra y un banco de césped. En el fondo, fuera del jardin, una montaña que domina el teatro.

MIGUEL Y CRISTINA.

ESCENA PRIMERA.

ESTANISLAO Y GUILLERMO. (1)

Est. Marchad al cuartel, si quereis: yo tengo relaciones en el pueblo, no me faltará alojamiento. (2) ¡Hola! ¿Dónde estan tus amos? ¿El comandante de esta plaza es algun monigote como tú?

Guill. No señor: ahi está el ama.

Est. Muy bien. Orden del dia: un buen almuerzo, dos botellas de vino, y dile á tu ama que venga á hacerme compañía; tengo que hablarla...

Guill. Pero puede que el ama no quiera

(1) *Óyese al levantar el telon una marcha militar. Guillermo sale de la posada á escucharla. Estanislao baja de la montaña, la mochila á la espalda y el fusil al hombro.*

(2) *Á Guillermo.*

recibir... asi... sin saber el nombre de la persona...

Est. Estanislao, soldado.

Guill. Nada mas que...

Est. Sí; soldado, y polaco; esto basta... con este nombre puede uno presentarse en cualquier parte, y entrar... *idem.* ¡Recluta, marcha!

ESCENA II.

ESTANISLAO.

A nadie veo por aqui... ni criada, ni moza de posada. La pobre Cristina... ¿estará aqui todavia? Mucho lo dudo; pero el ama de la posada podrá darme algunas noticias... ¡Uf! ¡vaya una marcha! ¡diez leguas en una mañana! Trepando montañas, y... Pero los que íbamos persiguiendo han andado mas listos que nosotros: escepto algunos balazos perdidos, imposible alcanzar á decirles dos palabras. Vamos, está visto: es gente poco amiga de conversacion. (1) Por la primera vez de mi vida se me figura que me

(1) *Dejando la mochila sobre la mesa.*

pesa este mueble: por fuerza han de ser estos malditos billetes de banco... hasta ahora nunca habian entrado en mi mochila...

Y aunque poco acostumbrados
á hallarse en este lugar,
es preciso confesar
que no estan mal empleados.
Lleguen, pues, los desgraciados,
y enjuguen el triste lloro,
que tengo en este tesoro,
y en el que en la vaina encierro,
para defenderlos hierro,
para socorrerlos oro.

¡Pobre coronel! Aun me parece estarlo viendo tendido en el campo de batalla! *Toma*, me dijo: *yo no tengo padres, ni familia, ni... no quiero que me herede el enemigo: ¡toma esta cartera para que te acuerdes de tu coronel!* ¡Voto va el...! No eran esos papelucos lo que yo necesitaba entonces ¡sino cartuchos, cartuchos! y desde aquel dia no he tirado un balazo al enemigo que no haya sido en memoria suya.

ESCENA III.

ESTANISLAO Y CRISTINA.

Cris. (1) ¿Estanislao dices...? ¿un soldado? ¡Dios mio! ¿Dónde está?

Est. ¡Hola! Parece que viene el ama.

Cris. (2) El es. ¡Ah señor! ¡Con cuánto placer vuelvo á veros!

Est. ¡Pues y yo, no es nada!

Cris. Cuando supe que vuestra division atravesaba este pais, dije: lo volveremos á ver, ó nos dará noticias suyas. ¿Os quedareis algun tiempo con nosotros?

Est. Dos horas lo mas. Lo preciso para tomar aliento, y adelante con la mochila á cuestas.

Amor y amistad con tiento
el soldado tomará;
porque luego el sentimiento
hay que arreglar, segun va
la marcha del regimiento.

Cris. ¿Y la herida? ¿Os habeis resentido de ella?

Est. Nada, prenda, nada. Si me curás-

(1) *A Guillermo.*
(2) *Viéndolo, y corriendo á él.*

teis con tanto esmero, que... Vaya, que si no es por vos me parece que voy al hoyo. ¡Vaya, vaya! Un mes entero me tuvísteis... sí, un mes largo.

Cris. No hablemos de eso: tambien vuestra presencia en estos sitios nos salvó de muchas desgracias: á no ser por vos tal vez hubieran quemado esta casa; y yo que era entonces la criada, no seria ahora el ama.

Est. ¡Cómo es eso, señora Cristina! ¡Vos sois el ama!

Cris. Es una historia que ya os contaré: la posada, el jardin y sus dependencias, todo es mio: juzgad cuál será mi dicha al comtemplar que es en mi casa donde os recibo. ¿Quereis probar mi vino? (1)

Est. ¡Pues no he de querer! con la condicion de que entre tanto me habeis de contar vuestra historia. Nunca se escucha mejor que bebiendo.

Cris. Ya sabeis cuán desgraciada era yo: huérfana, sin bienes, precisada á servir á Madama Ruder, la antigua posadera, que era tan mala...

(1) *Hace señas á Guillermo para que traiga una botella.*

Est. Y que vendia tan mal vino. Siempre me olió mal esa muger.

Cris. Pues señor, unos cuatro meses despues de vuestra marcha, un soldado que volvia al pais pregunta por mí, y me dice: señora Cristina, aquí teneis estos seis mil francos de parte de un amigo que solo os pide que seais feliz: á Dios. Y marchó sin tomar siquiera un vaso de vino. Desde entonces no lo he vuelto á ver.

Est. ¡Viva! Si aquel húsar tenia cara de hombre honrado.

Cris. ¡Cómo! ¡un húsar! ¿Y de dónde sabeis que era un húsar?

Est. Yo... sí... ¡Toma, si me lo habeis dicho!

Cris. No, yo no lo he dicho. ¿A quién debo tanto beneficio? Responded: ¡callais! Ya lo sé, á vos: vos solo sois capaz de...

Est. ¡Qué he de ser yo! Si yo no...

Cris. Confesadme que vos habeis sido, ó de lo contrario renuncio á todo. Yo no me avergoncé de aceptar vuestros beneficios, ¿y vos os avergonzais de habérmelos hecho?

Est. Pues bien: sí, yo he sido; á mí me los debeis, ó más bien á mi coronel: al morir me dió su cartera: yo me en-

contré en ella doce mil francos, que repartí de este modo: seis mil para vos, y seis mil para mi padre: la mitad á quien me habia dado la vida, y la otra mitad á quien me la habia conservado, nada mas justo. Encargué á uno de mis camaradas que os lo viniese á traer, y lo demas fui yo mismo á llevarlo: pero mi padre... soldado antiguo... inválido viejo...

Cris. ¿Qué?

Est. Ya no necesitaba dineros... ya no estaba en el servicio... se fue á recibir su paga allá arriba (1). Vaya, vaya, no hablemos mas de esto: acabad vuestra historia, y yo mi botella. Ya adivino que habeis comprado esta casa.

Cris. Que estaba tan mal servida, tan abandonada, y que yo, á fuerza de zelo y trabajo, he convertido en la mejor posada del canton.

Est. Me alegro: vos mereceis ser dichosa.

Cris. ¡Dichosa!

Est. ¡Sí señora, voto á sanes! Y la persona que vos querais elejir para... pues, ¡qué demonios! pecho al agua: cueste lo que costare, esta es una trinchera que es preciso tomar á la bayoneta.

(1) *Enjugándose los ojos.*

Ea, señora Cristina, hace un año que sois mi cabo-escuadra, á lo menos yo siempre os veo á mi lado, lo mismo en el campamento que en medio del fuego. Yo tengo dineros, y no sé qué hacer de ellos: tengo un corazon que todavia á nadie se ha entregado, un brazo que á nadie se ha vendido: todo lo pongo á vuestra disposicion: vaya, ¿me quereis?

Cris. ¡Cómo! Señor Estanislao, ¿será posible...

Est. ¿Quereis casaros conmigo? sí ó no, pronto: no estamos aqui mas que dos horas, y no es cosa de perder tiempo.

Cris. No sé cómo manifestaros mi gratitud, pero eso que me proponeis es imposible; primero es preciso tiempo para amarse.

Est. ¡Calle! ¿Y qué, vos no me amais?

Cris. Pero...

Est. ¿Me amais? sí ó no.

Cris. Pero por Dios...

Est. Nada, poca parola: respondedme terminantemente una de dos, sí ó no.

Cris. ¡Ea, pues bien! No.

Est. ¡Cómo es eso! ¡vos no me amais! ¡á mí, á vuestro amigo, á un hombre que iria á arrojarse por vos á la boca de un cañon, á un hombre que os

quiere todavía mas que á su pobre coronel! ¿Y por qué no me amais? ¡Pues yo bien os amo á vos, y eso que me tratais con mas dureza que un cabo suizo á un recluta!

Cris. No ignoro cuánto habeis hecho por mí, y jamas lo olvidaré; pero veo que no lo merezco, y os lo voy á devolver todo.

Est. ¡Devolvérmelo! ¡no me faltaba otra cosa! ¡voto á sanes! ¡esta muchacha ha jurado matarme á pesadumbres!

Cris. Pero á lo menos escuchadme.

Est. No quiero escuchar.

Cris. ¡Estanislao!

Est. No quiero.

Cris. Querido amigo.

Est. Eso es otra cosa; veamos.

Cris. Decidme, ¿y si eso que me pedis no dependiese de mí? ¿si antes de conoceros hubiera yo amado á otro?

Est. ¡A otro! No habia yo caido en eso: ¡amabais á otro!

Cris. Pues bien, si fuese asi, ¿qué diriais?

Est. Diria... diria... que se guarde ese otro, porque si yo lo encuentro...

Cris. ¿Qué le hareis?

Est. Nada, matarlo.

Cris. ¿Y por qué lo habeis de matar?

Est. Por tener ese monigote el atrevimiento de amaros.

Cris. ¿Y si él no me amase?

Est. ¡Ah! eso es otra cosa. Pero tambien es desvergüenza no amaros, con ese talle, esos ojos, esa chispa: si hubiera alguno que tuviese el atrevimiento de no amaros...

Cris. ¿Tambien le matariais?

Est. Es decir... no... ¿pero cómo se arregla eso?

Cris. Nada es mas sencillo.

Tres años ha que dejé
la casa donde nací:
¡de un primo me despedí!
con quien niña me crié.
Yo entonces, incauta fé
á sus juramentos daba.
¡Qué diferencia! él estaba
un amor que no sintió
diciéndome siempre; ¡y yo...
sin decírselo, le amaba!

Est. ¡Ah! vos no le habeis dicho...

Cris. Jamas. Eramos los dos demasiado pobres para pensar en casarnos; pero asi que me vi, gracias á vuestra generosidad, con esta fortuna, le escribí que si queria gozar de ella viniese al instante, al instante, á casarse conmigo.

Est. ¿Y qué?

Cris. No ha venido, y eso que estoy segura de que recibió mi carta. Entonces compré esta posada, me establecí en ella, y perdí la esperanza de volver á ver á mi primo.

Est. Y una vez que os ha engañado;
que ya con él no contais;
para ser en vuestro estado
feliz, decid, ¿qué esperais?

Cris. Espero... haberle olvidado.

Est. Cristina, sois una muchacha honrada: veo que no habeis querido engañarme. ¿Con que todavia eso está ahi? (1) ¿aun no se ha marchado?

Cris. No...

Est. Bien, estamos corrientes. Yo volveré mas tarde. Prometedme solamente que si le olvidais no ha de ser nadie sino yo...

Cris. (2) ¡Oh! yo os lo juro.

Est. No hay mas que hablar. Vos sereis madama Estanislaa.

Voces. (3) ¡Hola, eh, mozo, muchacho!

(1) *Señalando el corazon.*
(2) *Con viveza.*
(3) *Los bebedores dentro.*

Cris. ¡Qué estruendo! ¿No lo escuchais? Voy á ver qué quieren.

Est. Sí, marchad, que yo espero aquí.

Cris. Vos en vuestra casa estais.

Est. ¡En mi casa! Esa no pasa.

Cris. ¡Cómo!

Est. Es vuestra. Y yo seria mas dichoso si esta casa fuera vuestra... y fuera mia.

ESCENA IV.

ESTANISLAO Y MIGUEL. (1)

Mig. Perdonad si me cuelo así sin ceremonias. Señor soldado, ¿podreis enseñarme el camino que va al pueblo?

Est. Vaya un torpe, que no sabe dónde está el camino real. ¡Calle! ¿No es Miguel, el que estaba hace un mes en aquella granja, á treinta leguas de aquí? ¡Qué! ¿Ya no me conoceis? (2)

Mig. Sí, sí señor, ya me acuerdo. Vos sois del regimiento que rechazó al enemigo aquel dia que os estuvísteis batiendo junto á nuestra granja. Allí estábamos todos. ¡Válgame Dios, qué fuego!

(1) *Con un lio en la punta de un palo.*
(2) *Dándole la mano.*

Est. Se me figura que pasásteis un buen cerote.

Mig. ¡Ya! Cuando uno no está hecho, y se bate de aficionado...

Est. Y ya, segun veo, no sois mozo de de la granja...

Mig. No, señor soldado... ya no soy trabajador; soy paisano. He tenido proteccion, y... Pedro Durand ha sido, un celador de casa, el que me ha hecho dar un empleo civil: estoy en las Puertas, y seré guarda-á-caballo... asi que tenga caballo.

Est. ¿Aun no teneis...

Mig. Menos que nunca.

Est. ¿Cómo es eso?

Mig. ¡Toma! que esta noche pasada caí en las uñas de una partida de húsares, que me quitaron cuanto tenia: desde entonces no he parado de correr hasta aqui.

Est. ¿De manera que aun no habreis tenido tiempo de pensar en el almuerzo?

Mig. Sí señor, lo que es pensar... pero... ciertos obstáculos me impedian entrar en esta hermosa posada.

Est. ¡Voto va! ¿No es mas que eso? Vengan esos cinco; no hay miedo; yo pago: almorzaremos juntos. ¡Eh, muchacho!

Mig. ¡Ay, señor soldado! ¡qué generoso... ¡con que vos pagais!

Est. ¿Y qué tiene de estraño?

Mig. No... nada: lo estraño seria que pagase yo; pero no quisiera que por mí gastáseis dinero.

Est. ¡Voto va! ¡si he dicho que no hay miedo! Yo estoy en mi casa. ¡Muchachos! Estan ocupados... lo mas pronto es que vaya yo mismo. Sentaos ahí: necesitais descansar: yo vuelvo al instante con... ¡á Dios, veterano!

Mig. Con Dios, señor soldado.

ESCENA V.

MIGUEL. (1)

Al principio no me gustó mucho este encuentro, porque... bien me acuerdo de este polaco... es mas bruto que un... pega un sablazo con la misma frescura que le daria yo un espozalo á mi caballo... si lo tuviera. Pero ya parece que se ha enmendado... paga el almuerzo... y no me viene mal, porque ya no puedo con el hambre y la fatiga. Yo le pagaré este favor cuando haya hecho

(1) *Sentado en el banco de césped.*

fortuna... que yo la he de hacer... sin remedio. Bien decia Pedro Durand: casarse es una zanganada... porque entonces... abur, amigo... *resquien eternam*... no adelanta un hombre, ni... se vejeta... y nada mas... (1) Estando libre... haré fortuna... ¡Pero que siempre ha de venir aquel recuerdo á entristecerme!... ¡que no he de poder... olvidarme... olvidarme... de aquella... de aquella... (2)

ESCENA VI.

MIGUEL (3), CRISTINA (4) Y GUILLERMO.

Cris. Eh: vamos á serviros aqui el almuerzo. (5) Guillermo, despáchate á traerlo, y cuida que el señor Estanislao y su amigo esten bien servidos. (6)
Mig. (7) Cristina... Cristina...
Cris. (8) ¿Quién me ha nombrado? ¡Dios

(1) *Empieza á dormirse.*
(2) *Se duerme.*
(3) *Dormido.*
(4) *Con platos, servilletas &c.*
(5) *A Guillermo.*
(6) *Vase Guillermo.*
(7) *Soñando.*
(8) *Volviéndose.*

mio! ¡qué he visto! ¡él es! (1) ¡Miguel...

ESCENA VII.

Los anteriores y ESTANISLAO. (2)

Est. Aqui estoy yo, que vengo de la bodega. ¡Cuerpo de Cristo! ¡qué columna en batalla! ¡vaya una tropa! Pero yo he avanzado y he roto la línea, trayéndome estos prisioneros, que no pienso darles cuartel (3). Os ayudaré á poner la mesa. ¡Calle! ¿qué es esto, prenda? ¡os tiembla la mano!

Cris. ¡A mi!... No... nada...

Est. ¡Voto va! ¡Cuando digo que os tiembla! ¡Estais agitada, conmovida! ¿Será por lo que os dije antes, no es verdad? Vaya, no es mala señal. Ea, sentaos aqui, nos hareis compañía.

Cris. No, no puedo; hago falta allá dentro: Guillermo estará aqui, y yo tambien vendré de cuando en cuando, por si falta alguna cosa.

(1) *Yendo á él.*
(2) *Con una cesta de botellas.*
(3) *Deja la cesta en tierra.*

Est. Sea en buen hora. (1) Camarada, en marcha. (2)

Mig. (3) ¡Ay! ¡qué es esto! ¡los húsares!

Est. ¡Qué húsares! El almuerzo.

Mig. ¡Ay qué lástima!

Est. ¿Cómo qué lástima?

Mig. Sí, porque me habeis dispertado en el momento en que era ya primer gefe de Puertas; iba yo en choche á un convite...

Est. (4) ¡Hola! ¡coches... convites! Parece que vais tomando humos...

Mig. Y vos...

Est. Yo no tengo mas que el de la pólvora: estoy por lo positivo. Sentémonos (5). Pues un guapo muchacho como vos, con esas ideas y esa estampa, puede hallar una buena boda en el pueblo.

(1) *Dando una palmada á Miguel, que está dormido.*

(2) *Cristina se retira al fondo, apareciendo á ratos, de modo que oye la escena siguiente.*

(3) *Despierta asustado.*

(4) *Sentándose á la mesa.*

(5) *Estanislao frente al espectador, Miguel á su derecha, dando la espalda á Cristina.*

Mig. Ya se ve que no me faltaria; pero en mi situacion, ya veis, no debo casarme.

Cris. (¡Qué querrá decir!)

Mig. Ademas que, á decir verdad, tampoco puedo disponer de mí: hay una persona en el pais á quien prometí dar la mano de esposo.

Est. ¡Oiga! ¿Y quién os lo impide? (1)

Mig. (2) Hay razones de familia.

Est. Eso es otra cosa: ya nada pregunto. (3) A vuestra salud.

Mig. Y no se hallará otra mejor, porque aunque hace tiempo que no la he visto, era tan afable, tan linda... ¡la amaba yo tanto! Pero cuando iba á decidirme, me acordé de la carrera que podia yo hacer: ¡toma! ¡ya se ve! ¡un empleado! ¡un hombre público! Estas ideas siempre impiden...

Est. Ya entiendo: impiden que sea uno hombre de bien.

Mig. ¡Señor soldado, qué es lo que estais diciendo!

Est. ¡La verdad, voto á cribas! Cuan-

(1) *Cristina se acerca, y escucha atenta.*

(2) *Comiendo.*

(3) *Bebiendo.*

do uno ha prometido algo á una muger, ó á su coronel, que es lo mismo...

Aunque repugne esa union
vuestra fortuna cambiada,
nunca á una palabra dada
para faltar hay razon.
¿Quién hay de tan bajo aliento,
qué pecho tan inferior,
que tenga el atrevimiento
de anular un juramento
hecho en brazos del honor?

Crist. (¡Oh alma noble!)

Mig. Pero decidme, señor soldado, ¿y si casándome con ella no tuviera esperanzas de hacerla dichosa?

Est. Eso es otra cosa. Entonces no se la engaña por mas tiempo: se le escribe la verdad. "Señorita fulana, tomo la pluma para confesaros que ya no os amo: con que así no teneis que esperarme, y podeis por vuestra parte casaros con otro, si os conviene. Vuestro, Miguel." Así se porta uno cuando tiene principios y honradez.

Mig. Es verdad, solo que yo no escribiria eso nunca.

Est. ¿Cómo no? ¡voto al demonio!

Mig. Sí señor, lo escribiría, señor soldado; pero quiero decir que lo com-

pondria de otro modo. Le diré que no la amo, una vez que asi lo mandais; pero nunca podré decirle que ame á otro.

Est. ¿Y por qué?

Mig. ¡Porque eso me daria una pena...

Est. ¡Cómo es eso!

Mig. Pues bien, no señor, no me daria pena: si yo estoy á vuestra disposicion; y despues del almuerzo que me habeis dado seria una ingratitud... (¡Ay qué hombre!)

Est. ¡Hola, mozo! (1) Traed tintero y papel.

Guill. En esa pieza hay recado de escribir.

Est. Ea, camarada, manos á la obra, y en seguida beberemos una copa de aguardiente: nada hace tanto provecho al estómago como tener sobre la conciencia una buena accion... y una copita.

Mig. Bueno: vereis cómo soy digno de beber con vos.

Est. Enhorabuena. (2)

(1) *Cristina se retira, y hace señas á Guillermo para que llegue.*

(2) *Miguel entra en la pieza de la derecha. Cristina baja á la escena.*

ESCENA VIII.

ESTANISLAO Y CRISTINA. (1)

Est. (2) ¡Estos mozalvetes, qué trabajo cuesta hacerles llevar el paso! (3) ¡Calle! ¿qué teneis?

Cris. Nada, no es nada. (¡Que no pueda una contenerse! Pero yo tendré firmeza y valor.) (4) Estanislao, ¿vos me amais?

Est. ¿Que si yo os amo? ¡voto al diablo! mas que nunca.

Cris. Pues bien, yo... yo no sé lo que siento: ¡una rabia! ¡un despecho! ¡qué feliz seria si pudiese humillarlo... vengarme! Y... casi me parece que os amo.

Est. ¡Cómo! ¡será posible! ¿No os dije yo que eso vendria con el tiempo?

Cris. Pero con todo, no me atrevo á daros palabra.

Est. No importa, lo principal está hecho.

Cris. Hace poco que me ofrecisteis vuestra mano.

(1) *Enjugándose las lágrimas.*
(2) *Sentado.*
(3) *Ve á Cristina.*
(4) *Enjugando los ojos.*

Est. (1) ¿La aceptais?

Cris. Todavia no: dentro de poco marchais, y... pero no seré de otro sin vuestro consentimiento, sin vuestro permiso; yo os lo prometo, y dentro de un mes, ó cuando volvais, seré vuestra esposa.

Est. ¿Me lo jurais?

Cris. Sí, os lo juro, con una sola condicion.

Est. ¡Dale! ¡siempre condiciones! Vaya, veamos, ¿y cuál es?

Cris. Que desde este momento os habeis de llamar mi marido.

Est. (2) ¡Cómo!

Cris. Sí, no habeis de llamarme sino vuestra muger.

Est. ¿Pero por qué?

Cris. No sé. En fin, vos sois dueño de rehusarlo si la condicion os parece rigorosa.

Est. Nada de eso: un poco original; pero adelante: soy vuestro esposo.

Cris. (Aqui viene.)

(1) *Con viveza.*
(2) *Admirado.*

ESCENA IX.

CRISTINA, ESTANISLAO Y MIGUEL.

Mig. (1) Tomad, señor soldado, y espero que quedareis satisfecho de mí: no podeis sospechar lo que contiene esta carta. (2) ¡Dios mio! ¡qué sorpresa!
Cris. (3) ¡El es!
Mig. ¡Es Cristina!
Est. (4) ¿Qué quiere decir esto?
Cris. Nada... un primo que no veia hace mucho tiempo.
Mig. (5) ¡Qué linda está! ¡cómo me palpita el corazon al verla!
Cris. Mucho nos alegramos de verte por aqui. (6) ¿No es verdad, marido?
Mig. (7) ¡Su marido!
Est. Sí, mucho, muger.
Mig. ¡Su muger! ¡cómo...
Est. Sí señor. (8) Esta es mi muger.

(1) *Con una carta.*
(2) *Ve á Cristina.*
(3) *Finge sorpresa.*
(4) *A Cristina.*
(5) *Guardándose la carta.*
(6) *A Estanislao.*
(7) *Sorprendido.*
(8) *Presentándosela.*

Cris. (1) Y este es mi marido.

Mig. (¡Dios mio! ¡qué oigo! ¡por qué he entrado yo en esta casa!)

Cris. Vaya, Miguel, ¿qué tienes? ¿no nos das la enhorabuena? Despues de tres años de ausencia, ¿no tienes nada que decirnos? Dame noticias del pais, hablame de tí, de tus asuntos, de tus amores, ¿cómo van?

Mig. ¡Van bien! Señora Cristina... (2) (¡Dios mio! ¡no me puedo tener en pie!)

Cris. ¿Qué tienes, Miguel?

Mig. Nada... no me siento bueno.

Cris. ¿Quiéres tomar algo?

Est. ¡Qué! Si acaba de almorzar, y cosa sólida. Ahora se despedirá de su prima, y se pondrá en marcha como un hombre.

Cris. ¡Pues qué! ¿nò se queda algun tiempo con nosotros?

Est. Tiene asuntos en ese pueblo... un empleo le está esperando.

Mig. Sí, creo que haré bien en marcharme: solo hubiera querido hablaros de un asunto de nuestra familia (3).

(1) *Presentándosele.*
(2) *Apoyándose en la mesa.*
(3) *A Cristina.*

Est. (1) Pues ya podeis empezar, que atendemos.

Mig. Si señor; pero es que...

Cris. Acaso no querrá confiarlo mas que á mí.

Est. (2) Es que no quisiera separarme de vuestro lado.

Cris. (3) Pues yo quiero que mi marido sea condescendiente.

Est. Eso es otra cosa. ¿Con que es preciso que el marido sea...

Cris. Si señor.

Est. Corriente. Una vez que me he alistado en ese regimiento, y que parece que esa es la consigna, me voy. (4) Me voy confiado en vuestra palabra: vos sereis mi esposa, ó no lo sereis de nadie sin mi permiso: me voy tranquilo. A Dios, esposa: pronto vuelvo.

ESCENA X.

CRISTINA Y MIGUEL.

Cris. Ya estamos solos. Vaya, Miguel,

(1) *Sentándose.*
(2) *Aparte á Cristina.*
(3) *Idem á Estanislao.*
(4) *Vuelve.*

¿qué tenias que decirme? ¿necesitas algo? ¿en qué podemos serte útiles mi marido y yo?

Mig. Yo no quiero nada de vos, ni de vuestro marido.

Cris. ¿Y ese asunto de familia de que querias hablarme?

Mig. No tengo asunto ninguno. Queria solamente daros las gracias por vuestra constancia, y no me atrevia estando él delante.

Cris. ¡Calle! ¡por mi constancia! ¿Me habia de estar soltera toda la vida por que al señor le dió la gana de no responderme?

Mig. Es que yo no me figuraba que teniais tanta prisa, y mucha era preciso tener para casarse con un hombre como ese.

Cris. ¿Y qué es lo que tiene de malo?

Mig. No hay necesidad de hablar tan alto. Tiene, que... en fin, ya se sabe lo que es un soldado: y este, tan bruto, tan zeloso, tan sin modales...

Cris. Aunque eso fuese cierto; yo estoy segura de que me ama, y no hace mas que pagarme lo que yo le quiero.

Mig. ¡Ah! ¡vos le quereis!

Cris. Si señor; lo quiero, lo amo, lo adoro: no estoy contenta sino á su lado.

Mig. ¡Pues bien! ¿quién os detiene? ¿quién os impide que lo esteis? Si creeis que ese hombre me causa zelos, os equivocais. Los tendria acaso de un amante fino y afable; ¡pero de un marido como ese! ¡Si es la mejor alhaja que he podido encontrar! Un hombre que bebe, que fuma, que se enfada por cualquier cosa, que sin duda os hará desgraciada... ¡lindo! eso es todo lo que yo deseo; al menos me veré vengado.

Cris. ¡Cómo es eso, señor Miguel! ¡os vereis vengado! ¡y de quién! ¿Qué mal os he causado yo? ¿es culpa mia que vos hayais rehusado mi mano? ¿en quién he pensado yo desde mi infancia? en vos. En cuanto adquirí esta fortuna, ¿á quién ofrecí mi corazon y mi mano? á vos. Yo decia: todavia no somos ricos, pero con trabajo y conducta podremos llegar á serlo; y á Miguel, que siempre ha sido algo ambicioso, le lisonjeará verse dueño de la primera posada del canton, y él se convencerá de que, por mas empleos que le ofrezcan, vale mas mandar en su casa, que obedecer en la agena. Y si logramos, con nuestra actividad y economía, hacer prosperar la casa, ¡qué

dicha, no deber su fortuna más que á sí mismo! ¡y qué vida tan feliz! El dia consagrado al trabajo; por la tarde la mesa rodeada de nuestros hijos y amigos. Los domingos vendrán todos los mozos del pais á bailar á nuestro jardin. Queridos de nuestros vecinos, estimados de los viajeros, amados de nuestros hijos, esta es la suerte que nos aguarda. Asi pensaba yo; estos eran los planes de felicidad que formaba para vos; ¿y es esto de lo que quereis vengaros?

Mig. ¡Dios mio! ¡qué desgraciado soy! ¡cuánta felicidad me esperaba! ¡y qué prisa la vuestra! ¡ah! ¡ahora conozco mas que nunca el tesoro de que me habeis privado!

Cris. ¿No le habeis renunciado vos mismo? ¿no acabais de escribir que lo habeis olvidado? En esa carta...

Mig. ¡Esta carta! ¡Ah! ¡Si supieseis... si pudieseis adivinar un secreto...

Cris. ¿Qué decis? ¡un secreto! ¿teneis algun secreto?

Mig. Si... pero ya no os lo puedo descubrir; ya estais casada.

Cris. No importa, yo quiero saberlo.

Mig. Si digo que ya no puede ser. Vos amais á vuestro marido, le adorais;

nada falta á vuestra felicidad.

Cris. ¡Nada falta! ¿quién os lo ha dicho?

Mig. ¡Cómo! ¡es posible¡ ¿no sois feliz? ¡vos, Cristina! ¡solo esta pena me faltaba! (1) Será muy záfio, muy regañon; ¡os pegará tal vez! ¡ah! ¿por qué no habeis esperado? yo me hubiera dejado llevar como un borreguito.

Cris. ¡Miguel, por nuestro antiguo cariño, yo os ruego que me descubrais ese secreto!

Mig. Una vez que lo deseais... (2) Ahí teneis mi secreto.

Cris. ¡Cielos!

Mig. En cuanto la leais, os dejo y me voy huyendo hasta el cabo del mundo.

Cris. (3) "Señora Cristina: yo soy ambicioso, pero honrado. Un buen hombre con quien acabo de hablar me ha probado que si ya no os amo, os lo debo confesar; tomo, pues, la pluma para deciros... que..." lo que sigue está borrado.

Mig. (4) Adelante, adelante.

(1) *En voz baja.*
(2) *Dándola la carta.*
(3) *Lee.*
(4) *Enternecido.*

Cris. (1) "Para deciros que... te amo siempre, porque nunca he podido escribir lo contrario, y ahora conozco que me es tan imposible pensarlo como escribirlo." ¡Dios mio! ¡es posible!

Mig. (2) Adelante.

Cris. (3) "Sí, mi querida Cristina, los malos consejos de Pedro Durand me han estraviado; pero yo no he dejado nunca de amarte, y ahora te amo mas que nunca, y me casaré contigo tan luego como tú quieras. Tu primo y futuro esposo.=Miguel."

Mig. (4) ¡Á Dios, á Dios: yo me voy!

Cris. ¡Miguel, aguarda un momento!

Mig. ¡Cómo! ¡y me deteneis despues de lo que habeis leido! ¡ya veis! yo os amo siempre.

Cris. Bien; ¿y qué importa eso?

Mig. ¡Y vuestro marido, que es tan zeloso! Si llegara á oler...

Cris. ¡Qué importa!

Mig. ¿Cómo qué importa? ¡Vaya! Os pegaria, y... ¡pegarle á mi Cristina!

(1) *Lee.*
(2) *Llorando.*
(3) *Lee.*
(4) *Tomando el sombrero.*

¡voto al demonio! (1) ¡Qué prisa habeis tenido! (2) ¡A Dios, Cristina! ¡á Dios, prima! (3)

ESCENA XI.

CRISTINA.

¡Con que se va! ¡se va! Si yo le dijera... ¡Y Estanislao, á quien he prometido... ¡Dios mio, aqui viene! (4)

ESCENA XII.

ESTANISLAO Y MIGUEL.

Est. Camarada, ¿dónde diablos vais por aqui?

Mig. Ya lo estais viendo: que me voy.

Est. ¿Y dónde teneis los ojos, que ya no conoceis el camino? (5) Por alli habeis entrado.

Mig. Es que tengo la vista un poco tur-

(1) *Mirándola con dolor.*

(2) *Tomando con viveza sombrero y baston.*

(3) *Entrase por la izquierda en la posada.*

(4) *Vase por el cenador de la derecha.*

(5) *Señalándole la puerta del fondo.*

bada. (No está por aqui: ¡ya no la veré mas!)

Est. Ah, mozo, ¿os habeis despedido de la prima? ¿le habeis dado un abrazo?

Mig. No señor: ¡ya no la abrazo yo!

Est. Lo mismo es, la abrazaré yo por vos. Con que... por ahí; el camino no es malo: buen viaje; á Dios, primo.

Mig. Con que á Dios, primo. (¡Y aqui los dejo juntos!)

Est. (1) ¡Calle! ¿Todavia no os habeis ido?

Mig. Si señor, me iba... solo que... aquella copita que me ofrecisteis...

Est. ¡Demonio, qué memoria tiene! Vaya... (2) Arriba, y despachad. (3) Hombre, esto no vale la pena de sentarse: de pie, de pie; asi baja mas pronto. (4) ¿Qué es eso? ¡arriba!

Mig. ¡Caramba, qué fuerte es!

Est. Ea, camarada, en marcha.

Mig. Si señor... me voy... pero... antes de marchar quisiera pediros una cosa.

Est. (¿Qué quiere decir esto? ¿por qué

(1) *Volviéndose.*

(2) *Toma la botella y echa dos copas.*

(3) *Miguel va á tomar una silla.*

(4) *Bebe su copa de un trago, y mira á Miguel, que prueba la suya.*

le costará tanto marcharse?) Vaya, veámos, ¿qué se ofrece?

Mig. Que... ya se ve... habia pensado...

Est. ¿Vais á tardar lo mismo para hablar que para beber una copa? Vaya, pronto, ¡paso redoblado! ¡marchen!

Mig. (1) Pues señor, digo que si quereis darme en vuestra casa una plaza de mozo de posada, no quedareis descontento de mi zelo: serviré por el cuarto y la comida, sin tomar salario.

Est. ¡Hola! ¿quieres quedarte de mozo de posada? Bien, veremos: te tomaremos á prueba, y aunque no pides salario, lo tendrás, yo te lo prometo.

Mig. (2) Muchas gracias, señor Estanislao; pero me lo decis de un modo... yo no trato de incomodaros: ademas, si no os acomoda...

Est. Si, si; pero primero es preciso saber si le acomoda á mi muger.

Mig. Oh, si señor; si no es mas que eso, podeis estar seguro de que no se opondrá.

Est. ¿Y por dónde lo sabes tú?

Mig. Porque... ella misma me dijo, hace un momento, que me quedase.

(1) *Hablando muy de prisa.*
(2) *Un poco asustado.*

Est. ¡Ah! ¡ella te lo ha dicho! (¡Cristina querrá burlarse de mí! ¡querrá engañarme! ¡ah! no puedo creerlo. Y lo que es este...) Oye: voy á buscar á mi muger, y á entenderme con ella: siempre es necesario. Entre tanto quédate en casa, con una condicion: que no has de hablar una palabra á Cristina: ¿entiendes?

Mig. Sí señor, entiendo.

Est. Y si ves algun monigote que le hace la rosca, y quiere... me avisas al instante, y yo le haré entenderse con este amigo (1). Esto te basta: á Dios.

ESCENA XIII.

MIGUEL, *y en seguida* CRISTINA.

Mig. Ya lo creo que me basta, y me sobra.

Cris. Ya se ha marchado.

Mig. ¡Es Cristina! ¡que no pueda yo hablarla! (2)

Cris. ¡Cómo es eso! ¿eres ya de casa? (3) ¿con que has renunciado á tu empleo,

(1) *Señalando el sable.*
(2) *Toma un delantal, y se lo pone.*
(3) *Miguel dice por señas que sí.*

á tus ideas de ambicion? (1) ¿Y te quedarás aqui siempre?

Mig. Se ha ido... no nos escucha... Sí, renuncio á la ambicion, me quedo á tu lado.

Cris. ¡Y podrás verme en brazos de otro!

Mig. ¡Al menos, te veré... Y cuando levante su mano para pegarte, yo me interpondré, y caerá sobre mí.

Cris. ¡Pobre Miguel!

Mig. En pago, solo una cosa te pido, una sola.

Cris. ¿Qué?

Mig. Que me permitas amarte.

Cris. ¿Te lo he prohibido yo acaso?

Mig. No., es verdad; y has hecho bien, porque me seria imposible. ¿Y tú, me amarás tambien?

Cris. No, Miguel, eso es imposible; yo no puedo ya disponer de mí.

Mig. ¡No puede ser! Pues bien, Cristina, no volveré á hablarte de esto: solamente, dame un abrazo, y que sea el último.

Cris. ¡Un abrazo! ¡qué diria Estanislao!

Mig. ¡Diga lo que quiera! ¡qué me importa! En fin, Cristina, ¿no hay medio de que tú me ames jamas?

(1) *Miguel por señas que si.*

Cris. Sí por cierto, hay uno solo.

Mig. ¿Cuál es?

Cris. Que le pidas á él su permiso.

Mig. (1) ¿Qué es lo que estais diciendo?

Cris. Si tal, esto ya depende de él; si el te lo concede, entonces...

Mig. ¡Cómo! ¡será posible!

Cris. Pero es preciso pedírselo.

Mig. (No hay escape, me mata sin remedio.)

Cris. Veré si me amas bastante para atreverte.

Mig. ¡Que si os amo! Al fin y al cabo, morir de pena ó de un sablazo, todo es morirse. ¡Ay Dios! ¡él es! Siento que todo mi valor... se me va.

ESCENA XIV.

Los anteriores y ESTANISLAO.

Est. Cristina... ¡ah! ¡estabais aquí! Os andaba buscando por la casa, y... no creí hallaros aquí mano á mano... (2) ¡Cristina! ¿huis de mí? ¿desconfiais de Estanislao? ¡Voto á sanes, que si

(1) *Asustado.*

(2) *Con sentimiento.*

fuera cierto no estaria aqui ni un minuto mas.

Cris. ¡Cómo podeis pensarlo! No, amigo mio; al contrario, deseaba veros, porque nunca he necesitado tanto como ahora de vuestra amistad.

Est. ¡De mi amistad! Con esa palabra me desarmará siempre. Vamos; me he enfadado sin motivo... (1) ¡Qué diablos siempre se me olvida que soy marido á cala!—Vaya, Cristina, perdóname, y para hacer las paces... dame un abrazo.

Cris. ¡Cómo!

Mig. (2) Andad, que se va á enfadar.

Est. (3) ¿Qué carta es esa?

Cris. ¿Esta carta? Es un billete amoroso.

Est. ¡Un billete amoroso!

Cris. Sí; acaban de entregármelo, y como yo no tengo secretos para vos... (4) leedlo.

Mig. (5) ¡Qué vais á hacer! ¡no se la dejeis ver!

(1) *Aparte á Cristina.*
(2) *Aparte empujándola.*
(3) *Viendo en el seno de Cristina la carta de Miguel.*
(4) *Dándoselo.*
(5) *Tirándola del vestido.*

Est. (1) ¡Un billete amoroso! (2)

Mig. (3) ¡Va á adivinar que es mia! ¡yo estoy perdido!

Cris. (4) Anda ahora, anda á pedirle el permiso; esta es la ocasion.

Mig. (5) ¡Sí, no es mala ocasion!

Est. (6) ¡Será posible! ¡cómo! ¡es ese á quien ella amaba! ¡á quien echaba de menos! ¡Sí, esto es amor, amor verdadero! ¡vaya, vaya! ¡ese pícaro la ama tanto como yo! (7) ¡Vamos! ¿qué me quieres?

Mig. Señor militar... yo no sé cómo empezar... á... porque tengo que deciros, ó mas bien que suplicaros...

Est. (8) Vamos, habla.

Mig. Voy, voy, señor Estanislao. Pues señor... yo no lo puedo remediar, mu-

(1) *Abriéndola.*

(2) *Lee para sí, y mira de cuando en cuando á Miguel.*

(3) *Temblando.*

(4) *Haciendo pasar á Miguel.*

(5) *Temblando.*

(6) *Leyendo, é interrumpiéndose.*

(7) *Vuélvese, y dirijese bruscamente á Miguel, que está á su lado, los ojos bajos y temblando.*

(8) *Bruscamente.*

chas veces no es uno dueño... y por esto no debeis enfadaros... pero yo creo... se me figura... que... que amo á vuestra muger.

Est. (1) Ya lo sé; adelante.

Mig. (2) (Vamos no lo ha tomado tan á mal como yo esperaba. Pero ahora ¡cómo le diré...)

Est. (3) ¡Vamos! ¿acabas?

Mig. Sí señor; voy, voy. Señor soldado, queria deciros si os será indiferente... no: no es eso lo que quiero decir... indiferente no os puede ser... pero... si queriais permitir que por su parte vuestra esposa...

Est. ¿Qué?

Mig. Me amase un poco, (4) un poquito nada mas. (5) ¡Ay pobre de mí! (6) ¡Calla! ¡nada responde! ¡cómo es que no se ha enfadado...

(1) *Hace un gesto de cólera: se contiene, y le enseña la carta.*

(2) *Siempre temblando.*

(3) *Con impaciencia.*

(4) *Con viveza.*

(5) *Retrocediendo asustado.*

(6) *Vuélvese temblando, y ve á Estanislao inmóvil y caviloso.*

Est. (1) ¿Y á mí es á quien lo pides?

Mig. (2) ¡Toma! ¡pues ya se ve! como que sois el interesado:..

Est. ¿Y quién te ha aconsejado que te dirijas á mí?

Mig. (3) ¿Lo digo? (4) Pues la misma Cristina me ha dicho que todo dependia de vos, y que sino era imposible.

Est. (5) (¡Bien! ¡muy bien!) ¡Cómo! Cristina sois vos...

Cris. Sí señor; pero no olvideis que sois dueño de negarlo, que teneis mi juramento, y que sea cual fuere vuestro mandato, estoy pronta á obedecerlo sin murmurar.

Est. ¡Sacrificarse sin murmurar! Mas acostumbrado estoy yo á hacerlo, ese es mi oficio. Miguel, vén acá. ¿Con que tú me pides permiso para amar á Cristina?

Mig. Sí señor, si es que no os incomodais..

Est. ¿Y me prometes hacerla feliz?

Mig. (¡Qué pregunta tan rara!) ¡Toma! haré lo que pueda...

(1) *Con frialdad.*
(2) *Con menos miedo.*
(3) *Mirando á Cristina.*
(4) *Cristina le hace señas que sí.*
(5) *Con dolor.*

Est. Pero tú nada tienes... nada posees... y Cristina es rica.

Mig. ¡Rica! Es verdad, ya no me acordaba.

Est. ¡Vaya! Toma esta cartera, y ve á ofrecérsela á Cristina: ya es tuya: casate con ella.

Mig. ¡Casarme con vuestra muger!

Est. ¡Mi muger! Jamas lo ha sido: ¡es un bien que no me pertenece! De este, al menos (1) puedo disponer.

Cris. (2) ¿Y pensais que hemos de aceptar... ¡lo único que os queda! Nunca... jamas... ¿no es verdad, Miguel?

Mig. (3) ¡Por supuesto! ¿no me habeis dado ya mas de lo que yo podia esperar?

Est. ¡Pues bien, hijos mios, pues bien! Como querais... pero guardádmelo... el dinero de nada sirve á un soldado. Cuando vuelva... ¡si es que vuelvo! me dejareis un sitio al lado de vuestro hogar. Entonces... Cristina, ¡ya me habré olvidado... Sí: viviré con vosotros, cuidaré de vuestros hijos, y les contaré mis campañas. Pero si, como

(1) *Mostrando la cartera.*
(2) *Rehusándolo.*
(3) *Llorando.*

creo, voy pronto á unirme con mi coronel, vosotros sereis mis herederos, y dispondreis de este dinero como os parezca. Solamente os ruego que cuande se presente á vuestra puerta un soldado herido... desgraciado... sin asilo... le recojais en nombre de nuestro cariño... y en memoria de vuestro antiguo amigo. ¡A Dios!... ¡á Dios!... ¡yo me voy!

Mig. y *Cris.* ¡Cómo! ¡ya nos dejais! (1)

Est. ¿No ois... la obligacion me llama, mi regimiento marcha. (2)

Cris. ¡Y qué! ¿sin abrazarme?

Est. (3) ¡Cómo nó! (4) Ahora me toca á mi decir... ¡si es que vos me lo permitis!

Mig. ¡Ah señor! (5)

Est. Este dinero es memoria
de un valiente militar

(1) *Oyese la marcha de la primera escena.*

(2) *Toma el fusil y la mochila.*

(3) *Volviendo.*

(4) *Va á abrazarla, se detiene, y mira con timidez á Miguel.*

(5) *Los tres se abrazan.*

que yo mismo vi espirar
en el campo de la gloria.
¡Oh mártir de la victoria!
¡Oh mi digno coronel!
tus deseos cumplo fiel,
sé testigo desde el cielo,
pues he tenido el consuelo
de hacer felices con él!
¡A Dios!... ¡á Dios por la última vez! (1)

Cris. ¡Corazon noble, inmortal!
Miguel, á mis brazos ven:
gocemos la dicha...
Mig. Ten:
nuestra dicha aun no es cabal.
Nuestra dicha está en un tris.
Falta un permiso.
Cris. ¡Que dices!
Mig. Que no seremos felices...
(2) si vos no lo permitis.

FIN.

(1) *Se desprende de ellos y parte. Continúa la marcha.*
(2) *Al público.*

CATÁLOGO

de las piezas dramáticas que se venden en la librería de Escamilla.

TITULOS.	*Actos.*	*Actrices.*	*Actores.*	*Precio.*
DE DON MARIANO LARRA.				
No mas mostrador.	5	2	8	6 rs.
Felipe.	2	2	4	4
DE DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.				
Marcela, ó ¿A cuál de los tres? . . .	3	2	4	6
Engañar con la verdad.	3	3	6	4
Los primeros Amores.	1	1	4	3
A la Zorra candilazo.	1	1	1	3
El Amante prestado.	1	2	4	3
Un Paseo á Bedlam.	1	1	4	3
Mi tio el jorobado.	1	3	3	3
La familia del boticario.	1	3	3	3
Poesías del mismo autor: 10 rs. rústica, 12 pta.				
DE DON VENTURA DE LA VEGA.				
El Tasso.	5	4	6	4
Acertar errando, ó el cambio de diligencia.	3	4	8	4
Shakespeare enamorado.	1	2	1	3
La Máscara Reconciliadora.	1	3	2	3

TITULOS.	*Actos.*	*Actrices.*	*Actores.*	*Precio.*
El Testamento. . .	1	1	4	3
El Gastrónomo sin dinero.	1	1	8	3
DE DON JOSÉ MARÍA DE CAÑERERO.				
El Afan de figurar.	5	2	4	4
La Cuarentena. . .	1	1	4	3
El Peluquero de Antaño y el de Ogaño.	1	2	4	3
El Pobre Pretendiente.	1	2	6	3
DE DON JUAN DE GRIMALDI.				
La Pata de Cabra.	3	2	15	4
DE DON ANTONIO GIL Y ZÁRATE.				
El dia mas feliz de la vida.	1	3	6	3

La coleccion de piezas dramáticas que espresa este catálogo se halla igualmente en las provincias en las librerías siguientes: Barcelona, en la de *Piferrer;* Bilbao, en la de la *Viuda de Jáuregui;* Cádiz, en la de *Hortal y Compañia;* Granada, en la de *Gabaldon;* Sevilla, en la de *Caro Cartaya;* Valencia, en la de *Mallen y Berard;* Valladolid, en la de *Rodriguez;* Zaragoza, en la de *Yagüe.* = Las dos comedias tituladas *No mas mostrador* y *Felipe* se venderán en las provincias á los mismos precios que se indican, y las restantes con el aumento de un real en cada una por razon de porte.

Lvega Carpio, Lope Félix de)
19
Vega Carpio

LOS MILAGROS
DEL DESPRECIO.

PERSONAS.

Don Pedro Giron.
Don Alonso. . .
Don Juan. . . .
} Amantes de
Doña Juana.
Doña Beatriz, prima de doña Juana.
Leonor, criada.
El Tio de doña Juana.
Hernando, criado de don Pedro.
Criados.

La escena es en Madrid, y el trage á la española antigua.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de don Pedro Giron.

DON PEDRO Y CRIADOS.

Don Pedro.

Dejadme, ¿qué me quereis?
Bien sé que podeis decir,
que es el dejarme morir
desesperacion: direis
muy bien, que si esto quitára
á la piedad de los dos,
parte de la ley de Dios
os confieso que negára.
¡Valgame Dios! ¿Dónde tiene
la condicion inhumana
de su inclinacion villana
la contra yerba?

Criado 1.º

Conviene,
aunque se enoje, Beltran,
divertirle en su cuidado;
que es una tema en que he dado,
y enloquecerle podrán
sus continuos pensamientos.

Criado 2.º

¿Señor?

Don Pedro.

Si mirar siquiera
me dejára aquesta fiera,
hallara divertimientos
mi afligido corazon.

en tan estraña inclemencia.

Criado 1.º

Duelete de tu prudencia,

Criado 2.º

Haz uso de tu razon.

Entra un criado y dice.

Hernando, el que te sirvió
y fue á Flandes, ha venido,
y leal y agradecido,
al pan que en casa comió,
dice que te quiere ver.

Don Pedro.

Aunque son muy desiguales
tus recados y mis males,
dile que entre. ¿Que he de hacer,
si es ingratitud negarme
á su buen conocimiento?
¡Que no pueda el pensamiento
de esta locura apartarme!
¿Esta muger no es mortal,
y se pudiera morir?
Claro está, ¿Pues el sentir
porque ha de ser desigual?
Y siendo fuerza tener
fin su rigor y mi pena,
¿porque de mi me enagena
lo que ha de dejar de ser?

ESCENA II.

DICHOS Y HERNANDO.

Hernando.

Dame tu mano á besar.

Don Pedro.

Muy hombre estàs ya.

Hernando.

Señor,
cada dia soy mayor.

Don Pedro.

Dices muy bien, claro está;
pero vienes muy crecido.

Hernando.

En nuestro mortal estambre,
lo que adelgaza es el hambre,
y dá de sí lo tejido.
En tres años de soldado,
mal pagado y sin comer,
pudiera un hombre crecer
por encima de un tejado.
No hay tristis anima mea,
como el estar un cristiano
entre uno y otro pantano,
rociado de gragea
de vil bronce, porque allí
muestra un galan su buen pecho.
Bien mirado, ¿qué me han hecho
los luteranos à mí?
Jesucristo los crió,
y puede por varios modos,
si quiere, acabar con todos
mucho mas fácil que yo.
Ponénle sitio á un lugar,
y tras de andar á balazos,
quitando piernas y brazos,
sin comer ni descansar,
cuando ya el campo se inclina
con el mas sangriento estrago,
al último Santiago,

ponénle fuego á una mina,
que viene á dar á los pies
del que embiste confiado,
y buela un pobre soldado
hecho Icaro al reves.

Don Pedro.

¿Pues que te obligó à dejar
mi casa, Hernando?

Hernando.

El tener
inclinacion á saber,
solo por no preguntar.
Tanta esperiencia ganada
traigo, con que me han pagado,
que en el consejo de estado
pudiera.... no decir nada.
Sócrates y Ciceron,
segun vengo ya de agudo,
son vinagre y pollo crudo
conmigo.

Don Pedro.

Ya en mi pasion
no hay gracia que celebrar,
Hernando.

Hernando.

¿Qué hay, mi señor?
¿Corta todavia amor
tareas de suspirar?
Yo me acuerdo, que algun dia
me dijiste suspirando:
¡Ay como me muéro, Hernando!
y pudiera la porfia
de una condicion ingrata
escarmentarte.

Don Pedro.

¿Qué haré,
si es la misma que adoré
entonces, la que me mata?

Hernando.

¿Luego tres años y mas
te debe solo un desvelo?

Don Pedro.

Si amigo.

Hernando.

¡Válgame el cielo!
de nulla redemptio estás
en el infierno de amor:
¡Tres años siempre á pie quedo!
No dura mas enToledo
el mejor corregidor.
Tres años, treinta y seis meses,
mil y cuatrocientos dias,
todo un Escorial podias
haber hecho si tuvieses
dinero, piedras, pinturas...
¡Jesus! ¿Y qué, no te ha dado
siquiera un favor prestado?

Don Pedro.

? Pudieran mis desventuras
parecerlo, si eso fuera?
Solamente con tener
esperanza de no ser
aborrecido, viviera.
Amantes he consultado
sin dicha, y favorecidos,
y á consejos prevenidos:
pero ya desesperado
me veo morir, y así
ha hecho pena el sentimiento

en la pena, y su tormento
me está vengando de mí.

Hernando.

Si yo, señor, te curara
de tu amor, ¿qué me dijeras?

Don Pedro.

Ya son esas muchas veras,
Hernando; y es cosa clara,
que escede de tu saber
el remedio de mi mal.

Hernando.

La esperiencia universal
del hombre, tiene poder
sobre toda comezon;
y Dios no me quita á mí
que pueda curarte á tí,
aunque en poca estimacion.
¿No has visto al blanco tirar
muchos cazadores diestros,
que pudieran ser maestros
de otros, y no acertar?
¿y llegar un cojimanco,
y poner sin gallardía
á tiento la punteria,
y dar en medio del blanco?
Pues así pienso yo ser;
que aunque otros hayan tirado,
quizá daré afortunado
en el blanco sin saber.

Don Pedro.

Ahora, Hernando, yo no quiero
despreciar tu ingenio aquí,
sino que hagas en ti
esta esperiencia primero.
Doña Juana de la Cerda

se sirve de una criada,
poco menos recatada
que ella, sino tan cuerda,
y como sepas hacer,
que te trate sin rigor,
en todo despues mi amor
seguirá tu parecer.
¿Quieres darle este diamante?

Hernando.

Pues dando, ¿qué le debieras
á mi ingenio, cuando fueras
con ella dichoso amante?
Con la esperiencia verás,
que está, aunque estimas y adoras,
mas el daño en lo que ignoras,
que el remedio en lo que das.
Un punto no has de esceder
los réscipes que te diere;
que el enfermo que no quiere
al médico obedecer,
no le queda que argüir.

Don Pedro.

Los venenos se probaban
un tiempo, en los que ya estaban
condenados á morir.
Asi yo que á manos muero
de un repentino rigor,
ya resuelto y sin temor
ponerme en tus manos quiero.

Hernando.

El pulso voy á tomar
á doña Juana, por ver,
ya que no sabe querer,
si está cerca de enfermar.

ESCENA III.

Sala en casa de doña Juana.

DOÑA JUANA Y LEONOR.

Doña Juana.

Mueran los hombres, Leonor.

Leonor.

Mueran mil veces, señora,
esta canalla traidora,
tiranos de nuestro honor.

Doña Juana.

Eso sí: ¡buena muger!
¡vive el cielo! que si fuera
mio el mundo, que te diera
la mitad solo por ver
medida tu inclinacion
á mi gusto. Esos tiranos,
tiernos, suaves y humanos
antes de la posesion,
y despues de ella crueles,
desabridos y ofensores,
á manos de mil rigores
han de morir como infieles.
La venganza universal
á sus palabras quebradas,
y esperanzas malogradas,
seré con rigor mortal:
muger, Atila he de ser
contra estos fieros tiranos,
contra quien son nuestras manos
el llorar y padecer;
y ojalá que á mi opinion
cualquiera muger se viera
rducida, porque fuera

cada muger un Neron
abrasador.

Leonor.

¡Qué dulzura
que tiene para engañar
el que llega á enamorar!
¡Con que amor, con que frescura
que pone en el alameda
de la esperanza los pies
y el alma; pero despues
que abochornado se queda!

Doña Juana.

De las que he visto llorár,
estoy tan escarmentada,
que quisiera verme atada
á un duro escollo del mar,
antes, Leonor, que rendida
á una pasion amorosa.

Leonor.

Añade, estando zelosa,
agraviada y ofendida,
y perderás en pensarlo
el entendimiento.

Doña Juana.

Guerra,
Santiago, arma, cierra, cierra
contra los hombres.

ESCENA IV.

DICHAS Y HERNANDO.

Hernando.

Andallo
ellas embisten conmigo
en viendo que soy soldado.

¡Vive Cristo, que he llegado
al campo del enemigo!
Guerra, Santiago, ¡y yo
en el asalto! ¡ay de mí!
Sin barbas salgo de aquí;
el demonio me engañó.

Doña Juana.

¿Qué hombre es aqueste?

Leonor.

¡Ay señora!
Hernandillo, el que servia
á don Pedro, y se fue un dia
á la guerra.

Hernando.

Y vuelvo ahora.

Leonor.

Sin barbas se fue y las tiene.

Hernando.

Tambien hay entre las gentes
barbas para los ausentes.

Leonor.

¡Jesus, y que grande vienes!
No acabo de santiguarme.

Hernando.

Yo sé por lo que he crecido.

Leonor.

¿Por qué?

Hernando.

Porque no he tenido
otra cosa en que ocuparme.

Leonor.

¡Lo que traeras que contar
de Flandes!

Hernando.

Por estas manos

he muerto mas luteranos,
que arenas: ¡Grande es el mar!
y es mentír con desatino:
que hay estrellas... ¡Tambien son
muchas! No hay comparacion,
y me quedo en el camino
del hipérbole atascado.

Doña Juana.

Que eres el primero entiendo,
que se acobarda mintiendo,
despues de haber empezado.
¿Viste á la Infanta?

Hernando.

¿Pues no?
Cada dia.

Doña Juana.

¿Y como está?

Hernando.

Todavía se está allá
con la cara que llevò.

Leonor.

¿Quién habrà que no lo crea?

Doña Juana.

Basta, que tiénes donaire.

Hernando.

Quitado el don, es el aire
el que mas me bambolea.

Doña Juana.

¿Hate vuelto á recibir
don Pedro?

Hernando.

Señora, no.

Doña Juana.

¿Por qué?

Hernando.

Porque me enseñó
la guerra á no le sufrir.
Solia muy satisfecho
descansar conmigo antes
con ciertos pasabolantes
y ya como vengo hecho
á embestir y pelear,
en levantando la mano,
pensaré que es luterano,
y tocaré á degollar.

Doña Juana.

¿Cómo está?

Hernando.

Con los ardores
pasados, y apenas yo
le ví, cuando desdobló
la hoja de sus amores.

Doña Juana.

Fuego en él y en sus quimeras.
Hernando, no me le nombres.

Leonor.

Y fuego en todos los hombres.

Hernando.

Las dos encienden hogueras:
pues pajaritos á fé
que habeis de dar en la liga.

Doña Juana.

¿Qué dices?

Hernando.

Que nadie diga
de esta agua no beberé.

Doña Juana.

¿Qué es beber? ¡Viven los cielos,
que si ardiente me abrasára,

que de mi sangre formára
palpitantes arroyuelos,
para no dar á mis labios
agua de tantos enojos,
para hacer fuentes mis ojos,
y llorar despues agravios.
En mi casa te podrás
alojar, como no intentes
buscar medios convenientes
á su amor.

Hernando.

Tu lo verás.

Doña Juana.

¿Cuantos pretendientes tengo?

Leonor.

Perdida tengo la cuenta.

Doña Juana.

¿Serán veinte?

Leonor.

Mas de treinta.

Doña Juana

Pues mira que te prevengo
que de ninguno recibas
papel, presente, ó recado,
so pena de haber faltado
á lo propuesto.

Leonor.

Asi vivas,
que pienso que una ballesta
despide con mas blandura;
porque soy á su ternura
una furia contrapuesta.

Doña Juana.

Asi, Leonor, lo has de hacer,
que para no recibir,

enojarte y despedir
te doy bastante poder.

ESCENA V.

LEONOR Y HERNANDO.

Leonor.

¿Tienes tú amor?

Hernando.

¿Qué es amor?
No daré por cien mugeres
un ochavo de alfileres.
¿Mugeres? ¡Jesus, qué hedor!

Leonor.

Parece que no has sabido
que naciste de una, Hernando.

Hernando.

Por eso nací llorando,
y sentí el haber nacido.

Leonor.

¿Segun eso, cosa es llana
que me aborreces á mí?

Hernando.

Como si estuviera en ti
el demonio en carne humana.
En mi vida hablé muger,
como no me dé ó me preste:
el primer emplasto es este *ap.*
de la cura que he hacer.

Leonor.

Bueno es esto, para quien
está mirando estos dias
amantes idolatrías;
¿Qué, nunca has querido bien?

Hernando.

Una vez que en mis intentos
sentí ciertos intervalos,
les dí mas de treinta palos
á mis propios pensamientos.
A un diestro muy confiado *ap.*
en dándole de antubion
sobre su propia leccion,
de afligido y de turbado
no sabe volver en sí.

Leonor.

Dame tú, que yo quisiera
quererte, que yo te hiciera
que te murieras por mi.

Hernando.

Por dos caminos seria;
de risa de ver tu engaño,
ó temerosa del daño
de tan gran majaderia.
No quisiera en mis cuidados
mas bien que la comision,
de azotar sin remision
mugeres y enamorados.

Leonor.

¡Hay tal hombre!

Hernando.

Industria mia, *ap.*
por aquí se ha de guiar
la cura; que en despreciar
está la primer sangría.

Leonor.

Presto me he de ver vengada
de ti, que criados vienen
de pretendientes, que tienen
hasta el alma enamorada.

Escóndete, no te vean,
y verás como me harto.

Hernando.

¿Qué importa, si yo descarto
cuando hay otros que desean? (1)

ESCENA VI.

DICHOS Y DOS CRIADOS CON PRESENTES.

Criado 1.º

Este pequeño presente
es de don Juan, mi señor,
cuyo cuidado y amor
lo serán eternamente.

Criado 2.º

Don Alonso de Ribera,
mi amo, á la enferma envia
esta pequeña sangria,
con fe firme y verdadera.

Leonor.

Huélgome que hayais venido
los dos; porque sin cuidado
responda con un recado
á los dos que habeis traido.
Decid á esos caballeros,
que mi ama no es muger,
que se deja convencer
de búcaros lisonjeros,
ni de salvillas doradas;
que cuando quisiera el mar
sobornos acreditar
con las perlas encerradas
en sus conchas, y la tierra

(1) *Se esconde.*

con sus preciosos diamantes ;
nunca hicieran inconstantes
los propósitos que encierra :
que el crédito y los sentidos
en este amor perderán ;
porque en esta casa están
los hombres aborrecidos.
Y asi á tanto porfiar
solo manda responder,
que se cansen de ofender ,
ó se ofendan de cansar.

ESCENA VII.

DICHOS MENOS LEONOR.

Hernando.

¡ Oigan , y cual se han quedado
el uno y otro aturdido !
Pajes de tapiz han sido
con el intento pintado.

Criado 1.º

Muy bien pudiera escusar
vuestro amo el competir
con el mio.

Criado 2.º

Eso es decir,
que no le puede igualar.
Mi amo tiene guardado,
para cuando el rey le haga
título , un dosel ; y paga
lo señor adelantado ,
pues viene al amanecer
á dormir , que llueva ó truene.

Criado 1.º

¡ Que importa , si el mio tiene

despensero y botiller;
y comemos á porfia,
que se lo dé el rey ó no!

Hernando.

A ese me atengo yo;
que es el conde de Buendia,
y el otro marques de Espera,
título Camaleon
fundado en su pretensíon.

Criado 1.º

De buena gana riñera...

Criado 2.º

Yotambien: riñamos, sí.

Hernando.

En empezando á rifar *ap.*
les tengo de percollar
los dos presentes aquí.

Criado 1.º

Esto le importa á mi fama.

Criado 2.º

Crédito á mi nombre doy.

Hernando.

Criado del turco soy,
que te cojo la garrama;
y habrás de tener paciencia,
que si en los dos reina Marte,
hoy se mudan á otra parte
los trastos de la pendencia. (1)

Criado 2.º

Aquí nos han de meter
en paz; al campo salgamos
á reñir.

---

(1) *Coge Hernando las dos salvillas y vase.*

Criado 1.º

Al campo vamos,
que será justo temer
el téngase de la villa,
si es campesino el valor.

Criado 2.º

Aun esto será peor;
aquí dejé mi salvilla.

Criado 1.º

Y aquí la mia quedó.

Criado 2.º

Vuestra desdicha, ó la mia
trajo algun ladron sangria.

Criado 1.º

La sangre nos igualó.

Criado 2.º

¿Quién hará ahora creer
á nuestros amos, que ha sido
verdad lo que ha sucedido?

Criado 1.º

No sé como puede ser.

Criado 2.º

Yo pienso, por escusar
su repentino furor,
decir que tomó Leonor
el presente, y alargar
la mentira; que despues
será mas fácil remedio.

Criado 1.º

Si puede haber algun medio
ese pienso que lo es;
y lo mismo he de decir. *vase.*

Criado 2.º

Aquí viene el dueño mio;
redúzcase el desafio

á lo diestro del mentir.

ESCENA VIII.

DON ALONSO Y CRIADO SEGUNDO.

Don Alonso.

¿Qué es esto?

Criado 2.º

Darle á mi mano
el repentino valor,
que está pidiendo tu amor:
de don Juan Altamirano
trajeron aquí un presente
al tiempo que recibió
el tuyo, y el suyo no;
y celoso é imprudente
conmigo quiso reñir.
Pienso que admitido estás.

Don Alonso.

Basta, no me digas mas;
desde hoy empiezo á vivir
con ese nuevo favor.
¿Como albricias no has pedido,
si soy el favorecido?
Todo lo que no es mi honor
te daré; mi ser, mi hacienda,
mi vida y mi voluntad;
que en tanta felicidad,
no es razon que el mundo entienda
que no hago estimacion
de una muger, que há dos años,
que en resueltos desengaños,
le dá á don Pedro Giron
indicios de su disgusto.
Diréle, que esta conquista

está por mi, y que desista
de su intento; que no es justo
impédir con su nobleza
las dichas que voy gozando:
pues pretender estorbando
toca en actos de bajeza.
Hasta aquí, que no he sabido
mi dicha, dudosamente
detenido pretendiente,
he callado y padecido.
Pero ahora, que ya sé
que tengo el lugar primero
en su favor verdadero;
en su casa estorbaré
que entre sin licencia mia
la luz; cuya inmensidad
en rayos de claridad
es precursora del dia.
Sigueme.

Criado 2.º

Contigo voy.
Facilmente lo ha creido, *ap.*
y de haberle persuadido
gozoso y contento voy.

ESCENA IX.

Decoracion de calle.

DON JUAN Y EL CRIADO PRIMERO.

Criado 1.º

Esto, señor, fue mostrar,
que en servirte y agradarte
me cabe á mi tanta parte
como á tí en saber amar.
Otro presente ha enviado
don Alonso de Rivera,

tu competidor, que espera
lograr tambien su cuidado.
El tuyo se recibió,
cuando el suyo han despedido;
y casi habemos reñido
el desconsolado y yo.

Don Juan.

La vida, amigo, me has dado;
y desde hoy, que no eres digo,
mi criado, eres mi amigo,
y en quien fundo mi cuidado.
¿Es posible, que yo he sido
entre tantos pretendientes,
ricos, nobles y valientes,
el solamente admitido?
El juicio he de perder
y no por el rendimiento
con que se obliga mi intento
á servir y á pretender;
sino por la soberana
calidad y estimacion
con que don Pedro Giron
pretendía á doña Juana.
Tres años ha justamente,
que el pobre la galantea,
sin ver el fin que desea
en un favor solamente:
Y tan rendido está ya
de su amoroso cuidado,
que dicen que retirado,
perdiendo el juicio está.
Visitarle será bien
solo para examinar
las causas de su pesar;
y para darles tambien

esta gloría á mis sentidos;
que no hay gustos estimados,
como el oir los amados
llorar los aborrecidos. *vase.*

Criado 1.º

Amantes, ninguno crea
que es en el arte de amar
difícil el engañar,
á quien pretende y desea.

ESCENA X.

Sala en casa de don Pedro.

DON PEDRO Y HERNANDO.

Hernando.

Es todo lo que he contado
tan verdad, como lo es,
que los dos no somos tres,
y que el uno no es soldado.

Don Pedro.

La soldadesca en efecto
en todo entra.

Hernando.

Es, señor,
constitucion del valor,
aunque no traiga coleto;
que no hay, á mi parecer,
quien hable mas en su estado,
que un coletillo picado
acabado de comer.
Todo lo rinde y lo mata,
contra los pobres infieles,
si acaso dió á sus papeles
sepulcros de hoja de lata.

¡Pues qué, si el que está á su lado
replica y le dá cordel!
En la torre de Babel
no se habló tan revesado;
y tanto sobre comida.
Dios se lo perdone á Flandes.
¡Qué de mentiras tan grandes
tiene á cargo en esta vida!

Don Pedro.

¿Qué los presentes allí
les cogistes? ¡Gran valor!

Hernando.

Entre sus armas, señor,
águila rapante fuí:
mientras los dos muy valientes
defendian la nobleza
de sus amos, con presteza
agarré los dos presentes.
Y así, que andaban recelo,
ya despues de haber reñido,
como aquel que divertido
busca hongos por el suelo.

Don Pedro,

¿Y qué tanto me aborrece
esa muger?

Hernando.

¡Ah señor!
En el no tener amor
todavía está en sus trece.
Pero la has de ver seguir
tus pasos de puro amante,
y yo he de ser ignorante,
ó en la demanda morir.

Don Pedro

¿Y yo ahora, qué he de hacer?

Hernando.

Dejarte jaropear
con principios de esperar,
de callar y obedecer;
que en este primer intento,
es el remedio mejor,
en calenturas de amor
jarabes de sufrimiento. (1)

Criado.

Don Alonso de Rivera
dice que te quiere hablar; *vase.*

Don Pedro.

Entre.

Hernando.

Aquí he de recetar
una cosa muy ligera.
Si en doña Juana te incita
este tu competidor,
solo te ordeno, señor,
que bebas en la visita.

Don Pedro.

¿Pues he de beber sin gana?

Hernando.

Pide de beber, que yo
sé el enfasis y tú no.
Si del mal que en doña Juana
te aflige, quieres curarte,
no hay sino creerme á mí;
porque has de beber aquí,
ó no he de poder sanarte.

Don Pedro.

¿No he de saber para qué
efecto?

---

(1) *Sale un criado de don Pedro.*

Hernando.

Puesto en mi mano,
eres enfermo cristiano,
que se cura con la fé.
En empezando á poner
argumentos, no te curo.

Don Pedro.

Ahora bien, poco aventuro,
si está el remedio en beber.

ESCENA XI.

DICHOS Y DON ALONSO.

Don Alonso.

Sabe Dios, que no he sabido
hasta ahora vuestro mal;
que como amigo leal,
cuidadoso hubiera sido
el primero en visitaros.

Don Pedro.

De vuestra buena intencion
no me deis satisfaccion:
ni teneis que disculparos
con el darme esa disculpa;
que en tan noble proceder,
que ignorancia puede haber
es cierto, pero no culpa.

Don Alonso.

¿Y cómo os vá de salud?

Don Pedro.

Ya, gracias á Dios, mejor.

Don Alonso.

Así lo dice el color.
¡Ay de tí, y de tu quietud *ap.*
en sabiendo tu cuidado,

que soy el favorecido!

Hernando.

Este por lana ha venido *ap.*
y ha de volver trasquilado:
pague su intencion traidora.

Don Alonso.

Lo que importa es no comer
demasiado, ni hacer
desórdenes por ahora.

Don Pedro.

Antes un médico mio,
que he de beber me porfia
todas las horas del dia.

Don Alonso.

Graduado en algun rio
debe de estar.

Hernando.

Lo que fragua *ap.*
el médico sabreis luego.
cuando vos pagueis en fuego
el congetivo del agua.

Don Alonso.

Pediros á solas quiero
una merced.

Don Pedro.

Salte afuera.

ESCENA XII.

DICHOS MENOS HERNANDO.

Don Alonso.

De la pasion verdadera
de vuestro amor, cierto espero,
que disculpareis el mio.
Ya sabeis que doña Juana.

ha sido hasta aquí tirana,
tan dueño de mi albedrío
como del vuestro: mas ya
un presente ha recibido
de mi mano, en que ha querido
decirme claro, que está
mi voluntad admitida.
Y pues vos no habeis llegado
á veros en tal estado,
mi amor me manda que os pida,
por merced y por favor,
que de esta empresa salgais,
si acaso el premio esperais
debido á tanto valor.

Don Pedro.

A tan resuelto poder
de su amor la resistencia,
es solo tener paciencia.
Ola, dadme de beber.

ESCENA XIII.

DICHOS Y HERNANDO CON LA SALVILLA DEL PRESENTE Y UN BERNEGAL.

Don Alonso.

¡Válgame Dios, qué curioso
bernegal! ¿Quien os le ha dado?

Don Pedro.

Una dama le ha enviado
con un recado amoroso.

Hernando.

Y mas, que envió á decir
la dama que le envió,
que á ella un galan se le dió;

y así es dar y recibir.
Los favores de las damas
son los emplastos de amor,
y curan mucho mejor
que los récipes y dracmas.

Don Pedro.

¡Vive Dios, que ha conocido *ap.*
su presente, y se ha turbado!
¿Qué has hecho?

Hernando.

Haberte vengado,
de la intencion que ha tenido.
Ya mira con atencion,
ya atribulado en su enojo,
echa por un lado el ojo,
y está mirando el harpon.

Don Alonso.

¿Regalado habreis estado
de sangrías?

Don Pedro.

Esta sola
fué la receta española
que diò fin á mi cuidado.

Don Alonso.

Ella pudo imaginar....
pero yo.... Si.... Como.... Cuando....

Hernando.

El hombre se vá turbando; *ap.*
la purga ha empezado á obrar.

Don Pedro.

No parece que teneis
tampoco entera salud.

Don Alonso.

Con esta nueva inquietud....
¿Desdichas, qué me quereis? *ap.*

Don Pedro.

Mortal estais.

Don Alonso.

Tuve ahora
un disgusto, y no estoy bueno.

Don Pedro.

Amor le ha dado veneno *ap.*
por los ojos.

Don Alonso.

¡Ah traidora, *ap.*
quien recibe para dar,
amor tiene! ¡Vive Dios,
que se quiéren bien los dos!
Mas yo me sabré vengar.

Don Pedro.

El color habeis perdido;
volved en vos, ya sabeis
cuán seguro me teneis,
si en algo estais ofendido.

Don Alonso.

El tiempo solo os dirá
mi intencion y mi cuidado.

ESCENA XIV.

DON PEDRO Y HERNANDO.

Hernando.

Ya este lleva su recado;
confuso y sin seso vá.

Don Pedro.

¿De qué sirve haber querido
darle este disgusto aquí?

Hernando.

Si en el que te daba á ti
mala intencion ha tenido,
¿qué ley ni razon ordena,

en lo justo ni en lo injusto,
que te venga á dar disgusto,
y le escusemos la pena?

ESCENA XV.

DICHOS Y DON JUAN.

Don Juan.

Entrandoos á visitar,
bajaba por la escalera
don Alonso de Rivera....

Hernando.

Para todos hay pesar. *ap. vase.*

Don Juan.

De suerte que me asegura
algun enojo con vos.
¡Desdichados de los dos *ap.*
en sabiendo mi ventura. (1)

Hernando.

Apenas vió este presente,
que á mi señor le ha enviado
una dama, con cuidado
de verle enfermo y doliente,
cuando sin pulsos quedó
y tan mortal, que me admiro.

Don Juan.

¡Cielos, que es esto que miro! *ap.*
De aquellos pulsos soy yo
el muerto: á tales venenos
¿quién habrá que se resista?

Hernando.

Si no me engaña la vista *ap.*
otro aturdido tenemos.

(1) *Sale Hernando con otra salvilla.*

Don Pedro.

De don Alonso quisiera
que supieran el disgusto,
ó la intencion, que no es justo
el irse de esa manera,
sin declarar sus estremos.

Don Juan.

¡Que siendo yo el ofendido *ap.*
los inquiete el que se ha ido!
Corazon, disimulemos;
porque en llegando á saber
que doña Juana le dió
lo mismo que le dí yo,
con intencion de ofender
mi rendida voluntad,
en las vidas de los dos
he de vengar, vive Dios,
esta insufrible maldad.
A saber su enojo voy.
¡Ah celos! Mejor dijera *ap.*
á vengarme de una fiera.
¡Sin alma y sin vida estoy!

ESCENA XVI.

DON PEDRO Y HERNANDO.

Hernando.

Tambien sale con cosquillas
en el alma: del cuidado
de sus culpas, han tomado
cerveza en las dos salvillas.

Don Pedro.

¿Y ahora?

Hernando.

Me has de pagar
la venganza y medicina,

Don Pedro.

La invencion es peregrina;
¿pero esto en que ha de parar?

Hernando.

En salir de todo bien,
si te confias de mí;
pues quien te ha vengado aquí,
te sabrá curar tambien.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de doña Juana.

DOÑA JUANA Y LEONOR.

Doña Juana.

Ó te conozco muy mal,
ó no estás como solias;
que en las intenciones mias
nunca te he visto neutral.
Yo imagino que te han dado
alguna yerva los hombres.

Leonor.

Señora, no me los nombres.

Doña Juana.

No, Leonor, presto has mudado
de accion y de condicion:
alguna dádiva ha hecho
pasadizo de tu pecho,
y ha entrado en tu corazon.
Que en empezando á tener
mudable la condicion,
y que estés á devocion
de los hombres, te he de hacer
pedazos la voluntad
á desabrimientos míos,
á pesares y desvios.
Tu me ocultas la verdad:
pero eres fragil, y así
el alma se te mudó.

Leonor.

Desde que me despreció *ap.*
Hernando, no estoy en mí.
¿En qué me hallás culpada?

Doña Juana.

En que ya no dices mal
de ningun hombre, y neutral,
arrepentida y mudada,
quieres que lea curiosa
esos pérfidos billetes,
con que ya indicios prometes
de inclinacion amorosa.

Leonor.

¿Pues en qué pueden dañar
esos billetes leidos?

Doña Juana.

Peligros no prevenidos
á culpas suelen llegar.
Mira, Leonor, la muger
que debe á su inclinacion
recato y estimacion,
supuesto que es el caer
tan fácil, no ha de esperar
la sombra de algun disgusto;
antes debe las del gusto
huir, por no tropezar.
Ruido abajo he sentido;
mira si es algun recado
de algun amante cansado
en vísperas de marído.
Y si viene á darme enojos,
y á enfadarme, y á cansar,
dále á entender mi pesar,
y con la puerta en los ojos.

ESCENA II.

DICHAS, EL TIO, Y DOÑA BEATRIZ.

Leonor.

Tu tio y tu prima son.

Tio.

Ya no pueden ser disculpa
tus lágrimas en la culpa
de tu aparente traicion.
¿Aprendiste á ser liviana
de tu madre? ¿No te dió
el tiempo que te asistió,
cuerda, prudente y cristiana,
buenos consejos? ¿No has sido
de mis regalos querida,
estimada y preferida
á tus hermanos? ¿Olvido
cupo en tu imaginacion
de que soy tu padre, dí?

Doña Juana.

¿Qué es esto, prima?

Doña Beatriz.

¡Ay de mi!

Tio.

¡Buena andará mi opinion,
y la tuya en el lugar!
Ya de estos locos mozuelos,
cuyos amantes desvelos
se fundan en engañar,
se ha dejado persuadir:
sea este papel testigo,
sino hace fe lo que digo,
de lo que debo sentir.
Que le dé en su casa entrada

le pide, reconocido
de verse favorecido,
el que le escribió. ¡Qué honrada
persuasion! ¡Qué rendimiento
tan hijo de su flaqueza!
Mas tambien de mi nobleza
lo será mi sentimiento.
Y pluguiese á Dios, que fuera
cada golpe de esta espada,
de mi mano fulminada,
exalacion de otra esfera;
que habias de ver, traidora,
en las venas que me dán
honroso aliento, un volcan,
cuya furia abrasadora
te dejára con rigor
en cadaver convertida;
y la seña desmentida
en la mancha de mi honor.
Para que contigo esté
la traigo: viva contigo
la que no pudo conmigo
asegurarme en mi fé;
que de tí me satisfago,
y confio que á los hombres...

Doña Juana.

Detente, no me los nombres.

Tio.

¿Los aborreces?

Doña Juana.

Si hago;
y tanto, que si estuviera
fundada en ellos mi vida,
gustosamente homicida
de mi propia vida fuera.

Quita, Leonor, ese manto

Tio.

Sólo en tí pudiera hallar
consuelo para un pesar,
que pudo afligirme tanto;
dete Dios en tu virtud
lo que mereces por ella.

Doña Juana.

Yo confío en Dios, que en ella
ha de fundar tu quíetud
Beatriz.

Tio.

De tu compañía
y tus consejos lo espero.

ESCENA III.

Dichos menos el Tio.

Doña Juana.

Solo de una cosa quiero
advertirte, prima mia;
la casa donde has quedado,
no es casa, que es fortaleza,
donde vive la pureza
del honor, muy sin cuidado.
A la falsa idolatría
de amantes engañadores,
hay por esos corredores
asestada artillería.
Rabias, enojos, desdenes,
desprecios y desafueros,
son petardos y pedreros
del castillo á donde vienes.
Pero para estar aquí,
pleito homenage has de hacer
primero, de no creer

á nìngun hombre.

Doña Beatriz.

¿Perdí
la reputacion, de hoy mas;
porque llegué á recibir
un papel?

Doña Juana.

¿Eso has decir?
Y aun el honor perderás;
que como la voluntad
de ti dispone y dispensa,
los principios de la ofensa
solo es la dificultad.

Doña Beatriz.

Pues en esto, si es delito,
¿qué hicieras tú?

Doña Juana.

¿Yo? No mas
de lo que ahora verás
en los que á mi me han escrito.
Trae una luz.

Leonor.

Voy por ella.

Doña Juana.

Tambien yo soy pretendida,
pero tan mal persuadida,
que antes se verá una estrella,
de mortal mano tocada,
faltar, ó retroceder
el sol ardiente, y crecer
esferas de nieve helada.

Leonor.

Aqui está lo que has pedido.

Doña Juana.

Para que sepas mejor

vencer sirenas de amor,
que engañan por el oido,
un acto de inquisicion
te lo ha de enseñar ahora.

Leonor.

Dí que reciba, señora,
el de don Pedro Giron.

Doña Beatriz.

¿Don Pedro Giron te ha escrito?

Doña Juana.

Este es suyo.

Doña Beatriz

¿Y tu crueldad
inmensa, su voluntad
castiga como delito?
Muévate la inclinacion,
que hace de tal empleo.

Doña Juana.

Hásme visto en el deseo,
pero no en la posesion.
¿No has visto el mar proceloso
prometer serenidades,
y luego con tempestades
desmentirse cauteloso?
Pues así los hombres son;
dáme tú que ellos se vean
al fin de lo que desean;
que luego la condicion
despolvorea huracanes,
y entre ofensas y temores,
todos niegan poseedores,
lo que ofrecieron galanes.
Y así los voy castigando
en fé, que segun entiendo
solo obligan pretendiendo,

Beatriz; pero no alcanzando,
El de don Pedro Giron
se ha de quemar el primero.

ESCENA IV.

DICHAS, DON PEDRO Y HERNANDO.

Don Pedro.

Déjame, que solo quiero...

Hernando.

Aquí no hay satisfaccion
que tomar, ni que pedir;
sino dejarme curar,
tener paciencia y callar,
si no te quieres morir.

Doña Beatriz.

Esos por su desventura,
inquisidora de amor,
aclaman en tu rigor
la piedad de tu hermosura:
y claramente se vé
tu ignorante demasia;
pues tratas como heregia
los méritos de su fé.

Doña Juana.

La pasion mas verdadera
es digna de este castigo:
y asi no hay piedad conmigo.

Don Pedro.

Yo lo creo, pero espera;
pues quemas mis sentimientos
en estatua de papél,
vayan al fuego con él
mis blasfemos pensamientos.
Y habremos puesto en tu mengua

con distintas intenciones,
tú en el fuego mis renglones,
y yo en tu crueldad mi lengua.
Tan hecha está mi paciencia
á los rayos de tus ojos,
que ese fuego en mis enojos,
me informa de tu inclemencia.
Pues con rigor tan estrecho,
siempre observante en tu fama,
cada desden, una llama
del infierno de tu pecho,
me abrase, si te ofendieron
mis intentos malogrados;
que esos conceptos quemados
de mayor fuego salieron.
Y aunque no se permitió
en los nobles la venganza,
cuando el daño ó la esperanza
en mugeres se fundó,
mi voluntad ya rendida
parte á enojarse indignada;
que la que no hace obligada
solo estimará ofendida. *vase*

Don Juan.

Espera.

Leonor.

Detente, Hernando.

Hernando.

No podré, que ya en su amor
no ha de haber saludador,
y pienso que vá rabiando. *vase*

Leonor.

Como yo de enamorada, *ap.*
despues que me has despreciado.

Beatriz.

¡Y qué no te dá cuidado
ver un alma así abrasada,
tan justamente quejosa!

Doña Juana.

¿Esto te puede ofender?
Viendo á un hombre padecer
me considero gloriosa;
con tanto imperio me veo
en mi libre condicion,
que ni siento inclinacion,
ni se me altera el deseo.

Leonor.

¡Ay señora! Don Juan viene.

Doña Juana.

¡Ay tan estraña porfia
de amantes! Otra heregía
en lo pertinaz.

ESCENA V.

DICHOS Y DON JUAN.

Don Juan. *ap.*

Conviene,
corazon, que os declareis
en la intencion y el cuidado;
que una vez desengañado,
ya no hay gloria que espereis.
No vengo como solia
á pedir y suplicarte,
que hagas del adorarte
méritos en mi porfia.
Hasta hoy mis ojos rendidos
en tu suprema beldad,
juzgaron una deidad

llena de almas y sentidos.
Como libre te admiraba
mi siempre espíritu inquieto,
con el temor y respeto
tus desdenes adoraba.
Pero ahora que he sabido
que nace en tu voluntad
con dueño tu honestidad,
y que querer has podido,
sabré tambien castigar
mi imaginacion rendida,
con mas fuerzas en mi vída,
con mas daño en mi pesar.
A tus ojos volveré,
por volver por mi opinion,
lo que á don Pedro Giron
le diste, y yo te envié.
Y pues he perdido en ti
la parte de venturoso,
quiero en la de valeroso
satisfacerte por mi.

Doña Juana.

Espera.

Don Juan.

¿Qué hay que esperar
de una muger engañosa,
que inconstante y cautelosa
sabe fingir y engañar? *vase.*

Doña Juana

¡Cielos, qué es esto! ¡Que á mi
se me atreva un hombre, ya!
¿No hay quien le mate?

ESCENA VI.

Dichas y don Alonso.

Don Alonso.

¿Quién dá
causa de tratarte así?
¿De qué te espantas tirana
de la quietud de los hombres,
que así es justo que te nombres
por facil y por liviana?
Lo mismo que te envié
por vasallage y sangría
de tu enfermedad, ó mia,
que mia pienso que fué,
diste á don Pedro Giron,
de que veo claramente
que de amoroso accidente
enfermó tu corazon.

Doña Juana.

Mira bien....

Don Alonso.

Sí, por mis ojos
he visto en plata y cristal,
lisongeado su mal
y ofendidos mis despojos;
solo puedes argüir
tu gusto y tu voluntad;
pero no en esta verdad
dudar y contradecir.

Doña Juana.

¡Hombre!

Don Alonso.

Dices bien, tirana;
hombre soy, y lo he de ser

contra quien supo vencer
condicion tan inhumana.
Contra don Pedro Giron,
por darte disgusto á tí,
he de oponer desde aquí
mi valiente corazon.

Doña Juana.

Si tengo de responder,
en injurias declaradas,
no.

Don Alonso.

En culpas comprobadas
no te queda mas que hacer.

ESCENA VII.

DICHOS MENOS DON ALONSO.

Doña Juana.

¿Qué es esto, Leonor?

Leonor.

Señora,
plegue á Dios, si recibí
sus dos presentes, que aquí
un rayo me parta ahora:
que antes habia pensado,
que tu debes de haber sido
la que los has recibido,
y que los has enviado
á don Pedro.

Doña Juana.

¡Vive Dios,
villana, infame!

Beatriz.

Detente.

Doña Juana.

Aguarda, que juntamente
os castigaré á los dos.

Beatriz.

Míra, prima, si lo haces
por disimular conmigo,
solo en mi abono te digo,
aunque no te satisfaces
de mi amor, que nunca ví
ningun amante cuidado,
que no le haya disculpado
por lo que me toca á mí.
¿No somos tambien mugeres,
y en las mugeres tambien
natural el querer bien?
Si disimulas y quieres,
¿quién te guardará mejor
tus secretos, que quien tiene
tu sangre?

Doña Juana.

¡Cielos! Si viene
envuelto en este rigor
castigo que vos me dais;
mirád que en él maltratais
la honestidad de mi honor.
Solo el tener sangre mia,
Beatriz, te pudo escusar
la venganza del pesar
que me has dado. ¿En mi podia
caber tan vil pensamiento?
Beatriz, ¿yo facilidad
de amor y de voluntad,
rendido el entendimiento?
De mi sangre me hartára,
si en esta culpa incurriera;

mi propio ser deshiciera,
y con mi vida acabára.
Y aun ahora, que lo digo,
que me estoy glorificando
parece, hiriendo y cebando
en la pena y el castigo.

Leonor.

Mas puede, si se enfurece,
el del arco.

Doña Juana.

No, Leonor.
¡Cómo ha de tener amor
la que tanto le aborrece!

Leonor.

Otra sé yo que decia
lo mesmo, y por despreciada
el no estar enamorada
le parece ya heregía.

Beatriz.

Dios le dé lo que desea.

Leonor.

Amen: plegue á Jesu-Cristo.
Despues que á Hernando no he visto *ap.*
el alma se me marca.

Doña Juana.

Aunque mas, Leonor, me digas,
tú en las quejas de esta gente
tienes culpa.

Leonor.

De repente
mala procesion de hormigas
vea sobre mí, señora,
sin que de tullida pueda
apartarlas, si me queda
en el corazon ahora

mas de lo que digo aquí:
dos presentes me trajeron
dos criados que vinieron,
y entrambos los despedí.
Gracias á Dios, que ha llegado
Hernando, que podrá ser
testigo; pues llegó á ver
todo cuanto habia pasado.

ESCENA VIII.

DICHAS Y HERNANDO.

Hernando.

Déme amor su cataplasma; *ap.*
porque si el desdén no gasto
con este segundo emplasto,
tengo de dejar con asma
el pecho de esta cruel;
y sin el oro de Tibar
le he de volver, siendo acibar,
en aguachirle de miel.

Leonor.

¿Hernando, recibí yo
dos presentes que traian
dos criados que venian
de dos pretendientes?

Hernando.

No:
testigo soy de oculorum;
y quedando en competencia
les ví por una pendencia
muy cerca de mortuorum.

Doña Juana.

No estaré en mi hasta sacar
del pecho de algun villano

él corazon con la mano.

Hernando.

Serviréte en amolar
el cuchillo, y le tendré,
guardándote las espaldas,
en tanto que tu te enfadas,
que ya tus intentos sé.
Y aunque á don Pedro he servido,
de tu parte me he de hacer;
que en efecto eres muger,
y yo airoso y bien nacido.
El un ojo apostaria,
que algun enredo ha inventado;
porque como le ha faltado
el amor que te tenia,
mil faltas anda diciendo
de ti, tan públicamente,
que se anda toda la gente
unos con otros riendo.

Doña Juana.

¿Qué dice?

Hernando.

Dice que tienes
un ojo mayor que el otro.
Este he visto, venga el otro.

Doña Juana.

Loco imagino que vienes.

Leonor.

O tengo el ingenio yo
desencuadernado ya,
ó este es bellaco, y le dá
con lo mismo que me dió.

Doña Juana.

Prima, ¿tengo yo los ojos
desiguales?

Beatriz.

¡Desiguales!
Dos luceros celestiales
parecen en sus despojos.

Hernando.

Si otras cosas te dijera
que dice, no te quedára
en dos dias tanta cara;
pues lo de cabellera
postíza, y dientes atados,
de manera lo he sentido,
que te miro de corrido
con los dos ojos cerrados.
¡Pues ver con el alegria
que se lo dice à la dama,
con que se huelga y te infama!

Doña Beatriz.

¡Hay tan gran bellaquería!

Leonor.

¡Hay tal maldad! No creyera
de un hombre que te adoró,
tan grandes infamias yo,
si el mundo me lo dijera.

Doña Juana.

¿Y es hermosa esa muger?

Hernando.

Es airosa y bien prendida.
Carne viva hay en la herida, *ap.*
que le ha empezado á escocer.

Doña Juana.

¿Y quiérela mas que á mi
me quiso?

Hernando.

Absorto la mira,
y dice que fue mentira

cuanto ha querido hasta aquí.
Porque le cogí un billete,
con un suspiro que dió
seis bugías apagó
que estaban en un bufete.

Doña Juana.

¿Qué dices?

Hernando.

Dios me destruya,
sino es tanta su aficion,
que trae sobre el corazon
una zapatilla suya.
Y si el origen le toca,
y á ser en la calle acierta,
se mete tras una puerta
y se le zampa en la boca.

Doña Juana.

¡Jesus!

Hernando.

Tan grande es su ardor,
que me llegué por un lado
diciendo disimulado:
¿y doña Juana, señor?
Y sin responderme nada,
enojado me miró,
y al sesgo me sacudió
la mas cruel bofetada,
que se ha visto dibujar
sobre carrillos cristianos.

Doña Juana.

¿Qué dices, prima?

Doña Beatriz.

Tiranos
son los hombres, no hay dudar.

Doña Juana.

¿Qué te parece que haga?

Doña Beatríz.

Que le escribas un papel,
y que le digas en él
tus enojos, y que te haga
merced de no te ofender
en público, ni en secreto;
siquiera por el respeto,
que se le debe á tu ser.

Doña Juana.

Bien dices, espera aquí.
¡Válgame Dios! ¡Dónde voy!
El camino erré: ó estoy
sin alma, ó fuera de mí.

ESCENA IX.

DICHOS MENOS DOÑA JUANA.

Leonor.

Señora, ya que las dos
nacimos con voluntad,
hagamos por calidad
diferente.

Hernando.

¡Vive Dios,
que vá á escribir! y que en suma, *ap.*
cruel, tibia ó desabrida,
ya está la carne manida
cuando se gasta la pluma.

Doña Beatriz.

Leonor mia, tuya soy;
dime á quien quieres, seré
tu tercera.

Leonor.

Si diré;
que tan cerca de él estoy,
que no estoy dos pasos de él.
Porque claramente un dia
dijo, que me aborrecia,
me estoy muriendo por él.

Doña Beatriz.

¿Es Hernando?

Leonor.

Si señora.

Doña Beatriz.

¿Pues él no será dichoso
en llegar à ser tu esposo?
Yo he de decírselo ahora,
Ah, galan.

Hernando.

Esto es á mi. *ap.*

Doña Beatriz.

Ce. ¿A quién digo? ¡Ah caballero!

Hernando.

Que me dé la vena espero. *ap.*

Doña Beatriz.

¡Ah soldado!

Hernando.

Ahora si.

Leonor.

Mucho estima el ser soldado.

Hernando.

Soy (perdonen mis sentidos)
sordo en otros apellidos.

Doña Beatriz.

¡Qué gran bellaco!

Leonor.

¡Taimado!

Doña Beatriz.

Sabe, que Leonor te estima.

Hernando.

¿Pues qué importará en rigor,
si yo no estimo á Leonor?
Poco aprovecha la prima,
templada en el instrumento
de la conyugal union,
sino la afina el bordon.

Doña Beatriz.

Dios obra en el casamiento.

Hernando.

Ese ya es el bordoncillo
con que todas las mugeres
aseguran sus placeres;
y héle cobrado al cuquillo
un temor desatinado;
y atolondrarme no es justo,
pudiendo tener el gusto,
y que otro tenga el cuidado.

Leonor.

Mal conoces mi valor;
con el Rey no te ofendiera.

Hernando.

Como el de los naipes fuera,
yo lo creo, mi Leonor.

Leonor.

Yo soy muger tan honrada
como cuantas Dios crió.

Hernando.

¿Qué importa, si tengo yo
una falta endemoniada?
Preciabame de alentado,
y sobre apuesta, hice en Flandes
dos ó tres fuerzas muy grandes,

y volví á España quebrado.

Leonor.

Quebrado te quiero yo,

Hernando.

Por ahora podrá ser,
pero echaráslo de ver
despues, y dirás que no.
Y fuera poco saber
de quien su quietud desea,
cortar para tí tarea
cuando no puedes coser.
Y muger que tuvo amores,
no es buena para casada;
que de la vida pasada
le quedan los borradores.

ESCENA X.

DICHOS Y DOÑA JUANA.

Doña Juana.

Este es el papel, Hernando;
di, que quisiera enviar
en sus letras rejalgar,
porque muriese rabiando.
Que es un tirano, un traidor,
un ingrato fementido,
cruel, descortes, fingido,
sin Dios, sin fe, sin honor.
Y que se guarde de mi;
que soy muger agraviada,
resuelta, y determinada;
un rayo.

Hernando.

Dirélo así.

Doña Juana.

Y que si acaso se fia
en su sangre, en su grandeza,
que advierta que á su nobleza
nada le debe la mia.
Y que si desvanecido
porque en otra parte quiere,
defectos en mi pusiere,
engañoso y presumido
en su loca estimacion,
que podrá ser que se pierda;
que fácil podrá una Cerda
atravesar un Giron.

Hernando.

En sabiendo que te he visto,
y que el billete le llevo
me ha de poner como nuevo;
que para mi, vive Cristo,
que es una tigre cruel,
despues que tiene otro amor.

Doña Juana.

Toma tu manto, Leonor,
y llévale tu con él. *vase.*

Leonor.

Ahora encajaba aquí
lindamente una coleta;
que voy con él.

Doña Beatriz.

¡Que discreta
es la voluntad! ¿Por mi,
no habrá un poquito de fé
con Leonor?

Hernando.

A pensar vengo,
que si por mi no la tengo,

que por nadie la tendré:
y basta decir aqui,
que, ya de ninguna suerte
me puedo mudar.

Leonor.

Advierte
que te quiero mas que á mí;
aunque todo el año entero
nos andemos, á mandar
tú en casa, y yo á remendar
tu vestído y tu braguero.

Hernando.

No, Leonor; que en esta vida
menos me tendrá afligido
un braguero descosido
que una muger muy rompida.

ESCENA XI.

Sala en casa de don Pedro.

Don Pedro.

¡En buen laberinto estoy
metido! Los pretendientes
de doña Juana, impacientes
piensan que el dichoso soy;
y escriben, que si no doy
los presentes que me han dado,
me dé por desafiado.
¡Cuando un hombre habrá reñido,
porque piensen que es querido
cuando muere despreciado!
Nunca de Flandes viniera
Hernando para matarme;
nunca para aconsejarme

el cielo aliento le diera;
nunca á mi casa viniera
aunque yo solo culpante
en las locuras de amante,
¿de quién me puedo quejar,
si me dejé aconsejar
de un hombre tan ignorante?

ESCENA XII.

DON PEDRO Y HERNANDO.

Hernando.

¿Qué hay? ¿Hay revolucion?
¿No están los cielos serenos?
¿Hay relámpagos y truenos?

Don Pedro.

No hay sino mi perdicion;
una esperanza burlada,
una intencion no entendida,
una muger ofendida,
y una alma en penas criada.
¡Que me creyese de tí!

Hernando.

¡Soy ignorántico yo!
Mal hizo quien me crió.
Si me ha de tratar asi,
¡para él puto que tuviera
el negocio en mal estado!
El morir descuartizado
pienso que lo menos fuera
en tu deseo.

Don Pedro.

¡Ay Hernando!
¿Cómo has de poder hacer
que me quiera una muger

que maltraté, desechando
los despojos de su honor?

Hernando.

El enfasis está ahí:
solo en el tratarla así
está el remedio, señor.
Concierto fué de los dos,
que si yo á Leonor rindiese
tu voluntad mereciesé.

Don Pedro.

Es verdad.

Hernando.

Pues, vive Dios
que has de verla ahora aquí,
para tí cosa bien nueva,
mas madura que una breva
y enamorada de mí.
Saca la daga fingiendo
que estás conmigo enojado.

Don Pedro.

¿Para qué?

Hernando.

Ya estás cansado.
Sácala, que yo me entiendo;
y despues, señor, sabrás
la tela que tengo urdida.
¡Ay, que me quitan la vida!
Saca presto.

Don Pedro.

Loco estás.

Hernando.

Saca, digo. ¡Ay, que me matan!
¿No hay quien me ampare?

ESCENA XIII.

DICHOS Y LEONOR CON UN PAPEL.

Leonor.

Detén,
señor, que le quiero bien.

Hernando.

Logróse la patarata. *ap.*

Don Pedro.

¿Bien le quieres?

Leonor.

Si señor;
y con saber que por él
mé estoy muriendo, cruel
me trata con gran rigor.

Hernando.

¿Cómo te puede tratar,
si porque aquí nombré yo
á tu ama, se enojó,
y me ha querido matar?

Leonor.

¿Posible es que de ese modo
la has aborrecido, dí?

Hernando.

En no diciendo que sí,
dás en la calle con todo;
finje que estás enojado.

Don Pedro.

Muriéndome estoy, Leonor;
ha sido grande el rigor
y mucho lo que he pasado.

Leonor.

Este billete te envia;
enojada lo escribió:

pero discúlpola yo
y su hermosura podia
ser disculpa en sus cuidados;
que bien sabes, que es quimera
eso de la cabellera
y de los dientes atados.

Hernando.

Concede con lo que han dicho,
que hay dientes y cabellera
en la maraña.

Don Pedro.

Quisiera
saber cómo.

Hernando.

En el capricho
entran esos adherentes.

Leonor.

Ella, señor, es sentida,
y ha de acabar con su vida
lo del cabello y los dientes.

Hernando.

Recibe el papel y dí,
que porque ella le ha traido
le recibes ofendido.

Don Pedro.

Dios me saque en paz de aquí. *ap.*
Si otra el papel me trajera
quizá no hallára en mis manos
propósitos tan humanos,
y sabe Dios lo que hiciera.

Leonor.

Pues si algun dia, señor,
te cansares de tu dama,
y se volviere á mi ama
arrepentido tu amor,

me ofrezco á ser tu tercera;
y por si acaso volvieres,
haz en tanto que á otra quieres,
que Hernando, señor, me quiera.

Don Pedro.

Yo sé que Hernando por tí
mudará de condicion.

Leonor.

¡Miren cuál está el Neron! *ap.*
Rayos echa contra mí.

ESCENA XIV.

DON PEDRO Y HERNANDO.

Don Pedro.

¿Qué es lo que has hecho?

Hernando.

Hacer
lo que el Galeno de amor,
en el récipe mejor,
me pudo dar á entender.

Don Pedro.

Ya por la esperiencia veo
parte de tu medicina,
tan rara y tan peregrina,
que parece que te creo.

Hernando.

Despacio te contaré
el camino que he tomado;
que ahora voy con cuidado
á lo que despues diré.

Don Pedro.

El papel quiero leer.

Hernando.

Cerrado se ha de quedar;

todo es en él descansar
con deshonrar y ofender,
y le he menester cerrado;
que hay gran máquina apretada,
y aun guerra; y este billete
servirá de pistolete
en la postrer rociada.

Don Pedro.

¿Podré yo satisfacella
en algo?

Hernando.

¡Jesus mil veces!
Forzosamente pereces;
para siempre has de perdella.

Don Pedro.

Ya como el negocio está,
ignorantísimo fuera,
si de tu orden saliera.

Hernando.

No menos, señor, te vá,
que ver logrado tu amor;
que la has de ver, fia en mi
con mas zarpas tras de tí
que gualdrapa de doctor.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de doña Juana.

DOÑA JUANA.

¡Qué es esto imaginacion!
¿Por que causa te desvelas,
y en mi propio ser anhelas
ahora jurisdiccion?
Dueño soy de mi intencion,
y soy la misma que fuí,
y quiero poner aqui
límites á mi deseo.
Contra mí misma peleo:
¡Defiéndame Dios de mí!
¿Que quiera yo no pensar,
y que me falte el poder?
¿Qué quietud puedo tener,
sin dejar de imaginar,
que me pudiera olvidar
tan presto un hombre? ¡Ah traidor!
Engañoso fué tu amor.
¡Qué es esto! ¿Estoy reprobando
el pensar, y estoy pensando?
¡Incurable es mi dolor!
No quiero admirarme yo
de que á su dama dijera,
que tengo yo cabellera
y dientes atados, no:
sí de que tan presto halló

muger tan á su medida,
que tan del todo se olvida
quien tanto supo querer.
Aquí es donde he de perder
la paciencia con la vida.

ESCENA II.

DOÑA JUANA Y LEONOR.

Leonor.

Señora, tu prima está...

Doña Juana.

¿No soy la misma que fuí?

Leonor.

¿Señora?

Doña Juana.

¿Qué ha visto en mí,
que tan presto pudo ya
trasladar tanta firmeza
en sugeto diferente?

Leonor.

¡Ay, señores, que lo siente! *ap.*

Doña Juana.

¿Aquella naturaleza
se mudó con tal rigor?

Leonor.

En estásis está ya. *ap.*
Carruage hay por acá;
tambien embarga el amor.

Doña Juana.

Leonor pienso que me ha visto *ap.*
divertida; importará
desvelarla, claro está.
¡Qué mal mi dolor resisto!
¿Yo con recato y deseo?

¿Que hace mi prima?

Leonor.

Ahora
me pidió un libro, señora,
de comedias,

Doña Juana.

Yo lo creo;
en libros mas virtuosos
fuera mas justo leer,
la que ha llegado á saber
tantos lances amorosos.
¿Pensais que no os escuché
hablar anoche á la una
por la ventana? Ninguna
imagine que no sé
sus pasos y sus secretos:
pero yo soy de opinion
que sobre seguro son
los castigos mas discretos.
Llama á mi prima. (1) ¡Ay de mí!
¡que no parece que ya
tan entera el alma está
como se mostró hasta aquí!
¡Mas qué es esto! ¿Ha de faltar
en mi pecho mi valor?
Mueran los gustos de amor
á manos de mi pesar.

ESCENA III.

Doña Juana, Beatriz y Leonor.

Doña Beatriz.

¿Qué me quieres?

(1) *Vase Leonor.*

Doña Juana.

Que no quieras;
que ya he visto claramente,
prima, que el nuevo accidente
dura en tus vanas quimeras.
A mi tio escribí ya
que alguna noche, que ocioso
esté, ronde cuidadoso
la calle; que lo que está
á mi cargo, es solo el
mirar por mi casa yo.

Doña Beatriz.

¡Qué poco que te debió
mi sangre, si tan cruel,
tan mi enemiga eres ya,
que á mi padre le escribias
claramente culpas mias!

Doña Juana.

¿Y quién, dime, me dirá,
que porque te quiero buena
te trato como enemiga?

Doña Beatriz.

La que en secreto castiga,
deseando está la pena.

Doña Juana.

Muy bien sabes argüir.

Doña Beatriz.

De tu escuela habré sacado,
por lo que á mí me has culpado,
lo que yo debo sentir.
Amor, venganza te pido: *ap,*
no pueda esta escrupulosa
bizarrear tan ayrosa
habiéndote á tí ofendido.

ESCENA IV.

Doña Juana y Hernando.

Hernando.

Por Dios, hoy señora mia,
aunque llegue á perecer
á sus manos, que has de ver
lo que á su dama le envia.
Esta joya de diamantes
le llevó y otra le dió,
que para afrenta nació
de las estrellas brillantes.
Enviándola á apreciar,
declararon los plateros,
que no tiene el Rey dineros
para poderla comprar.

Doña Juana.

¿Pues cuánto, dime, valdria?

Hernando.

Los plateros que le vieron,
cinco ciudades, dijeron,
de las que hay en Berbería.

Doña Juana.

¿Cómo está mi nombre aquí?

Hernando.

Suelta el papel por tu vida.

Doña Juana.

Muestra, ó perderás la vida.

Hernando.

¡Hay tal desdicha! ¡Ay de mi!

Doña Juana

Seis nombres hay á una parte,
y seis á otra, ¿qué es esto?
Dime lo que es, y sea presto.

Hernando.

Temo, señora, enojarte:
á mi amo le rogó
su dama que le escribiera
doce damas; y esto fuera
segun ella lo ordenó:
seis de las que deben ser
muy justamente queridas,
y otras seis aborrecidas.

Doña Juana.

¿Y de cuales vengo á ser?

Hernando.

Las aborrecidas son
esas donde estás escrita.

Doña Juana.

Es un traidor.

Hernando.

Sodomita,
y sodomita sayon.
No tienes sangre en el ojo,
sino rompes el papel
y te le comes; que en él
se podrá vengar tu enojo
en las tripas mas despacio;
y la joya envolveré
en otro papel que esté
mas bruñido y menos lácio.

Doña Juana.

¡Válgame Dios! Muestra á ver,
¿El papel que le escribí,
no es ese?

Hernando.

Señora si,
que no le quiso leer,
y así me lo dió cerrado.

¡Qué fuese tal mi torpeza!
¡Desdichado del que empieza
á estar una vez turbado!
¡Válgate el diablo el papel!
Que tengo en la faltriquera
pienso que una resma entera,
y que hube de dar con él.
Cuando ello de Dios está...
¡Oigan, y cual se ha quedado *ap.*
de difunto embalsamado!

Doña Juana.

¡Cielos, que rebiento ya!
Salgan pedazos de vida
del corazon á buscar
nuevos modos de vengar
un alma tan ofendida.
¿No soy la misma que fui,
cuando aquel hombre adoraba
las piedras que yo pisaba?
¿Qué defectos halla en mi,
que me aborrece y desprecia?

Hernando.

Ya dá voces y se abrasa: *ap.*
la calentura está en casa,
y debe de ser muy recia.

Doña Juana.

Muriéndome estoy, Hernando.

Hernando.

Muy poquito menos creo;
porque segun lo que veo,
parece que estás penando.

Doña Juana.

¿Podréme fiar de tí?

Hernando

¡Asi plega á Dios hallára,

señora, quien me fiara
en una mohatra á mi!

Doña Juana.

Toma, pues, y escusarás
el sacarla, y el pedir
que te fien.

Hernando.

El vivir
de un cuervo, y cien años mas,
plega á Jesucristo amen,
que vivas; porque te llamen
te apelliden y te aclamen
la dama Matusalen.
Ya es cosecha desde aquí, *ap.*
lo que hasta aqui fue sembrar:
que muger que empieza á dar,
tambien va dando de si.

Doña Juana.

Yo he de ver á esa muger.

Hernando.

Sino es cuando vá mi amo
á verla, que es el reclamo
á que suele responder,
es imposible.

Doña Juana.

Yo iré,
si es que alguna noche vá,
tras él.

Hernando.

Dificil será;
mas yo te acompañaré.

Doña Juana.

Yo, Hernando, solo te encargo
el secreto por mi honor:
que esto es rabia, no es amor.

Hernando.

Asi un poquito á lo largo;
cuando en tercianas procura
ser el calor verdadero,
esperezos hay primero,
que venga la calentura.

Doña Juana.

En un pozo me echaré.

Hernando.

Yo lo creo, de barriga. *ap.*

Doña Juana.

¿Qué dices?

Hernando.

Que nadie diga
de esta agua no beberé.

Doña Juana.

Hernando, mira que soy
muger, y estoy afligida,
no por no verme querida,
sino despreciada.

Hernando.

Estoy
por, si no fuera barbado,
llorar en esta cautela
como un muchacho de escuela
que está ya desatacado.

Doña Juana.

¿Qué noche te he de esperar?

Hernando.

Yo avisaré la que fuere
á propósito... y lloviere *ap.*
porque se pueda enlodar.

Doña Juana.

Tu esperanza vive en mi;
no nos vean á los dos

juntos tanto tiempo, á Dios,

Hernando.

A Dios.... Gracias que vencí. *ap.*

ESCENA V.

HERNANDO, LEONOR Y DOÑA BEATRIZ.

Leonor.

Lindamente lo has parlado.

Doña Beatriz.

Para estar aborrecido
por ser hombre, mucho ha sido.

Hernando.

Soy altar privilegiado.

Leonor.

"Para mi teneís vos manos,"
os pudiera yo decir;
pues supisteis reducir
mis pensamientos tiranos.
¿Porque no pruebas tus fuerzas,
para hacer que tenga amor
la del eterno rigor?
No haya miedo que la tuerzas.

Doña Beatriz.

¡Torcer! Si resucitara
su padre, no le tuviera
amor, antes le pidiera
que al sepulcro se tornara.

Hernando.

¡Válgame Dios! ¿Es posible?

Doña Beatriz

¿Pues tu solamente eres,
peregrino en las mugeres?
No ha nacido tan terrible
monstruo de crueldád.

Hernando.

Ya sé
que no se enamorará.

Doña Beatriz.

¿Por qué?

Hernando.

Porque ya lo está.

Doña Beatriz.

¿Qué dices, hombre?

Hernando.

No fué
la que en Teruel se murió
tan pegajosa y suave,
con solamente un jarave,
que en la vanidad tomó.

Leonor.

Que me dés los pies te pido;
si verdad fuese, le diera,
aunque en camisa me viera,
cuanto tengo aquí... un vestido.

Hernando.

Bien te puedes desnudar,
que yo sé que algun miron
deseára la ocasion.
Tras mi amo se ha de andar
la noche que quiera yo.

Doña Beatriz.

Sea esta.

Hernando.

Ha de llover;
que á su casa ha de volver
como jamas no se vió
carro de riche en febrero.

Leonor.

Señora, estoy por saltar

de contento y rebentar
de risa. ¡Qué tal espero!

Doña Beatriz.

Todo hoy está lloviznando.

Hernando.

Pues que ha de ser hoy entiendo.

Doña Beatriz.

Lo del lodo te encomiendo.

Leonor.

¡Por amor de Dios, Hernando!

Hernando.

Idos, que há de sospechar,
si os ve aquí, que lo sabeis:
esta noche os vengareis.

Doña Beatriz.

Bien dices.

ESCENA VI.

Decoracion de calle.

HERNANDO Y DON PEDRO.

Don Pedro.

¿Hete de hallar?
Todo el dia ando tras ti.

Hernando.

No me espanto de eso, no;
que ando en los negocios yo
de la esencia del sofí:
ya la fuerza se ha rendido;
esta noche ha de seguirte.

Don Pedro.

Déjame solo decirte,
que es mucho para creido.
Hernando, si yo la veo
solo por mi causa dar

un paso, me han de acabar
mis gustos y mi deseo.
Algun ángel te sacó
de Flandes, pues has vencido
lo que en pecho endurecido
jamas pude vencer yo.
En la obligacion postrera
de mi esperanza perdida
te debo toda la vida,
y hé de ofrecértela entera.
Mi vida, mi honor, mi ser,
y cuanto tengo en el mundo,
ya como dueño segundo
te deben obedecer.

Hernando.

Esta es tu joya, aquí está.

Don Pedro.

Tómala tú, que no quiero,
sí fue el remedio postrero,
que vuelva á mis manos yá.
¿Pobré yo, Hernando, siquiera,
no mas de un momento hablarla,
aunque sea despreciarla?

Hernando.

Señor, desatino fuera.

Don Pedro.

No puedo mas.

Hernando.

Eso es bueno
para un hombre condenado,
á quien los suyos le han dado
secretamente veneno;
y para el que está metido
por la sala en la capilla,
de la vulgar campanilla

clamoreado y pedido:
pero no para un cristiano
libre y con entendimiento.
¿Quieres que por un momento
se haya trabajado en vano?
Por Dios, que vienen aquí
sus pretendientes, señor.

Don Pedro.

Hallarán en mi valor
lo que halló mi dicha en tí.
Aquí no tienes que hacer,
bien te puedes retirar;
consigue tú el alcanzar
y déjame el defender.

Hernando.

¿Qué es retirar? ¡Vive Cristo,
que es, señor, cada estocada,
de mi contrario tirada,
para mi cólera un pisto!
En Flandes no lo hice yo,
aunque el archiduque Alberto
daba voces en desierto,
tanto que se enronqueció.

ESCENA VII.

DON PEDRO, DON JUAN Y DON ALONSO.

Don Alonso.

Señor don Pedro Giron,
los que son tan caballeros...

Don Pedro.

¿En las leyes y en los fueros,
que debo á mi obligacion?
¿Por qué tenemos que hablar?
Si es porque no he respondido

á dos papeles, no ha sido
culpa, sino castigar
el haber imaginado;
que si favores tuviera
de doña Juana, los diera
ni aun al Cid resucitado.
A los hombres que han nacido
con mi corazon, no es bien
pedirles nadie que dén
las prendas que han recibido.
Yo sé dar, mas no volver;
y ¡ojalá que Dios pluguiera,
que en recibir estuviera
el saberlo defender!
Pero si ya en el valor
parece que andan sobradas
las razones, las espadas...

ESCENA VIII.

DICHOS Y EL TIO.

Tio.

¿Qué es esto?

Don Pedro.

Nada, Señor.

Don Alonso.

Yo os buscaré.

Don Juan.

Yo tambien.

Don Pedro.

Entonces acabaremos
lo que comenzado habemos
los tres.

*

ESCENA IX.

El Tio.

Por cierto muy bien.
¡Pendencia aquí! ¡Yo avisado
que ronde la calle! ¡Cielos,
en una hija, qué desvelos
para mí edad habeis dado!
¿Qué no te pudo templar
la conocida virtud
de tu prima en su quietud?
Ya es de noche, voyme á armar;
porque así podré saber,
si quien me puede ofender,
me puede tambien matar.

ESCENA X.

Sala en casa de doña Juana.

Doña Beatriz y Leonor.

Leonor.

Quedito, señora, saca
pie de matachin y pierna.

Doña Beatriz.

¿Cómo?

Leonor.

Hernando con linterna,
y con zapato de vaca.
En secreto están hablando
mas há de un hora cabal;
y ella, sino miré mal,
pienso que se está enfaldando.

Doña Beatriz.

¿Cómo podremos saber,

si trata de salir fuera?

Leonor.

Yo lo sabré; aquí me espera:
pero no te has de mover.
Si me hicieran reina ahora
solo porque no acechára,
pienso que no lo tomára.

Doña Beatriz.

Valiente amor, nadie ignora,
que se fundan tus razones:
segun tu poder contemplo,
en entapizar tu templo
de rendidos corazones.
Contra quien mas tu poder
resiste, mas te previenes;
porque de dios al fin tienes
lo absoluto del poder.

Sale Leonor.

Leonor,

Chinclita baja.

Doña Beatriz.

Espera
á ver si sale.

Leonor.

Eso hago;
porque no me satisfago
hasta verla en la escalera. *vase.*

Doña Beatriz.

Ruego á Dios, que despreciada
vuelva del que vá á buscar;
porque no llegue á probar
los gustos de enamorada.

Sale Leonor.

Leonor.

Flujo hizo para conmigo

doña Juana mi señora;
como un rayo sale ahora
por la puerta del postigo.
Ya no tiene que reñir,
privilegio nos ha dado,
con haberse enamorado,
para podernos reir.
¿Que se ha hecho tu galan,
señora, que no le veo?

Doña Beatriz.

Fuese al Brasil; el deseo,
y el alma penando están.

Leonor.

Ya en su castillo no hay fueros.

Doña Beatriz.

Si, que amorosas pasiones
han clavado los fogones
á petardos y á pedreros.

Leonor.

¿Qué habemos de hacer?

Doña Beatriz.

Bajar
al postigo, y aguardarla
para solo avergonzarla
con mirarla y con callar.

Leonor.

¡Victoria por el amor!

Doña Beatriz.

Como es ciego dióle palo.

Leonor.

Desde hoy puede ser Gonzalo (1)
enamorador mayor.

---

(1) *Aquí se le olvidó á Lope que el criado de don Pedro se llamaba Hernando.*

ESCENA XI.

El Tio armado.

Tio.

¡Que aun asi tratan flaquezas
mis años tan sin respeto!
¡Todavia estoy sugeto
á femeniles ternezas!
Pensará, viendome asi,
la muerte, que ya la he visto,
y que armado la resisto.

ESCENA XI.

El Tio, doña Juana disfrazada, y Hernando rebozado y con linterna.

Hernando.

Quedo, que un hombre está aquí.

Doña Juana.

Si algo pregunta, que soy
doña Beatriz de la Cerda
le dirás, para que pierda
los indicios que le doy.
Y si es justicia, dirás
que vá en casa de su padre.

Hernando.

No hay disculpa que no cuadre
bien dicha; salir podrás.

Tio.

¿Quién va?

Hernando.

Cuanto puede ser.

Tio.

¿Quién es?

¿Qué pregunta en vano?
Partido el genero humano,
un hombre y una muger.

Tio.

¿Quién es la muger?

Hernando.

Señor,
doña Beatriz de la... ¿qué?

Doña Juana.

De la Cerda.

Hernando.

Ya lo sé:
de la Cerda.

Tio.

¡Ay de mi honor!

Hernando.

¿Podremonos escurrir?

Tio,

¿Donde la llevas?

Hernando.

A ver
á su padre.

Tio.

Hasta saber
la verdad, la he de seguir. *ap.*
¡Y qué, sin pedír licencia
á su prima, vá á buscar
su amante! La he de matar.
Sufrid y tened paciencia,
corazon.

Hernando.

¿Tenemos ya
pasaporte?

Tio.

Si.

Hernando.
Pues vamos,
que despachados estamos.
Tio.
Tu muerte en tus pasos vá. *ap.*

ESCENA XII.

DON JUAN Y DON ALONSO, DE NOCHE.

Don Alonso.
Por aquí suele venir,
y podremos acabar
lo ya empezado á tratar,
de esta suerte.
Don Juan.
En recibir
presentes, es muy dichoso.
Séalo en reñir tambien;
porque dos veces le dén
titulo de venturoso.
Don Alonso.
A mi me habeis de dejar,
si viene solo.
Don Juan.
Eso no;
con él he de reñir yo.
Don Alonso.
¿Y yo os habré de mirar?
Al que de nosotros tiene
mas antigua competencia
le toca aquesta pendencia.
Don Juan.
Quedo, que pienso que viene.

ESCENA XIII.

DICHOS, DON PEDRO Y HERNANDO.

Don Pedro.

Mira que vendrá cansada.

Hernando.

Venga, y déjala cansar,
por lo que te hizo andar
con el alma aperreada.

Don Pedro.

Basta ya, Hernando, no mas;
mira que es escuro y llueve.

Hernando.

Muger que ha sido de nieve
así la derretirás.

Don Pedro.

¿Quieres apostar, Hernando,
que se ha de volver á ir?

Hernando.

Muger que empieza á seguir,
derrengada y cogeando,
se irá tras un hombre á Flandes.

Don Pedro.

Mucha será tu impiedad;
que es mucha la oscuridad.

Hernando.

Y tus ignorancias grandes;
en llegando á conocer
por las centellas el fuego,
te ha de descubrir el juego,
y has de venirla á perder.

Don Pedro.

Pues alúmbrala siquiera;
que estamos lejos los dos.

Hernando.

Zarpa ha de haber, vive Dios. (1)

Don Pedro.

No tienes amor.

Hernando.

Quisiera
ponerle ceniza en lodo;
porque conozca que es barro
el presumir mas bizarro
de las mugeres, en todo.
Ahóguese, aunque es mancilla
ver una muger así.
¡Ah quien me trajera aquí
la hacienda de Sevilla!

Don Alonso.

Señor don Pedro,

Don Pedro.

¿Quién vá?

Don Alonso.

Los que hoy quisieron saber
de vos, si el no responder
fué desprecio.

Don Pedro.

Claro está.

Don Alonso.

Pues siendo así, no tenemos
que detenernos en nada;
sirva de lengua la espada
que con ellas hablaremos. (2)

Tio, dentro.

Así castigar podré

---

(1) *Mata la linterna.*

(2) *Meten mano y riñen.*

tu mal pensada traicion.

ESCENA XIV.

Dichos y doña Juana.

Doña Juana.

Señor don Pedro Giron,
amparádme.

Don Pedro.

Si haré;
caballeros, acudir
á las mugeres en justo,
que para nuestro disgusto
tiempo queda en que reñir.

Don Alonso.

Sois en efecto Giron,
cuya calidad sabemos,
y no es bien que os estorvemos
tan precisa obligacion.

ESCENA XV.

Dichos y el Tio.

Don Pedro.

¿Quién es? ¿Quién vá allá?

Tio.

Yo soy.

Don Pedro.

¿Quién?

Tio.

El padre desdichado
de esta hija, que le ha dado
el ser que perdiendo estoy.

Don Pedro.

Señor don Luis.

Tio.

Yo tomára,
que porque nadie me viera
en mi deshonra, se abriera
la tierra y que me tragára.

Hernando.

No te dés por entendido,
que no es su hija.

Don Pedro.

Si haré:
¿qué ha hecho?

Tio.

Yo os lo diré.
De su inquietud ofendido
con doña Juana, señor,
de la Cerda, mi sobrina,
la puse, cuya divina
virtud y heróico valor
pensé que la convirtiera;
y al contrario, divertida
en las calles y perdida
la hallo de esta manera.
Dádole hubiera la muerte:
¡pero quién, señor, pensára,
que de una santa tomára
los consejos de esta suerte!
No le falta sino hacer
milagros.

Hernando.

De piedra y lodo,
para dar en él con todo,
despues que empezó á querer.

Don Pedro.

Con justa causa os confieso
que ahora os podeis quejar;

pero no es este lugar
para hablar, señor, en eso.
Mi señora doña Juana
la reñirá, y vos allí
tambien con ella.

Doña Juana.

¡Ay de mi! *ap.*

Tio.

¿Qué no pudieron, tirana,
los consejos de tu prima
moverte á no me afrentar?

Don Pedro.

Yo la tengo de llevar.

Tio.

El que como ya os estima,
que os obedezca es razon.

Hernando.

¡Linda vá la cazolada!
En la santa acreditada
se metió la tentacion.

Don Pedro.

Disimulad, y llevemos
á su casa, esta muger,
que se ha querido valer
de mí; y luego podremos
reñir.

Don Alonso.

A tanto valor
no replico.

Don Juan.

Sea así.

Hernando.

La buena es la mala aquí, *ap.*
y la mala es la mejor.
Amantes, nadie sea necio

en pretender, y avison
en lo visto; que estos son
los milagros del desprecio.

ESCENA XVI.

Sala en casa de doña Juana.

BEATRIZ Y LEONOR.

Doña Beatriz.

Lindamente se cerrára
la plana de venturosa,
si fuera yo tan dichosa
que mi padre la encontrara.

Leonor.

Con atrancarle el postigo
ahora al volver, perdiera
la paciencia; pero fuera
todo el enojo conmigo.

Doña Beatriz.

Si vá haciendo con querer
nuestro negocio, no es justo
que le pongamos al gusto
estorbos que lo han de ser.

Leonor.

En la puerta principal
llaman.

Doña Beatriz.

Baja, y quién es mira.
¡Dios me libre de su ira,
si le ha sucedido mal!
Casi de su parte yo
estoy por sentirlo ya!
¡Válgame Dios! ¿Si vendrá
con la cara que llevó?

Leonor.

¡Jesus! Todo vá perdido.

Doña Beatriz.

¿Quién era?

Leonor.

Un muy gran tropel;
y tu padre y ella en él.

Doña Beatriz.

¿Pues cómo no me has pedido
albricias?

Leonor.

Y de enlodada
viene tal, que es menester
para limpiarla, meter
todo el vestido en colada.
¿Qué habemos de hacer?

Doña Beatriz.

Callar;
que á nosotras no nos toca,
Leonor, sino punto en boca,
y vengarnos con mirar.

ESCENA ULTIMA.

Todos.

Tio.

Lo que pretendo es saber
si mi sobrina le dió
licencia; porque si no,
no ha de quedar á deber,
en agravio tan dispuesto,
nada mi honor al sentir.
¡Vive Dios que ha de morir!

Doña Beatriz.

¿Quién ha de morir?

Tio.

¡Qué es esto!
¿Quién eres, muger?

Don Pedro.

Aquí
solamente os ha tocado
el quedar desengañado;
pero lo demas á mi.

Doña Juana.

Tampoco quiero que vos,
si es que quereis defenderme,
lo hagais despues de ofenderme.

Don Alonso.

¡Qué es esto!

Don Juan.

¡Válgame Dios!

Doña Juana.

Yo soy: ¿De qué os admirais?
Si pensais que me ha sacado
de mí casa algun cuidado
amoroso, os engañais.
La mugeres que nacimos,
señor don Pedro Giron,
con sangre y estimacion,
mas que las otras sentimos.
¡Vive Dios, que he de saber
quien es esta vuestra dama,
por quien mi opinion y fama
se ha echado tanto á perder!
que esto solo me ha sacado
de mi casa.

Doña Beatriz.

Y con razon.

Leonor.

Item mas; el espigon

con su poco de cuidado.

Doña Beatriz.

Mírala, y calla.

Leonor.

Sí haré.

Don Pedro.

Pues si eso no mas ha sido,
señora, á lo que habeis ido,
mi dama os enseñaré;
pero habeisos de obligar
de hacer con ella por mí
una cosa. ¿Hareisla?

Doña Juana.

Sí.

Don Pedro.

Primero me habeis de dar
la mano, de que en lo justo
por mi habeis de interceder;
que yo sé que ella ha de hacer
lo que fuere vuestro gusto.

Doña Juana.

Esta es mi mano. ¡Hay rigor *ap.*
tan grande! ¡Que esto me pida!

Don Pedro.

Pues esta que tengo asida,
sola es mi dama.

Doña Juana.

¡Ah traidor!
¿Nuevos engaños?

Don Pedro.

Señora,
aqueste de Hernando fué;
que yo siempre os adoré
con la misma fé que ahora.

Doña Juana.

¿Luego nunca habeis tenído
otra dama?

Don Pedro.

Si criara
Dios nuevo mundo, no hallára
en mi corazon rendido
lugar otro pensamiento;
la muerte pudiera hallar
propósitos que mudar:
pero no arrepentimiento.

Doña Juana.

¿A donde está Hernando?

Hernando.

Aquí

Leonor.

Mira si nos engañó.
Con una misma nos dió.

Doña Juana.

¿Tú, no me dijiste á mí,
que tu amo me afrentaba,
y que otra dama tenia?

Hernando.

Mentí en lo que no sabia,
por ver lo que deseaba.
Y como le ví tan necio
y tan firme en su pasion,
lo dije; porque estos son
los milagros del desprecio.

Don Pedro.

Los favores que pediais
tengo yo; mas engañados
los llamais favores dados,
y que los diese queriais.
Porque no creais en nada,

que muger tan virtuosa
recibia codiciosa
para dar enamorada:
aquí os desengaño yo;
unos criados riñeron,
en el suelo los pusieron
y Hernando se los cogió.
¿Darélos?

Don Alonso.

De Hernando son
de mi parte.

Doña Juana.

Y de la mia.

Hernando.

Vuestra ha sido la hidalguía;
si fué mia la invencion.

Don Alonso.

Justamente mereceis,
que se os muestre mas humana,
mi señora doña Juana.

Doña Juana.

Es verdad, razon teneis;
y ya tan humana estoy,
que por lo mucho que gano,
si ahora estima mi mano
con el alma se la doy.

Don Pedro.

Yo con el alma tambien
la recibo como es justo.

Don Juan.

Y los dos con mucho gusto
os damos el parabien..

Doña Beatriz

¿Prima?

Doña Juana.

No me digas nada;
que harto has hecho con no hablar,
con mirarme y con callar.
Si te reñí enamorada,
desde hoy te disculparé;
que ya conozco mejor
las fuerzas que tiene amor,
despues que me enamoré.

Leonor.

¿Pretendiste resistir?

Hernando.

No Leonor; pero tomara,
que ninguno se casara,
por solo oirle decir
al obispo de Antióquia,
que una comedia se ha hecho
en que no tuvo provecho
el cura de la parroquia.

Leonor.

Tuya soy, Hernando mio.

Hernando.

Advierte que no hay braguero.

Leonor.

Quebrado ó sano te quiero;
que ya con el amor mio
no tienen las Indias precio
de amor y de estimacion.

Hernando.

Yo lo creo; y estos son
los Milagros del desprecio.

Los Milagros del Desprecio.

Hemos asegurado que esta comedia fué el original de la del Desdén con el desdén; y creemos que despues de leida una y otra, el público será de nuestra opinion. Ya por este motivo, aunque no tuviera otro mérito la obra de Lope, seria muy apreciable; porque no se trata de un pensamiento comun que puede ocurrir á cualquiera, y cuya fecundidad no se ha sabido aprovechar, sino de un argumento feliz, bien concebido y manejado por el inventor, y que no deja á sus imitadores otra gloria, que la de perfeccionarle. Esto es verdaderamente lo que hizo Moreto. Comparando su obra con la de Lope, se vé que en la primera hay mas pompa y artificio: que los incidentes de que se vale para desempeñar su plan, dicen mas á la imaginacion: que los caractéres principales, singularmente el del Galan, están mas bien desenvueltos; y en las dos ingeniosas escenas de la máscara y el jardin, reuniendo á los amantes, y haciéndolos espresarse como conviene á su situacion, produce admirables efectos, y satisface completamente los deseos del auditorio.

Mas si por estas consideraciones, la comedia del Desdén con el desdén es preferible á la de los Milagros del desprecio, por otras igualmente importantes, no debe temer ésta la competencia con aquella. Prescindiendo de la originalidad, que segun hemos visto, pertenece esclusivamente á Lope, su fábula es tan sencilla y bien combinada como la de Moreto: tiene tanta regularidad, mas travesura, situaciones mas cómicas, y se acerca mas al rigor de las reglas clásicas, por la naturaleza de su argumento. Nada hay en este, ni en los personages, que no sea necesario para el fin que se propone el autor. Doña Juana, aunque de ca-

rácter menos ideal que la hija del Conde de Barcelona, es siempre interesante, natural y perfecta. Hernando es superior á Polilla en cuanto á inventar el medio de rendir á la heroina; y en lo demas tampoco le cede. Es buena idea la de hacerle ensayar primeramente su método en la criada, y darle una parte mas activa en la accion. Esto recompensa el carácter pasivo de su amo, que manifiesta sin embargo con obras la elevacion de sus sentimientos. La idea de la quebradura, y la de enlodar á doña Juana, podrian parecer bajas á algunos lectores; pero si lo meditan bien, verán que no lo son. En nada ofenden el pudor; no están recargadas, y ademas de escitar la risa, pintan con vehemencia el poder de los desprecios en el corazon de las mugeres.

El estilo y la versificacion, son tambien mejores que en el Desdén con el desdén; aunque no sea sino porque no se resienten de la ominosa metafísica enemiga irreconciliable de toda clase de poesía, y particularmente de la dramática. Acaso habrá mas fuerza cómica en la comedia de Moreto que en la de Lope de Vega; pero en esta resplandece por todas partes aquella gracia delicada y amable que nunca abandona á su autor, y en la cual no conoce émulo. Lo mismo decimos de la naturalidad y fluidéz de los versos, que si alguna vez degeneran en prosaicos, generalmente conservan un tono tan agradable, que los mas artificiosos no pueden alcanzar. Quisiéramos citar algunos pasages, para confirmar una parte de lo que hemos dicho; pero mas vale que nuestros lectores recorran los diálogos entre Hernando y doña Juana, las quejas de esta, y la escena final.

Nótese que la intriga empieza por un enredo en el género de los de Calderon, muy original y feliz, y perfectamente enlazado con el argumento.

MI TIO EL JOROBADO,

Ó

LAS DOS PUPILAS,

COMEDIA EN UN ACTO.

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Representada por primera vez en el teatro de la Cruz el dia 1.° de Octubre de 1831.

MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS.
Febrero de 1832.

PERSONAS.	ACTORES.
Don Valeriano. . .	*Sr. J. Galindo.*
Sabina.	*Sra. C. Samaniego.*
Elena.	*Sra. C. Bravo.*
Don Tomás.	*Sr. J. García Luna.*
Don Eugenio. . . .	*Sr. P. Gonzalez Mate.*
Juanita.	*Sra. R. Pinto.*

La Escena pasa en una casa de campo, propia de Don Valeriano, á pocas leguas de Madrid.

MI TIO EL JOROBADO.

El teatro representa una sala baja con puerta en el fondo, que deja ver un jardin, y otras dos laterales. A la derecha habrá una mesa con recado de escribir.

ESCENA I.

DON VALERIANO *y* JUANITA.

Val. Con qué tú tambien te quieres casar, Juanita?

Jua. Toma si quiero! Eso no se pregunta á una muchacha de diez y ocho años. Soy huérfana, soy pobre... Cuando llegue el mes de Noviembre y V. S. se vuelva á Madrid con sus dos pupilas, qué me he de hacer yo solita en este caserón desamparado? Casada ya es otra cosa: tiene una con quien hablar, y quien mire por ella, y...

Val. Pero Antonio es un holgazan.

Jua. Es que el amor le quita las fuerzas.

Val. Me tiene el jardin abandonado. Ya

se ve, no sale de la taberna...

Jua. Eh, señor! Lo hace por distraerse. Está tan afligido el pobre muchacho!— V. S. va á ser causa de alguna desgracia. Dice que si no nos casa V. S. es capaz de tirarse al rio.

Val. Ba, ba. Todos los enamorados dicen lo mismo. Tambien yo en mi juventud me queria matar á cada instante; pero á pesar de haber sido escarnecido de mas de cien mugeres no me he muerto.

Jua. Es posible! (1)

Val. Lo mismo que te lo digo.

Jua. Ya, ya lo veo. — Pero es que V. S. tiene otro aquel que mi Antonio. El es testarudo como un mulo; y si una vez se le antoja matarse, lo hará aunque no sea mas que por amor propio.

Val. De veras?... Mira; yo te estimo. Tu padre fue arrendador mio, y hombre muy honrado. Le prometí mirar por tí, y aunque todavia eres muy jóven, si crees que Antonio puede hacerte feliz... Veremos. Yo le hablaré... Anda ahora á ver si te necesitan mis pupilas.

Jua. (2) Voy, voy corriendo. Ah, qué bueno, qué bueno es mi amo! (3) Con

(1) *Con candor.*
(2) *Muy contenta.*
(3) *Volviendo.*

que dentro de ocho dias se casa V. S. con la señorita Sabina?

Val. Sí.

Jua. Pues es que... Si V. S. quisiera matar dos pájaros de una pedrada...

Val. Eh! No hay que impacientarse. Todavia no he prometido nada.

Jua. No se enfade V. S., señor. Lo digo por... por economía.

ESCENA III.

DON VALERIANO *y* DON TOMÁS.

Val. Caramba con la niña! Parece que tiene prisa... Oh! Ya está aqui mi amigo Tomás. Cáspita cómo madrugas!

Tom. En el campo ya se sabe. Verdad es que rara vez lo veo. Siempre metido en aquella maldita oficina! Pero ahora no han podido negarme los gefes quince dias de licencia para asistir á la boda de mi mejor amigo; de aquel que en la infancia sacaba siempre la cara por mí cuando se burlaban de esta pequeña irregularidad con que me ha favorecido la naturaleza.

Val. Y que ha sido ocasion de algunas camorras.

Tom. Pues. Pretendian que mi carácter era tan *escabroso* como mis espaldas; y

á no ser por tí... A fé que ya es larga la fecha de nuestra amistad.

Val. Sí; desde el colegio...

Tom. Tiempo feliz en que eran bienes comunes para nosotros los almuerzos y los cachetes!

Val. Bien me acuerdo; por señas que siempre me dejabas á mí la mayor porcion: los cachetes.

Tom. Presagiaba yo desde entonces tu carácter marcial, y por fomentarle... Ya ves que no me engañaba. Hola! Y no has hecho mala carrera. Te has retirado de coronel; y con tus tres galones, un buen patrimonio, y muy pronto una esposa jóven y bonita... Sabes que me ha sorprendido en estremo esa boda? Estaba yo muy persuadido de que los dos ibamos á morir solteros.

Val. Qué quieres? Yo tambien me iba ya resignando con esa idea. Ya pensaba en dar estado á esas muchachas que el amigo don Cosme dejó confiadas á mi tutela, cuando creí observar que habia yo inspirado á la mayor, á mi querida Sabina, un afecto, que sin duda no es amor, pero me parece mas tierno que la gratitud. Ya sabes cuánta es su cordura, su amabilidad... Yo consideraba cuán dichoso podria ser en mis últimos dias con tan dulce compañera. En fin,

la ofrecí mi mano temblando: ella me confesó que tendria mucho pesar en separarse de mí; y ahora la amo, la adoro como un loco; como si tuviera yo veinte años.

Tom. Hola! Es muy lisongero eso de inspirar á tu edad...

Val. Chist... No hables tan alto.

Tom. Cuidado que cincuenta años...

Val. No los tengo.

Tom. Sí tal.

Val. No por cierto.

Tom. Mira: yo los he cumplido ya, y en el colegio eras mayor que yo. A no ser que desde entonces haya vivido yo mas que tú.

Val. Bien; la edad es lo de menos.

Tom. Tienes razon. Cuando las buenas prendas, el carácter... A propósito de carácter, eres todavia zeloso?

Val. Cómo...

Tom. Recuerdo que en nuestras juventudes era ese tu fuerte. Caramba si eras zeloso! Y sin motivo, porque... hasta de una bailarina lo fuiste.

Val. Ya me he corregido con la edad.

Tom. Bien hecho; y mas ahora que vas á casarte. Un marido zeloso! Quita allá: eso es muy antiguo.

Val. Sin confianza no hay amor.

Tom. Segun eso, aunque algun galan hi-

ciese la corte á tu futura, no te causaria la menor inquietud.

Val. Es decir... hasta cierto punto... (1) Pero por qué me dices eso? Sospechas tú?...

Tom. No. Es una suposicion.

Val. No, no. Algun fundamento tiene tu pregunta. Algun jóven... Quién es? Dímelo. Quién se atreve?...

Tom. (2) Ah, ah, ah. Pues me gusta la enmienda!

Val. (3) Ah! Con qué es broma? Ya veo que tampoco te has corregido tú mucho. Siempre maligno y testarudo.

Tom. Vamos, basta de chanza. No me tiene cuenta hacerte rabiar ahora que te quiero pedir un favor.

Val. Tú?

Tom. Es cosa séria. Se trata de matrimonio. Tú tienes dos pupilas, y con las dos no has de casarte.

Val. Pues qué, me quieres imitar?

Tom. No, amigo mio, que ya tengo bastante *carga* sin echarme encima la del matrimonio.

Val. Pues para quién me pides la mano de Elena?

(1) *Con calor.*
(2) *Riendo.*
(3) *Con rubor.*

Tom. Para mi sobrino Eugenio. No es verdad que es bello mozo?

Val. Sí; pero tan jóven... un estudiante...

Tom. Ya ha cumplido veinte años.

Val. Pero es cosa que me asombra. Un muchacho tan tímido, tan encogido, tan vergonzoso...

Tom. Verdad es que no se parece á mí. En lo *físico* quizá tiene razon, pero en lo moral... Oh! La culpa no es mia. Yo he hecho todo lo posible para espavilarle, pero he perdido el tiempo.

Val. Con que se quiere casar con Elena?

Tom. Sí, amigo. Yo, que nada puedo dejarle despues de mi muerte, no tengo derecho para contradecirle, y siempre soy de su parecer. Tú amas á Elena, le he dicho; enhorabuena. No te atreves á pedirla? yo lo haré por tí. No tienes mas que doce mil reales de renta; pero mi amigo Valeriano no me negará...

Val. Te equivocas.

Tom. Cómo!

Val. Lo siento mucho; pero, te lo repito, tu sobrino es todavia muy muchacho para padre de familia. Su poco caudal no me importaria si yo no estuviese ya comprometido con uno de mis vecinos, algo maduro, pero dueño de un gran capital... Ya sabes cuán amigo soy yo

de cumplir mis promesas.

Tom. Sobre todo á los que poseen un gran capital.

Val. Eh! Ya te has picado, y no tienes razon. Cuando reflexiones... (1) Hola! Ya es hora de almorzar.

Tom. Con que desaucias á mi sobrino.

Val. Consuélale tú. No hace mas que cuatro dias que estais aqui, y no puede ser aun muy profunda la llaga.

Tom. Ah, que el amor es una pasion diabólica! Yo temo que tu repulsa cause la desesperacion de mi sobrino. Mira que es capaz de envenenarse.

Val. Hombre!

Tom. Es el flaco de la familia. Todos somos como centellas, y una vez enamorados, no hay diablo que nos ataje.

Val. Qué fatalidad! Pero ya se hará cargo de la razon tu sobrino. Voy á ver si estan vestidas esas niñas. Adentro te espero. Recobra tu alegría, y mira que hasta que se haya celebrado mi boda cuento contigo para que nos diviertas.

(1) *Mirando el relox.*

ESCENA III.

DON TOMÁS, *y luego* DON EUGENIO.

Tom. Calabazas. Y á un amigo de la infancia se le hace semejante afrenta! No la sufriré. Dice que soy testarudo... Pues bien; sí, lo seré por vida de mi nombre. Eugenio se casará con Elena, ó poco he de poder. Oh! Aqui viene. Es preciso prepararle á recibir el golpe.

Eug. Buenos dias, querido tio.

Tom. (1) Felices, Eugenio.

Eug. Por qué está usted tan triste?

Tom. Por nada. Dime, has leido á Séneca esta mañana?

Eug. No señor. Por qué?

Tom. No hubieras hecho mal en leer un par de capítulos para fortalecerte contra los golpes imprevistos de la fortuna. A bien que tú eres filósofo, y sabes que este pícaro mundo...

Eug. (2) Qué significa eso?

Tom. (Ya me parece que le tengo bien preparado.) Esto significa que don Valeriano te niega la mano de Elena.

Eug. Gran Dios!

Tom. Ya me esperaba yo esa esclamacion,

(1) *Triste.*

(2) *Sobresaltado.*

ú otra de la misma calaña. Vamos, tranquilízate.

Eug. Hay hombre mas desventurado?

Tom. Eh! A Dios filosofia!

Eug. Pero quién ha hablado á don Valeriano?

Tom. Toma! Yo.

Eug. Pues! Y le dije á usted que no lo hiciera.

Tom. Esa es otra! Querias que te la diese sin pidírsela?

Eug. No; pero convenia prevenirle primero en mi favor.

Tom. Sí, que no lo he hecho yo! Y con un calor, una elocuencia... He hablado de tus doce mil reales de renta. He añadido que tu talento valia quince mil, veinte mil tus buenas prendas, treinta mil tu amor; pero él, que es pájaro de cuenta y sabe sumar, ha sacado en limpio que todas estas partidas no hacen mas que doce mil reales efectivos.

Eug. Cuidado, tio, que es usted terrible con su viveza. Yo queria alcanzar antes el consentimiento de Elena; porque... es el caso que aun ignoro si soy amado, y puede ofenderse...

Tom. Bravo! Con esos preámbulos se pasa el tiempo miserablemente, y se hace el contrato matrimonial cuando seria prudente hacer el testamento. Me quie-

res tú enseñar á mí la brújula? Tú, que no has visto el mundo mas que en tu Ciceron y tu Quinto Curcio?

Eug. No le disputo á usted su esperiencia; pero tengo observado que cuando se mezcla usted en algun negocio casi siempre tiene la desgracia de embrollarlo.

Tom. Cómo se endiende? A mí!...

Eug. Usted es el mejor de los tios; usted me ama tiernamente;... pero en fin, no tiene usted buena mano para eso de casamientos: la prueba es que no ha encontrado uno para sí mismo.

Tom. Porque no lo he buscado, que si no, á pesar de esta *post data*... Concluyamos: he tomado por empeño que te cases con esa muchacha.

Eug. Qué! Todavia puedo esperar?...

Tom. Sí, como tengas un poco de audacia y sigas mis consejos, aunque no sea mas que por algunas horas.

Eug. Bien. Qué he de hacer?

Tom. (1) Fingir que amas á la novia del coronel.

Eug. Amarla!

Tom. Y si eso no te parece bastante, adorarla.

(1) *En voz baja despues de haber mirado si hay quien pueda oirle.*

Eug. Cómo! A la hermana de Elena?

Tom. Cabalito.

Eug. Y qué se promete usted de eso?

Tom. Que logres la mano de la que quieres. Yo conozco el flaco de Valeriano. Es zeloso como un portugués. Tu galanteo le va á desesperar, y solo por quitarte de en medio es capaz de rogarte él mismo que te cases con Elena. Vamos; qué dices de mi espediente? No es original?

Eug. Pero, tio, fingir un amor que no se siente...

Tom. Borrico! Si lo sintieras no tendrías necesidad de fingirlo.

Eug. Es una traicion.

Tom. Nadie se admira ya de esas traiciones.

Eug. Inquietar á un hombre honrado...

Tom. El será el primero que se-ria á su tiempo. Justamente me ha encargado que le divierta.

Eug. No, no, tio; no turbaré yo el reposo de don Valeriano. Si he de conseguir á Elena por medios que no sean honrosos, prefiero renunciar á ella.

Tom. Como gustes, hijo mio. Echala de quijote, suspira, contempla de lejos á tu Dulcinea... (1) Hola! Ya nos llaman á almorzar. No vienes?

(1) *Suena una campana.*

Eug. No señor, no tengo gana.

Tom. Por supuesto; un enamorado... pero yo, que no me alimento de suspiros, acudo al reclamo. (1) Con que no quieres poner en práctica mi consejo?

Eug. De ningun modo.

Tom. Pues abur. (2) Cuando te cases con Elena no dejes de enviarme los dulces (3). Pobre simplon!... Todavia eres muy novicio, hijo mio.

ESCENA IV.

DON EUGENIO.

Me abandona! Se burla de mí!... Y tiene razon. Soy tan corto de genio... Si me hubiese declarado con Elena, podriamos obrar de acuerdo. Ella hablaria á su tutor... Pero hacer cara á cara una declaracion á la persona que se ama!... Ah! Los cabellos se me erizan. La escribiré? Mucho atrevimiento seria; pero haciendo un esfuerzo... Eh! Pecho al agua. Seré muy respetuoso. Sí, sí; voy á escribirla. (4) A bien que no es

(1) *Volviendo.*
(2) *Con ironía.*
(3) *Riendo.*
(4) *Se sienta y escribe.*

esta la primera vez que lo hago. Medio pliego todos los dias... que tengo buen cuidado de quemar despues.

ESCENA V.

DON EUGENIO (1) *y* JUANITA.

Jua. (2) Despues que le dan á una esperanzas, desauciarla asi! Yo no sé qué mosca le habrá picado...

Eug. (3) Quién viene? Ah! Eres tú, Juanita!

Jua. Sí señor.

Eug. (4) Por qué lloras?

Jua. (5) Porque el amo no quiere que le hablen de Antonio, despues que me ha prometido...

Eug. Y qué motivo?...

Jua. Chocheces. Porque el pobre muchacho se ha presentado... asi... un poco alegrillo, le ha llamado borracho, y no quiere que me case con él.

Eug. Eso es terrible.

Jua. Sin hacerse cargo de que hoy es do-

(1) *Escribiendo.*
(2) *Llorando.*
(3) *Asustado, y ocultando la carta.*
(4) *Levantándose.*
(5) *Sollozando.*

mingo. Qué ha de hacer un campesino despues de misa si no se va de tertulia á la taberna?

Eug. Parece que el coronel no quiere que se casen las gentes.

Jua. Pues! El quiere ser solo, como si los demas fuesen de otra calaña... Me alegrára que se desbaratase su boda, y veria qué plato de gusto...

Eug. (1) Oh! El... Nada se opone á su felicidad.

Jua. (Eh! Tambien este suspira. Apostaria á que está enamorado. Parece epidemia!

Eug. Poco siente don Valeriano las penas que causa.

Jua. (No hay duda; él ama á una de las dos hermanas. Si pudiera yo hacerle que se declarase...)

Eug. (No me deja concluir mi carta. Procuremos echarla de aqui.)

Jua. (2) Con que, señor don Eugenio, podemos darnos la mano, eh?

Eug. (3) Como!

Jua. Vaya, no se haga usted el disimulado conmigo. Lo sé todo. Cuando está

(1) *Suspirando.*
(2) *Con malicia.*
(3) *Turbado.*

usted cerca de la linda Sabina, y de la hermosa Elena... fácil es conocer...

Eug. (1) Qué?

Jua. (2) Que está usted enamorado, perdido... de una de las dos.

Eug. De cuál de ellas?

Jua. Hola! Quiere usted que le regalen el oido? Pues bien, de la señorita...

Eug. (3) Ah! Calla, calla por Dios.

Jua. (Me alegro de que me mande callar, porque no sé cuál de las dos...)

Eug. (4) (Pero cómo ha podido adivinar esta muchacha... Pues poquito cuidado he tenido yo de que nadie observara...) No se lo digas á nadie, Juanita. No me pierdas.

Jua. Bien, pero con la condicion de que me lo ha de decir usted todo. Yo quiero ser su confidenta.

Eug. Mucho te agradezco que te intereses por mí, y si consigo su mano te prometo recibir en mi servicio á Antonio, y casarte con él.

Jua. (5) De veras, don Eugenio? Pues no es menester mas. Mándeme usted, aun-

(1) *Sobresaltado.*
(2) *Con aire de inteligencia.*
(3) *Vivamente.*
(4) *Desconcertado.*
(5) *Con alegria.*

que sea rodar, que estoy dispuesta á servirle, y para empezar, desde ahora me encargo de entregar esa carta que estaba usted escribiendo.

Eug. Cómo! Tú has visto?...

Jua. Oh! Las mugeres somos linces para esas cosas.

Eug. Aun no está concluida...

Jua. Pues vamos, despáchese usted (*1*).

Eug. Ten cuidado, no sea que me sorprendan.

Jua. (Ahora sabré para quién es la carta.)

Eug. Yo tiemblo. Es terrible esto de escribir á una muger.

Jua. Vaya, vaya; usted es un mandria, señor don Eugenio, y perdone la llaneza. Ninguna muger se agravia porque la quieran.

Eug. Y ella que es tan dulce, tan indulgente...

Jua. (Vamos, es la señorita Elena. Bien me figuraba yo...)

Eug. Por otra parte, si supiera el coronel que me atrevo á concebir esperanzas despues de lo que ha pasado...

Jua. (Calla! Si querrá soplarle la novia?)

Eug. En todo caso él tiene la culpa. De-

(*1*) *Se sienta don Eugenio á concluir la carta.*

jarme solo una hora con las dos criaturas mas lindas, mas hechiceras...

Jua. (Esta es otra! Si estará enamorado de las dos á la par? Cáspita!)

Eug. (1) Toma, Juanita; pero ciudado; mucha prudencia, mucho sigilo! Mira que es muy atrevida mi empresa, muy temeraria!

Jua. Descuide usted... Pero quisiera saber...

Eug. (2) Silencio! Siento pasos en el jardin. Si nos vieran juntos sospecharian... A Dios, Juanita. En tus manos está mi suerte.

ESCENA VI.

JUANITA.

Pero escuche usted... Se va sin decirme quién es su querida... Ah! Qué bestia soy! El sobre lo dirá. Veamos. (3) P, a, pa, r, a, ra, para, e, ll, a, lla, para ella! Estamos frescos. Para ella! Pardiez, asi no la comprometerá. Para la señorita Sabina no puede ser. Estando para casarse con otro seria mucho des-

(1) *Se levanta y le da la carta.*
(2) *Mirando adentro.*
(3) *Deletrea.*

caro. No, no; la carta es para la señorita Elena. Voy corriendo... (1)

ESCENA VII.

DON TOMÁS *y* JUANA.

(derriba...

Tom. (2) Como el recio aquilon cuando

Jua. Eh! Que me derriba usted á mí!

Tom. Adónde vas tan corriendo?

Jua. (3) A ninguna parte. Me estaba paseando.

Tom. Ah! Te paseas á galope?... Y qué papel es ese que has guardado?

Jua. (4) Papel? Yo... no...

Tom. Picaruela! Solo una clase de papeles ocultan las muchachas: las cartas de amores.

Jua. No es para mí, señor, no es para mí. Pues flojita polvareda levantaria Antonio si creyera que don Eugenio...

Tom. Cómo! Es de mi sobrino?

Jua. Bestia de mí que lo he dicho, y me

(1) *Echa á correr, y don Tomás la sale al encuentro.*

(2) *Distraido como quien hace versos.*

(3) *Ocultando el papel.*

(4) *Turbada.*

encargó tanto el secreto!

Tom. Vamos, el mal no es tan grande. Ya ves que no me coge de nuevas. (Sin duda ha tomado mi consejo. Miren el mosquita muerta!)

Jua. De veras sabe usted?...

Tom. Vaya si sé! Te puedo decir para quién es esa carta.

Jua. Ah! Me haria usted un gran favor, porque yo no lo sé todavia.

Tom. Y te has encargado de entregarla?

Jua. Sí, porque esperaba saber... A mí me parece que ha de ser para la señorita Elena., pero él ha hecho un amasijo de esplicacion que el diantre... Y el caso es que el sobre no está muy claro que digamos.

Tom. A ver? *Para ella*! Si se echase en el correo apurados se habian de ver para darla direccion.

Jua. Si eso parece una quisicosa!

Tom. (La carta es para Elena. Todo lo va á echar á perder. Si me hubiera creido el muy tonto... Oh! Pero... qué idea! Quién me impide protegerle á su pesar?)

Jua. Voy, voy corriendo á llevar la carta...

Tom. A quién?

Jua. A la señorita Elena.

Tom. No hagas tal.

Jua. Cómo!

Tom. (1) Aunque en el sobre dice *para ella*, no es *para ella*.

Jua. (2) Ah!!! Pues para quién?

Tom. (Vaya de embrollo.) No lo adivinas?

Jua. Como no sea... para la señorita Sabina...

Tom. (3) Chist! Tú has acertado. Ayer me confesó el muchacho su fatal pasion. Yo hice lo posible para apartarle de ella; pero estos jóvenes son tan temerarios... Le prohibí que la escribiera, y ha tenido la audacia...

Jua. Mire usted! Y parece un donado! Bien dijo el que dijo: *guardate del agua mansa.* Pues si lo supiera don Valeriano le daria una gana de reir...

Tom. Eso es lo que yo temo. No tengo necesidad de encargarte que no entregues esa carta.

Jua. Oh! Por supuesto.

Tom. (Seguro estoy de que rabia por entregarla.)

Jua. (Pues no me pesaria de ver cómo lo toma don Valeriano. Él que se burla de los pesares agenos... Sí, sí; me voy á vengar... (4) Justamente allí está la se-

(1) *Con gravedad.*
(2) *Admirada.*
(3) *Tapando la boca á Juanita.*
(4) *Mirando adentro.*

ñorita Sabina leyendo á solas en el bosquecillo. Como quién no hace la cosa...) (1)

Tom. (2) Adónde vas?

Jua. Voy... voy á acabar mi paseo.

Tom. Anda con Dios. Cuidado con hablar á nadie de esa carta!

Jua. No abriré mi boca. Uf! Se armaria una zambra... (Pero es preciso que vaya á su destino.) Muchas gracias, señor don Tomás. Si no es por usted ya iba á hacer una necedad.

ESCENA VIII.

DON TOMÁS (3).

Derechita va. Lo hubiera apostado. Bravo! Aunque yo le hubiera ensayado el papel no lo haria mejor. — Ya se acerca. — Ahora se oculta entre las ramas. — Ya está detrás del banco donde se ha sentado Sabina. — Ya ha dejado caer el papel en la cestilla de la labor... y se escurre sin ser sentida. — Por vida de sanes! El canastillo ha rodado. — Sabina interrumpe su lectura. —

(1) *Se dirige hácia el jardin.*
(2) *Observándola.*
(3) *La sigue con la vista.*

Ya ha visto el papel. Lo toma. Lo lee. — Victoria!... — Hola! Pues no pone tan mal gesto como yo me figuraba. Digan lo que quieran, nunca desagrada una declaracion de amor. — Se levanta. — Viene hácia aqui... Disimulemos (1).

ESCENA IX.

DON TOMÁS *y* SABINA (2).

Sab. Se habrá visto impertinencia como ella? (derriba...

Tom. (3) Como el recio aquilon cuando Estriva... Diatriba... Saliva... Maldito consonante!

Sab. Ah! Señor don Tomás, le encuentro á usted muy á propósito.

Tom. Oh, Sabinita! La estaba preparando á usted una sorpresa...

Sab. No será la primera que yo reciba hoy. Si supiera usted lo que me acaba de suceder!

Tom. Algun regalo, alguna galantería de mi amigo Valeriano. Nada tiene de estraño que un novio...

(1) *Vuelve á sus versos.*
(2) *Con la carta en la mano.*
(3) *Componiendo.*

Sab. No, no es cosa de él... ni yo quisiera que llegase á su noticia, porque su reposo y el mio... Don Tomás, necesito consejos, y á nadie me puedo dirigir mejor que á usted; á nuestro mejor amigo.

Tom. Oh! Crea usted que mi amistad... De qué se trata?

Sab. (1) De una cosa verdaderamente risible: de una declaracion de amor que acabo de recibir.

Tom. (2) Qué me cuenta usted! Una declaracion! A usted! A la futura de mi amigo! Quisiera saber quién ha sido el insolente...

Sab. No es fácil averiguarlo, porque no ha firmado la carta.

Tom. Ah! Es una carta.

Sab. Al leerla no he podido menos de irritarme; pero bien mirado creo que lo mejor es reirme. Véala usted.

Tom. A ver? A ver? Usted no debe mirar con tanta ligereza... Qué veo! Santo Dios! La letra es de mi sobrino!

Sab. De su sobrino de usted! Cómo! Don Eugenio...

Tom. Estoy atónito, petrificado.

Sab. Pero está usted seguro?

(1) *Sonriéndose.*

(2) *Fingiendo enojo.*

Tom. Vaya si lo estoy! Permítame usted que lea... (1) (Pues no se esplica mal el picaruelo...) Y quién le ha entregado á usted esta carta?

Sab. No sé cómo ha llegado á mis manos. Está escrita con mucho respeto, pero es una osadía...

Tom. Calle usted, calle usted. Esa es una accion la mas negra, la mas alevosa... Se lo voy á contar á Valeriano.

Sab. (2) No, no por Dios, que eso bastaria á destruir su tranquilidad, su ventura. Por otra parte Eugenio es un muchacho inesperto... Ríñale usted un poco, hágale conocer su falta, y se arrepentirá. Pero que no llegue á los oidos de don Valeriano!

Tom. (No es ese mi ánimo. (3) Oh! El cielo me le envia.) (4) Si le reñiré? Ah! Yo lo prometo. Violar de ese modo los derechos de la amistad, de la hospitalidad! Oh qué horror! Oh qué abominacion!

Sab. (5) Ah! Don Valeriano! Cálmese us-

(1) *Lee para sí.*
(2) *Deteniéndole.*
(3) *Viendo á don Valeriano, que se acerca con una gaceta en la mano.*
(4) *Alto, y fingiendo mucha cólera.*
(5) *Viendo á don Valeriano.*

ted, y vuélvame esa carta.

Tom. (1) No señora. Quiero confundirle. Qué infamia! Hacer declaraciones de amor á la esposa de mi amigo!

Val. (Qué oigo!)

Sab. (2) Chist... Calle usted.

Tom. (3) Querer perseguir á la virtud, seducir al candor, corromper á la inocencia!

Val. (4) Qué, qué es eso? Voto á brios...

Sab. (5) Ah! Es usted insoportable.

ESCENA X.

Dichos y DON VALERIANO.

Tom. (6) Ah! Es él... Oculte usted esa carta. (Ya tiene la píldora en el cuerpo.) (7) Qué traes de bueno por aquí?

Val. Parece que estais muy acalorados los dos.

Tom. Sí, estabamos... Qué trae de bueno la gaceta?

(1) *Gritando mas.*
(2) *Bajo.*
(3) *Fingiendo que no la oye.*
(4) *Acercándose.*
(5) *Arrebatándole la carta, y ocultándola.*
(6) *Fingiendo sorpresa.*
(7) *A don Valeriano.*

Val. Qué gaceta ni qué... Sabina, se ha escrito para tí esa carta que acabas de ocultar?

Sab. Sí señor.

Val. (1) Es una carta amorosa, si no he oido mal.

Sab. Señor...

Tom. (2) Todo lo ha descubierto! Amigo, querido amigo, no te dejes arrebatar por la violencia de tu carácter. Tu pupila está inocente.

Sab. (3) Don Tomás!...

Val. No lo dudo; pero deseo ver esa carta.

Tom. Sí, deseo! En gramática matrimonial eso significa quiero. Pues no la verás.

Val. Cómo que no la veré?

Tom. No, no la verás. (Ya está echando chispas.)

Sab. (4) Permítame usted que no se la enseñe, mi querido tutor: no por mí, porque creo haber inspirado á usted bastante confianza, sino por otra persona, á quien no quiero privar de la estimacion que usted le profesa. Espero que el señor don Tomás imitará mi pru-

(1) *Reprimiendo su cólera.*
(2) *Dándose una palmada en la frente.*
(3) *Con impaciencia.*
(4) *Tomando la mano á don Valeriano.*

dencia, considerando que en tales casos el silencio y el olvido son la única venganza que conviene á una muger honrada.

ESCENA XI.

DON VALERIANO y DON TOMÁS.

Val. (1) Qué docilidad! Esto promete para lo sucesivo. Pero tú me dirás...

Tom. (2) Perdona. Todavia estoy en la primer estancia de mi epitalamio.

Val. Véte al infierno con tu epitalamio. Tú sabes de quién es esa carta, y si eres mi amigo me dirás al instante...

Tom. No, que te vas á enfadar.

Val. No, no; te lo prometo.

Tom. Ya te he dicho que está inocente tu pupila, y en cuanto á mi sobrino...

Val. (3) Tu sobrino! Con que es tu sobrino?...

Tom. Pues! No decia yo que te ibas á irritar?

Val. Con que la ha escrito tu sobrino?

Tom. Sí. Pero qué diablo de muchacho!

(1) *Agitado.*
(2) *Yéndose.*
(3) *Vivamente.*

Me habia prometido sofocar su funesta pasion...

Val. Cómo! Tú sabias que ama á Sabina?

Tom. Ya hace tres meses, amigo mio. La vió en Madrid... no sé cómo; y desde entonces el pobre chico no me habla de otra cosa.

Val. Y no me lo has advertido!

Tom. Son cosas tan delicadas... Me he valido de mil medios indirectos para despertar tu atencion... pero nada.

Val. Pero cómo es que me pediste poco hace para él la mano de Elena?

Tom. Para curarle de su pasion; para asegurar tu tranquilidad. Y todavia creo que ese es el único arbitrio...

Val. Hay otro mas pronto y mas eficaz.

Tom. Cuál?

Val. Lo siento mucho, pero la reputacion de mi muger, mi seguridad... Es preciso que os volvais á Madrid los dos ahora mismo.

Tom. Cómo! Yo tambien?

Val. Sí, lo exijo de tí como una prueba de amistad. Voy á mandar que pongan el coche.

Tom. Eh! No te precipites. Qué temor puede darte mi sobrino? No decias esta mañana que era un muchacho, un estudiante...

Val. Oh! Tiene veinte años.

Tom. Ya; pero Sabinita es muger de juicio.

Val. Ta, ta, ta. No me fio de ninguna.

Tom. Poco á poco con ultrajar á esa muchacha; porque su agitacion, que tú has observado, era muy natural, y esto no prueba...

Val. Qué dices! Estaba agitada?

Tom. No lo has notado? Qué bestia soy en hacerte notar cosas!...

Val. Efectivamente estaba muy conmovida, y... no la viste suspirar?

Tom. Pche!... levemente.

Val. Y hasta una lágrima furtiva...

Tom. (Vamos; ahora habrá visto cuanto yo quiera.) La piedad es innata en el bello sexo: eso no te debe inquietar. Lo único que yo temo...

Val. Qué temes?

Tom. Tú quieres que partamos, y á mí me parece muy puesto en el órden..., pero es peligrosa esta medida.

Val. Por qué?

Tom. Porque puede despertar en Sabina un sentimiento mas vivo. Se hace tan interesante un amante perseguido! Los golpes de autoridad irritan, los obstáculos...

Val. Ah! Sí, tienes razon. Yo no reflexionaba...

Tom. Eso se ve todos los dias. Muger hay

que no piensa en un hombre, y basta que se lo prohiban para que le adore.

Val. Es verdad. Se va á enamorar de él como una loca. El espíritu de contradicion...

Tom. Pero tu seguridad es lo primero. A Dios, amigo mio. Vamos á partir.

Val. No, no. Mejor es que os quedeis.

Tom. A Dios, á Dios. Seria muy doloroso para mí que nuestra presencia...

Val. Quedaos: yo te lo suplico; yo lo exijo.

Tom. Si te empeñas...

Val. Sí, sí. Asi estaré mas tranquilo... Es decir, mas tranquilo... Me voy á consumir. Se verán todos los dias, á todas horas... Maldita carta! Ah! Si no fuera tu sobrino...

Tom. Silencio, que viene. Disimula.

Val. Temprano empiezo á hacer el papel de marido!

ESCENA XII.

Dichos y DON EUGENIO.

Eug. Venia en busca de usted. Sabinita está impaciente, y me ha rogado...

Val. Sabinita! Viene usted de verla?

Eug. Media hora he estado haciendo compañía á esas señoritas.

Val. (Media hora!) (1) Y tú me entretienes aqui charlando...

Eug. Mientras venian ustedes hemos ensayado un *duo* para cantarlo esta noche.

Val. (Ya cantan *duos*!)

Tom. (2) Cachaza.

Val. (3) Señorito, es muy estraño que usted se tome la libertad...

Tom. (4) Ten calma, que vas á descubrir tu flaqueza.

Eug. Qué es esto, señor don Valeriano? Me habla usted de un modo... Por desgracia he ofendido á usted en algo? Yo que hago cuanto puedo por merecer su estimacion...

Val. (Hipócrita!) Ya me puede usted comprender, amiguito; y si no renuncia á sus temerarias pretensiones...

Eug. Pero tio, nadie como usted sabe...

Tom. (5) Cállese el muy botarate, y sepa que estoy muy descontento de su conducta.—(6) Mentira: me complace en

(1) *Aparte á don Tomás.*
(2) *Aparte á don Valeriano.*
(3) *Con severidad.*
(4) *Aparte á don Valeriano.*
(5) *Afectando cólera.*
(6) *Al oido.*

estremo.—Y si usted no se enmienda...—(1) No hagas tal.—Le abandono, le desheredo.—(2) Elena será tuya.—Cuidado con migo! (3) Vámonos, amigo: dejémosle reflexionar. Te prometo que hará buen efecto mi reprimenda (4).

ESCENA XIII.

DON EUGENIO, *y luego* ELENA.

Eug. Si entiendo una palábra que me aspen. Don Valeriano está furioso, y mi tio me da esperanzas... No hay duda; se sabe que he escrito á Elena. Juanita lo habrá dicho... ó tal vez Elena misma. Sin embargo juraria que ahora poco me miraba con mas agrado que nunca. Oh qué suplicio es la incertidumbre! Quiero saber mi suerte, y á la primera ocasion la hablaré con tanta osadía... Dios eterno! Ella es! La camisa no me llega al cuerpo.

Ele. Qué mala yerba han pisado todos en esta casa? Mi tutor se encierra con su amigo; Sabina se entristece y suspira...

(1) *Al oido.*
(2) *Al oido.*
(3) *A don Valeriano.*
(4) *Se lleva á don Valeriano.*

y eso que se va á casar! Eugenio... (1) en un rincon filosofando como acostumbra.

Eug. No señora, no; sino que...

Ele. Eso no está fino siendo usted el único caballero que puede festejarnos. Sabe usted que los filósofos son poco amables?

Eug. (Qué dulce mirada! Vamos, no ha sido mal recibida mi carta. Esto me anima.)

Ele. Vaya; dígame usted qué ha sucedido.

Eug. Yo se lo iba á preguntar á usted, señorita.

Ele. A mí!

Eug. Yo pensaba... que usted habria dado alguna queja al coronel.

Ele. Queja? Yo no tengo de quien quejarme.

Eug. (Respiro.) Me vuelve usted la vida, Elena. Sepa usted... Yo temia que alguno hubiese incurrido en su desgracia.

Ele. Pero quién?

Eug. (2) Ya sabe usted. La persona que... que se atreve á amar á usted.

Ele. Cómo! Hay alguno que esté enamorado de mí? Esta es la primera noticia que tengo de mi conquista.

(1) *Mirándole.*

(2) *Cortado.*

Eug. (Pues! Quiere obligarme á repetírselo de palabra. Qué poca generosidad!)

Ele. (Si será él? Ah! Cuánto me alegraría!) Vamos, dígame usted...

Eug. (Ya no hay medio de volver atrás.) (1) Pues bien, Elenita, supongo que hay en efecto una persona... No se enoje usted. Una persona que aspire á esa mano... Ah! Bien lo temí: ya está usted furiosa.

Ele. (2) Yo!

Eug. Sí, yo he dicho mas de lo que debia.

Ele. (3) Al contrario: me parece que ha dicho usted poco.

Eug. (4) Es posible! No se ofende usted de ser adorada? Ah! Señorita, hé aqui el hombre temerario que jura... (5) Cielos! Gente viene. Huyamos (6).

Ele. Qué le ha dado? Huir como un foragido cuando le estaba escuchando con tanto placer! No importa: ya sé que soy el objeto de su amor, y...

(1) *Con tono resuelto.*
(2) *Sonriéndose.*
(3) *Con cariño.*
(4) *A sus pies.*
(5) *Se levanta.*
(6) *Vase corriendo.*

ESCENA XIV.

ELENA *y* SABINA.

Sab. (1) Hola! Eugenio á solas contigo?
Ele. Sí.
Sab. Y le hace huir mi presencia!
Ele. No lo estrañes: su genio encogido...
Sab. Sin embargo me parece que estaba á tus pies.
Ele. (2) Ah! Le has visto?
Sab. Sí, hermana mia. Nada me ocultes: te lo suplico por tu bien. Te ha hablado de amor?
Ele. Sí, lo confieso. Acabo de oir esa declaracion que mi ternura esperaba en silencio. Soy tan dichosa!
Sab. Pues qué tú le amas?
Ele. Yo... sí.
Sab. Pobre Elena! Te compadezco.
Ele. Por qué?
Sab. Tan jóven, y ya tan pérfido, tan corrompido!
Ele. Qué dices?
Sab. Que Eugenio es el hombre mas falso, mas traidor...
Ele. Dios mio!

(1) *Mirando hácia el lado por donde se fue don Eugenio.*
(2) *Turbada.*

Sab. (1) Mientras jura adorarte á tí sola, escribe á otra lo mismo. (2) Toma; lee (3). Elena, ya veo que te aflijo, pero debo salvarte. Nada he dicho á don Valeriano, como puedes suponer, y miraba esa carta como una niñada sin consecuencia; pero ahora ya es evidente que ese jóven es un seductor de profesion; y es preciso echarle de casa hoy mismo.

Ele. No sé lo que me pasa!

Sab. Con un aire tan candoroso, tan... Fíate en las apariencias! Tratar de seducir á un tiempo á las dos hermanas! Ya no estraño la cólera de su tio. Y yo la reprobaba! Con que supongo que olvidarás á ese pícaro?

Ele. (4) Sí, mi querida Sabina. Que se vaya, y no parezca mas por aquí. Hacerte una declaracion!... A mí, tal cual; pero á tí sabiendo que vas á casarte! Esa es una felonía que jamas olvidaré. Le queria, sí; pero ya le detesto.

Sab. Calla; aqui viene con su tio.

Ele. (Reprimiré mi pena.)

(1) *Mas bajo.*
(2) *Le da la carta.*
(3) *Lee Elena.*
(4) *Casi llorando.*

ESCENA XV.

Dichas, DON TOMÁS *y* DON EUGENIO.

Tom. (1) Victoria, señoritas. Mi elocuencia ha triunfado. (2) Cuando yo doy una palabra... (3) Todo está corriente: Valeriano cede y consiente en la boda de Elena con mi sobrino.

Ele. Qué oigo!

Sab. Es posible?...

Tom. (4) Trabajillo me ha costado convertirle. En fin, no solo aprueba el casamiento, sino que pone por condicion que se ha de verificar sin demora. Como de parte de usted no temo ninguna oposicion, sobrinita mia, le he prometido...

Eug. Tio!...

Tom. Eh! Bien puedo llamarla sobrina, pues acabas de decirme que te ama.

Ele. (5) Cómo!...

Eug. Pero tio, mire usted...

Ele. (Qué audacia!)

Sab. Usted tambien, don Tomás! Pues qué

(1) *Con alegría.*
(2) *A su sobrino.*
(3) *A las señoritas.*
(4) *Enjugándose la frente.*
(5) *Ofendida.*

se ha hecho aquel enojo que esta mañana?...

Tom. (1) Oh! Sí, preciosa Sabina, usted se debe admirar... Pero ya nos esplicaremos. Ha convenido mudar de bisiesto. Una nueva combinacion... Oh! Mi fuerte ha sido siempre la diplomacia.

Sab. (Qué horror! Tan perverso es el tio como el sobrino.)

Tom. (2) Vamos; es cosa hecha. Venga esa mano, ángel mio...

Ele. (3) Mucho siento, señor don Tomás, que le hayan hecho á usted ver visiones. Ignoro el fundamento que puede tener el señor don Eugenio para suponer que le amo. Yo no pienso en casarme.

Eug. Qué escucho!

Tom. Esta es otra! Pues por qué me has dicho tú?...

Eug. (4) Yo, señorita, creía que usted...

Ele. Ya veo que es usted propenso á interpretar en su favor las circunstancias mas insignificantes. Le aconsejo que en lo sucesivo no proceda tan de ligero. Por lo que hace á mí, ya he tomado

(1) *Sonriéndose.*
(2) *Queriendo tomar la mano de Elena.*
(3) *Secamente retirándola.*
(4) *Cortado.*

mi resolucion. Me dará usted sumo placer en no dirigirme jamas la palabra.

Eug. (1) Ah señorita! Ya no tengo esperanza sino en usted.

Sab. (2) Cómo es eso! No se acerque usted. Se ha visto descaro igual? Ven, hermana mia. Alejémonos de un hombre tan audaz y tan libertino.

Ele. Huyamos! (3)

Eug. (4) Elena!

Tom. Señoritas!

Eug. Oigan ustedes.

Tom. Por Dios, una palabra.

ESCENA XVI.

DON TOMÁS *y* DON EUGENIO.

Eug. (5) Pero Dios mio, qué he hecho yo, que huyen de mí como si fuera un monstruo? Voy á perder la cabeza.

Tom. (Ya caigo. La maldita carta. Sabina se la habrá enseñado á Elena. Si lo

(1) *Sumamente afligido, y dirigiéndose á Sabina.*

(2) *Retrocediendo con horror.*

(3) *Se van sin oirlos.*

(4) *Don Tomás y don Eugenio hablan á un tiempo.*

(5) *Desesperado.*

supiera Eugenio...) Vamos; ten ánimo, muchacho.

Eug. Cuando acababa de oirme con tanta dulzura!... porque le juro á usted...

Tom. No te aflijas: eso no es nada.

Eug. Cómo nada?

Tom. Caprichos de las mugeres. Tú habrás hecho alguna majadería..:

Eug. Yo?

Tom. Si no has sido tú, habrá sido otro: eso es material. Ya se ve, no puede uno estar en todas partes... Pero deja, que yo me encargo de componerlo todo.

Eug. Usted, tio? Triste de mí!

Tom. (1) Cómo! Asi me agradeces?...

Eug. Es que... como usted se empeñe en arreglar un negocio, no hay remedio: se lo lleva la trampa.

Tom. Eso es! Acúsame, ingrato. Quién ha convencido al tutor? Quién le ha arrancado su consentimiento? Quién toma á su cargo ahora desimpresionar á Elena?...

Eug. Qué, será tanta la bondad de usted?...

Tom. Sí; á pesar de tus injustas quejas quiero hacerte dichoso, y lo serás. Corro en busca de Elena: tú anda á ver á Sabina. Sé amable con ella... No te digo mas.

(1) *Picado.*

Eug. Pero por qué quiere usted que otra vez?...

Tom. Eh! Para destruir sus prevenciones contra tí. (Y para tener en brasas á Valeriano.) No perdamos tiempo.

ESCENA XVII.

Dichos y JUANITA.

Jua. (1) Qué tal, señorito, está usted contento de mí?

Tom. (2) Sí, sí; mucho. (Si no la atajo va á descubrir el pastel.)

Eug. Ay, Juanita! Estoy desesperado.

Jua. Ya; la señorita lo habrá tomado por donde quema...

Tom. Calla, chica... Vamos, vamos, Eugenio.

Eug. Pero qué dijo Elena cuando recibió la carta?

Jua. (3) Elena! Pues si era...

Tom. (4) Si; era una declaracion. Mi sobrino ha hecho mal en fiar á una aturdida... Oh! Pero la culpa no es tuya, que has desempeñado tu comision divi-

(1) *Viene corriendo.*
(2) *Vivamente.*
(3) *Admirada.*
(4) *Vivamente.*

namente; ni de Eugenio, que no podia prever lo que pasa; ni mia, que trabajo como un negro para... En fin, lo que importa es repararlo todo. El tiempo insta, el riesgo crece. (1) Sígueme al momento, ó te abandono.

ESCENA XVIII.

JUANITA.

Con que la carta era para la señorita Elena? Buena la hemos hecho! Ese don Tomás es capaz de enredar... Al fin, *joro*... Dios me perdone. Cómo ha de hacer nada bueno un hombre tan... tan dificultoso? (2) Eh! A Dios boda. Mi señor estará hecho un tigre; Elena llora; Sabina rabia; don Eugenio me matará por lo menos... Qué va á ser de mí, Dios mio? (3)

ESCENA XIX.

JUANITA y DON VALERIANO.

Val. (4) Aquí hay algun misterio que yo

(1) *A Eugenio.*
(2) *Suspira.*
(3) *Se queda pensativa á un estremo.*
(4) *Aparte cavilos.*

no puedo penetrar. Ese muchacho que adora á Sabina, y consiente en casarse con otra; Tomás que me responde de su complacencia... Esto no es natural. Pero lo cierto y seguro es que se estan burlando de mí.

Jua. (1) (Ah! Si pudiera irme de puntillas...)

Val. Si yo hubiera podido pillar la carta... Quién la habrá entregado? Tal vez Juanita... Oh! Aqui está.

Jua. (2) (Ya me ha visto: no hay escapatoria.)

Val. (3) Ven, ven acá, hija mia. Hablemos un rato.

Jua. (Lo dice con un tono meloso que me hace temblar.)

Val. Debes de estar contenta, Juanita, tú que eres tan amiga de bodas. Don Eugenio se casa con Elena.

Jua. Ah! Con la señorita Elena?

Val. Lo estrañas? (4)

Jua. (5) Yo! No señor. Pero todas esas bodas me darian mucho mas placer si al mismo tiempo se hiciese la mia.

(1) *Viendo á su amo.*
(2) *Deteniéndose.*
(3) *Con dulzura.*
(4) *Observándola.*
(5) *Recobrándose.*

Val. Un medio habria de conseguirlo. Si Juanita, que suele saberlo todo, quisiera decirme quién ha entregado á mi novia cierta carta...

Jua. Ah! La carta... (Ahí está el busilis.) ¿Con que en sabiendo usted lo que desea me dará la mano de Antonio?

Val. Ciertamente.

Jua. (Qué voy á arriesgar? Regañará un poco...) ¿Con que tendria V. S. mucho gusto en saber quien?...

Val. Sí; para plantarle de patitas en la calle.

Jua. (1) De veras?

Val. (2) Cómo se entiende! Entregar billetes amorosos á mi futura! Ah! Mi furor, mi venganza...

Jua. (Vírgen santa del Patrocinio!)

Val. (Ella es!)

Jua. (Soy perdida.)

Val. Qué te ha dado, muchacha?

Jua. Sin acomodo, sin marido! (3) Es una crueldad; es una injusticia...

Val. Cómo una injusticia?

Jua. Aunque yo lo hubiera hecho á posta! Quien tiene la culpa es don Eugenio, ó por mejor decir su tio don Tomás. El

(1) *Turbada.*
(2) *Colérico.*
(3) *Sollozando.*

es la causa de que todos estemos embrollados. Porque la carta era para la señorita Elena.

Val. (Qué oigo!)

Jua. Ese maldito jorobeta me ha vuelto tarumba diciéndome que no era para ella, sino para la otra; que su sobrino estaba loco por ella... (1) Y despues... veo... en fin... Qué me sé yo? Pero soy inocente.

Val. Eh! No grites.

Jua. (2) Sí señor, soy inocente.

Val. Calla, maldecida! (Ya comprendo. Tomás se ha querido reir á mi costa. Bien: ahora veremos... Aqui viene.) (3) Estate ahi, y enjuga tus lágrimas.

Jua. Pero... Y Antonio?

Val. Enjuga tus lágrimas, te digo, y riete.

Jua. (4) Sí señor.

Val. Que no se te escape una palabra, ó te despido.

Jua. (Buen Dios!) Se ha visto un amor mas zarandeado que el mio?

(1) *Sollozando.*
(2) *Gritando mas.*
(3) *A Juana.*
(4) *Llorando y riendo.*

ESCENA XX.

Dichos, DON TOMÁS, DON EUGENIO *y* ELENA.

Tom. (1) Ya ves como una palabra lo ha esplicado todo. (2) Amigo mio, no he perdido tiempo. Aqui tienes á los novios llenos de alegría...

Val. (3) ¿Cómo lo han de estar casándolos contra su gusto? Tú eres tan eficaz...

Tom. (4) Pues no es chanza. He sudado tinta para ver de componer esa boda.

Val. De veras?

Tom. Elena, tal cual; pero mi sobrino echaba centellas. Al fin le hago oir la voz del honor. Olvida á Sabina, y se inmola á tu felicidad.

Val. (5) Es posible, don Eugenio! Será tanto su heroismo de usted?...

Tom. (6) No le hables de su heroismo, que le van á salir los colores.

Val. No importa. Tan noble sacrificio no

(1) *A don Eugenio.*
(2) *A don Valeriano.*
(3) *A media voz con ironía.*
(4) *Bajo.*
(5) *Alto.*
(6) *Aparte á don Valeriano.*

ha de quedar sin recompensa. (1) Tanta sumision por un lado; tanta grandeza de alma por otro... me electrizan, me enagenan. (2) Tranquilizaos: aun podeis ser felices... No os casareis: os lo prometo.

Eug. (3) Cómo! Señor,...

Ele. Qué dice usted!

Jua. (Otra vez la tenemos armada.)

Tom. Qué es eso? Has perdido la cabeza?

Val. No he de ser yo menos generoso. Yo soy quien debe inmolarse, señor don Eugenio. — Se casará usted con Sabina.

Eug. Con sabina!

Ele. (Dios mio!)

Tom. (Miren por dónde se apea!)

Jua. (Calla! Le cede su muger?)

Eug. Pero tio...

Tom. (4) Déjame á mi: tú veras. (5) Mira que no se trata de Sabina. Lo vas á barajar todo; y luego dirás que yo...

Val. No, amigo. He echado mis cuentas. Tú me has dicho que don Eugenio adora á Sabina...

Eug. Qué escucho! Con que usted?...

(1) *Poniéndose en medio.*
(2) *Tomándolos de la mano.*
(3) *Admirado.*
(4) *Aparte á don Eugenio.*
(5) *A don Valeriano.*

Tom. (1) Cállate.
Val. Hoy la ha escrito...
Eug. (2) Cómo! Diste á Sabina mi carta?
Jua. Toma! Su tio de usted me dijo que era para ella.
Tom. (Reventó la mina.)
Val. En fin, parece que Sabina no es indiferente á su cariño...
Ele. (3) Mi hermana? No lo crea usted. Eso es una calumnia... Quién lo ha dicho?
Val. Don Tomás.
Todos. (4) Tambien él!
Eug. (5) Lo vé usted?
Ele. (6) Qué mal corazon!
Jua. (7) Qué picardía!
Todos. Oooh!
Tom. (Quién me saca de este verengenal?)
Val. (8) Vamos; no me dás las gracias? Ven á mis brazos...
Tom. Vete al diablo. (9) Firme! Déjate

(1) *Bajo.*
(2) *A Juanita.*
(3) *Vivamente.*
(4) *Irritados.*
(5) *Furioso.*
(6) *Aflijida.*
(7) *Haciéndose cruces.*
(8) *A don Tomás.*
(9) *Aparte á su sobrino.*

casar. Vendrá por lana y saldrá trasquilado.

Eug. Eso faltaba. (1) Señor don Valeriano, puesto que era intencion de usted negarme á Elena, no tenia usted necesidad de emplear un medio que me hace sospechoso de traicion para con usted. Si le han engañado, ha sido sin mi conocimiento, sin mi voluntad. Jamas hubiera querido comprar mi dicha á espensas de la de usted. La única gracia que pido antes de alejarme de aqui para siempre (2), es que Sabina se digne justificarme repitiendo la confesion que acabo de hacerla.

ESCENA ULTIMA.

Dichos y SABINA.

Sab. Sí, mi querido tutor; á quien ama tiernamente don Eugenio es á Elena. Si hasta ahora no nos hemos entendido, don Tomás tiene la culpa.

Tom. (Hay mas?...)

Val. (3) Y, qué dices á esto, amigo mio?

(1) *A don Valeriano conmovido.*
(2) *Viendo venir á Sabina.*
(3) *A don Tomás riéndose.*

Tom. Que te estás burlando de todos nosotros.

Val. Hola! Ya empiezas á conocerlo! Váyase por lo que tú me has hecho rabiar. Pero ya es justo sacar de penas á estos muchachos. Señor don Eugenio, estoy muy contento de usted; y en prueba de ello... dale tu mano, Elena.

Eug. Ah señor! Tanta bondad...

Ele. (1) Va de veras ahora?

Sab. Sí, hermana mia.

Tom. No dije yo que me saldria con la mia? Confiesen ustedes...

Val. Añade á tu epitalamio un par de coplas sobre los deberes de la amistad: esta será mi única venganza.

Jua. (2) Pues! Ya estan ustedes acomodadas las dos, y yo...

Sab. No tengas cuidado. Se arreglará tu boda con Antonio.

Tom. Quieres que yo me encargue?...

Jua. (3) No señor; de ningun modo, porque eso seria bastante para que me enterrasen con palma.

Tom. Lo que es la prevencion! Pero no quiero enfadarme cuando veo á todos tan contentos. Mi *reverso* podrá tener

(1) *A Sabina.*
(2) *A Sabina.*
(3) *Vivamente.*

sus *mas* y sus *menos*, pero no mi corazon. Si estuviera en mi mano, de buena gana renunciaria á esta *pension* vitalicia, que debo tal vez á un estornudo de mi madre; pero á quién le falta una *joroba* en este mundo? Al fin yo la tengo en las espaldas; y aqui me las den todas. Ay de aquellos que la tienen en la conciencia! He dicho.

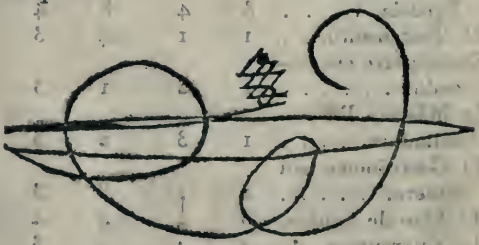
CATÁLOGO.

de las piezas dramáticas que se venden en la librería de Escamilla.

TITULOS.	*Actos.*	*Actrices.*	*Actores.*	*Precio.*
No mas mostrador.	5	2	8	6 rs.
Marcela, ó ¿A cuál de los tres? . . .	3	2	4	6
Engañar con la verdad.	3	3	6	4
Los primeros Amores.	1	1	4	3
A la Zorra candilazo.	1	1	1	3
El Amante prestado.	1	2	4	3
Un Paseo á Bedlam.	1	1	4	3
El Tasso.	5	4	6	4
Acertar errando, ó el cambio de diligencia.	3	4	8	4
El Testamento. . .	1	1	4	3
Shakespeare enamorado.	1	2	1	3
La Máscara Reconciliadora.	1	3	2	3
El Gastrónomo sin dinero.	1	1	8	3
El Afan de figurar.	5	2	4	4
La Cuarentena. . .	1	1	4	3

TITULOS.	Actos.	Actrices.	Actores.	Precio.
El Peluquero de Antaño y el de Ogaño.	1	2	4	3
El Pobre Pretendiente.	1	2	6	3
La Pata de Cabra.	3	2	15	4
El Jugador.	5	2	7	6
Las Costumbres de Antaño.	1	2	6	4
Tal para Cual. . .	1	5	2	4
¡Cuidado con las novias!	5	3	7	4
La Elisa.	2	4	7	4

Esta Comedia es propiedad legítima de su Editor, quien pondrá su firma en todos los ejemplares, y perseguirá ante la ley al que la reimprima.



V
5371
195

LA MOGIGATA.

COMEDIA

EN TRES ACTOS,

EN VERSO.

SU AUTOR

INARCO CELENIO

P. A.

Malus, bonum ubi se simulat, tunc est pessimus.

PUB. SYR.

MADRID.

IMPRENTA DE VILLALPANDO.

MDCCCVI.

PERSONAS.

D. LUIS.
D. MARTIN.
DOÑA CLARA.
DOÑA INES.
D. CLAUDIO.
LUCIA.
PERICO.
EL TIO JUAN.

La Scena es en Toledo, en una sala de casa de D. Luis.

El Teatro representa una sala de paso, con algunos adornos, mesa y sillas. A la derecha habrá una puerta por donde se vá á la calle, otra á la izquierda, para las habitaciones interiores, y otra en el foro, que es la del quarto de D. Claudio.

ACTO PRIMERO.

SCENA I.

D. LUIS. D. MARTIN.

D. MARTIN.

Mira, hermano, si no quieres
que riñamos muy de veras,
no hablemos mas del asunto:
dexemoslo.

D. LUIS.

Tu te inquietas
por nada. Quando las cosas
no van segun tus ideas,
regañas, gritas...

D. MARTIN.

Y como
he de llevar en paciencia
lo que está pasando, y como
he de aprobarlo? No es ella
mi sobrina, no eres tú
mi hermano?

D. LUIS.

Nadie lo niega;
pero pues yo soy su padre,
y está á mi cargo y tutela,
déxamela gobernar.

D. MARTIN.

Es verdad... Y la gobiernas
perfectamente !.. A que vienen
dilaciones y reservas,
hombre, á que?.. Llegó D. Claudio,
se han visto ya : pues que esperas?
Cásalos.

D. LUIS.

Yo te diré.
Me escribió veces diversas
D. Pedro, sobre el asunto :
me levantó á las estrellas
los méritos de su hijo;
yo, que me acordaba apenas
de haberle visto pequeño,
esperaba á que vinieran
ciertos informes de Ocaña,
para darle una respuesta
decisiva ; pero el padre,
que gasta poca paciencia,
sin avisarme le hizo
venir aqui. Siendo fuerza
admitirle, no juzgué
conveniente que supiera
Ines nuestras intenciones.
Al principio observé en ella
un agrado indiferente,
que presumí que pudiera,
con el trato, ser amor ;
pero despues, tan diversa

se le ha mostrado, que siempre
le recibe con tibieza
ó seriedad. Yo, entre tanto,
me confirmo en la sospecha
de que D. Claudio es un poco
simple, de mala cabeza...
Esta noche no ha dormido
en casa... Yo sé que juega...
En fin, ello es necesario
indagar que vida lleva,
y sobre todo, saber
si Ines admite contenta
esta boda, ó la repugna.

D. MARTIN.

Es una cosa muy puesta
en razon... Segun la niña
lo determine y resuelva,
y la autoridad del padre...

D. LUIS.

Esa autoridad se templa
en estos casos, pues todo
lo demas fuera violencia,
é injusticia.

D. MARTIN.

Sí, blandura,
mimo, carifiitos... Dexa,
dexa, que ya verás pronto
los efectos.

D. LUIS.

Quien te oyera

hablar así, pensaria,
segun lo que tú lo esfuerzas,
que la muchacha camina
á su perdicion derecha,
y que su padre la ofrece
medios para que se pierda.

D. MARTIN.

Y á vista de lo que pasa,
juzgas tú que nadie crea
lo contrario?

D. LUIS.

Pero, en suma,
que pasa?

D. MARTIN.

Una friolera,
nada, nada... Pero, á bien
que no es muy larga la fecha.
Anoche mismo salió
la niña muy peritiesa,
estuvo en una funcion,
y á mas de las nueve y media
volvió á su casa. Que tal?

D. LUIS.

Sí, pero fui yo con ella.

D. MARTIN.

Con que tú la acompañaste?

D. LUIS.

Si señor.

D. MARTIN.

Ay! que cabeza

de chorlito !.. Y permitiste
que tratara con aquellas
amiguillas ?

D. LUIS.

Si señor.

D. MARTIN.

Y mandaste que saliera
á baylar?

D. LUIS.

Y por que no ?

D. MARTIN.

Vaya , esto es claro, él chochea.

D. LUIS.

Y yo tambien me animé
y salí á dar una vuelta.

D. MARTIN.

Tú ?

D. LUIS.

Yo.

D. MARTIN.

Tú ?

D. LUIS.

Yo , si señor...
Pero ven acá... (1) Que seas
de tal condicion !.. Escucha.

D. MARTIN.

No quiero escuchar simplezas.

---

(1) *D. Martin se pasea , con inquietud.*

Haces bien. Me alegro mucho
que luzca en las asambleas,
que vaya de broma en broma,
y que...

D. LUIS.

Pero, si quisieras
considerar... Dime: ignoras
que las casas que frecuenta
son de las mas recogidas
de Toledo? Quando llega
un Domingo, no es razon
que salga por ahí afuera
á divertirse? Y si sale,
no va conmigo, ó la llevan
las amigas de su madre?
cuyas costumbres honestas
solo pueden inspirarla
recogimiento y modestia ...
Cumplió diez años la chica
de D. Juan: quiso que fueran
las amigas de su hija,
como es natural, á verla.
Merendaron, y despues
buscaron una bihuela:
baylaron unas con otras,
por que en la tal concurrencia
hubo tres hombres no mas;
y sacando de la cuenta
á D. Claudio, que se fue
luego que vió gente seria,

de los otros, el mas niño,
no baxaba de cincuenta.
Hay mas que reñir?

D. MARTIN.

Por mí
haga lo que la parezca...
Si observase la conducta
de su prima, allí aprendiera
á servir á Dios, á ser
humilde, juiciosa y quieta.

D. LUIS.

Eso sí.

D. MARTIN.

Pues ya se ve
que si.

D. LUIS.

Pues quien te lo niega?

D. MARTIN.

Es que yo sé bien por que
lo digo... Hay gran diferencia
de prima á prima.

D. LUIS.

Y quien dice
que no?

D. MARTIN.

Por mas que lo quieras
negar.

D. LUIS.

Cierto que la tuya
es una niña muy bella!

Siempre está metida en casa.
Ayuna quando la observa
su padre; quando se va,
se abalanza á la despensa
y se desquita...

D. MARTIN.

No hay tal.

D. LUIS.

Si hay tal. Hace sus novenas:
reza la corona: tiene
oracion mental: se encierra
en su quarto, abre el balcon
y á obscuras, porque no pueda
verla su padre, se pasa
la niña las noches frescas
de verano, patullando
con el Cabo de bandera
de ahí al lado.

D. MARTIN.

No hay tal cosa.

D. LUIS.

Si hay tal cosa. Como emplea
en el servicio de Dios
las horas de esta manera,
no cose jamas, no aplancha,
no hace un punto de calceta,
no mueve un trasto; ni quiere
ocuparse en las faenas
propias de toda muger,
y dexa el encargo de ellas

á su prima ; pues la vida
contemplativa y austera,
no la permite atender
á las cosas de la tierra.
Quando su padre la ve,
libros devotos hojea ;
quando queda sola , entonces
es la lectura diversa :
coplas alegres ; historias
de amor., obrillas ligeras,
novelas entretenidas,
filosóficas , amenas ,
donde predicando siempre
virtud , corrupcion se enseña.
Estas obras de moral
D. Benito se las presta :
ese Estudiante Andaluz ,
opositor á Prebendas,
que vive en el guardillon.

D. MARTIN.

Pues yo te doy por respuesta:
que no he visto tales libros ,
ni pienso que ella los lea ,
ni sé de tal D. Benito,
ni he sospechado que tenga
con nadie conversacion.

D. LUIS.

Pues todo es verdad.

D. MARTIN.

Perversa
envidia!

D. LUIS.

No hay tal envidia.

D. MARTIN.

Bien está: di lo que quieras;
no me podras persuadir
que la muchacha no es buena.
Y sobre todo, pensar
que su disimulo llega
á tanto, que siendo alegre
y revoltosa y traviesa;
solo por disimular,
en un convento se encierra
para siempre, es un delirio
que solo tú le dixeras.

D. LUIS.

No la he visto profesar.

D. MARTIN.

Profesará.

D. LUIS.

Bien pudiera
ser, pero...

D. MARTIN.

Profesará.

D. LUIS.

No seré yo quien lo crea.

D. MARTIN.

Profesará, si señor,
profesará.

D. LUIS.

Si te empeñas
en que ha de ser.

D. MARTIN.

Y será.
Por que yo quiero que sea,
y será.

D. LUIS.

Bien, no te enfades.
Pero, si la trampa hiciera
que renunciase las tocas;
que chasco para quien piensa
heredarla en vida!

D. MARTIN.

No:
por ese lado no temas.
No es niña de las de ahora,
no es cabecilla, ni anhela
á mas que á dexar el mundo
por la estrechez de una celda.

D. LUIS.

Ello asi parece; pero
haces muy mal en creerla.

D. MARTIN.

Por que?

D. LUIS.

Por que apenas dice

palabra que verdad sea.
Si yo la conozco, si
la observo, si sé sus tretas
mejor que tú: si no puede
engañarme con aquella
fingida virtud, que á tí
te enamora y embelesa.

D. MARTIN.

Fingida virtud?

D. LUIS.

Fingida,
y la causa es manifiesta.
Quando era niña, mostraba
candor, excelentes prendas;
pero tú, queriendo ver
mayor perfeccion en ella,
duro, inflexible, emprendiste
corregir las mas ligeras
faltas: gritabas, no hacia
cosa en tu opinion bien hecha...
Tu rigor, produxo solo
disimulacion, cautelas:
la opresion, mayor deseo
de libertad: la frecuencia
del castigo, vil temor;
y careciendo de aquellas
virtudes que no supiste
darla, aparentó tenerlas.
La hiciste hipocrita y falsa;
y asi que adquirió destreza

para engañar á su padre,
le engañó de tal manera,
que solo quando mas vicios
tuvo, la creyó perfecta.

D. MARTIN.

Bien! Muy bien!.. Voy admirado
de razones tan discretas.

D. LUIS.

Te vas?

D. MARTIN.

Se acabó el sermon
y van á cerrar la Iglesia...
Mira, tu D. Claudio sube
cantando por la escalera.
Si habrá dormido esta noche
al fresco!.. Que tres cabezas,
el padre, la señorita
y el yerno!.. Que tres! (1)

SCENA II.

D. LUIS. D. CLAUDIO.

D. LUIS.

Ya era
tiempo de volver á casa.

---

(1) *Se vá D. Martin por la puerta del lado derecho, y por la misma sale D. Claudio.*

Te aguardamos con la cena
hasta las once, y al cabo
no te vimos... Nunca vuelvas
á trasnochar de ese modo.

D. CLAUDIO.

Es que me detuve ahí cerca,
en casa de un conocido,
que tiene una tos muy recia,
y calentura, y...

D. LUIS.

Pues, mira
que quando otra vez suceda,
no te canses en venir:
por que haré cerrar las puertas
y que te lleven los trastos
al meson... Pero, que tengas
tan poco juicio, que ayer...
(y eso que fue la primera
vez) en casa de D. Juan
tales locuras hicieras?
Fumar, donde nadie fuma,
silvar, rascarse las piernas,
y rebañar con el dedo
las xícaras y lamerlas...
Interrumpir quando hablaban
los demas, no dar respuesta
con tino, ni reflexion...
Qué gracias eran aquellas
tan pesadas que dixiste?
Quien te pudo dar licencia

para correr por la casa
y derretir la manteca
en la cocina, escaldar
al gato y...

D. CLAUDIO.

De esa manera,
quando vaya á alguna parte
me habré de estar hecho un bestia.
Si no permiten un poco
de libertad...

D. LUIS.

Pero es fuerza
que esa libertad moderen,
el respeto y la prudencia.

D. CLAUDIO

Yo no sé como entenderlo.
Si uno calla, luego empiezan
á decir que es un huron;
si no calla...

D. LUIS.

Si no encuentras
medio, no es mucho que en ambos
extremos necio parezcas.
Si ves que al ir á decir
una gracia, se te suelta
un disparate, y el ceño
de los demas te demuestra
que fuiste poco gracioso,
por que repites la scena?
Por que quieres que á ti solo

te escuchen? Por que no piensas
antes lo que has de decir?
Que haya cátedras y escuelas (1)
de saber hablar, y el arte
de callar nadie le enseña!

D. CLAUDIO.

Si me apura mas, tan fixo, (2)
que le digo quatro frescas.

D. LUIS.

Mira que voy á escribir
á mi quarto. Si te quedas
en casa, por Dios te pido,
que no vayas á esa pieza
jalbegada del rincon,
á repetir la tarea
de tu canticio infernal.
Que despues de ser tan bella
la voz que tienes; no sabes
dexarlo, á todos molestas,
y das tales alharidos
que en la vecindad se quejan. (3)

---

(1) *Hace que se va, y vuelve.*
(2) *Aparte.*
(3) *Vase por la puerta de la izquierda.*

SCENA III.

D. CLAUDIO. PERICO.

PERICO.

Señor! (1)

D. CLAUDIO.

Periquillo! como...

PERICO.

Como que estoy ya de vuelta.
Un abrazo y otro, y mil.
Vine anoche, estabais fuera...

D. CLAUDIO.

Si, tuve que hacer.

PERICO.

Al fin
no es la prision muy estrecha,
quando hay asuetos nocturnos.

D. CLAUDIO.

Ya llevé mi reprimenda.
Y que dices? Que hay de bueno
por Ocaña? Como dexas
á mi padre?

PERICO.

Tan contento

(1) *Saldrá Perico por la puerta del lado derecho.*

de la dicha que os espera.
Me dió una carta... Y por cierto
que se quedó en la maleta,
ahí en el meson de enfrente.
Y vienen cosas muy buenas.
Unos calzones de tripe
azul, dos pares de medias
abatanadas, la chupa
de griseton, y la eterna
casaca de los tontillos
y el capingote.

D. CLAUDIO.

Rarezas
de mi padre... Y no te dió
dinero?

PERICO.

Que? Buena es esa!
Dinero!.. Dice que á vos
os sirvo, que os dé la cuenta
y que me pagueis sin falta,
pronto, y en buena moneda.

D. CLAUDIO.

Bien dicho; pero no tengo
un maravedi.

PERICO.

Pues fuera
cosa de ver!.. Por ventura,
en tres semanas y media
que falto de aqui...

D. CLAUDIO.

Si, amigo.
Que quieres: á uno le tienta
el diablo, y...

PERICO.

Que mayor diablo
que tener mala cabeza?

D. CLAUDIO.

Es verdad que yo he gastado
en comprar mil frioleras
tambien; pero lo de anoche...

PERICO.

Y que ha sido?

D. CLAUDIO.

Una merienda,
ahí en casa del Zurdillo.

PERICO.

Bueno!

D. CLAUDIO.

Que quieres que hiciera?
Estuvo la Catuxilla,
y aquella moza trigueña...

PERICO.

La Virtudes?

D. CLAUDIO.

Esa misma;
yo y el hijo de la Crespa.

PERICO.

Adelante.

D. CLAUDIO.

La Catuxa,
hombre, que chica tan bella!

PERICO.

Al caso.

D. CLAUDIO.

Pues, merendamos:
y para alegrar la fiesta,
un Sargento de milicias
que le falta media oreja,
viene y... Sabes de quien es
primo? De la Molinera.

PERICO.

Ya.

D. CLAUDIO.

Pues, amigo, sacó
la baraxilla: se empeña
el juego, y vaya!.. Diez duros
que importó la francachela,
por una parte, y por otra
él... Maldito de Dios sea!
Si en el sacanete siempre
tengo una suerte perversa...
Eso sí, yo le gané
las quatro manos primeras;
pero despues se volvió
el naype, y en hora y media
que duró aquello, perdi
quanto puse y mas que hubiera.
El echó quatro porvidas,

se levantó de la mesa
diciendo que era ya tarde:
fuese, y á todos nos dexa
sin blanca.

PERICO.

Y á las muchachas
tambien?

D. CLAUDIO.

Pase yo por ellas,
por que no era regular...

PERICO.

Con que, en fin, de la remesa
que vino, ya no hay un quarto?

D. CLAUDIO.

Nada, y... Yo no sé que hiciera.
Y ese Prendero maldito
me va cogiendo las vueltas,
por un poco que le debo.

PERICO.

Tambien esa?

D. CLAUDIO.

Tambien esa.
Y dice que ha de venir
á ver si D. Luis encuentra
modo de que yo le pague.

PERICO.

Y bien, dexarle que venga.

D. CLAUDIO.

Toma! Pues si el viejo sabe
eso, la hicieramos buena.

PERICO.

Que ? ya empieza á regañar
el suegro en flor ?

D. CLAUDIO.

Me rebienta.

PERICO.

Y Doña Ines ?

D. CLAUDIO.

Doña Ines,
ya viste que andaba séria
conmigo quando te fuiste :
pues de la propia manera
ha seguido... De las dos
primas la que mas me peta
es la Clarilla. Esa si.
Y no he dexado de hacerla
algunos cocos. A mi
me gusta.

PERICO.

Que desvergüenza !
Si quiere cantar maytines,
á que vendrá distraerla.
Pero...

D. CLAUDIO.

Que es eso ?

PERICO.

Dexadme.

D. CLAUDIO.

Que te suspende ?

PERICO.

Quisiera (1)
ver si... No... Bien puede ser;
pero... Divina ocurrencia!..
Y se ha de hacer, no hay remedio.

D. CLAUDIO.

Pero, que?..

PERICO.

Vereis que idea.
Supongo que ya sabeis
el gran fortunon que espera
D. Martin?

D. CLAUDIO.

Lo de Sevilla?
Algo sé.

PERICO.

Despues de cena
me contó ayer la criada
el caso, letra por letra.
Ello es, que los viejos tienen
en Sevilla (ó por mas señas,
ya no lo tienen) un primo
Beneficiado, que dexa
por su heredera absoluta
á Doña Clara. La herencia
es un horror... Que se yo?

---

(1) *Hace ademanes de discurrir y vacilar en la resolucion.*

casas, molinos, jaciendas,
jolivas... En fin, el lance
es, que como da en la tema
de ser Monjita, su padre
(sin que nadie se lo pueda
disputar) todo lo pilla.
El por instantes espera
la copia del testamento;
teniendo noticias ciertas,
de que ya el Beneficiado
goza de la vida eterna.
Pues, aqui de mi invencion.
Esta Clara, se mosquea
quando la dicen que es linda?
Chilla quando la requiebran?
Si uno se arrima, le vuelve
un torniscon, ó se alegra?

D. CLAUDIO.

Siempre que he llegado á hablarla
se ha mostrado muy risueña;
pero como yo no hacia
intencion...

PERICO.

Que? de quererla?
Pues ya es preciso. La otra
no os gusta, ni vos á ella;
y al contrario, si podeis
alzaros con la Prebenda
de la Novicia, y...

D. CLAUDIO.

Que pillo
eres, para cosas de éstas!

PERICO.

Si en la gran Compluto fui
el coco de las escuelas.

D. CLAUDIO.

Pues, mira, tú la has de hablar,
Periquillo, y quando veas...

PERICO.

Yo? Pues me he de casar yo?

D. CLAUDIO.

Hombre, si me da vergüenza...
Vergüenza no, sino asi
como...

PERICO.

Pues cierto que es buena
ocasion de timideces
y melindres y indirectas!
Se tratá de que la otra
va á meterse Recoleta:
se trata de enamorarla,
de enquillotrarla y hacerla
aborrecer en dos dias
coro, locutorio y verjas;
y andaremos en pelillos
perdiendo el tiempo que vuela!
Vaya que no he visto tal.

D. CLAUDIO.

Pero, y si luego nos echa
noramala?

PERICO.

Probaremos.
Háganse las diligencias,
y si da en que ha de ser santa,
por muchos años lo sea.

D. CLAUDIO.

Gente viene.

PERICO.

Y es, no menos,
el señor Juan de Corella,
Demandadero mayor,
por gracia de la Abadesa,
del consabido convento.
Segun dixo Lucigüela
anoche... Ya sé á que viene.
Esperad en esa pieza,
mientras se va. (1)

---

(1) *Vase D. Claudio por la puerta del foro.*

SCENA IV.

PERICO. EL TIO JUAN.

PERICO.

Señor Juan!
Oh! señor Juan!

TIO JUAN.

Esta esquela
traigo para D. Martin.
Se puede entrar?

PERICO.

Está fuera.

TIO JUAN.

Sois de la casa?

PERICO.

Pues no?
Y es mucho que no se acuerda
el señor Juan. A recados
al convento me despean.

TIO JUAN.

Como yo no paro en casa
un instante...

PERICO.

Y la parienta?
Siempre tan robusta, eh? Vaya.

TIO JUAN.

Si se murió por Quaresma.

PERICO.

Hombre!

TIO JUAN.

Toma!.. Yo no sé
si aqui os la dexe ó si vuelva.
Estoy tan harto de andar.
Es sobre aquello de Yllescas...

PERICO.

Si, de Yllescas... Por aquel
censillo de las bodegas.
Bien, (1) pues yo se la daré
á D. Martin, quando venga.

TIO JUAN.

Mejor es.

PERICO.

Si, y él irá
por allá con la respuesta.

TIO JUAN.

No se olvide.

PERICO.

Quedo en ello.

---

(1) *Quitándole al Tio Juan el papel de la mano.*

SCENA V.

PERICO. D. CLAUDIO.

PERICO.

Lindo! (1)

D. CLAUDIO.

Que locura es esa?
Hombre, que...

PERICO.

Santo papel,
que así nuestro mal remedias!
(2) *J. M. y J.* = *Mi Señor D. Martin: á consecuencia del aviso que recibimos el otro dia de que Vmd. nos habia hecho la caridad (Dios se lo pague) de cobrarnos en Tllescas, quando volvió de Madrid, los tres mil y quatrocientos reales de aquel censillo, habia dado orden á D. Lorenzo el Mayordomo para que pasase á ver á Vmd. y se hiciera cargo de ellos; pero desde ayer está el pobrecito con un cólico*

---

(1) *Despues de haber leido el papel hace extremos de alegria.*

(2) *Lee el papel, y luego le dobla y se le guarda.*

terrible : el Señor quiera mejorarle , que harto se lo rogamos todas. El dador de ésta es persona muy segura y podrá entregarle dicha cantidad. Vmd. perdone estos enfados , dando memorias á todos los de su casa , y á nuestra Clara en particular , que deseamos verla , y pedimos á Dios la dé su gracia para que le sirva. = B. L. M. de Vmd. su mayor servidora = Juana María de la Resurreccion del Señor. = Abadesa indigna.

D. CLAUDIO.

Y que sacamos con eso?

PERICO.

Ahí es una friolera !..
Este D. Martin me ha visto?

D. CLAUDIO.

Yo , que sé ?

PERICO.

Vamos con flema.
Quando llegamos de Ocaña,
un mes ha , no estaba él fuera ?

D. CLAUDIO.

En Madrid , que luego vino.

PERICO.

Muy bien , y antes de su vuelta
no me fui yo?

D. CLAUDIO.

Sí.

PERICO.

Y anoche
no me estuve en esas piezas
de ahí adentro, que ninguno
me vió si no la doncella?

D. CLAUDIO.

Tú lo sabrás.

PERICO.

Yo lo sé...
Y D. Martin, por mas señas,
no es medio cegarro?

D. CLAUDIO.

Y mucho.

PERICO.

Si? Pues la trampa está hecha.
Si no pagais al Prendero,
se enfada, viene, lo cuenta,
y nos pierde... Sin dinero
ninguno paga sus deudas.
Yo conozco al señor Juan,
y el no sabe quien yo sea...
Por otra parte, las Madres
no han de ser tan avarientas,
que hoy mismo quieran los quartos.
Mañana tomo soleta
y voy á Madrid.

D. CLAUDIO.

A que?

PERICO.

A encargos y diligencias,
sobre el pleyto.

D. CLAUDIO.

Ya.

PERICO.

Pues, bien:
me voy; y aunque el hombre vuelva,
á quien dirá el desdichado
que entrego la triste esquela?
Sospechan en mí, no importa.
Me escriben, respondo, vuelta
á escribir y á responder:
los canso, se desesperan...
Y si el asunto va mal,
que me escriban á Ginebra.
Ademas, como se logre
que Doña Clarita os quiera,
entonces... Pero ella viene...

D. CLAUDIO.

Háblala, mira, no pierdas
este lance.

PERICO.

Pero vos
teneis trabada la lengua?

D. CLAUDIO.

Ya viene. A Dios. (1)

---

(1) *Vase por la puerta de la derecha.*

PERICO.

No hay remedio?
Pues, buen ánimo, y á ella. (1)

SCENA VI.

PERICO. DOÑA CLARA.

PERICO.

Válgate el diantre la niña,
que presto ha dado por tierra
con mi buen señor!

DOÑA CLARA.

Perico.

PERICO.

Y ahí es decir que nos queda
esperanza... Pobrecito!..
De que se seque y se muera.
Que ha de esperar? Que la encierren,
la pelen y no la vea
jamas.

DOÑA CLARA.

Si será por mí?

PERICO.

Ay! amor!.. Y no valiera

---

(1) *Se sienta de espaldas á la puerta por donde sale Doña Clara, y hablará como si creyese estar solo. Doña Clara escucha y le observa.*

mas decirselo? Ha de ser
tan cruda, tan indigesta,
que viendo á aquel infeliz?..
No puede ser: aunque fuera
un serpenton.

DOÑA CLARA.

Periquillo.

PERICO.

Quien ha de haber que consienta
que un muchacho, tan muchacho,
y de casa solariega,
se nos muera tontamente:
sin motivo de mas fuerza,
que por que la tal Clarita
es graciosa y pispireta,
y por que tiene la boca
coloradilla y pequeña,
y por que tiene los ojos
negritos, y... Pues por esa
razon, ella ha de curarle,
ya que el mal nos vino de ella.
Señora. (1)

DOÑA CLARA.

Que, ya has venido
de Ocaña?

PERICO.

Y aun mejor fuera

(1) *Se levanta fingiendo sorpresa de haber visto á Doña Clara.*

no haber venido.

DOÑA CLARA.

Por que?

PERICO.

Por nada... Si lo supiera!..

DOÑA CLARA.

Estas malo?

PERICO.

No señora. (1)

Me voy...

DOÑA CLARA.

A donde?

PERICO.

A la Iglesia,

á rezar.

DOÑA CLARA.

Por que yo vengo

te vas?

PERICO.

Pero, que se arriesga?..

DOÑA CLARA.

Que dices?

PERICO.

Si el desdichado

pierde su salud por estas

timideces, para mí

será un cargo de conciencia.

---

(1) *Se va retirando, y finge hablar entre sí algunas expresiones, segun lo indica el diálogo.*

Señora, si me quereis
escuchar...

DOÑA CLARA.

Di lo que quieras.

PERICO.

Estamos solos?

DOÑA CLARA.

Parece
que si.

PERICO.

Yo tiemblo...

DOÑA CLARA.

No temas.

PERICO.

Si me prometeis callar.

DOÑA CLARA.

Extraño que me lo adviertas.

PERICO.

Pues, señora, perdonad
mi atrevimiento, y...

DOÑA CLARA.

Que intentas?
A que quieres atreverte?

PERICO.

No os altereis. Quien espera
hallar compasion en vos,
no vendrá á haceros ofensa.

DOÑA CLARA.

En fin, que quieres?

PERICO.

Contaros
un chasco, una morisqueta
de amor. D. Claudio se quiere
volver á Ocaña, no encuentra
quietud en Toledo, y juzga
que es el remedio la ausencia.
El no quiere á Doña Ines:
la aborrece.

DOÑA CLARA.

Que me cuentas?

PERICO.

Y al mismo tiempo, por otra
está, que se desespera.

DOÑA CLARA.

Que dices? Cosas del mundo!
Con que es de Ocaña?.. Por fuerza,
de allí será.

PERICO.

No señora,
no es de allí.

DOÑA CLARA.

Pues que? pudiera
tener ya en Toledo amores?
Dimelo todo... Y no temas
que se lo cuente á mi prima,
no.

PERICO.

Con que ha de ser? Pues ea.
Señora, él os quiere y...

DOÑA CLARA.

Como?

PERICO.

Y os quiere de tal manera,
que es frenesí.

DOÑA CLARA.

Que osadia!
Pues... Vete, vete y no vuelvas
á verme nunca.

PERICO.

De vos
no esperaba otra respuesta.
Por falta de reprehension
y de consejos no queda,
que bien claro se lo he dicho;
pero la pasion le ciega...
Quedad con Dios. (1)

DOÑA CLARA.

Oyes, mira.

PERICO.

Que he de ver? Harto se muestra
que no teneis caridad.
Que podeis decir, que sea
nuevo para mi? Que vais
á ser Monja? Enhorabuena.
Que es un loco? Los amores
pierden la mejor cabeza. (2)

---

(1) (2) *Hace que se va.*

DOÑA CLARA.

Mira.

PERICO.

Dexadme, por Dios.

DOÑA CLARA.

Con que esa pasion es cierta?

PERICO.

Ay! señora! Lo dudais?

DOÑA CLARA.

Pues, quien me asegura de ella?

PERICO.

Vuestros ojos.

DOÑA CLARA.

Ah! bribon!.. (1)

PERICO.

Pero, si se considera,
yo no sé que inconveniente
puede haber...

DOÑA CLARA.

Calla, que empiezas
á irritarme.

PERICO.

Otras habria,
que admitiesen la fineza
de un amante tan leal;
pero vos... Ah! si yo os viera
casada con él... Casada!

---

(1) *Riyéndose.*

Entre los mimos y fiestas
de hermosas criaturitas;
vivarachitas, traviesas,
como su madre.

DOÑA CLARA.

Perico,
vete... Ay! Dios! toda me inquietas...

PERICO.

Aunque mires con horror
el matrimonio, pudiera...

DOÑA CLARA.

No, yo no le tengo horror.

PERICO.

Pues que detencion es esa?
El es de buena familia,
de buena edad, buenas prendas...

DOÑA CLARA.

Eso sí.: no es mal muchacho.

PERICO.

La verdad, no le quisierais
para marido? No os gusta?
No tiene linda presencia?

DOÑA CLARA.

Si, déxame.

PERICO.

Pobrecillo!
Que desesperadas nuevas
le voy á dar!.. Es inutil

hablar mas de la materia. (1)

DOÑA CLARA.

Te vas?

PERICO.

Que he de hacer?

DOÑA CLARA.

Atiende.

Dile...

PERICO.

Si, que nunca os vea.

DOÑA CLARA.

No es eso.

PERICO.

Que si se quiere
morir de amor, que se muera.

DOÑA CLARA.

No, sino... Tú no me entiendes.

PERICO.

Como quereis que os entienda?

DOÑA CLARA.

Dile... Que es un atrevido...
Ay! Periquillo! me cuesta
tanto rubor.

PERICO.

Que locura!
Vaya! Sobre que se juega
limpio.

---

(1) *En ademan de irse.*

DOÑA CLARA.

Dile : que vendré
á hablar con él esta siesta ,
aqui mismo, que me espere...
Pero , decirlo pudieras
como que sale de ti.

PERICO.

Oh ! bien. A mi cargo queda.
Pero , no le digo mas ?

DOÑA CLARA.

Harto es eso.

PERICO.

Mas quisiera.

DOÑA CLARA.

Vete , vete.

PERICO.

Pero no
me le riñais quando venga.
No ?

DOÑA CLARA.

Bien , no le reñiré.

PERICO.

Que el quereros no es ofensa. (1)

DOÑA CLARA.

A Dios , picarillo , á Dios.

---

(1) *Vase por la derecha.*

SCENA VII.

DOÑA CLARA. LUCÍA.

DOÑA CLARA.

Muchacha, estoy muy contenta.
Ya no hay tocas, ya no hay torno.

LUCÍA.

Pues que novedad es esa?
Ya sé que no le ha de haber.

DOÑA CLARA.

Si, pero no es lo que piensas.
D. Claudio está enamorado
de mí.

LUCÍA.

Calle!

DOÑA CLARA.

Si: y no creas
que es un pasatiempo, no;
es cariño, muy de veras.
A la siesta nos veremos
para tratar lo que deba
disponerse y...

LUCÍA.

Ya que hablais
de eso, sabed que os espera
en la esquina, deseando
un ratillo de parleta,
el hijo de la Escribana.

DOÑA CLARA.

Anda, ve y dile, que vuelva
despues, ó no venga mas.

LUCÍA.

Es ingratitud muy fea.

DOÑA CLARA.

Que importa? Le quise ayer,
por que imaginé que fuera
preciso valerme de él;
pero, ya tiene licencia
de mudarse.

LUCÍA.

Yo no alcanzo,
por que con tal ligereza
de ese D. Claudio os fiais.

DOÑA CLARA.

Que sabes tú, majadera?
Si desde el punto que vino
observé la indiferencia
que gastaba con mi prima:
en el estrado y la mesa
se sentaba junto á mi,
y yo que no soy muy lerda...
Ayer mismo, me cogió,
sin que nadie lo advirtiera,
esta mano, y la apretó
tanto, y dixo: Ay! Clara bella!
Monilla, guapita!

LUCÍA.

Y vos

que dixisteis?

DOÑA CLARA.

Que pudiera
decirle, estando allí todos?
Me puse... así... muy contenta.
Le miré, y no mas.

LUCÍA.

El gusto
será, si las cosas llegan
á efecto, ver á los viejos.

DOÑA CLARA.

Que han de hacer quando lo sepan?..
Y sobre todo, primero
soy yo.

LUCÍA.

No temeis la fiera
condicion de D. Martin?

DOÑA CLARA.

Y por que debo temerla?

LUCÍA.

Por que si os casais, no habrá
quien su colera detenga.
Y como le habeis sabido
embobar con apariencias
de santica...

DOÑA CLARA.

Hija, en el mundo
el que no engaña, no medra;
y hoy mas que nunca, conviene
usar de astucia y reserva.

Fingir, fingir... Si mi padre
trata de heredarme, y piensa,
despues de haberme tenido
tan abatida y sujeta,
que he de sepultarme en vida;
valiente chasco se lleva!
Harto he sufrido. Ya es tiempo
de romper estas cadenas,
de vengarme y de vivir.

LUCÍA.

Vuestra prima. (1)

DOÑA CLARA.

Salte afuera:
que la he dicho que tenia
que hablar á solas con ella...
Y al arrimon, le dirás
que me duele la cabeza.

SCENA VIII.

DOÑA CLARA. DOÑA INES.

DOÑA INES.

Y bien, Clarita, que ocurre?

DOÑA CLARA.

Que me saques de una extrema
inquietud.

(1) *Mirando adentro.*

DOÑA INES.

Qual es la causa?

DOÑA CLARA.

Como tu bien me interesa
tanto... Dime, este D. Claudio,
que segun todos sospechan,
ha venido á ser tu novio;
es de tu gusto? De veras,
le quieres?

DOÑA INES.

Yo, no por cierto.
Imaginas que pudiera
prendarme de él?

DOÑA CLARA.

Lindamente
disimulas!

DOÑA INES.

Que simpleza!

DOÑA CLARA.

Con que no le quieres?

DOÑA INES.

No:
por que no hay cosa que vea
en él, que no me disguste.

DOÑA CLARA.

Y si tu padre se empeña
en ello?

DOÑA INES.

No, no es capaz
de empeñarse en que yo sea

infeliz... Me quiere mucho,
y tiene mucha prudencia.

DOÑA CLARA.

No te puedo ponderar,
Ines, quanto me consuela
que pienses así. Yo estaba
en extremo descontenta,
temiendo que ibas á hacer
una locura.

DOÑA INES.

No temas.

DOÑA CLARA.

El, en efecto, parece
un Hidalguillo de Aldea,
vanidoso, tonto y pobre,
aturdido, mala lengua...
Y que figura tan rara!

DOÑA INES

En eso, prima, no aciertas:
que es buen mozo.

DOÑA CLARA.

Si te gusta,
Ines, en buen hora sea.

DOÑA INES.

Pero, que tiene que ver
que le quiera ó no le quiera,
para decir la verdad?
El me fastidia, me apesta,
no puedo sufrirle; pero
es buen mozo.

DOÑA CLARA.

No hay belleza
si no en Dios: las criaturas
todas somos imperfectas.

DOÑA INES.

Ya empiezas con eso?

DOÑA CLARA.

En fin,
si este partido desprecias,
quien sabe que no te inclines
á la religion, y seas
Monja tambien?

DOÑA INES.

Prima, yo
soy muy profana, muy lega,
y algo apegadilla al mundo.

DOÑA CLARA.

Pero, no ves que nos cercan
en el siglo mil peligros?

DOÑA INES.

Si, ya lo sé; pero piensas
que en la soledad de un claustro
mil peligros no se encuentran?

DOÑA CLARA.

Practicando la virtud...

DOÑA INES.

Practicándola, en qualquiera
estado serás feliz.

DOÑA CLARA.

Pero no dudes que aquella

vida, penitente, humilde,
es mas pura y mas perfecta.

DOÑA INES.

Si, pero lleva consigo
obligaciones tan sérias,
que el empeño de cumplirlas
hará temblar á qualquiera.
Mucho de Dios necesita
la que á tanto se resuelva:
por que, si las cumple bien,
prodigioso esfuerzo cuesta;
y si no, despues de amarga
vida, que suerte la espera!

DOÑA CLARA.

Eso sí, tú siempre... Vamos,
se conoce que no apruebas
mi eleccion.

DOÑA INES.

No he de aprobarla?
Si, prima, y no te parezca
que yo la repugne en tí,
por que á mí no me convenga.
Yo, que me conozco, y veo
mi debil naturaleza,
llena de temor, elijo
la menos dificil senda.
Tu, vas por otra, y vas bien,
(si tienes constancia y fuerzas
y mucha virtud) que al fin
la perfeccion está en ella.

DOÑA CLARA.

Eso apetezco, esa es
la felicidad que anhela
mi corazon.

DOÑA INES.

Que bien haces. (1)

DOÑA CLARA.

Allí viviré contenta.

DOÑA INES.

Y aun aqui no vives triste.

DOÑA CLARA.

Como?

DOÑA INES.

Digo, que no dexas
de procurar distracciones...

DOÑA CLARA.

Que quieres decir?..

DOÑA INES.

Honestas,
se supone.

DOÑA CLARA.

Pero...

DOÑA INES.

Anoche,
con aquel tiple y aquellas
coplas... Tal qual! Ello, si,
cantaron mil desvergüenzas;

---

(1) *Con ironía.*

pero la sierva de Dios
alli se estuvo muy quieta...
Y hubo tosecilla y...

DOÑA CLARA.

Calla:
no me apures la paciencia,
mira que...

DOÑA INES.

La santa!

DOÑA CLARA.

Calla,
que te arrancaré la lengua.

SCENA IX.

D. MARTIN. PERICO. DOÑA CLARA. DOÑA INES. (1)

D. MARTIN.

Entrad, caballero. Niñas. (2)

PERICO.

Pues aqui teneis la esquela. (3)

D. MARTIN.

Si me permitis.

---

(1) *Perico sale vestido ridiculamente con casaca, manguito y baston, un parche en un ojo y cojeando.*

(2) *Vanse Doña Clara y Doña Ines.*

(3) *Le da la esquela á D. Martin.*

PERICO.

Leed. (1)

D. MARTIN.

Válgame Dios!

PERICO.

Que os inquieta?

D. MARTIN.

Con que el pobre D. Lorenzo?..

PERICO.

Si, amigo, quien lo dixera!
Despues de diez años largos
que no le he visto, se acuerda
de morirse... Es mucho trago!
Y ahí es decir que me queda
otro hermano.

D. MARTIN.

Luego vos
sois su hermano?

PERICO.

Un mes me lleva.
Yo me llamo D. Sempronio
de Hinestrosa, mi parienta,
(que es una muger de forma,
y muy servidora vuestra)
se llama Doña Maria
Godinez, Ribadeneyra:

---

(1) *Lee D. Martin. Perico se pasea y se limpia el sudor con un pañuelo.*

de mis hijas, la mas gorda,
se llama Doña Teresa,
la menor, Doña Guiomar;
y entrambas, por consecuencia,
son sobrinas del difunto.

D. MARTIN.

Murió?

PERICO.

No; pero sospechan
que morirá... Si quereis
entregarme lo que reza
el papelito.

D. MARTIN.

Al instante:
voy allá... (1) Pero ello es fuerza,
que hiciese algun disparate
al comer.

PERICO.

Si no que sea
que ayer tarde, merendó
un cochinillo con setas....

D. MARTIN.

Eso basta.

PERICO.

Ya se ve
que basta, y sobra, y pudiera
ser suficiente á matar

---

(1) *Hace que se va, y vuelve.*

al Convidado de piedra.

D. MARTIN.

Cierto que ha sido un...

PERICO.

Anoche
á eso de las once y media
le entró tal calenturon,
que pensamos que se fuera
por la posta... Convulsiones,
hipo, delirio... Tremenda
noche! Todos aturdidos,
toda la casa revuelta...
Juntaronse tres Doctores,
de los de mas reverendas,
que tienen atarugadas
de difuntos las iglesias...
Todo se volvió visages,
y polvos, y citas griegas.
Dale con el mesenterio,
el piloro, las vertébras,
el texido celular
y la hemorroidal interna,
y dale con si el clister
fue invencion de la cigüeña.
En fin, viendo que el paciente
no mejoraba por esas,
le recetaron la Uncion;
que para el alma, es muy buena.

D. MARTIN.

Que desgracia!

PERICO.

La mayor
que sucedernos pudiera...
Si me quereis despachar.

D. MARTIN.

La pobre Doña Vicenta (1)
como está?

PERICO.

Como ha de estar?
Traspasada... Si quisierais
despacharme.

D. MARTIN.

Si, al momento
iré, si me dais licencia,
á buscar ese dinero.

PERICO.

Id con Dios.

SCENA X.

PERICO. D. CLAUDIO.

PERICO.

Tenemos hechas
mil diligencias. La niña
mas blanda está que una breba.

---

(1) *Hace que se va, y vuelve.*

D. CLAUDIO.

Periquillo! (1)

PERICO.

El mismo soy.

D. CLAUDIO.

He vuelto á saber que nuevas...

PERICO.

Bien está.

D. CLAUDIO.

Pero, que trage,
hombre !..

PERICO.

Vamos, no se pierdan
los instantes. La Monjita
por vos se deshace y quema.
A la siesta no salgais:
que ha de venir á esta pieza,
á hablar con vos del asunto
matrimonial.

D. CLAUDIO.

Si, de veras?

PERICO.

De veras... Pero, id al quarto:
que si D. Martin nos viera
hablar, eramos perdidos.
Al quarto.

---

(1) *Desconociéndole.*

D. CLAUDIO.

Pero, qué intentas?

PERICO.

Al quarto.

SCENA XI.

PERICO. D. MARTIN.

D. MARTIN.

Pues aqui está (1)
todo y en buena moneda.
Contadlo.

PERICO.

No, para que?

D. MARTIN.

Si, contadlo, que pudiera
haber equivocacion.

PERICO.

Y las niñas, estan buenas? (2)

D. MARTIN.

Sin novedad.

PERICO.

Quantas veces
me escribió mi hermano de ellas!

---

(1) *Le da un papel con dinero.*
(2) *Se pone á contar el dinero sobre la mesa.*

D. MARTIN.

Pues, apenas las conoce.

PERICO.

No importa, para que sepa
sus prendas y las estime.
Uno, dos, tres... Y no piensa
Doña Clarita en casarse?

D. MARTIN.

Ay! no señor: esa lleva
otro destino mejor.

PERICO.

Con que al fin, está resuelta
á dexar el siglo? Bueno,
bueno, bueno!.. Y dos, son treinta:
treinta y uno, treinta y dos,
treinta y tres... Y mas valiera
que la imitase su prima.

D. MARTIN.

No es para malas cabezas
esa vocacion.

PERICO.

Ya sé
que es un poquillo sardesca;
pero su padre...

D. MARTIN.

Su padre!
Siempre estamos en quimera
por eso.

PERICO.

Quarenta y ocho,

quarenta y nueve, cincuenta. (1)
Cabal está... Si, D. Luis
no tiene aquella prudencia,
aquel tino... Con que, amigo...

D. MARTIN.

Dad á la Madre Abadesa
memorias, y vos mandad.

PERICO.

Solo serviros desea
D. Sempronio de Hinestrosa.

D. MARTIN.

Me holgára de que pudiera
el pobre enfermo escapar.

PERICO.

Es muy duro de cabeza,
y si da en que no ha de ser,
se habrá de morir por tema.

D. MARTIN.

Pobre mozo!

PERICO.

Si por cierto.

D. MARTIN.

Permitid... (2)

PERICO.

No, que es molestia.

---

(1) *Envuelve el dinero en el papel, y le guarda.*
(2) *D. Martin quiere irle acompañando, y él lo rehusa.*

D. MARTIN.

Hasta la puerta no mas.

PERICO.

Vos hareis que no me mueva
de aqui.

D. MARTIN.

Pues, mandar y á Dios. (1)
Esto si que me contenta.
La muchacha ya nos quiere,
el viejo dió las pesetas,
D. Claudio revive, y yo
tengo mi cobranza cierta...
Fortunilla! No te mudes
de madre mimona, en suegra.

---

(1) *Vase por la puerta del lado izquierdo, y despues Perico por la derecha.*

ACTO SEGUNDO.

****

SCENA I.

DOÑA CLARA. LUCÍA, despues DON CLAUDIO.

DOÑA CLARA.

Pisa quedito, no sea (1)
que la gente alborotemos.

LUCÍA.

Mucho temo que nos pillen.

DOÑA CLARA.

Chito.

LUCÍA.

Si apenas resuello.

DOÑA CLARA.

Mira si aguarda D. Claudio.

LUCÍA.

Allá voy. Si sale el viejo (2)
y en estos malos fregados

---

(1) *El Teatro estará obscuro. Doña Clara y Lucía se encaminan ácia la puerta del quarto de D. Claudio.*

(2) *Lucía se adelanta, llama, y sale Don Claudio.*

coge á la niña, que bueno!
D. Claudio.

D. CLAUDIO.

Quien es?

LUCÍA.

Salid.

D. CLAUDIO.

Ya te sigo; pero llevo
un miedo, que es un horror.

LUCÍA.

No temais, que á mayor riesgo
nos exponemos nosotras.
Vos sois hombre de provecho,
y os importarán muy poco
treinta palos mas ó menos.
Aquí está.

DOÑA CLARA.

Señor D. Claudio.

D. CLAUDIO.

Doña Clara, mucho os debo,
mucho, mucho...

DOÑA CLARA.

Ten cuidado
no nos oigan y lo echemos
todo á perder. Periquillo (1)
me habló del cariño vuestro.
Yo vengo á saber de vos,

(1) *Lucía se retira.*

si lo que asegura es cierto;
por que me admira infinito
que un hombre... que un caballero
de prendas, asi varíe
de inclinaciones tan presto.
Mi prima, en que desmerece,
para que os deba un desprecio?
Es menos linda que yo?

D. CLAUDIO.

Es que no consiste en eso;
sino...

DOÑA CLARA.

Pues en que consiste?

D. CLAUDIO.

Yo, acá, bien me lo comprehendo;
pero no me sé explicar.
Tiene Doña Ines un cierto
no sé que, que no me gusta:
la verdad... Yo no me meto
en si es bonita, ó es fea,
en si tiene, ó no buen genio;
pero...

DOÑA CLARA.

Ved que vuestro padre
aprueba este casamiento,
y á ese fin os envió.

D. CLAUDIO.

Pero, bien, si no la quiero.

DOÑA CLARA.

Yo no alcanzo la razon.

D. CLAUDIO.

Ni yo tampoco lo entiendo.
Ella es muy buena muchacha,
muy honrada, no lo niego;
en fin, yo...

DOÑA CLARA.

Mucho arriesgais,
D. Claudio, pues al saberlo,
mi padre, el vuestro, y mi tio,
se habrán de enfadar por ello,
y con razon.

D. CLAUDIO.

Y que importa?

DOÑA CLARA.

Y dareis un sentimiento
á mi prima.

D. CLAUDIO.

Eh! Doña Ines,
segun lo que en ella veo,
no podrá sentirlo mucho.

DOÑA CLARA.

Por que no?

D. CLAUDIO.

Por que sospecho
que no me quiere gran cosa.

DOÑA CLARA.

Si á vuestros merecimientos
igualára su pasion,
mucho debiera quereros...
Pero es menester tambien

para amar, entendimiento.

D. CLAUDIO.

Oh! si fuera como vos!

DOÑA CLARA.

Yo, D. Claudio, no pretendo
canonizar mi conducta
á costa de su desprecio.
Solo sé, que de las dos
es tan diferente el genio,
tan opuestas las costumbres,
que en nada nos parecemos.
Esto habrá dado ocasion
para que algunos sugetos,
de prendas muy estimables
(tal vez, sin yo merecerlo)
pongan los ojos en mí;
pero, D. Claudio, os protexto
que, ingrata á su amor, hallaron
solo indiferencia y tedio.
Siempre retirada en casa,
sin dar que decir al pueblo,
mis galas son este trage
humilde, mis pasatiempos,
la devocion, la lectura
de libros santos y buenos;
y aun asi... Somos muy malos...
Mas no todas hacen esto.
Mi prima... Es al fin mi sangre,
y sobre todo, no quiero
que nadie piense de mí

que sus acciones reprehendo.
Jesus! eso no.

D. CLAUDIO.

Es verdad;
pero acá bien conocemos
lo que va de prima á prima.
Ese garbito, ese aseo,
ese modo de mirar,
Doña Clara, es mucho bueno!

DOÑA CLARA.

Y sobre todo, D. Claudio:
la virtud, recogimiento
y santo temor de Dios,
es lo principal. Yo veo
muchas de mi edad (y acaso
tengo bien cerca el exemplo)
que interpretando á su modo
procederes deshonestos,
llaman cultura y donayre
lo público del exceso,
lo escandaloso del vicio...
Ay! mi D. Claudio! que tiempos
alcanzamos... Ya se ve,
el mundo, el mundo!

D. CLAUDIO.

Ello es cierto
que se ven cosas que pasman....
Si dura el sermon, rebiento. (1)

(1) *Aparte.*

DOÑA CLARA.

Por eso, no haciendo cuenta
ni de los bienes que heredo
en Sevilla, ni pagada
de amorosos rendimientos,
blandas caricias, que tanto
pueden con mi debil sexô;
un claustro fue mi eleccion.

D. CLAUDIO.

Con que, al fin...

DOÑA CLARA.

Antes de veros.

D. CLAUDIO.

Y despues?

DOÑA CLARA.

Mucho os estimo,
D. Claudio.

D. CLAUDIO.

Pero, pensemos...

DOÑA CLARA.

Si es verdad que me quereis...

D. CLAUDIO.

Si es verdad? Pues no ha de serlo?
Toma! Quereis que lo jure?

DOÑA CLARA.

Jurar! Ay! Dios! no por cierto:
Vaya! jurar!

D. CLAUDIO.

Pues, amiga:
una vez que resolvemos

casarnos, y está el asunto
de tal manera...

DOÑA CLARA.

Hablad quedo.

D. CLAUDIO.

Que importa la diligencia
y... Vaya! Como estan ellos
en que os habeis de...

LUCÍA.

Señora, (1)
que viene gente. Escapemos
aprisa.

SCENA II.

DOÑA CLARA. DON CLAUDIO. DOÑA INES, y dentro DON MARTIN.

DOÑA INES.

Quien anda aqui?
Es Clara?

DOÑA CLARA.

Callad.

D. CLAUDIO.

Me alegro. (2)

---

(1) *Sale Lucía apresurada: al quererse entrar sale Doña Ines. Lucía se aparta á un lado, la dexa pasar, y se va.*

(2) *D. Claudio tropieza en una silla y cae con ella, se aturde y no acierta á su quarto.*

DOÑA INES.

Quien es?

D. CLAUDIO.

Ya he perdido el tino:
me pillaron, esto es hecho.

DOÑA CLARA.

Callad.

D. MARTIN.

Que no han de dexarme (1)
nunca dormir con sosiego.

DOÑA CLARA.

Mi padre... Somos perdidos:
ya no hay escape... Este viejo
de... Por vida!..

SCENA III.

DOÑA CLARA. DON CLAUDIO. DOÑA INES. DON MARTIN.

D. MARTIN.

Que bolina
anda por aqui? Que estruendo?
Hola, D. Claudio, que haceis
aqui?

---

(1) *Al oirse las voces de D. Martin, suena ruido de abrir ventanas, y se ilumina el Teatro.*

D. CLAUDIO.

Yo que culpa tengo?.. (1)

D. MARTIN.

Que respuesta!.. Y la Inesita?

DOÑA INES.

Si acabo de entrar.

D. MARTIN.

Lo creo.

Y tú?

DOÑA CLARA.

Lo mismo... Yo acabo
de entrar... Estaba leyendo
en Kempis, y al escuchar
este ruido, vine luego
á ver quien era.

D. MARTIN.

Ello, al cabo,
Inesita, no sabremos
la verdad?.. Pues quien estaba
aqui, quien, dilo?

DOÑA INES.

Yo entiendo,
que sin duda era D. Claudio
con mi prima.

DOÑA CLARA.

Bueno es eso!
Ines, yo?..

---

(1) *Vase, y entra en su quarto.*

SCENA IV.

LUCÍA, y dichos.

LUCÍA.

Que ha sido?

D. MARTIN.

Nada:
cosa de poco momento.
Que estaban hablando á obscuras
mi sobrina y el monuelo,
botarate de D. Claudio.
Que libertades! Que excesos!..
Y echa la culpa á su prima.

DOÑA CLARA.

Piensas de mí?..

DOÑA INES.

Yo no pienso
mal de nadie; pero digo
las cosas como las veo.

D. MARTIN.

Con que habrá sido esta niña?

DOÑA INES.

Puede ser.

D. MARTIN.

Que atrevimiento! (1)

---

(1) *Se encamina colérico ácia Doña Ines, y Doña Clara le detiene.*

Mira...

DOÑA CLARA.

Dexadla... Bien haces,
Ines, yo te lo agradezco.
Bien haces, que soy muy mala,
prima, muy mala... No tengo
disculpa, acusame mas,
culpame: que mas merezco
por mis pecados.

D. MARTIN.

Y tienes
corazon para estar viendo
sin confundirte?..

DOÑA INES.

Si yo...

DOÑA CLARA.

No os enfadeis, dad asenso
á quanto diga, señor.
Si yo misma lo confieso,
que soy muy gran pecadora.
Dios ha elegido este medio
para probarme... Creed
quanto dice... O á lo menos,
perdonadla, perdonadla, (1)
querido papá.

DOÑA INES.

Que extremo

---

(1) *Se arrodilla, y llora.*

de iniquidad!.. Es posible, Clara?..

D. MARTIN.

Vete: que no quiero verte, picarona... Vete.

DOÑA INES.

Advertid...

D. MARTIN.

Huye al momento de mi presencia... Embustera! Basilisco! Alza del suelo (1) hija de mi corazon. No llores, que me enternezco, y sé tu virtud... Que envidia la teneis todos!

DOÑA INES.

No puedo sufrir mas. (2)

D. MARTIN.

Anda, que yo contaré todo el suceso á tu padre... Lo sabrá, sí, lo sabrá sin remedio: lo sabrá.

DOÑA CLARA.

No, padre mio,

---

(1) *Levanta á Doña Clara, y la abrazo cariñosamente.*

(2) *Vase.*

por Dios...

D. MARTIN.

Vamos allá adentro,
niña, vamos... (1) Lo sabrá:
yo se lo diré bien presto,
yo se lo diré.

DOÑA CLARA.

Señor...

D. MARTIN.

Yo se lo diré.

SCENA V.

LUCÍA. D. CLAUDIO.

LUCÍA.

Que enredo
de los diantres inventó!

D. CLAUDIO.

Se han ido ya? (2)

LUCÍA.

Ya se fueron,
no lo veis?

D. CLAUDIO.

Y en que quedamos?

---

(1) *Cogiendo de la mano á Doña Clara.*
(2) *Se asoma á la puerta de su quarto.*

LUCÍA.

En que supo revolverlo
Doña Clara, de tal modo,
que va el padre hecho un veneno
creyendo que Doña Ines
fue la culpada.

D. CLAUDIO.

Que ingenio
tiene, vaya! Si es muy guapa...
Con que, di, como podremos
hablarnos, y ventilar
este asunto?.. Que me temo
que no ha de llegar á colmo.

LUCÍA.

Yo, señor, si en algo acierto
á serviros...

D. CLAUDIO.

La dirás
que estoy á todo dispuesto:
que haga de su capa un sayo...
Y que era preciso vernos
otra vez, y hablar, y...

LUCÍA.

Bien.

D. CLAUDIO.

Pues bien.

LUCÍA.

Veis este pañuelo,
que roto, y que malo está?

D. CLAUDIO.

A fe que no es nada nuevo.

LUCÍA.

Estais en que os serviré
con solicitud y esmero?

D. CLAUDIO.

Sí, ya estoy.

LUCÍA.

Que mediaré
siempre, con igual empeño,
en vuestro favor?

D. CLAUDIO.

Se entiende.

LUCÍA.

Y que guardaré el secreto...

D. CLAUDIO.

Preciso.

LUCÍA.

Pues, si tuvierais
ahí á mano algun dinero...
Poco... Como medio duro.

D. CLAUDIO.

Precisamente no tengo.

LUCÍA.

Vaya que sí.

D. CLAUDIO.

No, de veras.

LUCÍA.

Vaya que sí.

D. CLAUDIO.

Quieres verlo?
Si llegan á doce quartos (1)
será mucho... Quince y medio.
Tómalos.

LUCIA.

Que tiñeria!

D. CLAUDIO.

No los quieres?

LUCIA.

Si los quiero: (2)
vengan... Pero, me dareis
despues?..

D. CLAUDIO.

Sí, yo te lo ofrezco.

LUCIA.

El medio duro?

D. CLAUDIO.

Un doblon
te tengo de dar, lo menos.
Quando mi padre me envie
algun socorro...

LUCIA.

Ya entiendo.
Pues, cuidado. Agur.

D. CLAUDIO.

A Dios.

---

(1) *Saca el bolsillo y cuenta unos quartos.*
(2) *Toma los quartos y se los guarda.*

SCENA VI.

D. CLAUDIO. PERICO.

D. CLAUDIO.

Hombre, que falta me has hecho!

PERICO.

He tenido ocupaciones (1)
muy graves. Ahí os entrego
la maleta consabida:
todo el ajuar viene dentro,
y ésta es la carta. (2)

D. CLAUDIO.

Muy bien.

PERICO.

Item mas, vuestro Prendero...
Gran picaron! Me ha leido
una lista de tres pliegos,
en que consta lo vendido,
prestado, empeñado, y resto.

D. CLAUDIO.

Hay hombre mas fastidioso!

PERICO.

Como pide su dinero

---

(1) *Perico saca debaxo del brazo una maleta y la pone sobre la mesa.*
(2) *Le da una carta.*

no es extraño que fastidie.
Y pues ha salido á cuento,
yo tambien quiero pediros,
(aunque os fastidie por ello)
alguna ayuda de costa.

D. CLAUDIO.

Vamos, calla, no gastemos
el tiempo.

PERICO.

Es que me debeis
catorce duros, lo menos.

D. CLAUDIO.

Ya me enfadas.

PERICO.

Es que salgo
mañana de aqui, y no puedo
esperar.

D. CLAUDIO.

Ó calla, ó vete.

PERICO.

Es que desde el mes de Enero
del año pasado, estoy
como un esclavo, sirviendo
al señor D. Claudio Perez,
y me ha dado en este tiempo,
á cuenta de mis salarios,
percances y emolumentos,
la cantidad de quarenta
y dos reales; añadiendo
á esta suma unos calzones

verdes, que segun sintieron
los perítos... .

D. CLAUDIO.

Si no callas,
una zurra te prometo,
solemne.

PERICO.

Zurra? Acabose.
Yo me vengaré en silencio.
Y puesto que Periquillo,
indigno lacayo vuestro,
tiene en su poder la suma
de tres mil y quatrocientos
reales de vellon...

D. CLAUDIO.

Que dices?.

PERICO.

Por legítimo derecho
habidos...

D. CLAUDIO.

Calle! Con que?..

PERICO.

Y no me pagais, y en premio
de mis servicios recibo
amenazas y denuestos
y...

D. CLAUDIO.

Periquito!

PERICO.

Ya caigo.

Periquito, y á buen tiempo!

D. CLAUDIO.

Si...

PERICO.

No señor, se acabó: (1)
soy un vergante.

D. CLAUDIO.

Dexemos
eso, y dime...

PERICO.

Picardia!
A un hombre de mi talento
y mi probidad, tratarle
como no se trata á un negro!

D. CLAUDIO.

Aunque no me lo des todo.

PERICO.

Todo? Si, ya estoy en eso.

D. CLAUDIO,

Pero siquiera...

PERICO.

Este mozo
necesita mucho arreglo.
Casa atrasada, que pide
Juez interventor.

D. CLAUDIO.

Entremos

---

(1) *Quiere irse, y D. Claudio le va deteniendo.*

á mi quarto, y me dirás
por donde ha venido el cuervo,
y... Vamos, allí se hará
la distribucion.

PERICO.

Veremos.

D. CLAUDIO.

Pues que, no has de darme?..

PERICO.

Poco.

D. CLAUDIO.

Anda, que...

PERICO.

El mucho dinero
es causa de muchos vicios.
Nos hace ingratos, soberbios,
insufribles, tontos...

D. CLAUDIO.

Alguien
viene... Mira que te espero.

PERICO.

Bien está.

D. CLAUDIO.

Por Dios no dexes
de...

PERICO.

Quedo enterado... Adentro.

SCENA VII.

PERICO. D. LUIS.

D. LUIS.

Oiga! Ya es ás por acá
buena maula? Que hay de nuevo
en Ocaña? Como dexas
á tu señor?

PERICO.

Gordo y fresco.

D. LUIS.

Y que hay en esa maleta?

PERICO.

Unos vestidillos viejos
y otras cosuelas, que traigo
á D. Claudio.

D. LUIS.

Si? Me alegro,
que ya está quasi desnudo.
No te han dado lista de ello?

PERICO.

Si señor, ahí dentro viene.

D. LUIS.

Pues quando la saques, quiero
que me la des. No lo olvides.

PERICO.

Está muy bien.

D. LUIS.

Yo no entiendo
donde lo sepulta, ó quando
lo gasta... Un vestido nuevo
de camelote, que trujo
de su lugar le ha desecho?

PERICO.

Señor, yo no sé.

D. LUIS.

Oh! tú nada
sabrás... Cuidado con eso.

PERICO.

Con que, señor?

D. LUIS.

Con la lista.

PERICO.

No lo olvidaré. (1)

SCENA VIII.

D. LUIS, despues LUCIA.

D. LUIS.

No puedo (2)
tranquilizarme... Asegura

(1) *Se va con la maleta al quarto de Don Claudio.*

(2) *Sientase junto á la mesa.*

tanto mi hermano el suceso...
Si, mejor es... La criada
podrá servir á mi intento,
la sorprehenderé... No es cosa
antes de saber si es cierto...
Pero, si lo fuese, y tantos
años y tantos desvelos
se malograsen! Lucía. (1)
Qual será mi sentimiento!
Oh! juventud! oh! temible
juventud!.. Disimulemos.

LUCÍA.

Qué mandais, señor?

D. LUIS.

Te hago
salir aqui, por que tengo
en la cabeza una idea,
y decirtela pretendo...
Sé tu honradez, y presumo
que contigo nada arriesgo.

LUCÍA.

Si señor, bien os podeis
fiar de mí.

D. LUIS.

Asi lo creo.
Ya has visto como D. Claudio
pasó de Ocaña á Toledo,

---

(1) *Llama.*

y habrás conocido bien,
como todos, el objeto
de esta venida; aunque á nadie
se lo dixe, previniendo
lo que nos sucede ya.
Ines no le quiere, y veo
que el carácter de uno y otro
son de tal modo diversos,
que fuera temeridad
seguir adelante en ello.
Esto me da pesadumbre:
por que, si á Ocaña le vuelvo,
su padre lo sentirá.
Es mi amigo, sé su genio,
y tal vez podrá creer
que esta boda se ha deshecho
por mí; sin mirar las causas
que me han obligado á hacerlo.
Yo .. Que quieres que te diga?
Por todas partes encuentro
dificultades... Mi hermano
tan obstinado, tan necio...
Sacrificar á su hija
de ese modo!.. Te confieso
que á no saber con certeza
que Clara le tiene afecto
y él la corresponde, nunca
hubiera pensado en ello;
pero pudiendo casarla,
con la ocasion que tenemos

en la mano...

LUCÍA.

Ya se ve;
en siendo un partido bueno.

D. LUIS.

Pues, estamos... Y qual puede
hallarse mejor?

LUCÍA.

Es cierto.

D. LUIS.

Ella conoce muy bien
los procederes violentos
de su padre: disimula...
Y que ha de hacer?

LUCÍA.

Tal empeño
de señor! Querer por fuerza
que se pudra en un encierro!
Pero, si, lo que ella dice:
un año falta lo menos
para profesar, y un año
da lugar á mil proyectos.

D. LUIS.

Si por esa friolera
que hubo esta tarde se ha puesto
furioso, desesperado...
Yo me levanté el primero:
escuché desde esa pieza,
y al cabo todo el misterio
no era nada... Si se quieren,

no han de procurar los medios
de hablarse? No es natural
que se aprovechen del tiempo
mas oportuno?

LUCÍA.

Asi es.

D. LUIS.

Yo por mi parte la absuelvo...
Pero fue temeridad
exponerse á tanto riesgo:
por que si mi hermano llega
mas pronto y con mas silencio,
y descubre que es su hija,
de un golpe la hubiera muerto.

LUCIA.

Ay! señor! que todavia
no se me ha quitado el miedo.

D. LUIS.

Ya se ve, como no tienen
ocasion... Quando queremos
una cosa se atropella
por todo... Los devaneos
de los mozos no me admiran,
y aunque ya pasó, me acuerdo
que en mi juventud no fui
ningun Padre del desierto.

LUCIA.

Ella está que se desvive
por él.

D. LUIS.

Yo no desapruebo
del todo esa inclinacion;
bien que el asunto es muy serio
y se debe proceder
con madurez... Pero temo
no lo echen todo á perder...
Y qual es su pensamiento?

LUCIA.

Como salió D. Martin
á lo mejor, no hubo tiempo
de nada; pero el criado
de D. Claudio es muy travieso,
y él se encargará de todo:
por que predicar convento,
es necedad.

D. LUIS.

Ya lo sé.

LUCIA.

Jamas ha pensado en ello
Doña Clara; pero quiere
esperar la suya, y luego...

D. LUIS.

Ya se ve... Pero el criado,
que ha de saber? Que talento
tiene, ni que?.. No señor,
asi no va bien... Yo espero
hallar un medio mejor...
Yo lo pensaré... Y, quedemos
en que á nadie has de decir

cosa ninguna.

LUCIA.

Os prometo
que no chistaré.

D. LUIS.

Cuidado
con hablar... Y tambien quiero
que si determinan algo,
me avises: por que recelo
que si no se les dirige
la yerren de medio á medio.
Son muchachos, no reparan
en nada... Pero, silencio:
ya lo he dicho.

LUCIA.

Bien está.

D. LUIS.

Pues, vete, no te echen menos
tus amas.

SCENA IX.

D. LUIS, solo.

D. LUIS.

Cayó en el lazo.
Asi podré contenerlos.
No se determinarán
á un atentado, creyendo

que estoy de su parte, y pueden
valerse de mi consejo
y mi autoridad... En tanto
no faltará algun pretexto
para apartarle de aqui.
Ella es muy astuta, y temo
que... Yo solo !.. Harto dificil
ha de ser... Pero, que enredos (1)
de niña! Que educacion!
Que frutos vamos cogiendo!
Y Ines! Y mi pobre Ines!
Válgame Dios!

SCENA X.

D. LUIS. PERICO.

D. LUIS.

Sacas eso?

PERICO.

El qué, señor?

D. LUIS.

Esa lista
de la ropa.

PERICO.

Aqui la tengo...

---

(1) *Levántase.*

A ver si... Pues no está aquí.
En el quarto me la dexo:
quando vuelva...

D. LUIS.

Quando vuelvas
me la has de dar, y no andemos
con escusas.

PERICO.

Bien está,
señor, yo que gano en ello?
Si él me creyera... Oh! Bastante
le digo; pero que haremos?..
Ya se ve, los pocos años...
Y como tiene aquel genio
tan bondadoso y tan docil,
le llevan como á un cordero
aqui y alli... Pero yo
siempre duro. Unos consejos
le doy y unas reprehensiones
mas guapas!

D. LUIS.

Vete.

PERICO.

Que gesto!
Con vuestra licencia. (1)

D. LUIS.

Vete.

---

(1) *Haciendo cortesias.*

No gusto de cumplimientos.
Vete. (1)

SCENA XI.

D. LUIS. D. MARTIN.

D. MARTIN.

Has salido de casa?

D. LUIS.

Si quieres algo, voy luego
á salir.

D. MARTIN.

Solo que veas
si alguna razon tenemos
de Sevilla: y no te canses
en buscar en el correo
las cartas, que alli no hay nada,
ya está visto... Si á D. Diego
el Chantre no le han escrito
algo, ó... Mira, ahora me acuerdo.
Tal vez D. Juan, como tiene
amistad y parentesco
con los dos testamentarios,
sabrá decir que hay en esto.
Yo no salgo, por que estoy

---

(1) *Vase Perico por la puerta de la derecha.*

ocupado en ese enredo
de las cuentas del mongío...
Es buena cosa, por cierto!
Que hasta el hacer penitencia
nos ha de costar dinero!
A Dios... (1) Pero, que salida
ha dado tu agudo ingenio
sobre el lance de esta tarde?
Ya se ve: los documentos
morales, la permitida
libertad, el trato honesto,
la contemplacion, el mimo
de su padre... No hay remedio:
que ha de resultar?.. Preciso:
infamias y desenfreno,
y escándalos...

D. LUIS.

Mejor es
callar.

D. MARTIN.

Y procedimientos (2)
de libertinage... Y yo
soy tonto y soy majadero,
y no sé mi obligacion...
Ya se ve, como no leo

---

(1) *Hace que se va, y vuelve.*
(2) *D. Martin se pasea, D. Luis quiere responderle, y se contiene.*

libros, y no sé de mundo,
ni tengo instruccion, ni entiendo
nada de cosa ninguna:
y con este humor tan negro
que Dios me dió, no es extraño
que incurra en mil desaciertos,
y haya educado tan mal
á tu sobrina. Yo siento
mucho, que la tonta quiera
vivir en un monasterio,
por que al lado de tu hija
pudiera en muy poco tiempo
adelantar... Estos hombres
sabios, doctos, estupendos,
que nada ignoran, y nadie
sabe lo que saben ellos,
que lastima, no aplicarlos
á Rectores de Colegios!

D. LUIS.

Vamos, Martin, no me apures
la paciencia... No podremos
vernos jamas, sin que haya
quimeras y sentimientos?

D. MARTIN.

Yo lo digo, como eres
tan letrado y tan...

D. LUIS.

Dexemos
eso, por Dios.

D. MARTIN.

Y tan habil
y... Vaya, si te molestò
callaré.

D. LUIS.

Si, me molestas.

D. MARTIN.

Pues, de hoy mas, alto silencio.
Una cosa te queria
decir; pero ya la dexo,
á bien que á mí no me importa.

D. LUIS.

Y que cosa?

D. MARTIN.

Un chisme, un cuento.

D. LUIS.

Será algun otro delito
de Ines?

D. MARTIN.

No, del caballero
de Ocaña, D. Claudio.

D. LUIS.

Y que?

D. MARTIN.

Ayer encontré á un sugeto,
que sabe todas sus maulas.
Dice que no hay en Toledo
mayor calavera: dice
que entre los bayles, el juego,
las meriendas en el rio,

las borracheras y excesos
qüotidianos, ha gastado
todo lo suyo y lo ageno.
Que le han heredado en vida
Chalanes, Bodegoneros,
rufianes y pelanduscas.
Que te parece?

D. LUIS.

Lo creo.
El muchacho es abonado
para todo.

D. MARTIN.

Yo celebro
mucho tu serenidad.

D. LUIS.

Que quieres, que alborotemos
la casa?

D. MARTIN.

No; pero...

D. LUIS.

A mí
nada me coge de nuevo.
Si es un bien, le sé gozar;
si es un mal, busco el remedio,
y si no le tiene, sé
sufrir, y sufro en silencio.

D. MARTIN.

Sentencias y mas sentencias,
muy erudito y muy lerdo.
Ahí tienes á tu querida

Inesita, al embeleso
de su padre. A Dios. (1)

SCENA XII.

DOÑA INES, y dichos.

DOÑA INES.

Señor...
Mucho me alegro de veros
juntos.

D. MARTIN.

Si? Pues nos verás
separados al momento. (2)

DOÑA INES.

No Señor, no os vais: delante
de vos aclarar pretendo
un engaño que me ofende.

D. MARTIN.

Pues, sobrinita, ahi te dexo
á tu padre. Quanto quieras
le puedes mentir sin miedo:
anchas tragaderas tiene,
y tú un piquito muy bello.
No haré yo falta.

---

(1) *Hace que se va.*
(2) *D. Martin quiere irse, y le detiene Doña Ines.*

DOÑA INES.

Esperad.

D. MARTIN.

Esperar? Pero á que intento?
A escuchar disculpas?.. Yo
te disculpo y te concedo
quanto digas; y si quieres
pegar á la casa fuego,
por mi parte, libertad
entera tienes de hacerlo.

SCENA XIII.

D. LUIS. DOÑA INES.

D. LUIS.

Lloras Ines?

DOÑA INES.

Pues, señor,
no he de llorar? Como puedo
sufrir una acusacion,
que apoya con tal empeño
mi tio?.. Seré insensible...

D. LUIS.

Eres muy niña, y el tiempo
te enseñará á conocer,
con dolorosos exemplos,
que la inocente virtud
es muchas veces objeto

de la envidia, la venganza,
y el encono mas perverso...
Pero, Ines, para vencer
todo su furor, tenemos
una conciencia segura,
y hay un Dios que la está viendo.

DOÑA INES.

Padre!

D. LUIS.

Mi querida Ines! (1)

DOÑA INES.

Pero sabeis el suceso?

D. LUIS.

Lo sé, nada ignoro ya.
Todo quanto me dixeron
contra tí, calumnia ha sido.
Tu padre está satisfecho:
quieres mas?

DOÑA INES.

Eso me basta.

D. LUIS.

Era imposible un exceso
tan culpable, en tu prudencia,
en tu decoro, en tu honesto
proceder... Con que ya ves
que el llorar no viene á cuento:
á no ser que... Pero no.

---

(1) *Abrazando á Doña Ines.*

DOÑA INES

Que decis?

D. LUIS.

Que fueran zelos.

DOÑA INES.

Zelos, y de quien? De un hombre
tan aturdido, tan lleno
de extravagancias?

D. LUIS.

Seria
mucha locura, en efecto.

DOÑA INES.

Bien sabeis lo que os he dicho
acerca de él, lo que pienso
de su conducta; y que solo
pudiera vuestro precepto
obligarme...

D. LUIS.

No, hija mia.
Obligarte? No lo intento.
Tu padre es tu amigo, y quiere
que vivas feliz... Ni debo
corresponder de otro modo,
á tu amor y tu respeto.
No te casarás con él:
no será tu esposo un necio,
sin virtud y sin honor.
El sale.

DOÑA INES.

Me voy adentro,

si lo permitis.

D. LUIS.

Ni verle quieres?

DOÑA INES.

Señor, no lo puedo remediar, es insufrible.

SCENA XIV.

D. LUIS. D. CLAUDIO.

D. CLAUDIO.

Aun no se ha marchado el viejo? Que posma! (1)

D. LUIS.

Y que es lo que escribe tu padre?

D. CLAUDIO.

Que se ha resuelto á venir, y que mañana por la noche nos veremos, ó esotro dia á comer.

D. LUIS.

Gran placer me da con eso.

D. CLAUDIO.

Y á mí.

(1) *Aparte.*

D. LUIS.

Somos muy amigos...
Y habrá diez años, lo menos,
que no le he visto... Si habrá.

D. CLAUDIO.

Por que no se estará quieto
en su Lugar? (1)

D. LUIS.

Que decias?

D. CLAUDIO.

Nada: que estoy muy contento.

D. LUIS.

Pues es menester que tú,
mañana, en amaneciendo,
montes á caballo y vayas
á recibirle. Este obsequio,
como que sale de tí,
le agradará.

D. CLAUDIO.

Ya lo veo;
pero yo... Si puede ser
que se detenga en Ciruelos.

D. LUIS.

Y bien, allí le hallarás.

D. CLAUDIO.

Es que el Cura es algo nuestro:
como primo de mi madre
viene á ser... Si, dicho y hecho,

(1) *Aparte.*

primo... No hay mas que son primos.

D. LUIS.

Y que importa el parentesco
para que salgas mañana?

D. CLAUDIO.

Es que si... Pero, no puedo
ciertamente, por que...

D. LUIS.

Tienes
que visitar al enfermo
de anoche? Perico irá
contigo... Ve disponiendo
lo que hubieres menester.
Si quieres mis dos podencos,
te los daré.

D. CLAUDIO.

Para que
tengo de llevar los perros?

D. LUIS.

Para cazar.

D. CLAUDIO.

Yo no gusto
de cazar.

D. LUIS.

Pues no por eso
te detengas, no los lleves.

D. CLAUDIO.

No es mejor estarnos quedos,
si él al cabo ha de venir?

D. LUIS.

Pues por que ha de venir, quiero
que salgas á recibirle:
si no viniera, á que efecto
era el salir?

D. CLAUDIO.

Que manía! (1)
Si estoy sin botas.

D. LUIS.

Yo tengo
botas, y te las daré:
y espuelas, y silla, y freno
y látigo... No hará falta
nada, nada.

D. CLAUDIO.

Lo agradezco.
Y donde he de hallarle?

D. LUIS.

Tú
sigue el camino derecho,
y al cabo darás con él.
Ello, es menester hacerlo:
con que á las quatro podrás
salir, y gozas el fresco
de la mañana.

D. CLAUDIO.

Si está
nublado.

(1) *Aparte.*

D. LUIS.

No tengas miedo.

D. CLAUDIO.

Y si enmedio de esos trigos
nos descarga un aguacero?

D. LUIS.

Llevad las capas.

D. CLAUDIO.

Estoy
tan malo...

D. LUIS.

De que?

D. CLAUDIO.

De el pecho.

D. LUIS.

Aprehension! Luego que salgas
al campo, te pones bueno. (1)

SCENA XV.

D. CLAUDIO. DOÑA CLARA.

D. CLAUDIO.

Se fue... Cuidado que es chasco!
Se habrá visto tal empeño!

DOÑA CLARA.

Aguardando que se fuera

---

(1) *Vase por la puerta del lado derecho.*

he estado, para poderos
hablar.

D. CLAUDIO.

Pero, y D. Martin?

DOÑA CLARA.

Está en su quarto escribiendo:
no hay que temer.

D. CLAUDIO.

No volvamos
á la de marras.

DOÑA CLARA.

Ya dexo
centinela.

D. CLAUDIO.

Pues, amiga,
este D. Luis es un terco.
Pues no le ocurre al maldito...

DOÑA CLARA.

Ya lo sé: si he estado oyendo
la disputa.

D. CLAUDIO.

Y bien, ahora
que se ha de pensar? Que haremos?
Mi padre viene... Por fuerza
viene... Toma! Ya le siento
llegar.

DOÑA CLARA.

Por eso conviene
aprovechar los momentos.

D. CLAUDIO.

Pero si quiere que salga
mañana.

DOÑA CLARA.

Yo ya le entiendo.
El nos quiere separar:
es malicioso en extremo...
Y el fuego de amor, D. Claudio,
mal puede estar encubierto.
Pero, en fin, á vos os toca,
no á mí, procurar los medios
mas conducentes. Obrad
con actividad, y espero
en Dios, que ha de coronar
nuestros designios honestos.

D. CLAUDIO.

Ya se ve, que aqui no vamos
á hacer ningun gatuperio;
sino á casarnos no mas,
solo que yo me recelo...

DOÑA CLARA.

Que recelais?

D. CLAUDIO.

Que sé yo?
Pero amiga, si me meto
en este embrollo y despues
lo huelen... Como tenemos
tantos avizoradores
encima, y como...

DOÑA CLARA.

Que necios
temores, en un amante!

D. CLAUDIO.

Y como despues me quedo
solo: por que Periquillo
se va sin falta.

DOÑA CLARA.

A que efecto
se va, ó adonde?

D. CLAUDIO.

A Madrid:
sobre encargos que le ha hecho
mi padre, y para que lleve
al Abogado unos pliegos,
que importa que no se pierdan.
Por que, como tiene el pleyto
con el Alcalde mayor
dos años ha, sobre aquello
de la viña del juncar...
Y el Agente es un mostrenco,
que está la mitad del año.
fuera y la mitad enfermo;
quiere que Perico vaya,
á ver...

DOÑA CLARA.

Y lo dexaremos
asi, D. Claudio? Y si el otro
se va, no tendreis aliento
para nada?

D. CLAUDIO.

Si, Señora,
pues ya se ve que me atrevo,
á qualquiera cosa... A todo...
Pero, es menester primero
ir allá, á casa de un quidan,
para que le consultemos...

DOÑA CLARA.

Pues, D. Claudio, en tales casos
la prontitud, el secreto
y la prudencia...

D. CLAUDIO.

Prudencia!
Bastante prudencia tengo;
lo que sobra... Pero el diablo
lo enreda, y...

DOÑA CLARA.

Mirad, que el tiempo
es precioso, que mañana
os vais, que viene á Toledo
vuestro padre: á mí me quieren
sepultar en un convento...
No nos veremos jamas,
y me perdereis, y os pierdo.

D. CLAUDIO.

Pues bien, al instante voy
á salir, á ver si encuentro
á ese muchacho.

DOÑA CLARA.

Avisadme

de lo que hubiereis dispuesto.

D. CLAUDIO.

De preciso.

DOÑA CLARA.

No perdais
la fortuna que os ofrezco:
hagamos las diligencias,
y obre Dios.

D. CLAUDIO.

Es gran proyecto!
Pero no se ha de lograr.

DOÑA CLARA.

Y si nosotros queremos,
quien lo ha de impedir? Mi padre
se pondrá furioso, y luego
habrá de ceder... Si acaso
temeis que os azote el vuestro...

D. CLAUDIO.

Que me ha de azotar?.. Si, toma!
Mi padre es un pobre viejo,
con mas vanidad y mas
trampas! Y anegado en pleytos,
que le desuellan... D. Luis
no sabe palabra de esto.
Pero, amiga, si no fuera
por que es del Ayuntamiento,
y á quantos encuentra al paso
los lleva á la carcel presos,
y luego sudan... Por fuerza!
Para salir, no hay remedio...

Si el año que por desgracia
no multamos, no comemos.

DOÑA CLARA.

Pues, bien, que os detiene?

D. CLAUDIO.

A mí
me detiene... Yo me entiendo:
por que, al cabo, es un embrollo
del demonio, y tengo un miedo
de que...

DOÑA CLARA.

Bien está, D. Claudio.
Si vuestro amor fuera cierto,
él diera resolucion
para mayores empeños.
Ya os conozco. Bien está. (1)

D. CLAUDIO.

Clarita, vaya.

DOÑA CLARA.

Perverso!

D. CLAUDIO.

Morenilla.

DOÑA CLARA.

Seductor!

D. CLAUDIO.

Oye.

DOÑA CLARA.

No, no quiero veros.

---

(1) *En ademan de irse, D. Claudio la detiene.*

D. CLAUDIO.

Calla, pobrecita mia.

DOÑA CLARA.

Dexadme. A Dios.

D. CLAUDIO.

Acabemos
de una vez esas angustias,
y haya paz.

DOÑA CLARA.

Ay! Como puedo
hallar paz, si el corazon
se rompe dentro del pecho!
Que lejos estaba yo
de saber amar, que lejos!
Sola, ignorante, apartada
de los lazos lisongeros
que ofrece el mundo, quien pudo
hacer que cayera en ellos?
Por vos mi quietud perdí:
por vos, ingrato, me veo
apartada de la senda
de perfeccion, y este ciego
amor me arrastra, y no dexa
lugar al entendimiento.
Que desengaño!.. Y que tarde
viene!.. Pero, á quien me quejo?
Yo soy la culpada... Quise
á un hombre, y este es el premio...
Son fementidos, y vos

falso, mas que todos ellos, (1)
cobarde, inflexible al llanto
de una infeliz.

D. CLAUDIO.

Por San Pedro,
que no sé lo que me pasa,
ni á que son esos extremos.
Si digo que voy allá:
que entre los dos... En efecto,
ello, hoy mismo se ha de hacer,
y aunque despues eche ternos
vuestro padre, y rabie el mio,
y D. Luis se caiga muerto;
si nos casamos, de todo
lo demas se me da un bledo.
Y no haya mas, ni lloreis
asi, que ya me enternezco...
Cáscaras! Si estoy que no
me llega la ropa al cuerpo,
hasta ver en que quedamos...
Voy á la consulta, y vuelvo. (2)

DOÑA CLARA.

Anda con Dios... Ya parece
que se le ha quitado el miedo.
Valen mucho unos suspiros,
bien ponderados y á tiempo.

---

(1) *Llora.*

(2) *Se va D. Claudio por la puerta de la derecha. Doña Clara, sonriyéndose, se enxuga las lágrimas, y se va por el lado opuesto.*

ACTO TERCERO.

SCENA I.

PERICO, despues DOÑA CLARA.

PERICO.

Rendido estoy. Que malditas (1)
callejuelas! empinadas,
tuertas, angostas... Por cierto
que los trabajos que pasa
el que sirve á un loco!.. Pero,
como dicen en Ocaña,
á buen bocado, buen grito.
Oh! señorita! (2)

DOÑA CLARA.

Aqui estabas?

PERICO.

Vengo en busca de D. Claudio,
que me dixo...

DOÑA CLARA.

No está en casa.

PERICO.

Si me dixo que viniese

(1) *Sientase.*
(2) *Sale Doña Clara. Perico se levanta.*

volando, que me esperaba...

DOÑA CLARA.

Pues no ha venido. ...

PERICO.

A buscarle. (1)

DOÑA CLARA.

Pero, en que estado se hallan
esas cosas? Que ha resuelto?

PERICO.

Ay! señora de mi alma!
que D. Luis nos descompone
nuestro plan.

DOÑA CLARA.

No temas nada.

PERICO.

Ay! señora, que mi amo
en cada paso se atasca,
se atolondra... Hemos corrido
la Ciudad y su comarca,
buscando á un cierto D. Lucas:
muy amigo y camarada,
hombre de bien si los hay,
que para estas zalagardas
de bodorrios clandestinos,
no tiene igual en España.
Le hablamos, nos dió un consejo,
y en verdad que no se halla
otro mejor.

---

(1) *Hace que se va, y vuelve.*

DOÑA CLARA.

Pues á mí
me ocurre... Si... Y eso basta.
Una obligacion...

PERICO.

Seguro.

DOÑA CLARA.

De matrimonio, firmada
por los dos...

PERICO.

Pues, si es la idea
de D. Lucas.

DOÑA CLARA.

Si llegára
el caso de que mi tio
maliciase lo que pasa;
hecho y firmado el papel...

PERICO.

Hatillo, y salto de mata.

DOÑA CLARA.

Bien, que... Mira, de ningun
modo ha de salir mañana.

PERICO.

Se entiende.

DOÑA CLARA.

Y si nos apuran,
fuga, depósito...

PERICO.

Oh! Clara,
prudentisima y sutil!

Eso ha de ser.

DOÑA CLARA.

Si le falta
dinero...

PERICO.

No ha de faltarle?
Pues bolsa mas apurada
que la suya, quien la vió?

DOÑA CLARA.

Yo tengo algunas alhajas
que empeñar, cuyo valor
para quanto ocurra alcanza:
y una vez fuera de aqui,
y libre de esta canalla
que me cerca... (1) Solo siento,
sábelo Dios!.. que no hayan
seguido mi parecer.
Yo he querido ser descalza:
por que á mas austeridad,
mayor corona se aguarda...
Pero, en mí no hay alvedrio,
y debo hacer lo que manda
mi papá.

PERICO.

Y, á que demonios

(1) *Viendo Doña Clara á D. Martin que asoma por la puerta de la izquierda, fingiendo no haberle visto, prosigue sin turbarse lo siguiente del diálogo, mudando el tono y la accion.*

viene ?.. Hay hembra mas bellaca! (1)
Y dice bien, que es locura.
Una niña delicada
como vos... Eh! no señor.
Las penitencias relaxan
la salud siendo excesivas;
y no es mala circunstancia
para ser bueno, estar bueno.
Ya probareis lo que anda
por allá, y en siendo Monja
negra, cenicienta, ó blanca,
calzada y todo, vereis
que trabajillos se pasan.
Es cosa de chirinola,
vivir siempre emparedada ?
Sin una pizca de coche,
sin un palmo de ventana ?
Comer en cifra y cenar
acelgas y remolachas ?
Ahí es un grano de anis !
Y si echais la sobrecarga
de mas ayunos, mas rezos,
silicios y zurribandas,
no hay Monja para dos dias.

DOÑA CLARA.

Con ese lenguage engaña

---

(1) *Ve á D. Martin, y finge igualmente no haberle visto.*

el enemigo á los hombres.
Difícil nos pinta y árdua
la senda del bien, y así
del sumo bien nos aparta.

SCENA II.

D. MARTIN. DOÑA CLARA. PERICO.

D. MARTIN.

Vamos, niña, ya te he dicho
que esos extremos me cansan.
Pues, no, bien claro te habló
el Padre Fray Gil... ¡No es nada!
Capuchinita se quiso
meter! Es cosa muy santa,
quien lo duda? Pero debes
considerar, que no alcanzan
todas una resistencia
tan grande y tan continuada
como allí se necesita.
Que la sucedió á Sor Blasa
de la Transverberacion?
Bien te acuerdas, que muchacha
tan robustona, tan fuerte...
Perdió el color, y las ganas
de comer... Vómitos, flatos,
ya la purgan, ya la sangran,
ya va mejor, ya peor;

al año y medio que estaba
en el convento, murió.

PERICO.

D. Martin, aconsejadla:
desimpresionadla bien.

D. MARTIN.

Quien eres tú?

PERICO.

Soy de casa:
Periquillo. (1)

D. MARTIN.

Ah! si, el criado
de Don... A Dios. Buena traza
tiene este mancebo... No,
y en lo que te dixo hablaba
como un libro. Con que, vamos:
ya te he dicho que no hagas
calendarios, eh! Que estás
tristona y desmejorada
de pensar en eso. Entiendes?

DOÑA CLARA.

Si señor.

D. MARTIN.

Despues que vayas
conociendo aquellas cosas,
le darás á Dios mil gracias.

---

(1) *Hace una cortesia, y se va por la puerta de la derecha.*

de estar alli. Y no te empieces
luego con extraordinarias
penitencias á afligir,
no señor... Ser moderada,
obediente, calladita;
acudir á lo que mandan
las Superioras, tratar
á las otras como hermanas...

DOÑA CLARA.

Si lo son en el Señor.

D. MARTIN.

Pues por eso digo. Amarlas
mucho... Y no meterse en chismes
ni rencillas, nada, nada
de eso. Ser muy puntual
en todo aquello que encarga
la regla; que en esto solo
estriba el ser buena y santa.
Por que si no el enemigo...

DOÑA CLARA.

Ay! el enemigo! (1)

D. MARTIN.

Aguarda
la ocasion, y...

DOÑA CLARA.

Dios nos libre!

D. MARTIN.

Lazos y redes nos arma.

---

(1) *Fingiendo excesiva timidez.*

DOÑA CLARA.

Como el traidor solo busca
la perdicion de las almas,
la carne es fragil, y el siglo
todo engañifas y trampas...
Ay! papá! (1)

D. MARTIN.

Calla, hija mia,
no te atemorices, calla:
ten resolucion, que el diablo
se vuelve á puertas cerradas,
como dixo el otro.

DOÑA CLARA.

Somos
tan débiles!

D. MARTIN.

Vaya, vaya,
no mas... Que diantre!.. No puede
uno decirla palabra
sin que... Pobrecita!.. (2) Eh! voy
á ver si tenemos cartas
de Sevilla. Se lo dixe
á mi hermano, y como gasta
aquella sorna, me hará
rabiar, antes que las traiga.

---

(1) *Asiendo de las manos á D. Martin.*
(2) *Aparte.*

DOÑA CLARA.

La mano, papá. (1)

D. MARTIN.

A Dios, niña.

DOÑA CLARA.

El nos conserve en su gracia.
Voyme á la oracion mental,
que hoy Viernes, será muy larga.

SCENA III.

DON MARTIN. DON CLAUDIO.

D. MARTIN.

Esto se llama virtud:
lo demas es patarata.
Ya se ve, todo consiste
en una buena enseñanza.
Hombre, que!.. (2) Pero por que
no miras?..

D. CLAUDIO.

No reparaba.

D. MARTIN.

Reparar.

---

(1) *Se arrodilla, y le besa la mano.*

(2) *Al irse D. Martin por la puerta de la derecha, tropieza con D. Claudio, que sale apresuradamente.*

D. CLAUDIO.

Vengo de prisa.

D. MARTIN.

Calavera!

D. CLAUDIO.

Como entraba
de prisa.

D. MARTIN.

Y á que vendrán
esas prisas?

D. CLAUDIO.

Quien pensára
que estuvierais tan al paso?

D. MARTIN.

Badulaque!

D. CLAUDIO.

Nada falta,
si no que Perico venga
y acabemos la marafia.
Periquillo, estás ahí? (1)

---

(1) *Se entra en su quarto y cierra por dentro.*

SCENA IV.

DOÑA CLARA. DON LUIS.

DOÑA CLARA.

D. Claudio... digo... Yo entrára, (1)
pero... Cerró... No, no puede
ser... Si me espero á que salga...
Todo es peligros... Que vida
ésta, tan desesperada!
Presa, oprimida: estudiando
templum templi y *laudo laudas*,
y *quis vel qui*... Pero, no,
no perdamos la esperanza;
por hoy paciencia, que ya
será otra cosa mañana.
Pues, no lo dixe? (2)

D. LUIS.

Que buscas?

DOÑA CLARA.

Válgame Dios! (3)

---

(1) *Se encamina al quarto de D. Claudio, halla cerrada la puerta, duda, y observa por un lado y otro si alguien la ve.*

(2) *Mirando á la puerta del lado derecho, por donde sale despues D. Luis.*

(3) *Hace que busca por el suelo alguna cosa, despues quiere irse y D. Luis la detiene.*

D. LUIS.

Que?

DOÑA CLARA.

Buscaba
una estampa muy devota,
que me dió el Padre Berlanga,
y ni sé donde la... Ni...
Quanto siento no encontrarla!

D. LUIS.

Te vas? Ven aqui.

DOÑA CLARA.

Señor.

D. LUIS.

Ven acá. Por que te extrañas
así? Quando nos juntamos
en la mesa, no me hablas,
y despues, ó estás metida
en tu quarto, ó si me hallas
huyes de verme... Que es esto?
Conmigo tan enfadada?

DOÑA CLARA.

Enfadada? No señor.

D. LUIS.

Al tiempo que te separas
de tu familia, y nos dexas
para siempre, asi me tratas?

DOÑA CLARA.

Perdon, mi querido tio, (1)

(1) *Quiere arrodillarse, y D. Luis lo estorba.*

perdon.

D. LUIS.

Ay! niña, levanta;
que no gusto de eso. Dime...
Pero quisiera que hablaras
con ingenúidad. Estás
contenta?

DOÑA CLARA.

Siento en el alma
un gozo, que no es posible
explicarle con palabras.

D. LUIS.

Yo presumí que el temor
á tu padre, fuera causa
de callar y darle gusto;
aunque hubiese repugnancia
en tí.

DOÑA CLARA.

Como? No señor.

D. LUIS.

Las hijas bien educadas,
hacen tales sacrificios
muchas veces.

DOÑA CLARA.

En mí falta
ese mérito.

D. LUIS.

Por qué?

DOÑA CLARA.

Por que no me venzo en nada.

..

Doy gusto á mi padre y sigo
mi vocacion.

D. LUIS.

Cosa extraña!

DOÑA CLARA.

Pues esto os puede admirar?
No lo entiendo.

D. LUIS.

Una muchacha
bonita, de genio alegre,
que por instantes aguarda
heredar un patrimonio
en que mire asegurada
su fortuna; se desprende
de todo, renuncia tantas
felicidades, se encierra
en una celda, se aparta
del mundo? No hay medio: ó es
muy embustera, ó muy santa.
Pero, dime, si no es esa
tu inclinacion, por que engañas
á quien te puede servir?
A quien te quiere en el alma,
á pesar de tus defectos?
Aun no te dan estas canas
bastante seguridad?

DOÑA CLARA.

Pero, quien os dice?..

D. LUIS.

Ingrata!

DOÑA CLARA.

Por quantos medios procura
el enemigo, que caiga
en el pecado!.. Pues, no,
no ha de rendir mi constancia:
que Dios...

D. LUIS.

Oyes, niña, mira
que yo no gusto de maulas.
A mí te vienes con frases
de mision?.. Eh! No me hagas
enfadar, ni asi perdamos
el tiempo en locuras vanas.
Es menester, hija mia,
que tengas mas confianza
de mí. Si te falto yo:
quien con mayor eficacia,
con mas cariño, sabrá
defenderte de la extraña
tenacidad de tu padre?
Vencer su cólera, y quantas
ocasiones se presenten
oportunas, emplearlas
en tu favor?.. Este empeño,
nacido de su ignorancia,
y el plan que has seguido, haciendo
la gazmoña y la beata:
te han reducido á tal punto,
que no sé yo como salgas.
Pero, al fin, es tiempo ya

de que se acabe esta farsa:
es tiempo de que conozca
tu padre, que no te agrada
la vida contemplativa;
que tu inclinacion te llama
á otro estado, en que podrás
vivir, contenta y honrada,
y servir á Dios, sin tocas,
sin hábitos, ni alpargatas,
como buena madre y buena
esposa y buena christiana.

DOÑA CLARA.

Yo! Que decis?..

D. LUIS.

Si no quiere
entenderlo, si desbarra,
como suele, en mí tendrás
todo el apoyo que basta,
y... Vamos, es menester
no hacerse la mogigata,
no mentir, no aparentar
perfecciones que te faltan...
Tenerlas, ó no fingirlas.

DOÑA CLARA.

Pero, señor...

D. LUIS.

Si llegáras
á ocultar (que no es posible)
toda la flaqueza humana,
con diabólico artificio,

que el vulgo ignorante aplauda;
aunque seduzcas al mundo,
infeliz! á Dios no engañas.

DOÑA CLARA.

Pero, no sabré de donde
nace este error? Que malvada
lengua, os informa de mí?
Quien me calumnia y me infama?
Pero, no... Yo la perdono:
es mi prima y eso basta,
y antes perderé la vida
que ofenderla.

D. LUIS.

Que artimaña
es esa? A que viene ahora
mezclar á tu prima en nada?

DOÑA CLARA.

Es muy diverso su modo
de pensar: es muy contraria
á su conducta, la mia.
Cada accion, cada palabra
que advierta en mí, pensará
que es una censura amarga
de sus deslices... Que mal
me conoce! Que mal paga
mi cariño!... Pues si somos
fragil barro, quien extraña
que ceda á la tentacion
el mas prevenido y caiga?
Y quando para sufrirla,

los vínculos no bastáran
de la sangre, olvidaria
yo la caridad christiana?..
No sabré (si Dios me asiste)
padecer y perdonarla?

D. LUIS.

Acabemos, lengüecita
de vivora, que me falta
ya el sufrimiento... Si quieres
hacer el papel de santa
bendita, con ese amor
y esa caridad que gastas;
vete, que en vez de engañarme
cólera y tédio me causa... (1)
Mi amistad, mi proteccion
te ofrezco, y todo se acaba;
si quieres ser con tu tio
humilde, sencilla y franca.
Yo disiparé el peligro
urgente que te amenaza:
yo haré, que ni la opinion
pública te culpe en nada,
ni tu padre se disguste
á vista de tal mudanza.
Jóvenes hay en Toledo
de buena sangre, de honradas

(1) *Doña Clara hace una reverencia en ademan de irse. D. Luis la coge de la mano, se reprime, y la habla con expresion cariñosa.*

prendas, y alguno hallaremos para tí.

DOÑA CLARA.

Que temeraria proposicion!

D. LUIS.

Como?

DOÑA CLARA.

Yo, señor?..

D. LUIS.

Pues que?

DOÑA CLARA.

Yo casada?

D. LUIS.

Con que no?

DOÑA CLARA.

Conozco y huyo las vanidades mundanas... Tengo ya mejor esposo.

D. LUIS.

Bien está. (1)

DOÑA CLARA.

Que no se cansa de amar.

D. LUIS.

Muy bien.

---

(1) *Inquieto, y reprimiendo el enojo.*

DOÑA CLARA.

Y con premios
eternos, corona y paga
los afanes de esta vida
transitoria.

D. LUIS.

Si, pues, anda...
Vete de aqui... Y nunca, nunca
me vuelvas á hablar palabra...

DOÑA CLARA.

Bien, señor. (1)

D. LUIS.

Nunca: por qué
no sé si tendré templanza
para sufrirte... Embustera!..
Oh! virtud, como te ultrajan!

SCENA V.

DON LUIS. PERICO.

PERICO.

Ahí he encontrado en la puerta
á un mozo con esta carta, (2)
de parte de... Como dixo?..
De...

(1) *Hace una cortesia, y se va.*
(2) *Le da una carta.*

D. LUIS.

De D. Juan de Miranda?

PERICO.

Cierto... Que ha venido incluſa
en otra, que le enviaba
el mismo sugeto.

D. LUIS.

Si.

PERICO.

Que perdoneis la tardanza:
por que hoy ha comido fuera,
y no ha vuelto por su casa
hasta las tres.

D. LUIS.

No te ha dicho
D. Claudio?..

PERICO.

Lo de la marcha?
Si señor, si ya está todo
prevenido.

D. LUIS.

La criada
se levantará temprano...
Oyes, y quiero que vayas
con él, entiendes? (1)

PERICO.

Ya estoy.

(1) *Vase D. Luis por la puerta del lado izquierdo.*

SCENA VI.

PERICO. D. CLAUDIO.

PERICO.

Calle! que tiene cerrada (1)
la puerta. Señor... Perico.

D. CLAUDIO.

Vamos, que ya te esperaba
con impaciencia.

PERICO.

Y que ha habido?

D. CLAUDIO.

Que está la paz ajustada
con el Prendero. El se lleva
las cosas algo baratas;
pero, al cabo, yo no habia
de poder desempeñarlas,
con que... Y sobre todo, habiendo
apuros, nadie repara.
Y la vieja?

PERICO.

Mi señora
Doña Brigida Menchaca,

---

(1). *Se acérca á la puerta de D. Claudio, y hallándola cerrada, llama.*

viuda reverenda, dice:
que hará lo que se la manda,
por caridad, por serviros,
por que no quiere que haya
escándalos...

D. CLAUDIO.

Muy bien.

PERICO.

Pero,
digo, que alli no se trata
mas de que por una noche
tenga la niña posada
segura, y al otro dia,
testigos, clérigo, y arda
Bayona.

D. CLAUDIO.

Pues ya.

PERICO.

Y supongo
que tenemos despachada
la escritura del papel.

D. CLAUDIO.

Aqui está. (1)

PERICO.

Viveza extraña!

D. CLAUDIO.

Ahí he puesto los regalos

---

(1) *Da un papel á Perico.*

que la hago yo. Doña Clara
pondrá lo que á mí me dé,
firma luego, y santas pasquas.

PERICO.

(1) *Yo D. Claudio Meliton, Perez y Perez, Caballero Hijodalgo, natural de Ocaña, y yo Doña Clara Francisca Bustillo, doncella Toledana. Estando en perfecta salud y con nuestro cabal entendimiento, hacemos de mancomun la presente obligacion de contraher himeneo marital y consorcio de primeras nupcias, al instante, ó quanto mas presto fuere posible; que tal es nuestra última voluntad. Y queremos ser obligados por justicia, si alguno de nosotros se llamase antana, lo que Dios no quiera ni permita, amen. Y amen de esto nos hemos dado mano y palabra, y nos hemos dado otras frioleras, las quales van puestas al fin de esta escritura, por modo de inventario. Fecha en Toledo, &c.* = *Yo Don Claudio Meliton, Perez y Perez, Caballero Hijodalgo, natural de Ocaña.*

Lindamente, y está todo
dicho con suma elegancia.

---

(1) *Lee el papel, y le guarda.*

Son estas las frioleras? (1)

D. CLAUDIO.

Esas son. . . . . .

PERICO.

Pues, á buscarla. (2)

SCENA VII.

LUCÍA. D. CLAUDIO. PERICO.

PERICO.

Que tenemos, chica?

LUCÍA.

Solo
deciros, que Doña Clara
está que se desespera.

PERICO.

Pues ya voy á consolarla.

LUCÍA.

Dice que si habeis resuelto
algo...

PERICO.

Y mucho, y que no falta
ya, si no... (3) Di, la Inesita

---

(1) *D. Claudio saca un envoltorio de papel y Perico le guarda.*
(2) *En ademan de irse.*
(3) *Hace que se vá y vuelve.*

y su padre están de guardia,
de modo que yo no pueda
entrar, sin llevar sotana?

LUCÍA.

No temas.

PERICO.

Es que al señor
D. Luis, con aquella pausa,
le tengo un miedo cerval.

LUCÍA.

Quando he venido quedaba
en su quarto, Doña Ines
está cosiendo en la sala
del jardin.

PERICO.

Si? Pues logremos
la ocasion, no se nos vaya.

SCENA VIII.

D. CLAUDIO. LUCÍA.

LUCÍA.

Y que habeis dispuesto?

D. CLAUDIO.

Yo,
muger, no dispongo nada...
Ello, ó me caso, ó el diablo
viene y tira de la manta.

LUCÍA.

Es que D. Luis... Pero, cuenta,
que os lo digo en confianza ...
Cuidado.

D. CLAUDIO.

Bien.

LUCÍA.

Ya lo sabe
todo, y como...

D. CLAUDIO.

Que desgracia!

LUCÍA.

Lo sabe; pero...

D. CLAUDIO.

Lo sabe?
Vamos, ya me...

LUCÍA.

Es que mi ama...

D. CLAUDIO.

No hay que hacer... Somos perdidos.
Preciso... Salto de mata ...
Que tengo ya que esperar?

LUCÍA.

Pero, escuchad lo que pasa,
y despues...

D. CLAUDIO.

Cierto, y despues
vendrá el viejo, se lo planta
el otro viejo, y me meten
entre puertas, y...

LUCÍA.

No hay nada
de eso. Al contrario. D. Luis
está en serviros, y trata
de que os caseis.

D. CLAUDIO.

Pues ya estoy:
por eso es toda la rabia.
Por que él me quiere casar
con aquella remilgada
de Inesi, y yo no la quiero.

LUCÍA.

Si no es eso.

D. CLAUDIO.

Y lo callabas,
muger ?.. Y no me lo has dicho
dos horas ha ?.. Corre, llama
á Perico.

LUCÍA.

Si no es eso.

D. CLAUDIO.

Voy á ver si en la posada
encuentro mulas... Si, vamos,
si yo lo premeditaba,
si lo dixe, si Perico
me ha metido en esta danza.

LUCÍA.

Si no me quereis oir,
si es locura declarada
la que teneis. Si D. Luis

está de enojo que salta
contra su hermano, por qué
mete Monja á Doña Clara.
Si el mismo D. Luis me ha dicho
que era mejor os casarais
con ella: si me mandó
que no os dixera palabra,
por que él sabrá disponerlo
con su hermano, sin que haya
peloteras, y os caseis
de bien á bien. Si él se encarga
de todo: á que viene ahora
esa furia?

D. CLAUDIO.

A que pensaba
que... Pero, es cierto, Lucía?
No puede ser, tú me engañas.

LUCÍA.

No señor.

D. CLAUDIO.

Con que es verdad?

LUCÍA.

Yo se lo he dicho á mi ama...

D. CLAUDIO.

Y que dice?

LUCÍA.

Como está
con D. Luis tan enfadada,
no lo ha querido creer.

D. CLAUDIO.

Pues ya se ve, que eso es maula.

LUCÍA.

No señor.

D. CLAUDIO.

Pues yo te digo
que si.

LUCÍA.

Pues yo me fiara
de él, y fuera lo mejor.

D. CLAUDIO.

Lo mejor fuera afufarlas...
No hay que hacer, si todas son
astucias y maniganzas
de este D. Luis, ó este infierno.

SCENA IX.

PERICO. LUCÍA. D. CLAUDIO.

PERICO.

Ya tenemos despachada
esta comision. Lucía,
la Religiosa te llama
para no sé que envoltorio,
corre.

LUCÍA.

Allá voy.

D. CLAUDIO.

Mira, aguarda. (1)

LUCÍA.

Que mandais?

D. CLAUDIO.

Yo te diré.

LUCÍA.

Ya llegó la suspirada
flota. Ya tengo pañuelo.

D. CLAUDIO.

Me parece á mí...

LUCÍA.

Que guapa
estaré con él!

D. CLAUDIO.

Quisiera...
Es verdad que Doña Clara...

LUCÍA.

Y que tiene que ver ella
con eso?

D. CLAUDIO.

Ya, pero...

LUCÍA.

Vaya,

---

(1) *D. Claudio se pasea, y hace que busca alguna cosa en los bolsillos. Lucia le coge las vueltas, y alarga la mano para recibir lo que piensa que va á darla. Al fin de la scena D. Claudio saca las yescas, enciende un cigarro y fuma.*

señor, si ha de ser.

D. CLAUDIO.

Al cabo, ello...

LUCÍA.

Me le haré de gasa.

D. CLAUDIO.

Pero no, no nos metamos en camisa de once varas. Vete, vete.

LUCIA.

Haya pelon!

SCENA X.

D. CLAUDIO. PERICO.

D. CLAUDIO.

Y el papel?

PERICO.

Ella le guarda.

D. CLAUDIO.

Y que te dió?

PERICO.

Veislo aqui. (1)

---

(1) *Saca envuelto en un pañuelo lo que indica el diálogo.*

Cosas suyas! Tres medallas,
un par de ligas manchegas,
una cruz de Caravaca,
estas dos santas Teresas
de barro, y una navaja.

D. CLAUDIO.

Bien... Pero, que te parece?
Hemos de salir mañana?

PERICO.

No por cierto.

D. CLAUDIO.

Y si D. Luis
aprieta?

PERICO.

Buenas palabras.
Que está bien, que es grande idea,
que sin que él os lo mandara,
lo hubierais hecho, que apenas
haya luz, saldreis de casa.

D. CLAUDIO.

Y luego?

PERICO.

Y luego cenais,
buenas noches y á la cama.
Y despues, quando esté toda
la familia sosegada:
inquietud, sudor, bostezos,
horripilacion y bascas.
Me levanto, enciendo un cabo,
hago estrépito, se alarman

todos... Que será? Si es flato,
si es cólico, si es terciana,
si... Yo os untaré amenudo
ó con manteca de vacas,
ó con aceyte, ó con algo
que huela y pringue las mantas...
Y quando amanezca Dios
(esto es, á las once dadas)
os sentis algo mejor:
comeis poquito y sin ganas,
hablais con voz enfermiza,
dormis una siesta larga,
y os quedais, como si todo
hubiera sido una chanza.

D. CLAUDIO.

Oh! como tú no me faltes,
ningun peligro me atasca.

PERICO.

Si, pero no os atasqueis
tampoco, aunque yo me vaya:
por que no hay duda, he de irme.

D. CLAUDIO.

Tan presto?

PERICO.

De madrugada,
no hay remedio. Ese maldito
Demandadero me ataja
las callejuelas... Si vuelve
segunda vez y me halla,
nos destruye... Ahí en la esquina

le vi que se encaminaba
hácia acá : pude lograr,
diciendole no sé quantas
mentiras , que se volviese.
Pero , si cojo la rauta,
entonces , ancha es Castilla...
Ah ! si, ya no me acordaba
de que hay que buscar los trastos.
Voy allá.

D. CLAUDIO.

Para que ?

PERICO.

Para
que D. Luis se tranquilice ,
viendo que ya se preparan
los chismes de cabalgar.
El que vive de la trampa,
mi D. Claudio , es menester
que no se descuide en nada. (1)

SCENA XI.

DON CLAUDIO. DON LUIS, despues DON MARTIN.

D. LUIS.

Mucho sentirá mi hermano (2)

---

(1) *Vase al quarto de D. Claudio.*
(2) *D. Luis saca un papel en la mano.*

esta novedad... Tú estabas
aqui?

D. CLAUDIO.

Si señor... Que diantre
de papel será el que saca?
Quanto va...

D. LUIS.

Déxame solo.

D. CLAUDIO.

Quanto va que la muchacha
se le ha dexado pillar? (1)

D. LUIS.

No sé que medios me valgan
para templarle. Un caracter
como el suyo, que no guarda
moderacion; ni previene,
ni tolera las desgracias.
El viene aqui.

D. MARTIN.

Ya me han dicho
que has recibido una carta
de Sevilla... Yo no entiendo...
A mí no me escriben nada,
ni una letra.

D. LUIS.

Si, por qué
ha ocurrido una mudanza
bien imprevista... Dixiste

(1) *D. Claudio se entra en su quarto.*

al primo que se casaba
Inesilla?

D. MARTIN.

No por cierto.
Solo le escribí, que Clara,
manifestando deseos
de ser Religiosa, estaba
resuelta á empezar muy pronto
su noviciado, y que...

D. LUIS.

Y basta
eso, para conocer
que tuvo razon sobrada
de revocar su primera
disposicion.

D. MARTIN.

Con que... Vaya!
Pues... A ver...

D. LUIS.

Toma. (1)

D. MARTIN.

En efecto:
es una botaratada
de aquel hombre... Siempre fue
medio loco... (2) Quien pensára
esta salida, despues

---

(1) *Le da el papel á D. Martin.*
(2) *Despues de haber leido, tira el papel sobre la mesa.*

de tanto esperar y tantas
promesas?.. Si me escribió,
habrá dos ó tres semanas,
diciendome que sus males
no le daban esperanzas
de vida, que ya tenia
todas sus deudas pagadas,
y arreglado el testamento:
que á Clarita la dexaba
por heredera, y que... Yo
respondi dandole gracias
como era razon...

D. LUIS.

Y en vista
del aviso que le dabas,
debió de reflexîonar
que estando determinada
Clara á ser Monja, seria
inutil favor nombrarla
en el testamento; y quiso
que su prima Ines gozara
de esta merced, pues está
sin colocar... No es extraña
resolucion.

D. MARTIN.

Dices bien.
No hay cosa mas acertada...
Y la niña lo merece,
lo merece... Bribonaza!
Desenvuelta!.. Asi va el mundo.

La prenda de mis entrañas,
la pobrecita, quedar
de esta manera burlada!..
Y el otro bruto, salirnos
al cabo con la zanguanga,
de que no lo necesita.
Y que á mí no me hace falta?

SCENA XII.

El TIO JUAN. D. LUIS. D. MARTIN.

TIO JUAN.

Muy buenas tardes, señores.

D. MARTIN.

Que tenemos?

TIO JUAN.

Que me manda
venir la Madre San Pedro,
á decir á Doña Clara,
que mañana por la tarde
la Aragonesita ensaya
al organo el Villancito,
que han de cantar en la octava...
Es aquel de: Pastorcillo,
Pastorcillo, come y calla,
come y calla... Con que dixo
que viniera y avisára
para que...

D. MARTIN.

Bien.

TIO JUAN.

Pero que
diré?

D. MARTIN.

Que bien, que mañana
irá por allá.

TIO JUAN.

Os han dado (1)
una esquelita firmada
de la Abadesa?

D. MARTIN.

Tambien.

TIO JUAN.

No lo digo por que haga
falta, sino...

D. MARTIN.

Ya llevó
el dinero.

TIO JUAN.

Es que me encarga
la Abadesa...

D. MARTIN.

Que encargó?

TIO JUAN.

Que os dixera: que no es tanta

---

(1) *Hace que se va, y vuelve.*

la urgencia, que haya de ser hoy mismo.

D. MARTIN.

Desatinada prevencion!.. Si ya le he dado el dinero.

TIO JUAN.

A quien?

D. MARTIN.

Machaca! A D. Sempronio.

TIO JUAN.

Y quien es D. Sempronio?

D. MARTIN.

Que pesada taravilla de preguntas! Vaya que el hombre me cansa de veras!

TIO JUAN.

Pero...

D. MARTIN.

Al hermano de D. Lorenzo... Aun no acaba de entenderlo.

TIO JUAN.

Es que no tiene tal hermano.

D. MARTIN.

Es que me enfada,

de veras, el Señor Juan.
Vayase de aqui, que aguarda?

TIO JUAN.

Señores, lléveme Dios,
si yo entiendo una palabra...
Sobre que no hay tal hermano.

D. MARTIN.

Sobre que viene con ganas
de impacientarme... Si digo
que estuvo conmigo, vaya,
que replica?.. Es uno cojo,
tuerto, cargado de espaldas,
gangoso, muy hablador.

TIO JUAN.

Gangoso!.. Si en esta sala
di yo el papel á un mocito...
La verdad, yo estoy en brasas...
Quise volver, y le hallé
ahí cerca. Dixo, que estabais
fuera, dixe: que vendria
despues, dixo: que excusára
el venir, por que estas noches
no soleis cenar en casa,
y no os venis á acostar
hasta las doce, muy largas.
Con que yo...

D. MARTIN.

Pero, no ves
quanto disparate ensarta
este menguado?

TIO JUAN.

Si el otro
fue quien me dixo...

D. LUIS.

Apostára
que te han hecho alguna burla.

D. MARTIN.

Que burla? Si es que desbarra
ese infeliz, y no sabe
lo que está diciendo.

D. LUIS.

Calla,
que hemos de ver si... Perico.

PERICO.

Señor. (1)

D. LUIS.

Perico.

SCENA XIII.

PERICO, y dichos.

PERICO.

Quien llama? (2)

TIO JUAN.

El es sin duda... No hay mas,

(1) *Responde desde adentro.*

(2) *Al ver al Tio Juan se sorprehende, y hace ademan de buscar algo debaxo de la mesa y entre las sillas.*

que es él.

PERICO.

No sé donde paran
estas espuelas...

D. LUIS.

Escucha
un recado.

PERICO.

Estan atadas
con un cordel. (1)

D. LUIS.

Oye aqui
primero.

PERICO.

Voy á buscarlas.

D. LUIS.

Quien es aquel D. Sempronio,
que dixo que le enviaba
la Abadesa?

PERICO.

Yo, señor,
que he de saber? No sé nada.

D. LUIS.

Con que no?

PERICO.

Cierto que no.

---

(1) *Quiere volverse á entrar en el quarto de D. Claudio, pero D. Luis le trahe, asiendole del cuello.*

D. LUIS.

Si no lo dices, canalla,
te he de hacer ahorcar.

PERICO.

No mas?

D. MARTIN.

Dilo al instante.

D. LUIS.

Despacha.

PERICO.

Ah! Demandadero indigno,
que vanderilla me plantas!
No te lo demande Dios.

D. LUIS.

Vamos: quando esta mañana
vino el señor, á quien dió
la esquela?

PERICO.

Bien excusada
pregunta! Pues no lo ha dicho?
A mí.

D. MARTIN.

Y el otro fantasma,
que vino por el dinero?

PERICO.

Yo fui.

D. MARTIN.

Con aquella pata?

PERICO.

Si, señor, y con aquel

parche y aquella casaca.

D. MARTIN.

Picaron!.. Cosa mas...

D. LUIS.

Di:
y el dinero en donde para?

D. MARTIN.

Que hiciste de él?

PERICO.

Que sé yo?

TIO JUAN.

Vamos, que el mocito es caña!

D. MARTIN.

Que has hecho de él?

PERICO.

No le tengo
aqui: dexadme que vaya
á casa de un conocido
y os le traigo sin tardanza.

D. MARTIN.

Pues, corre. (1)

D. LUIS.

No hay que soltarle.

PERICO.

Pero, iré baxo palabra
de honor.

---

(1) *D. Martin le da un embion para que se vaya. D. Luis le vuelve á asir, y queda entre los dos.*

D. LUIS.

Ó entrega el dinero,
ó vas á pagar tus maulas
á un calabozo.

PERICO.

Que empeño!..

D. LUIS.

Y en tanto que el señor llama
á la justicia...

TIO JUAN.

Allá voy. (1)

PERICO.

Aqui está el dinero. (2)

D. MARTIN.

Daca,
ratero.

PERICO.

Ratero á mí!

D. MARTIN.

Y está todo?

PERICO.

Lo que falta
D. Claudio os lo pagará,
que yo no me pringo en nada.

D. MARTIN.

Vamos á ver.

---

(1) *Hace que se va, y vuelve.*
(2) *Saca un bolsillo, y se le da á D. Martin: cuenta el dinero, y se lo guarda.*

D. LUIS.

Pues, amigo,
ya habeis visto lo que pasa:
y asi, direis á las Madres,
que quando mi hermano salga
irá por allá.

TIO JUAN.

Está bien.

PERICO.

La del humo.

SCENA XIV.

DON LUIS. DON MARTIN. PERICO, despues D. CLAUDIO.

D. LUIS.

Buena alhaja
de mozo nos ha venido!
Y en estos enredos anda
tu señor?

D. MARTIN.

Pues que creias?

D. LUIS.

Nunca pensé que llegára
á tal.

D. MARTIN.

Si, que el jovencito,
es sugeto de esperanzas.

D. LUIS.

Pero, es menester saber
que ha habido en esto, y que... Llama
á ese muchacho.

PERICO.

D. Claudio.
Señor D. Claudio.

D. LUIS.

Esto pasa
de travesura, y es cosa
muy seria para dexarla.
asi.

PERICO.

Si pudiera yo
entretanto... (1)

D. LUIS.

No te vayas...
Quieto.

PERICO.

Bien está.

D. CLAUDIO.

Que ocurre? (2)

D. LUIS.

Para esto has venido á casa,
Claudio? Nunca te creí
inclinado á tan villanas

---

(1) *En ademan de quererse ir por la puerta del lado derecho.*

(2) *Sale de su quarto.*

acciones. El hospedage,
la amistad, la confianza,
se pagan asi?

D. MARTIN.

Bribon!

D. CLAUDIO.

Toma, pues que?..

D. MARTIN.

Le matára
de un golpe!

D. CLAUDIO.

Maldito sea
el papel y... Yo pensaba
que no os pudiera ofender
tanto, tanto...

D. LUIS.

Es buena gracia
por mi vida! Te parece
que es para menos la chanza?

D. CLAUDIO.

Ya, pero en cumpliendo como
hombre de bien.

D. LUIS.

Y á que llamas
cumplir como hombre de bien,
despues de hacer una infamia?
Que dirá tu padre quando
lo sepa? No ves que basta
para quitarle la vida,
esta pesadumbre?

D. CLAUDIO.

Vaya,
que lo ponderan!.. Mi Padre!
Quanto va que no se enfada?

D. LUIS.

Que dices? Estás en tí?

D. CLAUDIO.

Pues digo bien: ya me cansa
tanto exagerar las cosas.
Mi Padre!.. Pues, apostára
la cabeza, á que mi Padre
lo aprueba, y me da las gracias.
Y sobre todo... Cuidado
que parece que me tratan
como á un chiquillo!.. Oh! pues yo
por bien, soy como una malva;
pero por mal... Si querran
que me acoquine y les vaya
á pedir perdon?.. Parece
que es alguna cosa extraña,
segun se ponen... La quiero:
ya se vé, me dá la gana
de quererla: ella me quiere
tambien á mí, con que pata,
toma!.. El papel ya está hecho:
su padre quiso encerrarla:
ella no quiere ser Monja
Francisca, ni Mercenaria,
ni Dominica, ni alforja;
ha querido ser casada,

y se ha casado conmigo.

D. MARTIN.

Como? Que... Que ha sido?

D. LUIS.

Calla:
déxale hablar.

PERICO.

Si mi amo
está diciendo patrañas:
si sueña.

D. LUIS.

Calla, ó te mando (1)
tirar por una ventana...
Vete de aqui.

D. CLAUDIO.

Digo bien.
Si no hay cosa que yo haga
que no se tilde y se riña.
Pues, yo bien quieto me estaba.
Ella quiso... Yo, que habia
de hacer? Dormirme en las pajas?
Y al cabo que...

D. MARTIN.

Pero, como...

D. CLAUDIO.

El como es cosa muy larga

---

(1) *Con impetu colerico. Perico se va atemorizado por la puerta de la izquierda.*

de contar... Que sois mi suegro:
cabalito, en dos palabras...
Y lo que ha de ser por fuerza,
tomarlo de buena gana.

D. MARTIN.

Si... (1) Válgame Dios! No sé
lo que me sucede... Clara.

SCENA XV.

DOÑA CLARA, y dichos.

DOÑA CLARA.

Señor... Padrecito mio,
me llamais á mí?

D. CLAUDIO.

Te llama,
por que ya lo sabe todo.
Entre los dos me majaban
á sermones... El papel
nos le han pillado, eso pasa.

D. MARTIN.

Ya lo comprehendo... Dios mio!
déxame, que he de matarla. (2)

---

(1) *Lleno de turbacion y de inquietud, llama, acercandose á la puerta del lado izquierdo.*

(2) *Huye Doña Clara, y se pone al lado de D. Claudio. D. Luis detiene á su hermano, que hace ademanes de colera.*

D. LUIS.

Que vas á hacer?

DOÑA CLARA.

Claudio, presto,
sácame de aqui.

D. MARTIN.

Malvada!..
Hija inobediente!.. Asi
lo que te quise me pagas?..
La he de matar.

DOÑA CLARA.

Al instante
llévame de aqui, que aguardas?
El papel le tengo yo:
tu muger soy, no tu dama;
en qualquier parte hallaremos
proteccion... Nada nos falta:
mientras yo viva, á ninguno
necesitas.

D. MARTIN.

Desgraciada! (1)
No puedo estar...

D. LUIS.

Mira, vete
allá adentro... No adelantas
nada con verla.

---

(1) *D. Martin sintiendose desfallecido se apoya en la mesa. D. Luis le sostiene y le encamina á la puerta de la izquierda.*

D. MARTIN.

Es verdad...
Pero has de hacer que se vayan
sin dilacion.

D. LUIS.

Bien.

D. MARTIN.

Que no
me pongan los pies en casa,
nunca, nunca.

SCENA XVI.

DON LUIS. DOÑA CLARA.
D. CLAUDIO.

DOÑA CLARA.

Vamos. (1)

D. LUIS.

Como?
Y á donde ireis?

DOÑA CLARA.

El lo manda.
No faltará quien nos quiera
recibir.

---

(1) *D. Claudio y Doña Clara hacen ademan de irse por la puerta del lado derecho. D. Luis los detiene.*

D. CLAUDIO.

Si aqui nos halla
puede hacer un desatino.

DOÑA CLARA.

Vamos.

D. LUIS.

Quieres que se añada
el escándalo, al absurdo
que habeis hecho?

DOÑA CLARA.

Estoy muy harta
de sufrirle... No habeis visto
quanto le irrita que haya
pensado en casarme, como
qualquiera muger se casa?
No ha de tener esto fin?
He de vivir siempre esclava?..
Chico, vámonos... Y no,
no temais que esto dé causa
á escándalos. Hay papeles,
prendas, testigos que bastan
á probar que es mi marido
y yo su muger. Mañana
á las ocho, con un sí
y una bendicion, se acaba
todo, y entonces...

D. CLAUDIO.

Entonces?
No han de pasar dos semanas
sin que me venga á pedir

limosna, y...

D. LUIS.

Pícaro! (1)

D. CLAUDIO.

Vaya,
que... Pues digo bien. La herencia
viene, y en habiendo plata...

D. LUIS.

Mira, infeliz, en que estriban (2)
tu orgullo y tus esperanzas.

DOÑA CLARA.

Que es esto?.. Ay de mi! Es posible?..
Moriré desesperada.
Ines la heredera!

D. LUIS.

Si.
El cielo quiere premiarla,
y á tí te castiga.

D. CLAUDIO.

Calle!..
Pues cierto que...

DOÑA CLARA.

Desdichada!

D. LUIS.

Que te admira? Si engañaste

---

(1) *Con mucho enojo.*

(2) *D. Luis tomando la carta que está sobre la mesa, se la da a Doña Clara. Esta la lee, y hace ademanes de sorpresa y abatimiento.*

á tu padre, que esperabas
si no vivir infeliz?

DOÑA CLARA.

Que miseria nos aguarda!
Que afrentas!.. Ines, llegó
el tiempo de tu venganza.
Ay! mi padre vuelve... En donde (1)
me ocultaré?

SCENA XVII.

DON MARTIN. DOÑA INES, y dichos.

D. MARTIN.

No, te cansas
en valde... No quiero verla.

DOÑA INES.

Pero, señor...

D. MARTIN.

Que se vaya,
que se vaya: que me dexe
morir.

DOÑA INES.

Pobre, abandonada

---

(1) *D. Claudio y Doña Clara se retiran al fondo del Teatro.*

de su padre, á donde irá?

D. MARTIN.

Que no me mire á la cara
jamas.

DOÑA INES.

Prima, ven aqui, (1)
llega humillate á sus plantas:
bésale la mano.

D. MARTIN.

Quita.

DOÑA INES.

Por mí, señor.

D. MARTIN.

Vete, aparta:
hija indigna!

D. LUIS.

Pero, hermano;
es menester perdonarla...
Que quieres hacer?

D. MARTIN.

Que vea
quantas desdichas arrastra
su delito.

DOÑA INES.

Yo no puedo
ver, sin que me llegue al alma,

---

(1) *Doña Clara se acerca tímida y confusa, y vuelve á retirarse al ver el enojo de D. Martin.*

la desgracia de mi prima...
He de tolerar que salga
de aquí, con la maldicion
de su padre: rodeada
de afliccion y de miserias?..
Hambre, desnudez la aguardan,
remordimientos crueles
que al mal obrar acompañan...
No: si la virtud consiste
en acciones, no en palabras;
hágamos bien... Padre mio,
no me neguéis esta gracia.
Permitid que con mi prima
toda mi fortuna parta:
que no, no quiero riquezas
si no he de saber usarlas
en amparar infelices...
Oh! maldito el que las haga
estériles, y perece
sobre el tesoro que guarda!

D. MARTIN.

Ines, sobrina! (1)

D. LUIS.

Querida
Ines!

D. MARTIN.

Tú si que eres santa!

(1) *D. Martin y D. Luis expresan su sorpresa y su ternura.*

DOÑA INES.

No señor, soy compasiva
nada mas... Pero, se pasa (1)
el tiempo, y es menester
que hoy mismo quede firmada
mi cesion.

DOÑA CLARA.

Ines, yo he sido (2)
para contigo muy mala;
perdoname.

DOÑA INÉS.

Que locura!
Yo no me acuerdo de nada,
de nada.

D. MARTIN.

Yo si me acuerdo.
Ni puedo olvidarlo... Falsa,
hipócrita, aborrecible
muger!

D. LUIS.

Como te arrebata
el furor!.. Pero, conviene
ceder á las circunstancias.
Si la abandonas, que esperas
de la lengua desatada
del vulgo, que ve el suceso,

---

(1) *Vá á donde está Doña Clara, y la trae de la mano.*

(2) *Besando las manos á Doña Ines.*

y no examina la causa ?
Que opinion vas á adquirir ?..
Ella quede castigada ;
nosotros no , ni á la culpa
suya , tu deshonra añadas.
Hágase lo que propone
Ines : con ella reparta
sus bienes , yo lo consiento ;
pero ha de ser , sin que haya
ni firmas , ni obligacion ...
Se lo ha prometido, y basta.
Asi podrá contenerlos
en su deber , y obligada
Clara de la inevitable
necesidad de agradarla ;
sabrá arreglar su conducta ,
reprimir la extravagancia
de su marido , y en fin ,
si en ella estímulos faltan
de honor , hará el interes ,
lo que la virtud no alcanza.
Y tú , por que yo lo pido ,
por no dexar desayrada
á la pobre Ines , que está
pendiente de tus palabras ;
perdónalos. (1)

---

(1) *D. Claudio se acerca : él y Doña Clara se arrodillan delante de D. Martin , que haciendolos levantar , se encamina á Doña Ines , y la abraza.*

D. MARTIN.

Bien... Alzad,
hijos... Y no me hableis nada,
no... Que es mucha la inquietud
que siento... Que mal pensaba
de tí !.. Bendita !.. Hija mia!
Querida Ines!

D. LUIS.

Encargada
queda de ser protectora
de su prima, y de esta casa,
y amparo de tu vejez.
Oh! quiera el cielo colmarlas
de dichas, y en amistad
vivan, verdadera y larga!

DOÑA INES.

Si señor, si, viviremos
siempre amigas, siempre hermanas. (1)

D. LUIS.

Lo espero así... (2) Pero tú
no sabes como se halla
mi corazon. Al placer
que siento por tí, no igualan
todas las felicidades
de la tierra... Ni trocára
la dicha de ser tu padre,

---

(1) *Doña Ines y Doña Clara se abrazan.*
(2) *Asiendo de las manos á Doña Ines, con expresion de mucha ternura.*

por el trono de un monarca.
Oxalá fuese el exemplo
público!.. Si esto miráran
aquellos, á quienes tanto
las apariencias arrastran,
distinguieran la virtud
verdadera, de la falsa.

FIN.

L. Martínez de la Rosa, Francisco 96

Morayma,

TRAGEDIA ORIGINAL

EN

CINCO ACTOS.

BARCELONA:
POR D. JUAN FRANCISCO PIFERRER, IMPRESOR DE S.M.
AÑO 1830.
Con las licencias necesarias.

PERSONAS.

MORAYMA, viuda de Albinhamad, caudillo de los Abencerrages.

BOABDIL, rey de Granada, hermano de Morayma por parte de padre.

AYXA, madre de Boabdil, repudiada por el rey Mulcy Hazen.

ALÍ, caudillo de los Zegríes.

MAHOMAD, caudillo de los Gomeles.

FÁTIMA, amiga de Morayma.

UN NIÑO, hijo de Morayma.

Acompañamiento de Boabdil, y una guardia de Africanos.

La escena en Granada, en el palacio de la Alhambra.

MORAYMA,

TRAGEDIA.

ACTO PRIMERO.

(En este acto, así como en los dos siguientes, el teatro representa un salon magnífico de arquitectura arábiga, con una puerta principal en el foro, por donde entran los que se supone vienen de afuera; otra puerta á la derecha, que conduce á la habitacion de Morayma; y otra á la izquierda, que da paso á los demas aposentos del palacio.)

ESCENA I.

BOABDIL, ALÍ.

ALÍ.

(Al entrar por la puerta del foro.)

No mas temor, Boabdil: Granada toda
Segunda vez por su señor te aclama;
Miéntras el sol naciente ve proscrita
La Abencerrage tribu destrozada,
Y léjos de estos muros con afrenta

Los que el hado salvó de tu venganza.

BOABDIL.

¿Será cierto?...

ALÍ.

Gran rey, los ecos llegan
Hasta las altas torres de la Alhambra;
Y ellos, mejor que yo, podrán mostraros
De un pueblo veleidoso la inconstancia:
Los mismos que rebeldes sostenian
Del bando infiel las locas esperanzas,
Y á vuestro débil padre apellidando,
Arrojaros del trono amenazaban,
Esos los mismos son que ahora maldicen
De su reinado la memoria aciaga;
Y á la facciosa tribu persiguiendo,
Tu augusto nombre y tu justicia ensalzan.
Leve escarmiento y poderoso amago
Han trocado en temor su altiva audacia;
Y la vertida sangre para siempre
La corona en tus sienes afianza.

BOABDIL.

A tí la debo, á tí.... Dudoso, incierto,
Cercado de peligros y acechanzas,
Al rigor de mi estrella, ya sin guia,
Fortuna, cetro, y vida abandonaba:
Por una infiel mi lecho profanado,
Mi diadema de un padre amenazada,
De un inconstante pueblo receloso,
Aborrecido de mi propia hermana....

ALÍ.

¡De Morayma, señor!

BOABDIL.

¿Y tú lo dudas?
¿Sus acciones, su llanto, sus palabras,

Su terrible silencio no lo muestran?

ALÍ.

Aun está abierta la reciente llaga,
Y escusa su dolor.... Aunque agraviado,
La pasion no me ciega hasta culparla:
Al cabo Albinhamad era su esposo....

BOABDIL.

¿Pero no era tambien el que manchaba
Su tálamo y el mio? ¿El que insolente
La sediciosa tribu acaudillaba?...
Tú mismo....

ALÍ.

Y si aun viviese, de sus hombros
La cabeza mil veces derribara....—
Pero el dolor de su infeliz viuda,
Los vínculos estrechos que la enlazan
Con mi rey....

BOABDIL.

Esos mismos, no lo dudes,
Su rencoroso enojo mas arraigan.
¿Lo has olvidado, Alí? Su astuta madre,
Con el repudio de mi madre ufana,
Por cimentar su triunfo en la discordia,
Nuestro amor entibió desde la infancia;
Miéntras el ciego rey, anteponiendo
La prenda de su amor con una esclava
A la sangre Zegrí que me ennoblece,
Nuestros comunes zelos enconaba:
¿Y te sorprende, Alí, que me aborrezca?...
El influjo materno, las desgracias
Del destronado padre, la memoria
De un esposo, á quien ciega idolatraba,
Y á quien llora cual víctima inocente,
Hasta ese fruto de su union infausta....

¡Quién sabe si la pérfida en él funda
De vengarse la bárbara esperanza,
Y de asentarle en el paterno trono!...
Pero no es justo en ocasion tan grata
Acibarar con míseras sospechas
El sumo gozo que me inunda el alma:
Ya triunfamos, Alí; ya sin rivales
Nuestra ilustre familia se levanta
Mas gloriosa que nunca; y libremente
Podré gozar de un trono que cercaban
Tantos riesgos y sustos: desde hoy solo,
Merced á tus servicios, soy monarca.

ALÍ.

Mucho me honrais, señor....

BOABDIL.

Sí, caro amigo;
Hoy de mis labios lo sabrá Granada;
Y agotando las gracias y los premios....

ALÍ.

A mí, gran rey, vuestra amistad me basta:
Y en tan sagrado asilo reposando,
¿Qué podré ya temer?

BOABDIL.

¿Pues quién osára
Contra tí, quién?...

ALÍ.

Vuestras bondades mismas
Contra mí escitan la envidiosa rabia
De encubiertos rivales, que desprecio;
Pues si tengo enemigos, tengo lanza.
Mas altos tiros, y de augusta mano,
Que el respeto me veda hasta el nombrarla....

BOABDIL.

Prosigue....

ALÍ.

Dispensadme....

BOABDIL.

Yo lo ecsijo.

ALÍ.

Temo ofenderos....

BOABDIL.

Nada temas; habla.

ALÍ.

Vuestra madre....

BOABDIL.

Tan presto no la culpes:
Quizá te engañe una apariencia vana,
O algun desden de su altivez nacido,
Y su amistad agraviarás sin causa.
¿Cómo al caudillo, al héroe de su estirpe,
Al que su afrenta y nuestra afrenta lava,
Al que en el trono del mudable esposo
Coloca á un hijo y su poder realza?...

ALÍ.

¡Ah, señor! ese solo, ese es mi crímen:
Quisieran que Boabdil solo gozára
La vana pompa del poder supremo
En vil tutela y sempiterna infancia;
Y que humillado el inconstante esposo,
Nuestra gloriosa tribu avasallada,
Vos rey solo en el nombre, agena mano
Las riendas del estado manejara.
Bien lo sabeis, señor: que en vuestro pecho
Mil veces he notado cual luchaban
El respeto filial y la costumbre
Con la altivez tan propia de un monarca.
Mas, lastimo quizá, sin yo intentarlo,

De vuestro pecho la sensible llaga;
Y sintiera tal vez....

BOABDIL.

¡Ay, fiel amigo!
Si vieras el estado de mi alma....
¡Qué digo, tú!... los míseros esclavos
Con lástima y piedad me contemplaran.
Pero mi madre, Alí: disimulemos.

ESCENA II.

BOABDIL, AYXA, ALÍ.

BOABDIL.

Ya lo sé, madre augusta, estais vengada;
Y el escucharlo yo de vuestro labio
Era el solo placer que me faltaba.
Venid, y entre mis brazos.... ¿Mas qué miro?...
Cuando llena de júbilo aguardaba
Que volaseis á darme las albricias,
¿Lenta llegais, y apareceis airada?...
¿Qué es esto? Hablad, decid: ¿qué causa oculta
Vuestro contento y mi ventura amarga?

AYXA.

Gózala tú completa: ve y escucha
La aclamacion y vivas de Granada;
Miéntras tu triste madre, en su palacio,
Ante las mismas puertas de su estancia,
Oye de un hijo maldecir el triunfo,
Y al Cielo á gritos demandar venganza.

BOABDIL.

¿Y quién el infeliz?...

AYXA.

¿Tú lo preguntas?
¿Tú que consientes su insolente audacia,
Y con débil y vil condescendencia
Insultos sufres, y cobarde callas?
¡Tú lo preguntas! ¡Tú!—Si es que lo ignoras,
No léjos, ahora mismo, en este alcázar
Vaga la aleve, y tu furor provoca....

BOABDIL.

¡Ay, si otro fuese que mi propia hermana!

AYXA.

¡Tu hermana!... Dices bien: ella es el fruto
De la union vil que me cubrió de infamia,
Ella el amor de mi perjuro esposo,
Ella la hija de una infame esclava....
¡Y es tu hermana!... Pues bien, respeta en ella
El delito de un padre, que amenaza
Tu trono y aun tu vida; y abandona
De una madre infeliz la triste causa;
Mas óyeme, Boabdil, oye el presagio
De una mísera madre que te ama:
Quizá no está distante el negro dia,
En que tarde recuerdes mis palabras;
Y sirvas con tu ruina de escarmiento
Al que desprecie á una muger airada.
¿Lo dudas?... Ven; y mírala furiosa
De un pueblo entero que á su rey alaba
Turbar el gozo, y con recuerdos tristes
Renovar las heridas mal cerradas.

BOABDIL.

Parte veloz, Alí: venga al instante.

ESCENA III.

BOABDIL, AYXA.

AYXA.

¡Ay, cuánto arriesgas, si un momento tardas!....
No conoces, Boabdil, aun no conoces
La condicion del pueblo: leve causa
Le despierta, le agita, le conmueve,
A encender torna la encubierta llama;
Y en la falsa piedad buscando luego
Pretesto á su furor, desfoga el ansia
De derribar y escarnecer impune
Los ídolos que pérfido adoraba.
Aun los mismos que al lado de su trono
Blasonan de lealtad, quizá en su alma
Sienten ver fenecidas las discordias
Que su poder y orgullo acrecentaban;
Quizá astutos anhelan el momento
En que al favor recurras de sus armas;
Y á su vez enfrenando al rey y al pueblo,
Hagan temblar al pueblo y al monarca.
Hasta ese amigo, en quien tan ciego fias....
Mas aquí se encamina con Morayma:
Sé una vez rey, ó sufre sus denuestos;
Que yo no sé escuchar á quien me agravia.

ESCENA IV.

MORAYMA, BOABDIL, ALÍ.

MORAYMA *(deteniéndose un instante al salir.)*
¿Mas víctimas, Boabdil?

BOABDIL.
Por vez postrera
Óyeme atenta; y en tu mente graba
Lo que voy á anunciarte.

MORAYMA.
Yo creia
Que libre ya de riesgos, me llamabas
Para sellar y coronar tu triunfo,
Derramando la sangre de tu hermana.
¿Me engañé?... No: ¿qué puede contenerte?
Léjos ya huyeron de la ingrata patria
Los hijos que culpaban su bajeza,
Y tu poder injusto refrenaban;
Los que quedan, ministros de tu ira,
A una voz tuya del puñal se arman;
Y el pueblo vil las víctimas espera,
Para besar tu huella ensangrentada.

BOABDIL.
¿Hasta cuando, Morayma, con insultos
Acusarás mi necia tolerancia?
¿Hasta cuando?... Mas óyeme, repito
Por la postrera vez: si temeraria
En provocar mi cólera te obstinas;
Si á tu ciego delirio abandonada,
No escondes y sepultas para siempre
El fuego indigno que tu pecho abrasa;

Si olvidando tu honor, tu rey, tu hermano,
Por el esposo infiel que me afrentaba,
Su odioso nombre á repetir volvieres....

MORAYMA.

¡Miéntras viva!

BOABDIL.

Pues tiembla, desgraciada,
Tiembla.

MORAYMA.

¿De quién? ¿De tí?... Mira mi frente,
Y consulta tu pecho.—¿Mas no alzas
La vista? ¿Qué, Boabdil, temes mirarme?...
No temas, no: mi voz no te demanda
La sangre de un esposo, á quien impíos
Tus bárbaros verdugos inmolaran;
Ella misma, purísima, inocente,
A estremecerte, á confundirte basta.—
¡Y pretendes que ingrata á un tierno esposo,
Nunca su nombre de mis labios salga!
Pues bien: nunca le oirás; yo te lo juro.
¿Mas qué esperas lograr, si ántes no acallas
El interno y voraz remordimiento
Que te está corroyendo las entrañas?
¿Qué esperas? dí: ¿vivir sin sobresalto?
¡Ah! no es mi débil voz la que te espanta
Y en tu furor te hunde.... es la de un padre
Que su usurpado cetro te reclama;
Es la voz de mi esposo asesinado,
La triste voz de la oprimida patria,
La voz de tus delitos, la del Cielo
Que á los fieros tiranos amenaza....

BOABDIL.

¿Me conoces, Morayma, me conoces?

MORAYMA.

Sí; y desafío tu impotente rabia.

BOABDIL.

¡Calla, infeliz!...

MORAYMA.

Apresta tus verdugos;
Los suplicios mas bárbaros prepara;
Mas ¡ay de tí! que en su furor el Cielo
Tu horrendo fratricidio solo aguarda.
¿No escuchas cual invocan su justicia
Tantas madres y esposas desoladas,
Tantos míseros huérfanos, que piden
La sangre de sus padres derramada?...
¡Ay! tú tambien.... tambien, amado hijo,
Tú pides la de un padre.... tambien alzas
A un justo Dios las inocentes manos,
Y acusas de sus rayos la tardanza.

BOABDIL.

Confiad en sus rayos; pero ántes
Yo los mereceré.

MORAYMA.

¿Pues qué te falta
Para colmar tus crímenes? ¿mi muerte?
¿Porqué tardas, tirano, porqué tardas?

BOABDIL

(despues de una breve suspension.)

No: sosiega, Morayma, y ve tranquila;
No morirás.... Confía en mi palabra.

MORAYMA *(con sobresalto.)*

¿Qué me anuncias, Boabdil?.. Dí: ¿qué me anuncia
Ese pérfido rostro, y esa amarga
Sonrisa, mas funesta que tu enojo?
Dímelo por piedad....

BOABDIL.

No temas nada....
Vivirás, vivirás.

MORAYMA.

¡Ay! no es la muerte
La que me hace temblar; oculta causa
Con súbito terror mis miembros hiela,
Y con horrendo pasmo me acobarda....
Por compasion al ménos desvanece
Tan dura incertidumbre; habla, amenaza,
Descarga de una vez el duro golpe;
Yo le resistiré.

BOABDIL.

No temas nada:
Retírate; vé en paz.

ALÍ.

Idos, princesa,
Y no mas con sospechas infundadas
Querais vos misma redoblar las penas
Que os cubren de dolor: vuestras desgracias
Disculpan á los ojos de un hermano
Las ofensas que hicisteis al Monarca;
Y ya compadecido las olvida....

BOABDIL.

(A Morayma.)
Sí: dices bien, Alí. – Ve sosegada.

ESCENA V.

BOABDIL, ALÍ.

ALÍ.

¡Qué bien asienta á un rey su propia injuria
Saber y perdonar! Miéntras cegada

Por el mismo dolor que la atormenta,
La infeliz vuestra cólera escitaba,
Supisteis refrenar el justo enojo
Y respetar benigno sus desgracias.
Ellas solas dictaron sus insultos,
Que no su corazon: acostumbrada
A largo padecer, teme, sospecha,
Nuevos tormentos en su mente labra;
Y hasta la misma diestra de un hermano
Contempla con mortal desconfianza.
¡Cuán digna es de piedad! Llegará dia,
En que su acerba angustia mitigada,
Y libre su razon, tantas ofensas
Ella propia recuerde sonrojada;
Y aun dude haber forjado en su delirio
Los injustos recelos que os agravian.

BOABDIL.

Injustos son, Alí....

ALÍ.

¿Pues quién temiera
Que un monarca, un hermano, se vengára
Amagando cruel la triste vida
De una muger inerme y desgraciada?

BOABDIL.

En vano teme por su vida, en vano:
Vivirá por su mal.

ALÍ.

¡Señor!

BOABDIL.

Pensaba,
Despreciando feroz la misma muerte,
Desafiar impune mi venganza;
Y la imprudente, para herirla á salvo,

El indefenso pecho me mostraba....
Llorarás, llorarás, incauta madre!

ALÍ.

¿Qué decís?

BOABDIL.

Llorarás! que en vano aguardas
Poner fin con la muerte á tus tormentos,
Y unirte al vil esposo que adorabas;
Aquí, á mi vista, hollando á pesar tuyo
La tierra con su sangre salpicada,
Léjos de un hijo, imágen del aleve....

ALÍ.

¿Y es posible, señor?...

BOABDIL.

Por sola gracia
La muerte invocarás.

ALÍ.

Templad la ira;
Aplacaos, gran rey.

BOABDIL.

Yo me olvidaba
De serlo; y la imprudente en su delirio
La venda me arrancó que me cegaba.

ALÍ.

¿No merezco, Boabdil, saber al ménos?...

BOABDIL.

Hoy de mis reinos para siempre salgan
Los viles restos de la infame estirpe;
Sigan los torpes hijos las pisadas
De sus padres; y acabe de esa tribu
El nombre odioso y la memoria infausta.

ALÍ.

Nadie cual yo (bien lo sabeis), ninguno
Odió mas su altivez y su arrogancia;

Y este brazo, este acero son testigos
De que supe lidiar hasta humillarla.
Mas ya proscritos los traidores padres,
Vuestra augusta diadema asegurada....

BOABDIL.

¡Ah! no lo está, miéntras me cerque uno
De esa progenie infiel; tú con las armas
Abatirla sabrás, no conocerla:
Los padres han dejado vinculada
Su aversion á mi trono, á mi persona;
Sus pérfidas esposas, halagadas
Con la esperanza de vengarse un dia,
A odiarme enseñan en la misma infancia
A sus aleves hijos, y en su pecho
Con rencorosa hiel los amamantan.
Léjos, léjos de mí: léjos desfoguen
En vanas quejas su impotente rabia;
Y no imprudente viborezno crie
Que despues envenenen mis entrañas.

ALÍ.

Meditadlo, señor: el tiempo mismo
Los irá uniendo al trono y á la patria;
La voz de la razon, el ver perdidas
De vengarse las vanas esperanzas,
La muerte ó proscripcion de los caudillos,
El riesgo mismo en que se ve Granada
Con el asedio del feroz cristiano,
Borrará al cabo aun la memoria amarga
De la civil discordia....

BOABDIL.

El nombre solo
De la traidora tribu, sus desgracias,
Con la misma presencia de sus hijos
A los ojos del pueblo retratadas,

Bastáran á encenderla. Pues triunfamos,
No nos pierda una necia confianza;
Ni una falsa piedad hoy nos seduzca,
Que llanto y sangre costará mañana.
Ya está resuelto.

ALÍ.

Meditadlo un dia;
Dejad que el pueblo vuestro triunfo aplauda
Sin nuevos males....

BOABDIL.

De raiz los curo,
Si arranco de raiz la infame planta;
Y hoy que he triunfado, y premio á los leales,
Lloren los sediciosos mi venganza.

ALÍ.

Señor....

BOABDIL.

Sígueme, Alí; y á un tiempo mismo
Mi bondad y rigor sepa Granada.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

MORAYMA, FÁTIMA.

MORAYMA.

Déjame por piedad....

FÁTIMA.

¿Dónde, Morayma,
Dónde llevais los vacilantes pasos?
Un momento tened: ¿no lo merecen
Mi amistad, mi cariño, tantos años
De llorar como propios vuestros males?...
¡Ay! hubo un tiempo en que el menor cuidado
Comun era á las dos; ya no soy digna
Ni aun del triste placer de consolaros.

MORAYMA.

¡Ay, tierna amiga!...

FÁTIMA.

Respirad siquiera;
Partid vuestros tormentos y quebrantos,
Y así se aliviarán.

MORAYMA.

¡Tú no eres madre!

FÁTIMA.

¡Qué turbacion! ¡Oh Dios! Al punto huyamos
De esa estancia fatal.... Ved que cercadas
De espías y asesinos, vuestro llanto,
Vuestro dolor acechan; y aun ya vuelve,
Ya quizá vuestra voz oye el tirano....

MORAYMA.

Yo le busco.

FÁTIMA.

¡A Boabdil!

MORAYMA.

Y ahora á sus plantas
Postrada me verás.

FÁTIMA.

¡Vos humillaros,
Vos rogar á Boabdil!

MORAYMA.

¡Tú no eres madre!....
Yo lo soy.... yo lo soy....

FÁTIMA.

¿Y así olvidando
Vuestro valor antiguo, la constancia
Que no abatieron infortunios tantos,
Ni amenazas, ni insultos, ni peligros,
Ni el ver á un tierno padre destronado,
Y á un esposo morir entre verdugos....

MORAYMA.

¡Ay! ¡me quedaba un hijo!...

FÁTIMA.

¿Y qué, el tirano
Amenaza su vida?

MORAYMA.

Hoy para siempre
Arrancarle pretende de mis brazos....

¡Para siempre!... No, bárbaro; primero
Nos verás espirar.

FÁTIMA.

Quizá infundados
Vuestros temores son; una apariencia,
Una pérfida voz, un rumor vago,
El mismo amor de madre os alucina....

MORAYMA.

No, Fátima: yo propia, yo he escuchado
El decreto cruel.... Turbada, inquieta,
Acosada de míseros presagios,
De Boabdil me aparté; mas que su ira
Su pérfida clemencia recelando,
Cuando á las mismas puertas del alcázar
El bárbaro decreto promulgaron.
Yo, Fátima, le oí; yo con asombro
Noté cesar el popular aplauso,
Y escuché entre el silencio pavoroso
Las voces que mi pecho traspasaron....
El inhumano rey en su venganza
Ni aun perdona los restos desgraciados
De la tribu infeliz: los tiernos hijos
Hoy del materno seno arrebatados....
No; jamas, hijo mio!... nunca, nunca,
Miéntras tu madre aliente.

FÁTIMA.

Aunque irritado
Pronunciára Boabdil la atroz sentencia,
Al fin os va á escuchar; es vuestro hermano;
Su propia sangre anima á vuestro hijo....

MORAYMA.

¡Ay, Fátima! es el hijo desdichado
Del triste Albinhamad: hoy mismo, hoy mismo,
Su puro corazon sobresaltado

Nuestro mal presagió.... Nunca tan tierno
Me abrazó al despertar; nunca su mano
Mis ojos enjugó tan cariñosa,
Con tan sensible afan.... y reclinando
Su triste rostro en mi agitado pecho,
Le regó el inocente con su llanto....
¡Inocente! la gloria de tu padre
Es tu crímen, tu ruina.

FÁTIMA.

Mas en tanto
Que os quedan esperanzas de salvarle,
No os rindais al dolor: quizá humillaros
Solo intenta Boabdil; quizá no anhela
Sino haceros temblar con el amago.

MORAYMA.

Hoy me verá á sus piés; hoy satisfecho
Su orgullo quedará.—Mas si obstinado
Persiste en su furor; si envilecida
Ruega la hija de Hazen, y ruega en vano....
¡Ay, Boabdil!...

FÁTIMA.

Ved que llegan....

MORAYMA.

Fuí la esposa
Del gran Albinhamad: no lo he olvidado.

ESCENA II.

MORAYMA, FÁTIMA, ALÍ, MAHOMAD.

ALÍ.

Morayma, dispensad, si interrumpiendo
Vuestro justo dolor....

MORAYMA.

¿Venís acáso
A gozaros en él?... Un solo instante,
Un momento esperad; y coronado
Vuestro triunfo veréis.

ALÍ.

No tal ofensa
Injusta nos hagais: si procuramos
Triunfar de quien ansiaba nuestra ruina,
Sabemos respetar al desgraciado;
Y no ha mucho yo propio intercediendo....

MORAYMA.

¡Tú, Zegrí, tú!...

ALÍ.

Jamas finge mi labio
Lo que mi altivo pecho contradice:
Ciego en amar y aborrecer, soy franco;
Persigo á un enemigo, le destruyo;
Mas no lo sé abrazar ni asesinarlo.
No lo ignorais, Morayma: frente á frente
Contrasté la altivez de mis contrarios;
Los odié, los vencí.

MORAYMA.

La vil perfidia
Pudo solo vencerlos, no tu brazo....

ALÍ.

Este brazo, Morayma, ha pocas horas,
Supo abatir su orgullo temerario.

MORAYMA.

¡Ay! ¡mi infeliz esposo no vivia!...
No vivian sus míseros hermanos,
Los héroes mas valientes de su estirpe,
En el patio fatal asesinados.

ALÍ.

Culpad á sus testigos, á sus jueces,
No á mí, que opuesto al castellano campo,
Al ordenar el rey mi pronta vuelta,
La nueva supe del terrible estrago....
Si en vida los odié como rivales,
Sentí su aciago fin como esforzados.—
Y ¡ay! ojalá que una beldad funesta
No hubiera encarnizado nuestros bandos;
Y quizá unidas las rivales tribus
Contra el comun contrario guerreando,
No llorára la patria tantos males,
Ni vos, ni el mismo Hazen.—Pero si el hado
Así lo decretó; si vuestro padre,
Mi nobleza y servicios olvidando,
Al gefe Abencerrage me pospuso,
Y afrentó mi linage, ya manchado
Con el repudio injusto de su esposa....
¿Seré el culpable yo de tanto daño?
Vos misma me mirarais con desprecio,
Si supiera sufrir tales agravios.
Y aun quizá de mi estirpe, de mi gloria
Me pudiera olvidar; mas me robaron
Mi amor, mis esperanzas, mi contento,
El solo premio que anhelé triunfando....
¿Callais, Morayma?... ¿Enmudeceis confusa?...

MORAYMA *(volviendo de su distraccion.)*

Mucho tarda Boabdil: Fátima, vamos
A morir, ó á salvar á un triste hijo,
Unico bien que el Cielo me ha dejado!

FÁTIMA.

Deteneos....

MAHOMAD.

El rey.

ESCENA III.

MORAYMA, FÁTIMA, ALÍ, MAHOMAD, BOABDIL CON ACOMPAÑAMIENTO Y GUARDIA.

MORAYMA.

(Arrojándose á los piés de Boabdil.)

¡Hermano mio!...

BOABDIL.

¿Qué haces, Morayma?

MORAYMA.

Deja que abrazados
Tenga tus piés, hasta obtener tu gracia....
Aguarda, escucha, mira el triste estado
De esta madre infeliz!...

BOABDIL.

Alza: ¿qué quieres?

MORAYMA.

Soy madre, ¿y lo preguntas?... Si olvidarlo
Has podido en tu enojo un solo instante,
Mira mi humillacion, mira mi llanto,
Y ten piedad de mí!... Sí, hermano mio,
Perdona mis insultos, mis agravios
A mi inmenso dolor; y no te vengues
En mi inocente hijo.... Sin amparo,
Huérfano, desvalido, el tierno niño
No tiene mas asilo que mis brazos....
Ten piedad de los dos!... Yo te lo ruego
Por el amor de mis primeros años,
Por tu sangre que corre por sus venas,
Por nuestro triste padre!... Mas si airado
Te obstinas en vengarte; si no puedes
Borrar de tu memoria mis agravios;

Yo la culpada, yo; mi infeliz hijo
¿En qué pudo ofenderte? ¿en qué es culpado?....
¡Ay! aun ignora el inocente mio
El nombre de su padre desgraciado!...
¿Y así apartas el rostro?... ¿Así desprecias
A esta afligida madre?... ¡Ni aun alcanzo
Respuesta en mi dolor!—Pues bien: no temas
Que vuelva á importunarte con mi llanto;
Concédeme una gracia; y para siempre
Quédate en paz, Boabdil.... No te demando
Mas merced, mas favor: seguir á un hijo,
Vivir, llorar con él. El desdichado
Solo á llorar aprenderá conmigo;
Yo, hermano, te lo juro: de mi labio
Jamas sabrá su nombre, sus desgracias!...
Mas déjale vivir en el regazo
De esta madre infeliz; no le condenes
A morir en tan triste desamparo....
Muévate á compasion tu propia sangre,
Su inocencia, su edad.... Arrebatado
De su hogar, de su patria, de los suyos,
¿Qué fuera dél sin mí?... Solo al pensarlo
Me estremezco de horror.... Yo podré al ménos
Buscarle un triste asilo en reino estraño;
Yo guardaré su vida; yo su escudo,
Su defensa, su guia.... yo á su lado
Aliviaré mis penas.... y ¡ay! el Cielo
Me otorgará morir entre sus brazos!...

BOABDIL.

No; tú, querida hermana, cual yo propio
Vivirás respetada en mi palacio....

MORAYMA.

¿Y el hijo de mi amor?...

BOABDIL.

Feliz, tranquila,
A la sombra del trono de un hermano....

MORAYMA *(con mayor inquietud.)*

¿Y mi hijo?... ¿Y mi hijo?

BOABDIL.

Compadezco
Su desgraciada suerte y tu quebranto....

MORAYMA *(con el estremo del dolor.)*

¡Piedad, Boabdil, piedad!

BOABDIL.

Mas todo cede
Al bien y á la quietud de mis vasallos.

....

(BOABDIL *se dirige á su aposento, seguido de su comitiva y guardia:* MORAYMA *permanece inmóvil: los demas acuden á consolarla.)*

ESCENA IV.

MORAYMA, FÁTIMA, ALÍ, MAHOMAD.

FÁTIMA.

Morayma, triste amiga....

ALÍ.

No á tal punto
Os dejeis abatir.... Aun queda campo
Abierto á la esperanza; aun hay quien tome
Mas parte en vuestras penas y cuidados
Que vos misma pensais.

FÁTIMA.

Alzaos al ménos;
Dejad correr el reprimido llanto;
Suspirad libremente....

MAHOMAD.

Nadie os oye
Que no tenga piedad de vuestro estado....

ALÍ.

Que no esté pronto á interceder con ruegos,
A esponerse por vos: el Cielo santo,
Que sabe mi verdad, testigo sea!

FÁTIMA.

Venid, llorad entre mis tiernos brazos;
Aliviad ese peso que os oprime,
Que os parte el corazon....

MAHOMAD.

Quizá aplacado
El mismo rey....

MORAYMA.

(Arroja á MAHOMAD *una mirada de indignacion; y dirigiéndose hácia la parte por donde se fué* BOABDIL, *dice con el acento del furor reprimido:)*

¡Boabdil!... ¡Boabdil!... ¡soy madre!..

FÁTIMA.

¿Qué haceis? tened; oid....

ALÍ.

Un solo paso,
Una voz, un acento, una imprudencia
Roba toda esperanza: ya son vanos
El insulto, el furor; y solo pueden
Hacer vuestro destino mas infausto;
Ved que os perdeis, Morayma!

MORAYMA.

¿Y qué pudiera
Perder ya en esta vida?...

ALÍ.

Un hijo amado,

A quien debeis salvar.

FÁTIMA.

Infeliz madre,
Mirad por vos, por él....

ALÍ.

De vuestro labio
Quizá pende su suerte en este dia:
No lo olvideis, Morayma!

FÁTIMA.

El desdichado
(Vos misma lo dijisteis) ya en el mundo
No tiene mas asilo, mas amparo
Que su madre....

MORAYMA.

¡Hijo mio!...

ALÍ.

Sí; aun es vuestro;
Aun quedan esperanzas de salvarlo....

FÁTIMA.

¿No lo escuchais?... Es vuestro; quizá hoy mismo
Volvereis á estrecharle en vuestros brazos
Sin temor, sin recelos....

MORAYMA.

¡Hijo mio!
¡Hijo mio!...

(Yéndose enternecida.)

ALÍ *(á Fátima.)*

Corred, seguid sus pasos;
No la dejeis ni una hora, ni un instante
Espuesta á su furor....

FÁTIMA.

¡Ay! ya ha triunfado
El tierno amor de madre; y solo anhela
Desahogar junto á un hijo su quebranto.

ESCENA V.

ALÍ, MAHOMAD.

ALÍ.

¿Has sentido jamas, dime, has sentido
Tan grata compasion?... Acostumbrado
De la guerra al estrago y los horrores,
Ni yo propio concibo el sobresalto
Que mi pecho agitó. ¡Con qué ternura
Espresaba la triste su cuidado!
¡Qué sensible, qué hermosa aparecia
En su acerbo dolor!... Su voz, su llanto,
Su abatido ademan, su amor á un hijo
Con su orgullosa condicion luchando,
Su olvido de sí misma, su abandono....
¿No la has visto, Mahomad? ¿No has observado
Mas prendas y atractivo en su amargura,
Que ostentó nunca en sus dichosos años?...
Habla, responde....

MAHOMAD.

Déjame que absorto
Te escuche y calle; deja que asombrado
Dude si eres Alí.

ALÍ.

Sí, soy el mismo
Que de Morayma al padre destronando,
Vengué á un tiempo á su esposa, á mi familia,
A la oprimida patria; quien osado
Supo abatir á la orgullosa tribu
Del fiero Abencerrage....

MAHOMAD.

Y cuando el hado
Te ofrece completar con su esterminio
Tu triunfo....

ALÍ.

¿Debo acáso deshonrarlo,
Persiguiendo á sus hijos inocentes?...
No, Mahomad, no; señálame contrarios
Dignos de mi valor, no tiernos niños
Que no tienen mas armas que su llanto.
¡Infelices!

MAHOMAD.

Sus padres por vengarse
Su orfaudad y peligros olvidaron;
¡Y tú olvidas tus riesgos, tus injurias,
La gloria de tu estirpe por salvarlos!...
¡Ay, caro Alí! recelo que en tu alma
No es la sola piedad la que ha labrado
Tan estraña mudanza.... Mas advierto
En tu silencio y rostro demudado
Que algun secreto á mi amistad encubres;
Y debo por mi parte respetarlo.

ALÍ.

No, querido Mahomad, no hay en mi pecho
Secretos para tí: sincero y franco,
No sé disimular; mas deja al ménos
Que confuso me sienta y sonrojado
Al mostrar á tu vista mi flaqueza....
¡Ay! yo esperé, zeloso y despechado,
Olvidar entre el bélico tumulto
El tierno amor de mis floridos años....
Luché gran tiempo, le juzgué estinguido,
Y mi triunfo canté. ¡Mas qué engañado
Estaba, caro amigo! Cuando solo

Sentia del furor los arrebatos,
Del odio y la venganza, amor movia
Mi voluntad, mi corazon, mi brazo....
Amor vengaba su desaire injusto,
Del fiero Hazen el trono derribando;
Amor á hierro y fuego perseguia
A mi rival y su orgulloso bando....
¿Qué mas? Sin yo advertirlo, el amor era
Quien en odio implacable disfrazado,
Al causar de Morayma las desgracias,
Se complacia en su dolor amargo:
¡Cuán á mi costa lo conozco ahora!
Apénas triunfo y mi venganza sacio,
Vuelvo en torno la vista, y ya no encuentro
Ni opresor, ni rivales, ni contrarios....
Solo á Morayma, mísera, agobiada
Al grave peso de infortunios tantos;
Quise gozarme en su afliccion; y entónces
Sentí con mengua mi funesto engaño.
¡Cuál mi sorpresa fué! Su dolor mismo,
Su constancia, su triste desamparo
Mas bella la ofrecieron á mis ojos;
Y los afectos todos acallando,
Amor renace en mi agitado pecho,
Lo rinde, lo avasalla cual tirano.
Mas no es aquel amor, blando, apacible,
Que con inquieto afan hizo tan gratos
De mi dichosa juventud los dias;
No, amigo, no: violento, despechado,
Es furor, es delirio; busca solo
Obstáculos y riesgos; y no hallando
Con quien luchar y desfogar sus iras,
En mí venga los males que ha causado.
¡Qué horrible situacion! Me odio á mí mismo,

Compadezco á Morayma, la idolatro,
Maldigo mi victoria; y cuando siento
Traspasado mi pecho con su llanto,
Recuerdo que la infiel á un rival llora,
Su suerte envidio, y en furor me abraso.
Hoy mismo.... ¡qué rubor!... al ver su pena,
Al compartir su angustia y su quebranto,
Alguna vez en su infelice hijo
Solo ví al hijo de un rival odiado....
Mas no importa, Mahomad; juré ampararle,
Y en su favor haré mas que he jurado.

MAHOMAD.

¿Y si Boabdil?...

ALÍ.

No temas que me niegue
Tan liviana merced: debe á este brazo
El trono que hoy ocupa; me ha ofrecido
Mis servicios premiar con larga mano;
Y no puede olvidarlo tan en breve:
No lo receles, no.

MAHOMAD.

Ya asegurado
Sobre el trono se vé; ya nada teme....

ALÍ.

Pero sabe que Alí no sufre ingratos.—
Y si él ciego se obstina en su venganza,
¿Debemos por ventura abandonarlo
A su propio furor?... No es de leales
Dejar perderse á un rey; es de malvados.
Hartas lágrimas cuesta y harta sangre
La discordia civil; ya que triunfamos,
No hagamos mas odioso nuestro triunfo
Y el trono á tanta costa levantado:
Quizá nosotros mismos, quizá un dia

Lloráramos ¡ya tarde! haber soltado
La cadena al leon, y sin defensa
Vernos á sus furores entregados....
Mas no será: corramos presurosos
A aplacar á Boabdil; y cimentando
Su trono en la clemencia, juntamente
A la patria y al rey fieles seamos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

AYXA, MAHOMAD.

MAHOMAD.

Así pasó, gran reina: en el delirio
De su ciega pasion, me abrió su pecho;
Y aun entónces dudé ver hermanadas
Tanta altivez, tanta bajeza á un tiempo.
Esclavo vil de su pasion mezquina,
Lástima me inspiraba y menosprecio;
Mas al ver su arrogancia, á duras penas
Mi justo enojo refrené encubierto.
En vano por vengar vuestras injurias
Se armaron tantos ínclitos guerreros;
En vano por romper el comun yugo
En la terrible lucha perecieron;
Cual si á él solo debierais la venganza,
Su ecsistencia la patria, el rey su cetro,
De su vana altivez lisonjeado,
A su valor no encuentra digno premio.
¡Ah! no tan fiero apareció á mis ojos,
Cuando el poder de Albinhamad temiendo,
De la valiente tribu, que acaudillo,

Me demandó el favor; sagaz fingiendo
Vengar nuestra opresion y vuestra afrenta,
No mostraba mas fin ni mas anhelo
Que redimirnos del indigno oprobio
Del yugo Abencerrage.... Yo sincero
Le creí; le fié mi hacienda y vida;
Vertí mi sangre en tan glorioso empeño:
Y ya que el hado nos concede el triunfo;
Ya que por tierra derribados vemos
Al tirano, al valido, á sus parciales;
Cuando otro bien no ansiamos, ni otro premio
Sino ver ante el trono confundidos
A tantos héroes celebrar su esfuerzo;
¡Uno solo, uno solo osa insolente
La gloria reclamar del vencimiento!

AYXA.

¡Ah! no es la estéril gloria á la que aspira;
Su pérfida ambicion levanta el vuelo
Mas alto que imaginas: ni tú propio,
Su inseparable amigo en tantos riesgos,
Tú en quien finge con doble alevosía
Depositar sus íntimos secretos,
Le conoces aun; yo sola supe
La máscara arrancarle y conocerlo.—
Recuérdalo, Mahomad: yo en su venganza,
En su amor, en su cólera, en sus zelos
Descubrí su ambicion; yo la ví astuta
Sacrificar sus propios instrumentos,
Mudar de nombre, de disfraz, de senda,
Y encaminarse siempre al mismo intento.
Ufano de su estirpe y poderío,
No reconoce igual, amigos, deudos;
Y el dominio de un rey sufriendo apénas,
Rival del trono, finge sostenerlo.

Pero ya no hay Hazen, ni Abencerrages;
Ya arrastrado Boabdil de los consejos
De su privado infiel, agravia, aleja
Los que mas pruebas de lealtad le dieron;
Y aun de su propia madre recelando,
Al ambicioso Alí se entrega ciego.
Tú le verás en breve cual ostenta
De Albuhamad la pompa y valimiento;
Y á la sombra del trono, insulta impune
Al contrario, al amigo, al rey y al pueblo.

MAHOMAD.

¡Infeliz de él!... Reciente, ante sus ojos,
En su mismo rival ve su escarmiento;
Que por mudar de nombre, y no de yugo,
Tantos héroes su vida no espusieron.

AYXA.

¿Qué esperan, pues? Si en el peligro mismo,
Si cuando el triunfo aun vacilaba incierto,
Ya el ambicioso Alí los insultaba,
Sus servicios pagando con desprecios;
¿Qué esperan, cuando firme en su privanza,
Rival no tenga, ni temor, ni riesgo?

MAHOMAD.

Aun no es tarde....

AYXA.

¡Aun no es tarde! ¿Y cuánta ruina,
Cuánta sangre no cuesta á un reino entero
Haber dejado al fiero Abencerrage,
Antes de herirle, asegurar su imperio?
¡Qué piadoso, qué cauto hubiera sido
Quien ahogando en su mismo nacimiento
Su ambicion y poder, salvara á tantos,
Escarmentando al opresor soberbio!...
¡Cuántas veces, Mahomad, cual fiel amiga,

Cercano te he mostrado el mismo riesgo,
Si la ambicion de Alí no refrenabas!
Pero sordo á mi voz, te ví indiscreto
Que forjabas tú propio la cadena
A la patria, á los tuyos, á tí mesmo.

MAHOMAD.

¡A mí!

AYXA.

Sí, Mahomad: no sufre iguales
El ambicioso Alí; miéntras incierto
Tú aguardas, dudas, tímido amenazas,
Él firme, imperturbable en su proyecto,
Sigue, adelanta, impávido se arroja;
O víctima ó tirano; no halla medio.

MAHOMAD.

Pues víctima será.

AYXA.

¿Qué has pronunciado?....
Calla, Mahomad; y si en tu noble pecho
Arde la indignacion, y el justo enojo
Que ya en tu rostro retratados veo,
No el éxito aventures y aun tu vida
Con vanas voces que disipa el viento.
Refrena tu furor; aguarda, acecha
La ocasion oportuna; y cuando ciego
Él propio corra y llegue al precipicio,
El amago y el golpe sienta á un tiempo.—
No tardará, Mahomad: desvanecido
Con su gloria y poder, ve con desprecio
En el débil Boabdil su propia hechura,
Y en derredor de sí tímidos siervos.
En tanto sus amigos y enemigos,
Pesarosos de ser vil instrumento
Del comun opresor, fingen amarle,

Y ansian su ruina, trámanla en secreto;
Y hasta el mismo Boabdil....

MAHOMAD.

¡Boabdil!

AYXA.

¿Te admiras?...
Aprende de su madre á conocerlo:
El que indócil sufrió de un padre el mando,
El que desdeña y odia mis consejos,
Mal sufrirá, ya libre del peligro,
En su vasallo un acreedor soberbio.

MAHOMAD.

¿Y qué será cuando le escuche osado,
La amenaza dorando con el ruego,
Interceder por los proscritos hijos
De la alevosa tribu?... No pudiendo
Entre la pompa del solemne triunfo
Hablar ántes al rey, sufrió violento
Tan corta dilacion; mas muy en breve....

AYXA.

Pues á él propio su ruina confiemos.—
No lo dudes, Mahomad; y si advertido
De su amor y sus pérfidos intentos,
Le oye Boabdil; si el nombre de Morayma
Despierta su rencor y sus recelos,
Hoy quizá.... Mas el hado nos le envia;
Tan propicia ocasion no malogremos.

ESCENA II.

BOABDIL, AYXA, MAHOMAD.

BOABDIL.

¿Es posible que en dia tan solemne,
Cuando el aplauso y general contento
Cercan mi trono, entre el glorioso triunfo
Busco ansioso á una madre, y no la encuentro?

AYXA.

¿Y á qué, Boabdil?... Al lado de tu trono
No faltan cortesanos lisonjeros,
Que en público aclamando tu victoria,
Sus despojos codicien en secreto:
Deja á una madre el doloroso encargo
De velar en tu bien; y miéntras ellos
Con su pérfido encanto te adormezcan,
Podrá á lo ménos descubrir tu riesgo.

BOABDIL.

¿Qué riesgo? ¿Qué decís?... Dejadme un dia,
Dejadme respirar solo un momento
Sin nuevos sobresaltos.... Salgo apénas
De tan larga zozobra; y cuando espero
Reposar un instante en paz tranquila,
Ya empiezan á inquietarme otros tormentos!...
Si hay mas peligros, por piedad siquiera
Dejad que los ignore; yo os lo ruego.

AYXA *(á Boabdil.)*

Pues bien: no los sabrás; vive tranquilo.
(á Mahomad.)
Sígueme, y sella el labio.

BOABDIL.

¿Qué es aquesto?
¿Tambien sabe Mahomad?...

AYXA.

Tan solo sabe
Cumplir de su Monarca los deseos;
Dejarle en paz; y con su triste madre
Prever sus males, y guardar silencio.

(Hace ademan de irse.)

BOABDIL.

No; tened, escuchad.... No, madre mia,
No me dejeis ásí!... Decidme al ménos
Qué brazo me amenaza; y no en tal duda
Me dejeis batallar con mis recelos.
¿Quién el aleve, quién? ¿Hay uno solo
En quien poder fiarme?...

AYXA.

Cuando ciego
En una sola mano deposites
El poder y la suerte de tu imperio;
Cuando á agena merced incauto entregues
Tu corazon, tu libertad, tu cetro,
Pregúntalo á tí mismo.

BOABDIL.

Hablad siquiera,
Proseguid, aclarad....

AYXA.

¿Quieres saberlo?...
No de mi labio, no: primero escucha
Las justas quejas del airado pueblo,
El clamor de tu corte, que abatida
Murmura en vano, y ve con sentimiento
Trocado en vil pupilo de un vasallo
Al que nació para señor de un reino.
Mas no los oigas, no: sordo á sus voces
Y á los fieles impulsos de tu pecho,
Ama tu ceguedad, duerme tranquilo

Junto al profundo abismo ya entreabierto....
Mas por última vez oye á una madre,
Que de un hijo infeliz presiente el riesgo:
El que probó sus fuerzas contra el trono
Mal aprendió, Boabdil, á sostenerlo.

BOABDIL.

¿Qué me anunciais?

AYXA.

¿Te asombras?

BOABDIL.

No mas dudas;
Decid su nombre: ¿Alí?... Mas no recelo
De su amistad; no, madre, no es posible:
Él miró con piedad mi cautiverio
Bajo un padre obcecado; él vengar quiso
Mi opresion, mis agravios y los vuestros;
Y enlazando su suerte con la mia,
Por mí espuso su vida á tantos riesgos....

AYXA.

¡Por tí!... Calla, Mahomad; y compadece
A tu rey infeliz.

BOABDIL.

Rompe el silencio;
Pronto.

MAHOMAD.

¡Ah, señor!...

AYXA *(indicándole que calle.)*

Mahomad...

BOABDIL.

Yo te lo mando.

MAHOMAD.

No os irriteis, señor; ya os obedezco.—
Mas dispensad á mi amistad antigua
Que sienta y llore el doloroso estremo

A que me fuerza mi deber: yo un dia
Tambien, cual vos, imaginé sincero
El corazon de Alí; yo uní á los suyos
Mis votos, mis conatos, mis esfuerzos,
Cual si al único fin se encaminaran
De vuestra gloria y del comun provecho.
Mas.... disculpad al infeliz.... él mismo
De sus propias acciones no era dueño;
Y creyendo quizá serviros solo,
De una débil pasion era instrumento....

BOABDIL.

¡Qué sospechas!... Acaba.

MAHOMAD.

No tan breve
Le condeneis, señor: ni el largo tiempo
Ni sus mismos conatos han bastado
A librarle del triste cautiverio....
Fué su primer amor; desde su infancia
No tuvo otra pasion ni otro deseo;
Y ya cercano al logro de su dicha,
Vió su bien en los brazos de otro dueño....
Él mismo, no ha un momento, en esta estancia,
Me mostró los combates de su pecho;
Mas en vano, señor: la larga lucha,
La ausencia, los obstáculos, los riesgos
En frenesí rabioso han convertido
Su primitivo amor; ni oye consejo,
Ni escucha la razon, ni ve barreras;
Solo ve cerca al anhelado objeto;
Y hoy libre de rivales y contrarios,
Él se teme á sí mismo, y yo le temo.

BOABDIL.

¡Desgraciado Boabdil, ni un solo amigo!...
Yo le he visto solícito, esponiendo

Su propia vida por alzarme al trono;
Y cuando apénas de temor ageno,
A su lealtad me atrevo á confiarme,
Ya me fuerza á mirarle con recelo!...
¿Mas sabes si la infiel?...

MAHOMAD.

....Es desgraciada;
Le amó en su juventud; no vé otro medio
De libertar á un hijo....

BOABDIL.

¿Y Alí acáso?...

MAHOMAD.

Le ha ofrecido salvarle a todo riesgo.

BOABDIL.

¿Quién lo escuchó?

MAHOMAD.

Yo propio.

BOABDIL.

¿Cuándo?

MAHOMAD.

Ahora.

BOABDIL.

¿Dónde?

MAHOMAD.

En este lugar.—

BOABDIL.

(Suspenso y caviloso.)
Así el perverso
Con fingida piedad me disfrazaba
Su criminal amor!... Así por premio
De mi clemencia, el pérfido exigia
De mi mayor contraria el torpe afecto!...

AYXA.

¡Ay, ojalá que el solo amor dictase

Su funesta pasion!... Mas yo entreveo
En ese mismo amor hondos designios,
Que solo de pensarlos me estremezco.
Alí de sangre real!... Alí caudillo
De numerosa hueste.... el pueblo inquieto
Fácil de seducir.... tu lecho estéril....
Morayma hija de Hazen.... ¡Ay, quiera el Cielo,
Tu corona y tu vida preservando,
Desmentir mi fatal presentimiento!

BOABDIL.

¿Mas qué he de hacer?... Decidme; aconsejadme
En tan grave peligro....

AYXA.

¿Y dónde el riesgo,
Dónde está sino en tí? La propia sombra
De tu poder te espanta; y abatiendo
La magestad del trono, débil tiemblas
Ante el ídolo vil, que alzaste un tiempo.
¿Lo has olvidado ya? ¿No es obra tuya
Su orgullo, su poder, su valimiento?...
Habla; y ese coloso, que te asombra,
A un leve soplo le verás deshecho.

BOABDIL.

Vos, vos le conoceis....

AYXA.

Conozco á entrambos:
Temo tu ceguedad; á él le desprecio.—
Ese mismo poder, esa osadía,
Que temible le ofrecen á lo léjos,
Su propia ruina son: desengañados
Sus amigos mas íntimos, sus deudos,
Aborrecen su yugo; y de tu rostro
Esperan la señal de su escarmiento.

Medítalo, Boabdil: sé rey un dia,
O quizá tarde aspirarás á serlo.

BOABDIL.

Antes.... Mahomad, de tu lealtad me fio:
Indaga sus designios, sus intentos;
Sé fiel y espera el premio; mas no olvides
Que pende tu cabeza del secreto.

MAHOMAD.

Señor, mi vida es vuestra.... Mas él viene.

BOABDIL.

Evitaré su vista....

AYXA.

No es ya tiempo.

ESCENA III.

BOABDIL, AYNA, ALÍ, MAHOMAD.

ALÍ.

Gran rey, si ufano del reciente triunfo,
Hoy al nacer el sol fuí yo el primero
Que os dió tan fausta nueva, y de Granada
Os mostró la obediencia y el contento;
Dispensadme, si odiando la lisonja,
A reclamar vuestra piedad me atrevo,
Ya que tan breve el riguroso bando
Ha trocado los vivas en lamentos.
Bien lo preví, señor: los que mas fieles
Vuestra gloriosa causa sostuvieron,
Ven con dolor en inocentes niños
De sus padres vengar los desafueros;
En tanto que las madres afligidas,
Sus tristes hijos presentando al pueblo,
Su compasion implorau, y convierten

El comun gozo en amargura y duelo.
Todo es consternacion: mas que los ayes,
Terror infunde el general silencio;
Y en inquieta zozobra esperan todos
Que revoqueis el rígido decreto.—
Yo lo espero tambien; yo que tan solo
Aguardo esta merced, y parto luego
A reprimir del fiero Castellano
El vano orgullo y temerario intento.
No sé cual pueda ser; mas de la torre
Que domina el vecino campamento,
Se nota su inquietud, y apercibirse
La numerosa hueste con secreto:
Quizá de los vencidos las reliquias,
Que al enemigo campo se acogieron,
Habrán lisonjeado su esperanza
Con falsas nuevas que creyó el deseo;
Quizá con su espulsion postrada juzgan
A la ciudad en triste desaliento,
Y confusa, aterrada, ya la pintan
Cual fácil presa al Español soberbio:
Mas en breve, señor, desengañado,
Aprenderá á su costa á conocernos;
Y viniendo á insultarnos en los muros,
Nos verá provocarle en campo abierto.

BOABDIL.

Sí, parte, caro amigo, honor y gloria
De tu patria, columna de mi reino;
Parte, y vuelve á mis brazos coronado
De nuevo lauro á recibir el premio.
¿Qué no te debo, Alí?... Tú hoy aseguras
Del estado la paz; y no contento
Con vencer sus internos enemigos,
Ya á nuevos triunfos aspirar te veo.

Tú los conseguirás: la inmensa hueste,
Con tu voz animada y con tu ejemplo,
Apénas oiga la señal guerrera,
Segura partirá del vencimiento.
No lo retardes, no: yo el grato anuncio
Voy á dar á los ínclitos guerreros,
Y á mostrar cuan gozoso te confio
La defensa y la gloria de mi imperio.
(Hace ademan de irse.)

ALÍ.

Si al propio tiempo revocais piadoso....

BOABDIL.

Corre á triunfar, Alí: deja que el pueblo
En su ciega inconstancia hoy tal vez llore
Lo que mañana aplaudirá contento.

ESCENA IV.

AYXA, ALÍ, MAHOMAD.

ALÍ.

(Despues de un breve silencio, reprimiendo su enojo.)

¿Es este el galardon?... Mas no te culpo,
Imprudente Boabdil; oculta veo
La ingrata mano....

AYXA.

Otros testigos busca
Para escuchar tus quejas; y te advierto
Que la esposa y la madre de tus reyes
Nunca puede humillarse á tal estremo.

ESCENA V.

ALÍ, MAHOMAD.

ALÍ.

¡Ah! bien merezco tolerar insultos....

MAHOMAD.

Calla, infeliz....

ALÍ.

¿Porqué?... Los que pudieron
Tan en breve olvidar mis beneficios
Callar deben, no yo.

MAHOMAD.

Deja á lo ménos
Que solos, sin testigos ni acechanzas....

ALÍ.

¿Y qué puedo temer?... Ya nada arriesgo:
Cierta es mi ruina, cierta; el temor solo
Detiene ya su brazo.

MAHOMAD.

No tan presto
La imprudencia confundas del orgullo
Con un odio mortal....

ALÍ.

Ménos recelos
Me infunde esa altivez que osada insulta,
Que de Boabdil los pérfidos obsequios.

MAHOMAD.

¿Qué dices?

ALÍ.

Sí, Mahomad: en su alabanza,
En sus falsas caricias, en el ceño
Que su forzado halago desmentia,

Descubrí la ponzoña de su pecho.
¿No le viste, colmándome de elogios,
Fingir olvido, despreciar mi ruego,
Y so color de apresurar mi triunfo,
De sí alejar á un acreedor molesto?...
Ya le agobian mis grandes beneficios;
Pronto querrá librarse de su peso.

MAHOMAD.

No lo dudo, será; ¿mas hay motivo
Para culparle aun?... Quizá secreto
Algun pesar su pecho atormentaba....

ALÍ.

No me he engañado, no: dudé algun tiempo
Miéntras su afan disimulaba en vano;
Mas al oir sus pérfidos acentos,
Escuché mi sentencia.

MAHOMAD.

¿Y te confia
Su hueste y la defensa de su reino
Para darte mas armas? ¿A tal punto
Llegára su imprudencia?...

ALÍ.

A tal estremo
Le arrastra su pavor: tímido, débil,
Por evitar el inminente riesgo
Se espone á mil lejanos, y no cuida
De un porvenir dudoso.... Quizá ménos
Al frente le intimido de las tropas
Que en la ciudad: así se libra á un tiempo
De mi importuna vista, y me abandona
De la azarosa guerra al trance incierto....
¡Quién sabe!... Quizá el pérfido me envia
Cual víctima al suplicio; y al momento
Que vencido me mire y afrentado,

Me inmola á su quietud.... Mas aun es tiempo
De prevenir el golpe ó de vengarle.
(En ademan de irse.)

MAHOMAD.

¿Dónde, imprudente, á dónde?...

ALÍ.

Ni yo mesmo
En mi furor lo sé.

MAHOMAD.

Fiel á tu lado....

ALÍ.

No, querido Mahomad: pues tanto debo
A tu antigua amistad, corre, sondea
La intencion de Boabdil; cual su recelo,
Cuales son sus designios.... Yo entre tanto
Vuelo á ver á Morayma; y si en el riesgo
Que á entrambos amenaza, una voz suya,
Una leve esperanza añade fuego
A mi ciego furor.... con harta sangre
Han de comprar mi ruina los perversos.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

(El teatro representa un salon perteneciente á la habitacion de Morayma.)

ESCENA I.

MORAYMA, ALÍ, FÁTIMA.—Un niño, hijo de Morayma.

MORAYMA.

No mas, Alí, no mas: ¡hoy pierdo un hijo,
Y osas hablar de amor! ¿Qué mas hicieras
Si despues de salvarle y de vengarme,
Demandáras la justa recompensa?...
Pero es mas fácil con promesas vanas....

ALÍ.

Nunca de Alí lo fueron las promesas.
¿Qué ecsigís? Pronto estoy.

MORAYMA.

¿Qué es lo que ecsijo?
Dí qué ecsige tu agravio, tu defensa,
Tu venganza, tu vida....

ALÍ.

Mi amor basta.

MORAYMA.

Siempre amor!... siempre amor!... Vuélvete, deja
Con su dolor á esta afligida madre;
Quizá ahora mismo tu señor te espera
Para arrancar de los maternos brazos....

ALÍ.

No me insulteis, Morayma: Alí dió muestras
De que sabe humillar á los altivos,
No oprimir á la mísera inocencia.

MORAYMA.

Quien sostiene en el trono á su verdugo....

ALÍ.

Hoy sabrá, á pesar suyo, defenderla.

MORAYMA.

Mal la defiende, Alí, quien ve su riesgo,
Y tarda un solo instante en socorrerla.

ALÍ.

Si tardo, culpa es vuestra; una palabra,
Y vuelo á perecer en su defensa....

MORAYMA *(despues de una suspension.)*

Alí, salva á mi hijo!... En tanta angustia
No cesijas de una madre otra respuesta.

ALÍ.

A Dios, Morayma, á Dios: ¿hay ya peligros
Que puedan asombrarme?...

MORAYMA.

Aguarda, espera;
No corras temerario al precipicio....

ALÍ.

No lo temais: mi solo nombre aterra
A Boabdil en el trono; mis parciales,
Mis amigos y deudos le rodean;
Y el pueblo todo, á compasion movido,

Solo aguarda mi voz y mi presencia
Para oponerse al bárbaro decreto....

MORAYMA.

Y despues.... ¡ah, imprudente, cuál te ciega
Ese inútil valor!... Doy que conspiren
En tu favor las tribus mas guerreras;
Que alce el pueblo la voz; que intimidado
Boabdil revoque la fatal sentencia....
¿Mas quién mañana, quién de su venganza
Nos podrá defender?

ALÍ.

La misma diestra.

MORAYMA.

Hoy que afirmas al pérfido en el trono,
Con doblez y rencor tu lealtad premia;
¿Y esperas guarecerte de sus tiros
Provocando su enojo con ofensas?...
Desengáñate, Alí: quizá el ingrato
Tus beneficios perdonar pudiera;
Quizá te perdonára la osadía
De oponerte á su bárbara violencia;
Pero nunca Boabdil dejará impune
El amar á Morayma.

ALÍ.

¿Y yo pudiera
Dejarle impune arrebatar mi dicha,
Pagar mis beneficios con afrentas?
¡Ah! no lo receleis: solo el perderos
Años costó de destructora guerra;
Tal vez Boabdil recordará ya en vano
Lo que mi amor y mi venganza cuestan.

MORAYMA.

Si tu amor, tu venganza tanto pueden,
Corre, dá la señal; mas ántes piensa

Que no hay tregua ni paz con un tirano;
Y que se arruina el que se venga á medias:
O Boabdil, ó Morayma.

ALÍ.

Ya he elegido:
A Dios, Morayma, á Dios!

MORAYMA.

¡Él te defienda!

ESCENA II.

MORAYMA, FÁTIMA.

MORAYMA.

(despues de un corto silencio.)
¿Callas, Fátima, callas?... ¿Qué te admira?

FÁTIMA.

Dejadme que confusa apénas crea
Lo que yo propia oí: ¡la fiel esposa
Del gran Albinhamad, la que tan tierna
Lloró su injusta muerte, y por vengarla
Su propia sangre con placer vertiera,
Hoy su constancia olvida, hoy da esperanzas!...
¡Y á quién, buen Dios, á quién!...

MORAYMA.

Fátima, cesa
De traspasarme el corazon: mi amiga,
Mi consuelo, mi alivio en tantas penas
Llega á dudar de mí!... ¡Fátima teme
Que de mi esposo la memoria ofenda!...
Yo esperé de tu amor que ni un instante
Mi constancia agraviases con sospechas;
Y que al cabo de tantos infortunios,
A tu infeliz amiga conocieras.

FÁTIMA.

¿Mas debí recelar?... ¡Ah! no es posible;
No es Morayma capaz de tal bajeza.
Cuando ciego de amor Alí no duda
Cumplir á todo trance su promesa,
Y por salvar de su rival al hijo,
De sí se olvida y aun la vida arriesga;
¡Una falsa esperanza, una perfidia
Serán su único premio y recompensa!

MORAYMA.

No, Fátima, jamas: salve á mi hijo,
Y no me culpará.

FÁTIMA.

Mas si él anhela
Tan solo vuestro amor y vuestra mano....

MORAYMA.

Tranquilízate, Fátima; no temas
Que pérfida, ni infiel tu triste amiga....

FÁTIMA.

Proseguid; acabad....

MORAYMA.

No estés inquieta:
¿No me ves?... ¿no me ves? Ya mas tranquilo
Late mi corazon.

FÁTIMA.

Mas me amedrenta
Esa aparente calma, esa sonrisa
Que el antiguo furor. Logre siquiera
Saber de vuestro afecto....

MORAYMA.

Que hoy perdia
Al hijo de mi amor; que su defensa
Pendiente estaba de mi propio labio;
Que un momento dudé; mas que tremenda

La triste voz de mi infeliz esposo
Me mandó libertarle.... No mas quieras
Saber de mí; no mas. Si hoy apiadado
El Cielo oye mis súplicas; si venga
De un caro esposo la inocente sangre;
Y me concede por merced postrera
Dejar seguro á mi adorado hijo....

FÁTIMA.

¿Ay, triste amiga!....

MORAYMA.

¿Lloras?... Siempre queda
Al desdichado un medio de salvarse!
No llores, no, por mí.... quizá mis penas
Hoy mismo acabarán. Mas si tan grata
Te ha sido mi amistad, aquí te queda
En quien probar tu amor y tu memoria....
Sé, Fátima, su madre; de tí aprenda
A amar á la virtud; díle que solo
Hasta salvar su vida y su inocencia
Mi vida conservé.... que le ví libre,
Que dí gracias al Cielo, y satisfecha
Volé á abrazar á mi adorado esposo....

FÁTIMA.

¿Qué decís, tierna amiga? ¡En vos cupiera
Ese designio atroz!...

MORAYMA.

Y cuando llore
A su mísero padre.... cuando vea
Con respeto y terror la triste fuente
En que perdió la vida.... *Aquí sus penas,*
Aquí lloraba tu afligida madre....
Aquí besaba la sagrada tierra,
Teñida¡aun con su inocente sangre!...
¿Se lo dirás?... Sí, Fátima; y observa

Su angustia, su dolor.... si te pregunta
Si su madre infeliz le amaba tierna....
¡Ay, hijo mio! Ven, ven á mis brazos;
Y mira si te amo....

(Va á abrazar á su hijo, y suspéndese asombrada, como si oyese ruido hácia la puerta.)

¿Mas qué suena?...
¿Oiste, Fátima, oiste?

FÁTIMA.

El dolor mismo
Os finge esa ilusion....

MORAYMA.

No; ya se acerca
El confuso rumor, y con espanto
La sangre toda en mi interior se hiela....
Ellos son!... ellos son!... ¡Hijo del alma,
Quizá te abrazo por la vez postrera!...

(MORAYMA *ampara con sus brazos á su hijo, al ver entrar la guardia africana de* BOABDIL *y á él en seguida.*

ESCENA III.

MORAYMA, BOABDIL, FÁTIMA, GUARDIA AFRICANA.

BOABDIL.

Pronto: cumplid mi órden. ¿Qué os suspende?
De entre sus mismos brazos con violencia
Arrancadle al instante.

MORAYMA.

Antes mi vida....

¡Ay de mí!

(MORAYMA *cae desmayada al quitarle su hijo;* FÁTIMA *la sostiene; y el gefe de la guardia parte con el hijo de* MORAYMA, *al recibir la órden de* BOABDIL.)

BOABDIL.

A ti lo fio; y tu cabeza
Me responde, Aliatar, de su custodia.—
Vosotros apartad de mi presencia
A esa aleve....

FÁTIMA.

¡Señor!

BOABDIL.

Si la amas tanto,
Díle que un hijo me responde de ella.

(FÁTIMA *retira á* MORAYMA, *que aun permanece desvanecida, ayudándole algunos de la guardia de* BOABDIL, *que no habrán ido con* ALIATAR.)

ESCENA IV.

BOABDIL.

Ya respiras, Boabdil; ya desarmaste
A esa pérfida hermana.... ¿Y no te queda
Un contrario mas fiero y mas temible?...
¡Desdichado Boabdil, cuál es tu estrella!
Temer, vengarte, odiar aborrecido,
Y maldecir tú mismo tu grandeza.

ESCENA V.

BOABDIL, MAHOMAD.

MAHOMAD.

No hay ya duda, señor: habló á Morayma,
Juró esponer la vida en pro y defensa
De su proscrito hijo; pidió en premio
Su corazon, su mano.... Mas no era
Bastante aun el libertar á un hijo;
Ecsigen mas, señor!... Pero se niega
Mi labio á pronunciarlo....

BOABDIL.

Dí; no tardes....

MAHOMAD.

Sangre ecsigen tambien.

BOABDIL.

¿Y cuál?

MAHOMAD.

La vuestra.

BOABDIL *(despues de una suspension.)*

¡Piden mi sangre! ¡y quién, mi propia hermana!

MAHOMAD.

Yo con horror y asombro pude apénas
Escucharlo de Alí: ciego de ira,
De amor y de venganza, ante las puertas
De este alcázar le hallé; su voz, su rostro
Manifestaban su pasion funesta,
Aun mas que los acentos mal formados
Que su furor dictaba....

BOABDIL.

¿Mas qué intenta?
Nada me ocultes, nada.

MAHOMAD.

En su delirio
Apénas él lo sabe; mas no encuentra
Barreras que le atajen, ni peligros
Que no atropelle osado. Solo anhela
El amor de Morayma; y vos, vos solo
Sois ya el único obstáculo.—Yo en prueba
De mi antigua amistad, procuré en vano
Refrenar su pasion; mas su violencia
Cómplices busca en su fatal designio,
No razon, ni consejo; y cual si fuera
Igual en todos el amor, la ira
Que á tal punto le arrastran, ni aun sospecha
Que le puedan negar su voz y brazo
Para el crímen atroz que hoy mismo intenta.

BOABDIL.

¡Hoy mismo!...

MAHOMAD.

Sí, gran rey: á una voz suya,
Armadas juzga las terribles diestras
De sus deudos y amigos; sublevado
El inconstante pueblo en su defensa;
Y por saciar su amor, la triste patria
De sangre y luto y mortandad cubierta.

BOABDIL.

¡Ay, Mahomad!... en tí solo, en tí confia
Tu desgraciado rey.... ve, corre, vuela,
Preven á los caudillos mas leales....

MAHOMAD.

Ya lo estan; no temais.

BOABDIL.

¿Y quién pudiera?...

MAHOMAD.

Vuestra madre, señor, que previó cauta

El aleve designio.

BOABDIL.

Mas si llega
A conmoverse el pueblo....

MAHOMAD.

Aun ve aterrado
El estrago y la ruina que le cuesta
La discordia fatal; y aunque mostrara
Su estéril compasion, cuando ya vea
Que en vez de llanto se le pide sangre,
¿Por ageno interes querrá verterla?

BOABDIL.

Con todo, ve, no tardes; oye, indaga....

ESCENA VI.

BOABDIL, MAHOMAD, AYXA.

AYXA.

¿Qué haces, Boabdil, qué haces? ¿A qué esperas?

BOABDIL.

¿Ah, madre mia! en tan cruel conflicto
No, no me abandoneis....

AYXA.

¿Y qué te inquieta?
Ya su lealtad te ofrecen mil caudillos....

BOABDIL.

¿Mas dónde está el traidor? ¿qué es lo que intenta?
¿Ha concitado al pueblo?

AYXA.

Un fiel esclavo
Le llevó con ardid la infausta nueva

De la prision del hijo de Morayma;
Y la misma pasion que ahora le ciega,
Su brazo detendrá. Mas no es bastante
Suspender su atentado; hoy mismo es fuerza
Que de una vez acaben para siempre
Su ambicion, sus designios, su soberbia.—
¡Y callas!... ¡y aun vacilas!... Pues bien: baja,
Baja del trono como débil hembra,
Ya que no obras cual rey; pero no aguardes
Que tu madre infeliz víctima sea
De tu propia flaqueza, y vil escarnio
De un fiero usurpador.... ¡Antes perezca,
En las ruinas del trono sepultada,
Que sufra infame tan indigna afrenta!...
(En ademan de irse.)

MAHOMAD.

No, gran reina, dignaos....

BOABDIL.

¡Mi propia madre
Así me desampara!

AYXA.

¿Y qué aprovecha
Con inútiles voces advertirte
Tu peligro, tu ruina?... Hoy te aconseja
Tu desgraciada madre; hoy ves cumplirse
Su fatal vaticinio; y cuando espera
Que al punto acudas á evitar el golpe,
¡Incierto dudas, y cobarde tiemblas!

BOABDIL.

No tiemblo, no; pero dejadme al ménos
Deliberar....

AYXA.

Un rey no delibera;
O triunfa, ó perece.

BOABDIL.

¿Mas qué medio
De triunfar?

AYXA.

¿Lo ignoras?

BOABDIL.

Cuando apénas
Respira el pueblo de tan larga lucha....

AYXA.

Tu misma indecision hoy le condena
A nuevos infortunios: solo un golpe,
Una víctima sola le liberta
De destrozar él propio sus entrañas,
Tu trono afirma, tus insultos venga....
¡Y osas dudar aun!... Espera, aguarda
A que vuelto el traidor de su sorpresa,
Sabedor de su riesgo y tus designios,
Si el débil pueblo su favor le niega,
Se presente á las tropas....

BOABDIL.

¡No! volemos
A acelerar su ruina; mas no sepa
Que penetré su infame alevosía....
Corre, Mahomad; disipa sus sospechas;
Suspende su furor.... Y vos en tanto
Venid; á vos me entrego.... y pues me fuerzan
A ser cruel y á derramar mas sangre,
Sálvese un pueblo, y el traidor perezca.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

(Es de noche: el teatro representa el famoso *patio de los leones*, con la fuente de este nombre en medio: varias calles de agrupadas columnas forman el contorno, que se pierde á larga distancia; óyese de cuando en cuando el sordo ruido del viento, y se divisa en el suelo una compuerta de hierro, que denota cerrar la entrada de un camino subterráneo.)

ESCENA I.

MORAYMA, FÁTIMA.

MORAYMA.

(Acercándose lentamente.)

¿Tiemblas, querida amiga? ¡Ay! tú no eres
Infeliz, cual Morayma.... Este silencio,
La soledad, la noche, el triste sitio,
El eco sordo del lejano viento,
Con magestad terrible lisonjean
Mi profundo dolor.... y apénas huello
Estas sangrientas losas, me parece
Que á mi querido Albinhamad me acerco.
Allí, Fátima, allí....

FÁTIMA.

¿Y así vos misma
Quereis acrecentar vuestros tormentos,
En vez de consolarlos?... Hoy que sufre
Tan grave angustia vuestro tierno pecho,
¿Venís incauta á este lugar aciago
A renovar tan míseros recuerdos?...
No, triste amiga, no: quizá fingido
Fué el misterioso aviso, y Alí mesmo
Lo ignorará tal vez.... Pero si intenta,
A favor de la noche y del secreto,
Hablaros y salvar á vuestro hijo,
Cual anunció el esclavo, ¿no hay mas medio
Que venir á esta estancia pavorosa,
Que en su furor maldijo el mismo Cielo?...
¡Ay, tierna amiga! huyamos de este sitio,
Fatal á la inocencia.... yo os lo ruego
Por mi ley, por mi amor....

MORAYMA.

Sí, caro esposo,
Ya oigo tu triste voz!... y si conservo
Mi amarga vida por salvar á un hijo,
Tu imágen, tus delicias.... ¡Con qué estremos
De amor y de ternura le abrazabas
En la noche fatal!... Aun te estoy viendo,
Al recibir el pérfido mandato,
No poder apartarle de tu seno,
Dejarle entre mis brazos, y mil veces
Por la postrera vez volver á verlo....
¡Ay, triste esposo, quién, quién me dijera
Que era la última vez!... Quizá tu pecho
Lo presagió leal; mas no quisiste
Partirme el corazon.... Yo te ví lento
Seguir á tu verdugo, y con los ojos

Despedirte de mí.... ¡Con qué tormentos
En el trance fatal te acordarias
De tu infeliz Morayma!...

FÁTIMA.

Hácia lo léjos
Suena rumor....

MORAYMA.

¿Qué dices?

FÁTIMA.

Pronto huyamos....

MORAYMA.

Alí será; no temas: los perversos
No osarán profanar con su presencia
Esta mansion de muerte.... Ven; lleguemos.

ESCENA II.

MORAYMA, FÁTIMA, ALÍ.

ALÍ.

Morayma....

MORAYMA.

El es.... ¿A dónde está mi hijo?

ALÍ.

En este mismo instante vais á verlo.

MORAYMA.

¡A mi hijo!... No así, no así te burles
De esta mísera madre.... ten al ménos
Piedad de su dolor! Dime si vive,
Si está afligido, si me busca inquieto....

ALÍ.

Vos misma lo vereis.

MORAYMA.

¿Será posible?...

ALÍ.

Sí, desgraciada madre: al fin el Cielo
Os mira con piedad; y cuando en vano
Redoblé mis inútiles esfuerzos;
Cuando apénas hallé quien no temblase
Al contemplar mi arrojo; y de ira ciego,
A perecer impávido corria,
O á sublevar al inconstante pueblo;
Un esclavo leal me dió el aviso
Del último infortunio.... y al momento
Temblé por vos, por vuestro tierno hijo....

MORAYMA.

¡Ay! yo tambien temblé; yo ví su riesgo,
Al recobrar la vida; y que yo propia,
Yo traspasaba su inocente pecho.

ALÍ.

Ese mismo temor, vuestro peligro,
Vuestro espreso mandato suspendieron
Mi inútil frenesí; dudé indeciso,
Vacilé largo espacio.... Mas el celo
Del fiel Mahomad me socorrió piadoso,
Me salvó de mí mismo: no era tiempo
De elegir, de dudar; mi propio amparo,
Hasta mi triunfo os era mas funesto
Que el ódio de Boabdil; y ya veian
Mis tristes ojos su puñal sangriento....
En tanta angustia, en tan cruel conflicto,
El Cielo mismo nos inspira el medio
De salvar á esa víctima inocente....

MORAYMA.

¡No me engañas, Alí?... ¿Volveré á verlo,
A abrazarle otra vez?

ALÍ.

El oro pudo

Lo que en vano esperé de mi ardimiento:
Con dádivas, con ruegos, con promesas
A Aliatar sedujimos; y el deseo
De gozar en su patria sus tesoros
Su pecho nos rindió.

MORAYMA.

Dios justo y bueno,
Está afligida madre te bendice
Por tu inmensa merced! Vuelve á mi seno,
Vuélveme, ó Dios, á mi adorado hijo,
Y abrazados, contentos morirémos!...

FÁTIMA.

¿Qué decís?

ALÍ.

¿Qué anunciais?... Libre, seguro
La aurora le verá: ya con secreto
Está su pronta fuga concertada....

MORAYMA.

¿Léjos de mí?.... ¡Jamás!

ALÍ.

¿Y qué otro medio
Nos queda de salvarle?

MORAYMA.

¿Y no le queda
El de morir conmigo?.. Quizá el Cielo
Nos quiere unir á su inocente padre....

FÁTIMA.

¡Ah¡ no insulteis en tan fatal momento
Su inefable bondad: ya que piadoso
Os salva á un hijo de tan grave riesgo,
No querais esponer su triste vida,
Y al Cielo calumnieis.

ALÍ.

Él nos ha abierto

La funesta prision; él ha arrancado
La triste presa á su verdugo fiero;
Él nos muestra la senda; él nos prescribe
Libertar esa víctima.... y tremendo
Ya, ya os demanda su inocente sangre,
Si os negais á su voz!... Pero no temo
De vos tanta crueldad: justo es el llanto,
Justo vuestro dolor y desconsuelo;
Os apartais de vuestro tierno hijo....
Mas recordad tambien que un breve esfuerzo
De las garras le salva de la muerte;
Y que mañana para siempre es vuestro.
Por esa oculta subterránea senda,
Que labró de Boabdil el torpe miedo,
Le conduzco seguro hasta mi campo:
En él hallará asilo; mis guerreros
Guardarán cual depósito sagrado....

MORAYMA.

Calla, Alí.... ¿No escuchais?... Ya oigo á lo léjos
Silenciosas pisadas.... ¡Es mi hijo!
Voy á verle, á estrecharle.... Mas el viento
Burló mi triste afan.... ¡Ah! tú me engañas;
Le perdí para siempre.

ALÍ.

Compadezco
Vuestra tierna inquietud....

MORAYMA.

¿Y porqué tardas?
¿A quién lo encomendaste? ¡En tanto riesgo
Le abandonaste así!... Quizá á estas horas
Amenazan su vida.... tú, tú mesmo
Le vendiste tal vez.... Mas no, perdona;
Mira la situacion en que me encuentro,

Y ten piedad de mí.... Corre á buscarle,
Vuelve con él.... ¿No vas?

ALÍ.

Ya llegan: vedlo.

ESCENA III.

MORAYMA, FÁTIMA, ALÍ, MAHOMAD con EL HIJO DE MORAYMA, ALIATAR, *que se queda en el fondo del teatro, y trae oculta con el albornoz una antorcha encendida.*

(Los actores, en esta escena, se colocarán de esta suerte: Morayma en el centro; á su derecha Fátima, y á su izquierda Alí; al lado de este, y cerca del camino subterráneo, Mahomad.)

MORAYMA.

(Corriendo hácia su hijo.)

Ven, hijo mio, ven!...

MAHOMAD.

Pronto: á salvarle!

MORAYMA.

(Sentándose en un banco de piedra.)

Así, hijo mio, enlázate á mi cuello;
Mas todavía, mas.... ¿Quién en el mundo
Podrá ya separarnos?... ¿Mas qué advierto?
¿Lloras tambien?... Yo lloro de ternura,
De volverte á estrechar contra mi seno....
No temas, no; te encuentras en los brazos
De tu madre infeliz.

ALÍ.

No malogremos
Tan propicia ocasion....

MAHOMAD.

A cada instante
Se aumentan los obstáculos y riesgos....

FÁTIMA.

¡Quién sabe si á estas horas ya el tirano....

MORAYMA.

¿Y qué quereis de mí?

ALÍ.

Solo queremos
Salvar á vuestro hijo.

MORAYMA.

¿Y arrancarle
De mis brazos?... No; nunca! Antes prefiero
Morir con él mil veces.—No, hijo mio,
No tienes que temblar; yo te defiendo.

FÁTIMA.

¡A qué punto, Morayma, triste amiga,
Os ciega la pasion y el sentimiento!
¿Cómo olvidar podeis que ha un solo instante
Le llorabais perdido....

ALÍ.

Y que ahora mesmo,
En poder del tirano y sus verdugos,
A una voz suya todos perecemos?

MORAYMA.

Pues salvaos.

ALÍ.

¡Salvarnos!... No, Morayma,
No así agravicis nuestra amistad y afecto;
Si temblamos, por vos solo temblamos,
Y por ese inocente.

MORAYMA.

No ha un momento
Que te tengo, hijo mio; y ya pretenden

Apartarme de tí!

ALÍ.

Pero si vemos
Que de un momento solo, de un instante
Pendiente está su vida....

MAHOMAD.

Y que el postrero
Es este ya quizá....

MORAYMA.

Pues bien, dejadme;
Pronta estoy á morir.

FÁTIMA.

Ved que ese empeño....

MORAYMA.

¡Tú tambien contra mí!... Dejadme todos,
Dejadme con mi hijo; nada temo.

ALÍ *(despues de una breve pausa.)*

¿Estais resuelta?...

MORAYMA.

Sí.

ALÍ.

Mahomad, amigo,
Sálvate tú.... conduce al campamento
A ese infeliz tambien; y allí en mi tienda
Hallará mis tesoros.... A lo ménos
No sufra yo el dolor de ser testigo,
Causa de vuestra muerte!

MAHOMAD.

Compañero
En todos tus peligros....

ALÍ.

No, no quieras
Mas infeliz hacerme.... yo agradezco
Tu generosa oferta, y con mi sangre

Pagártela querria; mas te ruego
Por última merced que aquí me dejes,
Y te salves al punto.

MORAYMA.

¡Alí!....

ALÍ.

No tengo
Nada mas que pedirte.... y que no olvides
A tu mejor amigo....
(Alargándole la mano.)
A Dios: el Cielo
Te ampare y te proteja!

MORAYMA.

¡Alí!....

ALÍ.

¿Qué aguardas?
Vete, amigo, ve en paz.... Sabes, ha tiempo,
Que sé esperar la muerte.

MORAYMA.

(Levantándose con precipitacion.)
No; detente,
No te vayas, Mahomad.... Yo sola debo
Ser infeliz, yo sola.... Hijo del alma!
Ya te perdí.—

ALÍ.

Vuestro dolor acerbo
Os hace ver mil riesgos que no ecsisten:
¿Qué pudierais temer?

MORAYMA.

¿Qué es lo que temo?...
No tienes hijos, no; si los tuvieras,
No me lo preguntáras.

ALÍ.

Mas si advierto

Que vuestro mismo amor os representa
Mil soñados peligros....

MORAYMA.

¿Y si ciertos
Fueran tal vez?... ¡Dios mio! de pensarlo
Siento un sudor de muerte....

ALÍ.

Sin recelo
Entregadme, Morayma, á vuestro hijo:
Alí le lleva, y le protege el Cielo.

FÁTIMA.

No dudeis, triste amiga: un solo instante
De valor, y está en salvo.

MORAYMA.

¿No hay remedio?

ALÍ.

¿Y cuál otro nos queda?

MORAYMA.

¿No hay ninguno?

ALÍ.

Por mi parte, Morayma, no lo encuentro.

MORAYMA.

¡Ninguno!... Infeliz madre, salva á un hijo,
Y espira de dolor.... Yo te lo entrego,
Alí.... mi vida misma te confío,
Mas que mi vida, sí.... Pero á lo ménos
Que le vuelva á abrazar.... ved que hasta el alma
Se me arranca con él!

(Morayma, ya en el acto de entregar á su hijo, vuelve á retirarlo y le abraza.)

FÁTIMA.

¿Mas á qué efecto
Prolongar, triste amiga, la amargura

Del duro sacrificio? Un solo esfuerzo,
Uno solo, Morayma....

MORAYMA.

Sí.... estoy pronta....
Mas no sé que fatal presentimiento
Me oprime el corazon....

FÁTIMA.

La misma lucha,
Que estais en este instante padeciendo,
Os causa esa congoja....

MORAYMA.

No lo creas;
Este afan, esta angustia que ahora siento
No la sentí en mi vida, y es presagio
De mayores desdichas.... Yo te pierdo,
Hijo mio, te pierdo! de una madre
El corazon no miente.

FÁTIMA.

Resolveos,
Desventurada amiga....

ALÍ.

De vos sola
Pendiente está su suerte....

FÁTIMA.

Animo, aliento,
Morayma....

MORAYMA.

Sí.... ya voy.... toma en tus brazos....
¡Hijo de mis entrañas!... Vedlo, vedlo,
No me quiere soltar.

FÁTIMA.

Dádmele....

MORAYMA.

Voy.....

FÁTIMA.

(Desprende de los brazos de MORAYMA *á su hijo, y se lo entrega de pronto á* ALÍ.)

Sálvate, Alí.

MORAYMA.

No; aguarda!... Ya no puedo
Mas....

FÁTIMA *(sosteniéndola.)*

¿Qué teneis?...

ALÍ *(á Mahomad.)*

Consuela tú y ampara
A esa infeliz, en tanto que yo vuelo
A salvar á su hijo....

MORAYMA.

Aguarda....

ALÍ.

Pronto,
Aliatar....

(Este se habrá ido ántes acercando, y acude presuroso.)

MORAYMA.

¡Un instante!

ALÍ.

A Dios: te ofrezco
Perder por él la vida.

MORAYMA.

¡Un solo instante!
Siquiera por la angustia que padezco....

(ALIATAR *habrá ya abierto la compuerta, ayudándole* MAHOMAD, *y estará dentro del subterráneo, con la antorcha encendida:* ALÍ *entra velozmente detras de él con el Niño:* FÁTIMA *detiene en sus brazos á* MORAYMA: MAHOMAD *se aleja y desaparece.)*

ESCENA IV.

MORAYMA, FÁTIMA.

MORYAMA.

(Se acerca, y se inclina hácia el camino subterráneo, cuya puerta habrá quedado abierta.)

Hijo mio.... hijo mio.... ¡Cómo llora
La prenda de mi alma!...
(Hincase de rodillas con el mayor abatimiento.)
Dios eterno,
Amparo y protector de la inocencia,
Tú que ves la afliccion y desconsuelo
De esta madre infeliz, salva á mi hijo,
Y ampara su orfandad!... Yo te lo ruego
Por la inocente sangre de su padre,
Por las amargas lágrimas que vierto,
Por mi inmenso dolor.... Salva á mi hijo!

(En este punto, óyese un confuso rumor en la senda subterránea, y se distingue la voz de Alí, *que esclama:)*

ALÍ.

¡Asesinos!...

MORAYMA *(alzándose despavorida.)*

¡Gran Dios!

FÁTIMA *(en ademan de contenerla.)*

¿Qué haceis? Teneos....

(Oyese mas profunda y desfallecida la voz de Alí.*)*

ALÍ.

¡Asesinos!....

MORAYMA.

Apártate.... Hijo mio!
Yo moriré á tu lado....

FÁTIMA.

¿Y ese estruendo?...
(Suena en el fondo del teatro un ruido espantoso, y se oyen los gritos de la guardia:)

GUARDIA *(dentro.)*

Traicion!... traicion!...

FÁTIMA.

(Arrojándose á los piés de Morayma.)
Tened.....

MORAYMA.

(Con el pasmo del dolor.)
¿Oiste el quejido?
Murió.... murió.... su sangre correr veo....

ESCENA V.

MORAYMA, FÁTIMA, BOABDIL, AYXA, MAHOMAD, GUARDIA AFRICANA, Y GENTE DEL PALACIO.

(Entran precipitadamente por todos lados la guardia y los satélites de BOABDIL, *con sables desnudos y antorchas encendidas: síguelos el* REY; *y poco despues* AYXA, *que se colocará á su derecha, y* MAHOMAD *que se quedará algo detrás:* FÁTIMA *se aparta un breve espacio:* MORAYMA *permanece inmóvil.)*

BOABDIL *(al salir.)*

Corred, volad, buscad por todas partes;
Hasta en el mismo centro de la tierra

Perseguid al malvado.... ¡Aquí Morayma!
No hay duda, amigos: la traicion es cierta.

AYXA.

(Señalando la compuerta de hierro.)
¿No ves, Boabdil, no ves?....

BOABDIL.

Id al instante,
Y conducidle muerto á mi presencia.
(Los mas de la guardia permanecen en la escena; algunos corren y entran en el subterráneo.)

MORAYMA.

(Enagenada y fuera de sí.)
¿Y mi hijo, Boabdil?... ¿Dónde le ocultas?
Vuélvemelo, cruel; y que siquiera
Le abrace al espirar....

BOABDIL.

¡Hola! llevadla
Donde jamas su voz á escuchar vuelva.

MORAYMA.

¡Sin mi hijo!... no.... no.... yo no le dejo
En tu poder, malvado: tú quisieras
Arrancarle la vida; y él no tiene
Mas amparo que yo.

AYXA.

¿Cómo toleras
Que te insulte esa infame?

MORAYMA.

¿Y tú quién eres,
Muger cruel, quién eres, que así anhelas
La sangre de mi hijo?... Si eres madre,
Permita Dios que como yo te veas!

AYXA.

¡Infeliz!....

MORAYMA.

¿Me amenazas?... Tú no sabes
Que he perdido á mi hijo, y no me queda
Que perder en el mundo.... mira, mira:
Tranquila estoy.

(Clava en ella sus ojos, con una risa sardónica.)

BOABDIL.

No mas.

(Sale del subterráneo un caudillo de la guardia, trayendo muerto en sus brazos al hijo de MORAYMA *ensangrentado, y va á presentarlo á* BOABDIL.*)*

CAUDILLO.

Junto á la puerta,
En su sangre nadando hemos hallado
A Alí con este niño....

MORAYMA.

¡Ay!

BOABDIL.

Detenedla.....

*(*MORAYMA *habrá vuelto de repente el rostro, al oir las últimas palabras del caudillo de la guardia; y al ver á su hijo, arroja ese grito, y corre á abrazarle: al llegar junto á él, cae desplomada.—*FÁTIMA *acude á su socorro, y se coloca junto á ella.—Algunos de la guardia, que habrán hecho ademan de ir á detener á* MORAYMA, *quédanse suspensos.)*

Conducidla al instante á su aposento;
Y en volviendo á la vida....

FÁTIMA.

Ya no alienta
La infeliz....

BOABDIL.

¿Es posible!

FÁTIMA.

El mismo estremo
De su dolor la ahogó.... ¡Quién te siguiera,
Amiga desdichada!....

BOABDIL.

Pronto, huyamos
De este lugar de horror....

AYXA.

¿Qué te amedrenta?
Oye, aguarda....

BOABDIL.

Venid, seguidme todos....
Bajo mi planta misma huye la tierra.

FIN DE LA TRAGEDIA.

EN LA MISMA LIBRERÍA SE HALLARÁN

LAS PIEZAS SIGUIENTES.

El Duque de Peutiebre.
El Contumaz.
Los dos Ingleses.
El Expósito.
Edipo, tragedia.
Treinta años, ó la vida de un Jugador.
Quince años, ó los efectos de la perversion.
Las diez de la noche, ó los estremados efectos de una revolucion.
La Llave falsa.
Los Jueces francos.
El Sepulturero.
Para servirte me caso ó la novia tapada.
La capilla en los bosques, ó el testigo invisible.
Los Templarios.
La Dama colérica.
La indulgencia para todos.
A Madrid me vuelvo.
Los dos Sobrinos.
Un año despues de la Boda.
El Pelayo.
Oscar hijo de Hosian.
La Raquel.
La escuela de los maridos.
La Cabeza de bronce.

197

MUCHOS VIEJOS.

JUGUETE COMICO
EN VERSO,

POR

J. GARCIA DE LA HUERTA.

HABANA.

Imprenta de Barcina, calle de la Reina
N. 6.——1850.

A su amigo el Sr. D. Francisco Polanco.

EL AUTOR

PERSONAS.

DOÑA CRISPULA, vieja verde.

D. PANCRACIO, viejo disfrazado de tal.

D. HOMOBONO, viejo hacendado.

D. TIMOTEO, viejo militar retirado.

TOMAS, criado viejo.

Vários viejos que apénas hablan.

La escena pasa en Madrid en la actual época.—El teatro representa una sala decentemente amueblada con una puerta al fondo y dos laterales.

ACTO UNICO.

ESCENA I.

Doña Críspula sentada, y Tomas de pie.

Doña Críspula.

Por leerlo, hasta no mas
estoy rabiando....

Tomas.

El papel
eso dice; aquí está él.
(*lo toma de la mesa y lo entrega.*)

Doña Críspula.

Pues dàmele acà, Tomas.
Ah! conforme lo escribiste
se encuentra aquí, mira, escucha: (*lee.*
"Una viuda á quien asiste
fortuna saneada y mucha,
marido obtener desea;

mas que sea entrado en años,
que así la anciana ó la fea
se evitan mil desengaños.
Ella es tambien, no lo oculta,
de una edad algo mayor,
(en esto quizás abulta.)
Acudir puede el postor
à la calle de Belen,
esquina...” ¡Bien, satisfecha
me encuentro ahora; muy bien!
y luego sigue la fecha.

Tomas.

¡Señora! ¡casarse ahora!

Doña Crispula.

Eh! chiton!

Tomas.

Pero..... señora!

Doña Crispula.

¿No le busco entrado en años?

Tomas.

Eso es peor, repeor;
es reunir toses con asmas,
y estar á mas y mejor
cambiándose cataplasmas;
ó que en la noche de boda,
todo tembloso el galan,

ponga en pié la casa toda,
ó usted, que ataques la dan....

Doña Críspula.

¡Vaya un argumento *ad hoc*:
¡no me curo los ataques
con el unto *opodeldoc?*
pues con èl no temo achaques!

Tomas.

Señora, nací en la casa,
ya con los setenta friso,
y à los ocho, edad escasa,
que usted naciera Dios quiso;
con que sumando la cuenta.
un año del otro en pos,
ya no tiene usted sesenta,
tiene usted sesenta y dos!

Doña Críspula.

Tonto, insulso, mal criado,
vaya usté á cuidar su puerta!
juraría, hombre menguado,
que se la ha dejado abierta.

Tomas (en son de irse y cantando.)

Mal me quieren mis comadres,
porque digo; porque digo.....

Doña Críspula. (furiosa)

Por San Francisco! ¡no ladres!
Este hombre es el enemigo!

Tomas. (*siguiendo*)

Mal me quieren, mal me quieren
porque digo las verdades! ...

Doña Críspula

¡No te querrán los que vieren
que eres saco de maldades!
¡Cuidado, Tomas, si dices,
ante ningun candidato
mi edad!....

Tomas.

Que sean felices;
no les haré este relato;
pero, escuche usted, señora,
los años dan esperiencia,
y puedo jurarle ahora
que esta es mejor que la ciencia.
La suerte tratarme quiso
mal, aunque tuve mi estudio;
un mal paso en un mal piso
fué de mi vida el preludio;
conque empezando á vivir
con la desgracia por guia,
he venido á deducir,
que hoy sè, que ayer no sabia.
Cristo me presta su luz
en esto de matrimonio,
por eso le hago la cruz!
como si fuera el demonio.
Esto lo hago, cuando son
ella y *él* jóven pareja:

¿qué haré, pues en conclusion,
cuando la pareja es vieja?
Si aquella los arañazos
suple á la luna de miel:
¿qué no se harán dos pelmazos
que tienen luna de hiel?
Solo una ventaja advierto,
y aun esta produce risas,
que ella momia y él un muerto,
no se pondrán cornapisas.

Doña Críspula.

¡Delante de mí, Tomas,
esa espresion indecente!

Tomas.

A nuestra edad, por San Blas,
eso y aun mas se consiente:
no somos niños ahora
para candor usar tanto,
y tales niños, señora,
ya están curados de espanto.

Doña Críspula (aparte)

A este viejo le echaría
de casa; pero eso fuera
borron para mí este dia.
¡Me vió nacer!

Tomas.

En su esfera,
ó en su condicion, sus casos,

cada cual guarde los usos,
pues todos los malos pasos
consigo arrastran abusos.

Doña Críspula.

Váyase usted á su puerta
y guárdese los consejos.

Tomas.

¿Soy regañon? ¿Pues no acierta
que eso es propiedad de viejos?
(*llaman á la puerta.*)

Doña Críspula.

Llaman; vaya usted á abrir.

Tomas.

Tan pronto voy como puedo. (*vase.*)

ESCENA II.

Doña Críspula.

Cuanto él me sepa decir
á fé que me importa un bledo.
Pues què! ¿tan vieja soy yo?
Yo no dirè que haya prole;
mas ¿quién por tal no admitió
de un dulce yugo la mole?
¿Hay mas placer que trazar
en un papel ó targeta;

Crispula Fox, y agregar
de Huerta, *de* Iturzaeta?
Oh! pues no admito litigio,
que un matrimonio, aseguro,
que dá á la muger prestigio....
¿Vestir santos? ¡Trance duro!

ESCENA III.

Dicha, Don Homobono, á quien anuncia Tomas, retirándose al punto.

Tomas.

Don Homobono de Roja.

Doña Crispula. (*ap.*)

¿Si será algun pretendiente?
Que entre..... (*alto.*)

Don Homobono, (*haciendo una cortesía muy pausada.*)

Leí en una hoja...
en un diario... está vigente...
quizás me habré equivocado...

Doña Crispula.

Siéntese usted: hablaremos...

Don Homobono.

Una cosa... así... de boda...

Tal vez... nos entenderemos...
esa es mi codicia toda.

Doña Críspula.

Pues, sí señor; entendido
que esas cosas se hablan ántes.

Don Homobono.

Oh!... no digo! por sabido...
se empieza por ser amantes.

Doña Críspula.

Aun ántes de serlo, es caso
estipular condiciones;
porque de golpe y porrazo
suelen darse tropezones.
Estas cosas tan sagradas
deben estudiarse mucho...
¡pobres sinó las casadas!
Empiece Vd.; ya le escucho.

Don Homobono.

Lo haré: señora, mi edad...
(es lo primero, por Dios)
raya, es decir la verdad,
casi.... en los cincuenta y dos.

Doña Críspula.

(*ap.*) Mas doce.

Don Homobono.

Una edad, á fé,
de fuerza aun, de vigor...
Mi caudal odo en café.

Doña Críspula.

Hoy tiene poco valor.

Don Homobono.

Así, así. Con un sistema
de mediana economía,
bien alcanzo la pamema
de tres durejos al dia.
Mis costumbres... está mal
que elogie yo mis costumbres;
pero en ellas un raudal
ofrezco de mansedumbres.
Teniendo la sustanciosa
sopa, el puchero nutrido,
buenos bocados, es cosa
de hallarme siempre rendido.
Por la boca muere el pez,
y este sabido refran
es mi lema, toda vez
que las rentas se me van.
¿Concluyó el mes? Ya no hay *mus*.
Y á no entrar el dia primero
con un refuerzo... ¡Jesus!
ni pensar en ello quiero!
Criadillas, queso, jamon,
aceitunas sevillanas...
¿Habrá mejor batallon

para esto de abrir las ganas?
Sé guisar unos frijoles
que se chupa usted las manos
¡Y una sopa de rabioles!...
En mi poder los marranos
electrizan á cualquiera;
cuando guiso un marranito,
si hay alguno que se muera,
que venga, lo resucito.
Aquesta es la habilidad,
señora, en que sobresalgo:
confesarla es, en verdad,
decir todo lo que valgo.
¿Dulce? dos dientes perdí;
nada mas que dos... es cierto...
pero en la aficion seguí
que perderé cuando muerto.
Mi vestir, sério; mis horas
de cama, siempre serenas;
solo unas toses traidoras
las unas, las mas son buenas.

Doña Críspula.

Pues yo mis tres onzas diarias
que sé emplear muy *ad hoc*,
y en el año noches várias
necesito *opodeldoc*.

Don Homobono.

Oh! lo usaremos unidos;
mútuos serán los socorros,
y, como esposos queridos,
mútuos al par los ahorros.
Esto, de noche; de dia,

los asuntos del mercado;
es decir: la chirivía,
la col, el berro, el pescado;
los menudos de la res,
con los cuales, no es lisonja,
sé halagar, por San Andres,
los caprichos de una monja.

Doña Críspula. (*ap.*

El plan no es malo: me hace
la boca un agua este hombre;
¡lástima para el enlace
que *Homobono* sea su nombre!
alto.) Perdóneme usted: ¿què tal
con las mugeres....

Don Homobono.

Estuco.

Doña Críspula.

¿Los amigos?

Don Homobono.

Verdaderos.

Doña Críspula.

¿Bebidas?....

Don Homobono.

Cuando manduco
no ganan los vinateros.

Doña Críspula. *(ap.)*

Todo vá bien, si no miente,
mas no es justo decidir
la boda tan de repente;
porque otro puede venir.
alto.) Y de coche?

Don Homobono.

Si en talante
le viene á usted, se pondrá.

Doña Críspula.

No, carretela elegante.

Don Homobono.

Ello, lo mismo será,
no olvidando, como es justo,
miéntras haya de oro pilas,
las cosas, así, de gusto,
como el buen chorizo, anguilas.
Los dos unidos estando
solo un cuerpo formaremos,
mandando usted, yo aprobando,
y así felices seremos.
No soy de los mariditos
que en frecuentes ocasiones
se sublevan y dan gritos
porque tienen pantalones.

Doña Críspula (ap.)

¡Magnífico es el programa!
hombre que á carta cabal

es honrado, y que tal ama
vale un anillo nupcial.

Don Homobono.

Yo soy hombre de ancha espalda,
y de decir no me asusto,
que metido en una falda
me encontrára mas á gusto.
No habrá dimes, ni diretes
entre usted, señora, y yo;
usted dirá: ¿te sometes?
y yo no diré que no.

Doña Críspula.

La cosa es ya de aceptarse.

Don Homobono.

Mièntras se cuece el puchero,
un traguito, y estasiarse
en diálogo placentero,
si acaso un raro capricho
le entra á usted en el testuz,
poco habrá del hecho al dicho,
yo nunca le haré la cruz.

Doña Críspula.

Vaya, promete usted ser
un marido complaciente!

Don Homobono.

Para usted, para mi diente

seré tal, que habrá que ver.
(ap. La que en edad es caduca.
¿no lo ha de ser en amores?
¡Pues si abrigàra temores,
fuera una cosa muy cuca!
alto.) Soy en fin, señora mia,
tan bueno para casado,
que á los paseos, ni un dia
llevé mi esposa á mi lado.

Doña Críspula.

Eso es justo, libertad
requisito es en amor.

Don Homobono. [*ap.*

Fueras jóven, y en verdad
que te daría rigor!

(Entra Tomas con don Timoteo, á quien anuncia y se retira.)

ESCENA IV.

Dichos, don Timoteo en trage de militar. Tomas. (*anunciando.*)

El Sr. don Timoteo
de Garduña. *(vase.)*

Doña Críspula.

Que entre, pues,
ap.) ¡Dios mio, es bastante feo!

Don Timoteo. (*inclinàndose*)

¿Aquesta la casa es,
que, segun reza el anuncio?.....

Doña Críspula.

Puede usted tomar asiento.
ap.) qué bigotazo! Abrenuncio
del oficial esperpento!

Don Timoteo.

A paso vine de ataque,
y me abraso.... ¡Mala espada
me raje!

Don Homobono.

ap.) Jesus! qué empaque!

Don Timoteo.

Soy una plaza tomada; (*se sienta.*)
aunque me resta el valor.
El que ayer tambor batiente,
llenó á tantos de pavor,
de la gota se resiente.
Soldado, cabo, sargento,
alferez, teniente en fin,
esa es mi historia, y la cuento
francamente.

Don Homobono. (*ap.*)

Habrá mastin!

Don Timoteo.

Las cosas punto por punto
deben tratarse, señora....
pero, contemplo á Vd. junto
á otro hombre!

Doña Críspula.

Y no en mal hora:
empiece usted su relato,
que, á mas de ser un amigo,
siendo tan público el trato
puede escucharlo....

Don Timoteo.

Pues digo,
ya que su presencia es lícita,
que à hacerle, señora, vengo
mi declaracion esplìcita.
Por apelativo tengo
Garduña, siendo mi nombre
Timoteo; soy cristiano;
serví como todo un hombre,
y pretendo vuestra mano.

Doña Críspula.

Es usted breve! (*ap.* Me gusta
su desmedida franqueza.)

Don Timoteo.

Propongo, y si usted se ajusta

celebraré con cerveza
el dulce, feliz instante,
en que cediendo á mi ardor
me apellida usted su amante.

Don Homobono.

(ap.) Hay burro de mas calor!
alto.) Vd. no sabrá olvidar
que el primero estoy aquí.

Don Timoteo.

Ella sabrá escogitar...
Eso no me importa á mí.
El sitio pongo, soy justo;
pero bien puede la plaza
capitular á su gusto.....
Mi batería no arrasa.
Si fuera la plaza usted,
que parece una zambomba,
ya caería esa pared,
fijo, á la primera bomba.

Don Homobono.

Con gusto me lo comiera
si fuera ustè una perdiz,
si un jamon, un cóngrio fuera,
una torta de maiz!

Doña Crispula.

Señores, no haya cuestion:
aun á usted Don Homobono
no le elegí..... no hay razon....

Don Homobono.

Pues si él me habla en un tono!

Doña Críspula.

Vaya, paz! Prosiga él.

Don Timoteo.

Decia que á eso venia,
á atacar, á hallar cuartel.

Doña Críspula. (*aparte.*

Casi me agrada, á fé mia.
alto.) ¿A combatir?

Don Timoteo.

Claro: en brecha:
llego, enciendo mi cañon,
por sabido, con la mecha,
y sale el tiro ¡pim! ¡pom!
Tengo las costumbres sanas
de un antiguo militar;
mas apesar de estas canas
todavía sé apuntar.
Con treinta años de servicio,
nacido en la Cataluña,
no encontrareis precipicio
que vuelva atras á Garduña!

Doña Críspula. (*aparte.*

¡Es un valiente! me gusta,
no hay duda que lé prefiero.

Don Timoteo.

Conque, si el señor se ajusta,
ó yo le mato, ó yo muero.
Si con pistola ha de ser,
salgamos, no espero mas.

Don Homobono.

Ni quisiera responder.
Yo no he pensado jamas
en amar el ataud,
los platos son hoy mi esfera,
si tuviera juventud,
amigo, otra cosa fuera;
pero querer dos añejos
petates, que es lo que somos,
dar golpes y no consejos,
ofrece tomos y lomos.
Vale mas, por decontado,
y eso á pagarlo me obligo,
que trinchen un pollo asado
uno y el otro enemigo.

Doña Críspula. (aparte.

Vaya! en parte dice bien;
de aqueste me gusta el seso;
me agrada el otro tambien
alto.) ¿Cómo, pues, se arregla eso?

Don Timoteo.

Decidiéndose por mí.

Don Homobono.

¡Vaya egoismo, por Dios!

Doña Críspula.

Los servicios que yo espongo
merecen la preferencia.

Don Homobono.

Méritos yo no propongo,
conozco mi insuficiencia;
pero no apruebo ni admito
el que usted se elogie tanto.
A veces el mas maldito
se suele hacer el mas santo!

Doña Críspula.

En fin, decidir no es dable,
tan velozmente, á las ocho
el que yo juzgue aceptable
lo sabrá.

Don Homobono.

No lo reprocho.

Don Timoteo.

Así sea, Amen Jesus;
luego á tal hora vendremos,
á escuchar sin tus ni mus,
si triunfamos....

Don Homobono.

Si vencemos.

Don Timoteo (*aparte á don Homobono.*)

Hombre! ¿à qué hacerme la guerra?
¿No ve usted? ¡Yo tengo hambre!

Don Homobono.

¡Malo es eso!

Don Timoteo.

En esta tierra
mi fortuna es mi calambre.
Usted no lo necesita....

Don Homobono.

¿Y yo no como?

Don Timoteo.

Una honrosa
entrada mas que bonita....
Si á usted no le falta cosa!

Don Homobono.

Quiero aun mas para mi pico.

Don Timoteo.

Me caso, y del capital
le doy una parte bella,
la octava neta y cabal.

Don Homobono.

Hombre, lo siento; quisiera
hacerle tan gran favor,
pero ¿es justo que eligiera
lo bueno y no lo mejor?
A mas, que bien puede ser
que otro aspirante llegando,
le prefiera esa muger
y nos deje....

Don Timoteo.

Ya!

Don Homobono.

Rabiando.

Doña Críspula.

Vaya! ¿Trataban ustedes?....

Don Homobono.

De lamentar, si perdemos
las envidiables mercedes
que de usted nos prometemos.

Doña Críspula (*con coqueteria*)

¿Quièn sabe?

ESCENA V.

Dichos. Tomas.

Señora mia,
escuse usted, he venido,
por si á todos este dia,
entrar dejo.

Doña Críspula.

Por sabido.
Otro juzgo fué tu intento;
curiosear, y un criado
dá prueba de atrevimiento
con este paso que has dado.

Don Timoteo.

ap.) Este que vive en la casa,
(*se acerca á Tomas.*)
podrá tal vez reducirla. ..
(*alto.*) ¿Tu fortuna será escasa?

Tomas [*con sorna.*]

Ninguna!

Don Timoteo.

Yo resarcirla
puedo....

Tomas.

Mas, ¿de qué manera?

Don Homobono [*á doña Crispula.*]

(*Figuran que hablan los dos, miéntras lo hacen Don Timoteo y Tomas.*)

Colme usted, dulce señora,
mi cariñoso apetito.

Doña Crispula.

No puede ser tan ahora;
esas cosas, despacito.

Don Timoteo [*á Tomas.*]

¿Con tu ama tienes influjo?

Tomas.

Así, así.

Don Timoteo.

Pues haz que quiera
casarse, y te ofrezco lujo.

Doña Crispula [*á don Homobono.*)

Oh! todo quiere empezar!

Don Homobono (*á doña Crispula.*)

Sí, sí, rascar y comer,
ya se sabe, es principiar.

D. Timoteo (á Tomas.)

Procura hacerla querer.

Tomas.

¡Pues si ella quiere!

Don Timoteo.

Es el caso
que ha de ser conmigo.

Tomas.

¿Y bien?

Don Timoteo.

Que á mi favor des un paso,
y dos, y quince tambien.

Doña Críspula (á don Homobono.)

Hola! ¿qué tal?

Don Homobono (á doña Críspula.)

Pues no miento.
¡Enlazarse una señora
con quien parece un sargento!

Don Timoteo (á Tomas.)

Habla claro desde ahora.

Tomas.

Pues, señor, es cosa hecha,
puede usted contar conmigo.
¿Y de cuánto es la cosecha?
Cuando á tal cosa me obligo,
no basta que utilidad
me brinde usted á destajo;
quiero saber la verdad:
¿cuánto vale mi trabajo?

Don Timoteo.

Seis mil durejos.

Tomas.

Ya es cosa
de acometer una empresa.

Don Homobono (*á doña Crispula.*)

Una arranquera espantosa!

Tomas (*á don Timoteo.*)

Ya tiene usted mi promesa.
ap.) ¡Qué necio!
alto.) ¿Y si sale mal?

Don Timoteo.

Prueba, prueba.

Tomas.

Sì, lo haré
y, ó quedo por animal,
ó, no hay duda, venceré.

D. Timoteo.

Queda todo convenido.

Tomas.

Muy cierto.

Doña Crìspula (á don Timoteo.)

¿Don Timoteo?
¿qué hablaba usted á Tomas?

Don Timoteo (*se acerca á hablar á doña Crìspula*)

Le decia que es muy feo
que él abuse hasta no mas.

Don Homobono (yendo hácia Tomas).

(*ap.*) ¡A solas los dos hablando!
¡Seducirle! no, eso no!
La ocasion aprovechando
voy tambien à hablarle yo.

Don Homobono [*á Tomas.*]

Dialogo entre D. Homobono y Tomas á un lado, y entre doña Crìspula y don Timoteo al otro. Al reves que ántes. Se hará con viveza.)

¿Quisieras casi un tesoro,
que yo brindarte podria?

Tomas.

¡Vaya! ¿Pues qué pobre al oro
le puso la cara fria?

Don Homobono.

Es decirte... si pudieras...
con ese influjo que advierto...
Sì, tú lo harás como quieras!

Tomas.

Pero ¿qué cosa?

Don Homobono.

De cierto...

Tomas.

Pero ¿qué?

Don Homobono.

Nada, influir,
y que ese buen matrimonio

corone mi porvenir,
y vaya el otro al demonio.

Doña Crispula (à D. Timoteo.)

El parece hombre cabal,
de juicio...

Don Timoteo (á doña Crispula).

¡Si es un trompeta!
¡Si en comer, el animal,
gasta de oro una gaveta!

Tomas (á don Homobono.)

Muy bueno: ¿qué condiciones?

Don Homobono.

Vaya, daré dos mil duros.

Tomas.

Eso à algunos pobretones
bien puede sacar de apuros...

Don Homobono.

¿Te decides?

Tomas.

Por lo visto:
eso mi ambicion halaga,
y á servir á Vd. me alisto:
¿Será segura la paga?

D. Homobono.

Al contado, el mismo dia
en que me case la abono

Tomas.

¡Oh, hermosa fortuna mia!

Doña Crispula.

¿Qué hace Vd., don Homobono?

Don Homobono.

Nada; decia, señora,
que es este un criado fiel;
que no os ama, que os adora.

Doña Crispula.

Pues cuenta le tiene á él.
A hacerme el peinado voy...
Con que á las ocho ¿eh, señores?

Don Timoteo.

Pues, á las ocho de hoy.
Muy servidor (*al irse.*)

Don Homobono. (id.)

Servidores.

ESCENA VI.

Tomas [*con ironía*]

¡Soberbia la cosa va!
El militar zascandil
seis mil durejos me dá,
y el otro ofrece dos mil!
Vaya! vaya! ¿Ese dinero,
Tomas, te hace falta alguna?
¿No tengo yo cuanto quiero?
¡Qué se guarden su fortuna!
Yo soy un criado fiel,
á quien nunca harán variar
cuatro dedadas de miel,
ni veinte, ni un centenar.
¡Soborno! ¿Còmo se entiende?
A Tomas con un soborno!
De no delatar al duende,
casi, casi me abochorno.
A cada rato ¡pum! ¡pum!...
¡La puerta!.... ¡Allá vá! ¿Quién es?
Abro.... Es un vegete, es un
buen figuron de entremés.
¿Y tendrás mucha paciencia
para estar así, Tomas?
¿Y esto con indiferencia,
callandito sufriràs?
De noche en la cama sueñas
con duendes y fantasmones,
con trasgos, brujas y dueñas,
con escobas y visiones.
Ya se vé! ¿No estás mirando
lo mismo tambien de dia?
¿No están saliendo y entrando

cien mómias? ¡Vírgen María!
y ¿cómo podré curar
al ama de tal locura?
(*Aparece un viejo.*)
Calle! otro! ¿Cómo entrar
pudo usted?...

ESCENA VII.

Dicho. D. Pancracio.

Don Pancracio.

La cerradura
no cerraste; vì la puerta
un si es no es entreabierta,
zás! y colè, y he venido!
Mi pretension ya se sabe
los diarios pueden hablar...
si dieras vuelta á la llave,
no entraria sin llamar.
Dime: ¿no está la señora?

Tomas.

ap.) Pues he de hacer por mi parte
todo lo posible ahora,
con mas ó con menos arte.
alto.) ¿A qué llamarla, señor;
no vé que en tal matrimonio,
la crítica?.... ¡por favor!

Don Pancracio.

ap. Piensa cual yo este demonio....
me le voy á declarar.

alto.) Oye, dime, ¿No conoces
á don Francisco Aguilar?

Tomas.

Al vecino, de quien voces
corren de que es un tronera?

Don Pancracio.

El mismo! gracias!....

Tomas.

Pues, qué?
(¿será vision ó quimera?)
ese vecino es usté?

Don Pancracio.

Sí, tal.

Tomas.

Pero en ese trage?

Don Pancracio.

Cansado estarás de oir
que no hace al monge el ropage.

Tomas.

Pero me sabrá decir,
por qué así se desfigura?

Don Pancracio.

Yo, y conmigo otros tres,
pensamos una locura....
digna de nosotros es!
mi objeto es enamorar
á tu señora vetusta,
y en seguida declarar
que soy jóven, eh! te gusta?
Luego, esos tres de que hablo
reirán en burlesco son,
y una algazara del diablo
se forma, en buen diapason.

Tomas.

Bravo! bien! Si corregir
se consigue á esa muger,
me apresuro á consentir.

Don Pancracio.

Muy pronto lo vas á ver.
Sé que ya tiene citadas
dos mómias para las ocho,
y ya son las siete dadas.

Tomas.

Siga usted; nada reprocho.

Don Pancracio.

Yo, con ese fin, querria
dejarte ocasion muy bella;

la hablaras, y con maestría
me pones en bien con ella.
Píntale riqueza mucha,
mas juventud que los otros,
mejor aspecto, en fin, lucha...

Tomas.

¡Pues! venceremos nosotros.

Don Pancracio.

Despues, me presento yo.

Tomas.

¡Qué bien que lo encuentro así!

Don Pancracio.

Ya puedes juzgar que un *no*
no llevo, que gano un *sí;*
y verás como te dije,
y como tú lo deseas,
que de cierto se corrije
de sus estrañas ideas.

Tomas (alborozado.)

¡Esto sí me causa gusto!

Don Pancracio.

Chillará; no hay mas remedios;
pero en este caso es justo
santifique el fin los medios.

¿Adónde á parar iria,
su idea una vez lograda?
¡La noche del mismo dia
la darian cencerrada!

Tomas.

¡Cencerrada! ¡inmenso horror!

Don Pancracio.

No lo sufririas tú:
salias hecho un furor;
te llevaba Belcebú;
que á esa gente de cencerros,
llamada gente de rumbo...

Tomas.

¡Oh, nadie le echó los perros!...

Don Pancracio.

Sin ántes llevar un tumbo.

Tomas.

¡Diablo!

Don Pancracio.

Ya ves que á tu edad,
cualquier tumbo, el ménos fuerte,
produce una enfermedad
y detrás de ella la muerte.

Tomas.

Pues no tal, no llevaría
tumbo ninguno....

Don Pancracio.

¿Por qué?

Tomas.

Porque bien me guardaría
de echarme fuera ¿está usted?

Don Pancracio.

Me voy ántes de que salga,
y en diálogo aquí nos vea;
que tu esperiencia nos valga
buen resultado.... *(vase.)*

Tomas.

Asì sea.
ap.) Vaya! pues á tiempo sale!
(mirando hácia dentro.)
Ya doña Críspula viene;
verá si vale, ó no vale,
quien Tomás por nombre tiene!

ESCENA VIII.

Dicho y doña Crìspula.

Doña Críspula.

Ya el peine llenó su oficio.

Tomas.

No hay malos peines aquí,
que le harán flaco servicio!

Doña Críspula.

¿De quiènes hablas así?

Tomas.

De dos: de los Homobonos;
tambien de los Timoteos,
que á la verdad, sin enconos,
tan pillos son como feos.

Doña Críspula.

Tomas! mira que mañana
tal vez los tendrás por amos!

Tomas.

Diria de buena gana
lo que sé.

Doña Críspula.

Pues dilo, vamos.

Tomas.

¿Decirlo? ¡Suerte enemiga!
ántes un rayo me abisme!
¿para que luego usted diga

cuando ménos que es un chisme?
Viéndola en tal decision,
señora, tan obstinada,
me parece que es razon
que no le diga á usted nada.
(*ap.*) Convienen los pareceres
todos en muy raras cosas,
y es una, en que las mugeres
son por natura curiosas.
La tengo ya puesta en áscuas.

Doña Críspula.

Dilo pronto, es mi capricho!

Tomas.

(*ap.*) Alegre como unas páscuas
estoy....

Doña Críspula.

¡Tomas! á lo dicho!

Tomas.

No tal, y Cristo me valga.

Doña Críspula.

Pronto! vé que te lo mando
y puede que mal te salga.
¿Conmigo te estás jugando?

Tomas.

No es jugar... es solo... que...

Doña Críspula.

¿Nunca empezarás, Tomas?

Tomas (*como hablando solo*).

La molestarás, se vé,
no, Tomas, no empezarás!

Doña Críspula (*airada*)

¡Tomas!

Tomas.

Aquí estoy, señora.

Doña Críspula.

Dilo!

Tomas.

Ya á decirlo voy!

Doña Críspula.

En este momento! ahora!...
¿te olvidas tú de quien soy?

Tomas.

Corriente; aunque mentiroso,
ó calumniador quizás,
me llame usted sin rebozo,
ya principio....

Doña Crispula.

¿Acabarás?

Tomas (tose y empieza).

Señora, don Homobono,
y tambien don Timoteo,
uno feo por lo mono,
otro mono por lo feo;
y entrambos (es la verdad,
y así los perdone Dios
con su infinita bondad)
entrámbos pillos, los dos....

Doña Crispula.

Tomas!

Tomas.

A mí se llegaron,
vinieron y propusieron
(ántes de eso me sondearon.)

Doña Crispula.

Vamos, dí, ¿qué te dijeron?

Tomas.

El militar zascandil
de los tiempos de Judá,
me ofreció duros seis mil,
y el otro dos mil me dá,
siempre y cuando que influyente
ese enlace les consiga... .

¡Si esa no es infame gente,
que baje Dios y lo diga!

Doña Críspula.

Mas. .. ¿si lo dan de lo suyo?

Tomas.

Cuentan con la dote, sé
cuando arguyo por qué arguyo,
y aquel que no es ciego vé.

Doña Críspula.

¡Qué infamia!

Tomas.

Pues es el caso
que hay uno que no es tan viejo....
rico, sea dicho de paso.....
y.... si vale mi consejo....
Ese por el interes
no podrá hacerlo, me esplico....
pues bastante rico es....
quiero decir..... es muy rico....

Doña Críspula.

Es su nombre?...

Tomas.

Don Pancracio
del Alcahucil, es su nombre;

en finuras no reacio....
un santo.... en fin, todo un hombre.
Mire usted si él es cumplido,
y bueno y formal su intento....
¡decir por sí no ha querido
su atrevido pensamiento!
Es modesto; ese descaro
con que vinieron los otros,
le parece feo, raro,
lo tachó.... como nosotros.

Doña Críspula.

Es preciso que le vea,
pues si en todo la pintura
es cabal, harè que sea
el que me llame futura.

Tomas.

Al hombre por los modales
finos, que en los rasgos brutos
los restantes animales
le sirven de sustitutos:
¿no es verdad?

Doña Críspula.

Cabal que sí:
sin verle ya me interesa.

Tomas.

Oh! confie usted en mì
y dele usted su promesa!
Tambien me intereso yo

en tener dos amos buenos....
¿Un Homobono? eso no. ..
¿un Timoteo? eso ménos.

Doña Crispula.

Dime, ¿y en cuanto al vestido,
què tal?

Tomas.

Ofrece un aseo
que juntos nunca han tenido
Homobono y Timoteo....
Ya se vé! donde la plata
no escasea!.... Su leontina
bien á las claras relata
el gusto que le domina.
Barómetro es su alfiler
del temperamento suyo....
¡qué diamanton! ¡es de ver!

Doña Crispula.

Eso es bueno....

Tomas.

Cuando arguyo
nunca arguyo por lo malo.
Elogio que de mí salga
(que me lleven si nó al palo)
lo peso por lo que valga.
Brindo á usted un caballero,
y júzguelo á su capricho,
que es fino y tiene dinero,

con que así lo dicho, dicho.
(*Toca el reloj las ocho y llaman á la puerta.*)
Eh! las ocho!... pum! la puerta!
Mire usté si vale cosa
que la toca y está abierta!
Voy á traerle. (*vase.*)

ESCENA IX.

Doña Críspula. (*se sienta.*)

Gozosa
me tiene ese buen Tomas;
pues juro á fé de muger,
que dicha tan por demas
nunca la esperè tener.
Sin verle, no hay mas, me caso
con él; porque es muy seguro
que no le iguale el pelmazo
de Homobono, sí, lo juro.

ESCENA X.

Dicha, salen don Pancracio y Tomas, quedando la puerta espedita para los que han de acudir á la cita.

Tomas.

Aqueste señor, señora,
lo es el señor don Pancracio
del Alcahucil, del que ahora
poco hablábamos despacio [*vase.*]

Doña Crispula (á don Pancracio.)

Oh! un asiento! ya anunciado
este grande honor me ha sido.

Don Pancracio (ceremoniosamente sentándose.)

Me sentaré á vuestro lado
con el respeto debido.

Doña Crispula.

ap.) ¡Qué amable, qué fino es!

Don Pancracio.

Pancracio del Alcahucil
es el que besa sus piés.
No tengo ese genio yo
de otros que sin gran decoro,
no buscan sus gracias, no,
sino que buscan su oro.
Gracias al hado benigno
conmigo jamas ingrato,
gozo una renta.... aunque indigno.

Doña Crispula.

Dejemos ese relato.

Don Pancracio.

Conversacion algebráica
en verdad, dulce señora;

le gusta ménos prosáica
al que os habla, al que os adora

Doña Críspula (alborozada)

¡Oh, caballero! *(ap.)* ¡Qué pico
de oro que tiene! Me causa
placer lenguage tan rico,
tan poético, sin pausa!

Don Pancracio.

¡Quién fuera Alexandre Dumas;
porque las frases no encuentro.....

Doña Críspula.

Está bien! ¿para qué mas?

Don Pancracio.

¡Y cuánto afan tengo dentro!

Doña Críspula (coqueteando)

Tal vez alguna belleza....
alguna pasion.... tal vez....
alterada su cabeza....

Don Pancracio.

¡No bebo, señora!

Doña Críspula.

Usted

me interpreta mal, señor;
como altera la bebida
tambien altera el amor.

Don Pancracio.

¡Ah! sí; pero yo en la vida
amé, ni amo, ni amaré....
el amor no entrará en mí!....

Doña Críspula (con intencion)

No amará usted?

Don Pancracio.

Nunca á fé.

Doña Críspula (con intencion muy marcada.)

¿No amará usted?

Don Pancracio (dándose un golpe en la frente)

Ah! sì! sì!

Doña Críspula (con interes)

¡Oh, señor! y á quien se inclina,
aunque es gran curiosidad?

Don Pancracio.

Y qué, usted no lo adivina?

Doña Críspula.

Yo?

Don Pancracio.

¿No es usté mi deidad?
¿Viniera à buscarla yo
amante señora mia,
si no la amára? Eso no;
pues fuera negra falsía!

Doña Críspula.

ap.) Con qué espresion que lo dice!
Este es el que me conviene!
Con otro seré infelice....
nada.... me caso.... es de *ene!*
alto.) Galantería! ... Ese afan
no lo puede usted sentir!

Don Pancracio.

Señora; ser muy galan
es casi querer mentir.

Doña Críspula. (*ap.*

¡Qué espresiones!

Don Pancracio.

Juraría
que usted, al reves, señora....

Doña Críspula.

¿Yo.... ¿al reves? No! no!

Don Pancracio.

¡Ah! qué dia
tan feliz encuentro ahora!
¿De veras que usted?....

Doña Críspula. (con pasion)

Sí, sí,
pueden quitar ese anuncio:
lo que hoy se presenta aquí
basta... á los otros renuncio!

Don Pancracio.

¡Oh, bondad suma! ¡Es posible!
Quién mil feos esperaba,
hallarse un pecho sensible
que dicha de darle acaba?
¿Yo confié en ello, Dios mio?
¡Oh! tú bien sabes que nó,
que temblé, que tuve frio,
viniendo á esta casa yo!
Felices vamos á ser;
mi voluntad es la *tuya*....
Sí! de *tú!*... ya es menester...
sobre esto nadie me arguya,
y no retardes, bien mio,
porque mucho me impaciento,
ese momento que ansío...
de la boda el gran momento!

Doña Críspula.

¡Oh! muy pronto que ha de ser,
que nadie nos pone trabas!

Don Pancracio (con arrebato)

¿Qué has dicho, dulce muger?
¿qué de proferir acabas?

Doña Críspula (tiernamente.)

Que será pronto... ¡muy pronto!

Don Pancracio.

¡Ah! siento que adoro mas
que Leandro en Helesponto!...
(*con ímpetu*) ¡¡La mano!! (*se la toma*)

Doña Críspula.

¿A besarla vas?

Don Pancracio.

(*ap.*) ¡Diantre! ¡Yo no se la beso!...
¡Besar estos huesos yo!...
(*alto*) No, que soy indigno de eso!

Doña Críspula.

¡Yo lo consiento!...

Don Pancracio (respetuosamente.)

¡No, no!

ESCENA XI.

Entran don Homobono, D. Timoteo y varios viejos.

Don Homobono (inclinándose)

Críspula mia y señora!

Don Timoteo (id.

Críspula y señora mia!

Doña Críspula (con admiracion)

¡Tanta gente estraña ahora!

Uno.

Aspirantes que á porfia,
como el anuncio leyeron,
igual cosa desearon,
y al mismo tiempo vinieron.

Doña Críspula.

Pues todos se equivocaron!
(*á D. Pancracio.*) Dilo tú.

Don Timoteo.

¿De tú á ese hombre?

Escuche usted, caballero;
no me dirá usted su nombre?

Don Pancracio.

Soy Pancracio (¡Majadero!)
del Alcahucil: ¿Se ofrecia
alguna cosa conmigo?
Diga usted lo que quería,
Vamos, hable usted, amigo.

Don Timoteo (*furioso.*)

Si he de hablar sin que no halle,
hablando lo que deseo,
será mejor que me calle.

Doña Crispula.

Pues calle, don Timoteo.

Don Timoteo.

Usted me dijo....

Doña Crispula.

Yo, á nada,
señor, me comprometí,
como he de ser la casada
tomo el que me gusta á mí.
¿Me quiere usted obligar
á tomarle por marido?
Se puede usted retirar
y es asunto concluido!

D. Timoteo (con ira.)

Ni usted me paga la bota:
ap.) (hoy reviento de corage)
(*alto*) ni á un hombre que tiene gota
se le hace dar este viage!
Me hubiera usted dicho !no!
desde que ¡cielos! la ví!

Doña Críspula.

Eso consiste en que yo
cuando quise decidí....
¿No dijo usted al portero:
(él sirve de testimonio)
"le doy dos mil en dinero,
si arregla este matrimonio?"
Pues él, que vá á mi partido,
y que todo me lo cuenta
con el mensage ha venido.

Don Timoteo (á don Homobono)

Vaya, ahora usted qué intenta?

Don Homobono.

Ya mi turno llegará.

Doña Críspula.

Para usted, don Homobono,
igual receta....

D. Homobono.

¡Bá! bá!
Sepa usted, señora mia,
ò *señora* del *señor,* *(señala á don Pane.)*
que mas finas merecia
las calabazas mi amor.
Yo nunca para esta boda
la puse un puñal al pecho:
propongo, si no acomoda,
usted está en su derecho;
pero (los *peros* son malos)
para echarme de esta suerte,
mas valiera echarme á palos,
que aun es echar ménos fuerte.
¡Lanzar delante de todos
á todo un hombre de honor!
¡Ah! señora, aquestos modos
no la hacen à usted favor!

Doña Críspula.

¿Y era favor que al portero,
(recordarlo me incomoda)
diese *dos mil* en dinero,
si arreglaba nuestra boda?

Don Homobono (*balbuciente*).

Fueron... planes imperfectos...
y... harto poco meditados...
mas... ¿quién no tiene defectos?

Uno.

¿Con què estamos desahuciados?
¡Sí, ó no, clarito, clarito!

Doña Crispula.

Esplicaselo, Pancracio,
que echar á tanto bendito
no es cosa de un cartapacio!

Don Homobono.

[*ap.*] ¡Ay pichones y conejos,
con que he soñado hasta hoy!
¡Ay anguilas y bencejos
ya vuestro dueño no soy!

Don Pancracio.

Amigo mio, escuchad
dos sentencias con bonanza:
contra envidia caridad,
y contra gula templanza.

Don Timoteo [*á don Pancracio*]

Mala bomba! voto vá!
Si aun tuviera yo estos puños,
al campo fuera, y allá
le daba à usted dos rasguños.
á doña Crispula) A usted le digo, por vida,
que ya es vieja fortaleza!

Doña Críspula.

Canalla!

Don Timoteo.

Que está rendida,
porque no tiene cabeza!
Con un medio batallon
de soldados no muy duchos,
rinde usted el pabellon
à los primeros cartuchos.
al irse) Me voy, cuidado conmigo,
que aunque voy de retirada,
soy tan feroz enemigo
que huyo y doy la cuchillada.

Doña Críspula (rie)

Já! já! já!

Don Homobono. (al irse.)

Quiera San Juan,
con su intercesion divina,
que á esta casa un huracan
le arrebate la cocina. *(vase.)*

Todos.

Já! já! já!

Uno.

Tambien perdí!

Otro.

Tambien sin nada quedé!

Don Pancracio.

(*ap.*) ¿Será ya tiempo? ¡Sì, á fé!

Uno.

(*ap.*) Pero ¿qué me importa á mí?

Doña Críspula.

No gusto de repetir
lo que una vez dejé dicho:
ya todos se pueden ir
menos éste, es mi capricho. (*por D. Panc.*)

Don Pancracio (declamando.)

¡Señores, óiganme todos, (*le rodean*)
que he de hablar, por vida mia
y os vais á quedar beodos,
y aquesta señora, fria!

Doña Críspula.

[*ap.*] ¿Qué irá á decir?

Uno.

[*ap.*) Ya es la ocasion!

Otro.

ap.) Huyamos, si nó, nos muerde!

Uno [*declamando aparte.*]

¡Castigo á la presuncion
de esta loca vieja verde!

Don Pancracio.

[*quitándose la peluca de viejo, y quedando en su verdadero estado.*]

Me conoces?

Doña Críspula (*espantada.*)

¡Don Francisco
de Aguilar, que vive al lado!

Uno.

Vade retro, basilisco!

Doña Críspula.

Usted de mí enamorado!
¿será posible?

Don Pancracio.

¿Quién sabe?
gustos hay buenos y malos,
y entre ellos alguno cabe,
por Dios, que merece palos.

Doña Críspula.

¿Eso es por mí?

Don Pancracio.

Ni lo sé:
¿quien doña Crìspula Fox
se llama?

Uno (*aparte*)

¡Por San José
que el don Francisco es atroz!

Doña Críspula (*que va comprendiendo*)

¿Con qué?...

D. Pancracio.

Sí! que todo es farsa...

Doña Crispula (*dá un grito*)

Ah!

Don Pancracio.

Ya el furor la asedia,
y es justo, que á tal comedia
no faltó ni la comparsa!

Todos.

Já! já! já!

Doña Crispula.

¡Me han engañado!
¡Oh! qué vergüenza! que ira!
de una dama han abusado
con la mas negra mentira!
Malditos! viles!

Todos.

Já! já!

Don Pancracio.

¿Se pensaba usted, señora,
que yo, jóven, por piedad!
iba á enamorarme ahora!...
Impulso del corazon
fué, señora, el que me trajo:
castigar su presuncion,
y agradézcame el trabajo!
Yo con tan nuevo adminículo
no un mal, un bien le concedo,
evitando que el ridículo
la señale con el dedo.

Todos.

Já.... já.... já....

Uno.

La jovencita!

Otro.

Dama de la media almendra!

Otro.

Veo la vergüenza escrita
que el colorete la enjendra!

Don Pancracio.

Algo vale esta leccion!
Brindo! señores, oid:
"¡Qué muera la presuncion!"

Todos.

Muera!

Don Pancracio.

¡Reid y aplaudid!
y hagamos una cruzada
escribiendo en la bandera:
"¡qué viva la recatada;
"la presuntuosa que muera!"

Doña Críspula.

Ah! me ahogo! la leccion...
la maldigo!... fué muy ruda!
(cae desmayada en un sillon)

Don Pancracio.

¡Para obcecado moscon,
manopla que bien sacuda!

Todos rien y aplauden al irse. Cae el telon ántes de que hayan abandonado la escena.

FIN.

Calderón de la Barca, Pedro
No hay burlas con el amor

Calderon
de la Barca

CUADERNO 1.º

NO HAY BURLAS

CON EL AMOR.

Comedia en tres actos.

Interlocutores.

Don Alonso de Luna, amante de
Doña Beatriz.
Don Juan de Mendoza, amante de
Doña Leonor.
Moscatel, criado de don Alonso.
Don Luis.
Don Diego.
Don Pedro Enriquez, padre de doña Beatriz y doña Leonor.
Inés, criada de don Pedro.

El trage es á la española antigua.

ACTO PRIMERO.

Decoracion de calle.

ESCENA PRIMERA.

Don Alonso y Moscatel, muy triste.

Don Alonso.

Valgate el diablo ¿qué tienes,
que andas todos estos dias
con mil necias fantasias?
Ni á tiempo á servirme vienes,
ni á propósito respondes;
Y por errarlo dos veces,
si no te llamo, pareces;
y si te llamo, te escondes.
¿Qué es esto? Dilo.

Moscatel.

¡Ay de mí!
Suspiros, que el alma debe.

Don Alonso.

¿Pues un pícaro se atreve
á suspirar hoy asi?

Moscatel.

¿Los pícaros no tenemos
alma?

Don Alonso.

Sí, para sentir,
y con rudeza decir
de su pena los estremos;
mas no para suspirar,
que suspirar es accion
digna de noble pasion.

Moscatel.

¿Y quién me puede quitar
la noble pasion á mí?

Don Alonso.

¡Qué locuras!

Moscatel.

¿Hay, señor,
mas noble pasion, que amor?

Don Alonso.

Pudiera decir que sí;
mas para ahorrar la cuestion,
que nó, digo.

Moscatel.

¿Que nó? ¿Luego
si yo á tener amor llego,
noble será mi pasion?

Don Alonso.

¡Tú amor!

Moscatel.

Yo amor.

Don Alonso.

Bien podia,
si aquí tu locura empieza,
reirme hoy de tu tristeza
mas que ayer de tu alegría.

Moscatel.

Como tu nunca has sabido
que es estar enamorado,
como siempre has estimado
la libertad que has tenido;
tanto, que los dulces nombres
de amor, fueron tus placeres
burlarte de las mugeres
y reirte de los hombres;
de mí te ries, que estoy
de veras enamorado.

Don Alonso.

Pues yo no quiero criado
tan afectuoso: hoy
de casa te has de ir.

Moscatel.

Advierte....

Don Alonso.

No hay ahora que advertir.

Moscatel.

Mira...

Don Alonso.

¿Qué querrás decir?

Moscatel.

Que se ha trocado la suerte
al paso, pues siempre dió
el teatro enamorado
al amo, libre el criado,
no tengo la culpa yo
de esta mudanza; y así
deja que hoy el mundo vea
esta novedad, y sea
yo el galan, tú el libre.

Don Alonso.

Aquí
hoy no has de quedar.

Moscatel.

¿Tan presto
que aun de buscar no me das
otro amo, tiempo?

Don Alonso.

No hay mas
de irte al instante.

ESCENA II.

Dichos y don Juan.

Don Juan.

¿Qué es esto?

Don Alonso.

Es un pícaro que ha hecho
la mayor bellaquería,

bajeza y alevosía
que cupo en humano pecho;
la mas enorme traicion
que haber pudo imaginado.

Don Juan.

¿Qué ha sido?

Don Alonso.

Hase enamorado:
mirad si tengo razon
de darle tan bajo nombre;
pues no hace alevosía,
traicion, ni bellaqueria,
como enamorarse un hombre.

Don Juan.

Amor es quien da valor
y hace al hombre liberal,
cuerdo y galan.

Don Alonso.

Pesia tal:
de los milagros de amor
la comedia me habeis hecho;
que fue un engaño culpable,
pues nadie hizo miserable,
de avaro y cobarde pecho
al hombre, sino el amor.

Don Juan.

¿Qué es lo que decis?

Don Alonso.

Oid,
y este discurso advertid,
vereis cual prueba mejor.
El hombre que enamorado
está, todo cuanto adquiere
para su dama lo quiere,
sin que á amigo, ni á criado
acuda, por acudir
á su gusto; luego es

miserable amando, pues
no es, ni se puede decir
virtud la que no es igual:
y miserable no ha habido
mayor, que el que solo ha sido
con su gusto liberal.

Don Juan.

A vuestra sofistería
nada quiero responder,
don Alonso, por no hacer
agravio á la pena mia,
del amor; y si en su historia
discurro temo quedar
vencido, y no quiero dar
yo contra mí la victoria.
A buscaros he venido
para consultar con vos
un pesar; mas viendo ¡ay Dios!
que de mi amor ha nacido,
le callaré; porque quien
da á un criado tal castigo
mal escuchará á un amigo.

Don Alonso.

No escuchara sino bien;
que no es todo uno, don Juan,
ser vos el enamorado
ó el vengarse de un criado:
que vos sois noble, galan,
rico, discreto, y en fin,
vuestro es amar y querer;
mas ¿por qué ha de encarecer
el amor la gente ruin?
Y porque sepais de mí
que trato de un mismo modo
burlas y veras, á todo
me teneis don Juan aquí.
Salte allá fuera.

Don Juan.
Dejad
que me oiga Moscatel,
que á vos os busco y á él.
Don Alonso.
Pues proseguid.
Don Juan.
Escuchad.
Ya, don Alonso, sabeis
cuan rendido prisionero
de la coyunda de amor
el carro tiré de Venus:
tan facil victoria suya,
que no sé cual fue primero
querer vencer ó vencerme,
que un tiempo sobró á otro tiempo.
Ya sabeis que la disculpa
de tan noble rendimiento,
fue la beldad soberana,
fue el soberano sugeto
de doña Leonor Enriquez,
hija del noble don Pedro
Enriquez, de quien mi padre
amigo fue muy estrecho.
Este, pues, milagro hermoso,
este, pues, prodigio bello,
es la dicha que conquisto,
es la gloria que deseo.
No os digo que venturoso
amante ¡ay de mí! merezco
favores suyos, que fuera
descortés atrevimiento
que los merezco, decir;
que aunque es verdad que los tengo,
tenerlos es una cosa
y otra cosa merecerlos:
y así que los tengo, digo;

que los merezco, no puedo;
que es conseguir lo imposible
dicha, y no merecimiento.
Con este engaño, llevado
en las alas del deseo,
lisongeado de la noche,
aplaudido del silencio,
festejado de las sombras,
á quien mas favores debo
que al sol, que á la luz, que al dia,
vivo de saber que muero,
hasta que mas declarado
pueda á rostro descubierto
pedirla á su noble padre,
de quien no dudo, ni temo,
que me la dé, porque iguales
haciendas y nacimientos
no hay que esperar, donde amor
tiene hechos los conciertos.
La causa de no pedirla
y casarme desde luego
con ella, es; aquí entra ahora
la pension de este contento,
el subsidio de esta dicha
y el azar de aqueste encuentro,
tener Leonor una hermana
mayor, y como no es cuerdo
discurso querer que case
á la segunda primero,
no me declaro con él;
porque si á pedirle llego
alguna de sus dos hijas;
que claro está que no tengo
de decir á la que adoro,
por ser la mayor, es cierto,
que me ha de dar á Beatriz;
y si digo que no quiero

sino a Leonor, es hacer
sospechoso mi deseo,
dispertando la malicia
que hoy yace en profundo sueño;
y quizà perder la entrada
que ahora en su casa tengo,
sino es ya que está perdida
con el mas triste suceso
de amor que me pasó anoche:
pues es la pena con que vengo
buscandoos, oidme, que aquí
os he menester atento:
Beatriz, de Leonor hermana,
es el mas raro sugeto
que vió Madrid, porque en él,
siendo bellísima, y siendo
entendida, estan echados
á perder, por los estremos
de una estraña condicion,
belleza y entendimiento.
Es doña Beatriz tan vana
de su persona, que creo
que jamas á ningun hombre
miro á la cara, teniendo
por cierto, que allí no hay mas
de verle ella y caerse muerto.
De su ingenio es tan amante,
que por galantear su ingenio,
estudió latinidad
é hizo castellanos versos:
tan afectada en vestirse,
que en todos los usos nuevos
entra, y de ninguno sale;
cada dia por lo menos
se riza dos ó tres veces,
y ninguna á su contento.
Los melindres de Belisa,

que fingió con tanto acierto
Lope de Vega, con ella
son melindres muy pequeños;
y con ser tan enfadosa
en estas cosas, no es esto
lo peor, sino el hablar
con tan estudiado afecto,
que crítica impertinente
varios poetas leyendo:
no habla palabra jamas
sin frases y sin rodeos,
tanto, que ninguno puede
entenderla sin comento:
la lisonja y el aplauso
que la dan algunos necios,
tan soberbia, tan ufana
la tienen, que en un desprecio
de la deidad del amor,
comunera es de su imperio.
Esta tema á todas horas,
este enfado á todos tiempos
aborrecible la hacen,
tanto; que no hay dos opuestos
tan contrarios, como son
las dos hermanas, haciendo
por instantes el estrado
la campaña de su duelo.
Ha dado, pues, yo no se
si es necia, envidia ó si celo,
en asistir á Leonor
de suerte, que no hay momento
que no ande en alcance suyo
sus acciones inquiriendo,
tanto, que al sol de sus ojos
es la sombra de su cuerpo.
Anoche, pues, en su calle
entré embozado y secreto;

y haciendo al balcon la seña,
donde hablar con Leonor suelo,
la ventana abrió Leonor,
y yo á la ocasion atento
llegué á hablarla, pero apenas
la voz esplicó el concepto
que estudiado, y no sabido,
no me cabia en el pecho,
cuando tras ella Beatriz
salió, y con notable estruendo
la quitó de la ventana,
dos mil locuras diciendo,
que si yo entendí el estilo
con que las dijo, sospecho
que fueron, que ella á su padre
diria el atrevimiento.
No sé si me conoció,
y asi cuidadoso temo
el saber, ó no saber,
en que ha parado el suceso:
por cuya causa no voy
á visitarla, temiendo
su enojo, pero tampoco
á dejar de ir me resuelvo,
porque si acaso ha llegado
á su noticia mi intento,
la vida del dueño mio
no dudo que corra riesgo:
y asi, porque en ir ó estarme
hay peligro, elijo un medio,
que es, enviar este papel
disimulado y secreto,
que aun no va de letra mia,
para cuyo efecto quiero
á Moscatel que le lleve,
valiendose de su ingenio,
y se le dé á Inés, criada

de Leonor, porque no siendo
conocido por criado
mio, no hay que tener miedo.
Y asi que le déis licencia,
don Alonso, es lo que os ruego,
y que conmigo en la calle
os halleis, porque si llego
á saber que está Leonor
en peligro, estoy resuelto
á sacarla de su casa,
aunque todo el mundo entero
lo estorve; y para esta accion
he elegido el valor vuestro:
mi amigo sois, don Alonso,
y bien conocido tengo,
que las burlas del buen gusto
son las veras del acero.

Don Alonso.

Moscatel, ese papel
toma, en casa de don Pedro
Enriquez, con la invencion
que te ofreciere tu ingenio,
entra, y dale á esa criada
que dice don Juan.

Don Juan.

¿Tan presto
lo disponeis?

Don Alonso.

Si ha de ser,
¿cuanto es mejor que sea luego?
Toma el papel, con nosotros
ven.

Moscatel.

Aunque temer no puedo
el peligro, pues Inés,
que es de mis sentidos dueño,
es la que voy á buscar,

amor me dé atrevimiento.

Don Alonso.

Guiad ahora ácia la calle.

Don Juan.

¡Qué amigo tan verdadero!

Don Alonso.

¡Que amores tan enfadosos!
Si me oyeron, no me oyeron:
bien haya yo que en mi vida
he enamorado con riesgo,
sino dama á todo trance,
sino moza á todo ruedo,
que á la primera visita
llamo recio y hablo recio;
y el haber en mí, ó no haber,
ó temor ó atrevimiento,
no consiste en otra cosa,
que haber ó no haber dinero.

Don Juan.

Esta es la calle, porque
no nos vean estarémos
en algun portal metidos.

ESCENA III.

Dichos, don Luis y don Diego, y pasan quitándose los sombreros.

Don Alonso.

Decís bien ¿mas quien son estos
que parece que á la casa
de Leonor miran atentos?

Don Juan.

Este es un don Luis Osorio,
á quien muy continuo veo
en la calle aquestos dias,
y ha dado, viven los cielos,
en cansarme.

Don Alonso.

¿Pues hay mas
de que tambien le cansemos
nosotros á él?

Don Juan.

Dejadlo,
que no és de estas cosas tiempo;
pasemos de largo, y no
demos que decir.

Don Alonso.

Pasemos,
aunque con tantas figuras
pueda ser hombre.

Don Juan.

Tú luego
darás la vuelta, y darás
el papel á Inés.

Moscatel.

Me temo...

Don Juan.

No hay que temer, aquí estamos
á la vista, entrate presto.

ESCENA IV.

Don Luis y don Diego.

Don Luis.

Esta es la capaz esfera,
este el abreviado cielo
de la mas bella deidad,
y del planeta mas bello
que vió el Sol desde que nace
en jóven golfo de fuego,
hasta que abrasado muere
en canas ondas de yelo,
y con ser tal su hermosura,
en ella ha sido lo menos,
porque pudiera ser fea,

en fé de su entendimiento.

Don Diego.

¿Y en fin, muger tan discreta
servís para casamiento?

Don Luis.

Por conveniencia y amor,
la sirvo y la galanteo,
para cuyo efecto ya
han de tratarlo mis deudos.

Don Diego.

Pues no sé si lo acertais.

D. Luis.

¿Porqué no, si en ella veo
virtud, nobleza y hacienda,
gran beldad y grande ingenio?

Don Diego.

Porque el ingenio la sobra,
que yo no quisiera, es cierto,
que supiera mi muger
mas que yo, sino antes menos.

Don Luis.

¿Pues cuándo el saber es malo?

Don Diego.

Cuando fue el saber sin tiempo;
sepa una muger hilar,
coser y hechar un remiendo,
que no ha menester saber
gramática ni hacer versos.

D. Luis.

No es egercicio culpable
donde es tan noble el esceso,
que no tiene inconveniente.

Don Diego.

Ni yo que le tenga pienso,
pues ántes sè lo contrario
del rigor y del desprecio
con que os trata.

Don Luis.

Ese desden
adoro: la vuelta demos
á la calle, no otra vez
pasen estos caballeros
que ya miro con cuidado.

Don Diego.

Vamos pues.

Don Luis.

Hermoso centro
de la ingratitud que adoro,
presto á tus humbrales vuelvo.

ESCENA V.

Salon en la casa de don Pedro.

Doña Leonor é Inés.

Doña Leonor.

¿Está mi hermana vestida?

Inés.

Tocándose ahora quedó
y por no podrirme yo
de ver cuan desconocida
pide uno y otro consejo
á su espejo, la dejé.

Doña Leonor.

Qué necio con ella fué
á todas horas su espejo.

Inés.

¿Cómo necio?

Doña Leonor.

¿No lo és
quien en gusto de un pesar,
no sabe un consejo dar
á quien se le pide, Inés?
Pues si á Beatriz la he pedido
mil consejos cada dia,

y á tan continua porfia
nunca á gusto ha respondido,
muy necia es.

Inés.

Ahora reparo la cáusa.

Doña Leonor.

¿Cual puede ser?

Inés.

Que no os debeis de entender,
que ella habla oculto, tú claro,
y asi os estais todo el dia
porfiando las dos.

Doña Leonor.

¡Quien fuera
tan feliz que no tuviera
mas cuidado! ¡Ay Ines mia!
con cuanto temor estoy
de que aquesta melindrosa,
esta crítica enfadosa,
á mi Padre cuente hoy
lo que anoche me escuchó
al balcon hablar.

Inés.

Supuesto
que haber salido tan presto
mi señor de casa, dio
lugar para prevenir
el lance, y que no ha tenido
tiempo de haberlo sabido,
procuremos desmentir
su malicia con alguna
invencion.

Doña Leonor.

Ya he imaginado,
y digo, que no he hallado
á proposito ninguna,
porque ¿como la he de hallar,

si ella misma quien vió fue,
á don Juan?

Inés.

Lo que se vé,
es lo que se ha de negar
con brio y con desenfado,
procurando desacello:
lo que no llegan á vello,
señora, se está negado.

Doña Leonor.

El medio ¡ay de mí! mejor,
que me ofrece el pensamien.o,
es Inés, con rendimiento,
dueño hacerla de mi amor,
de mi empleo y esperanza,
pues es hacer en efecto
puerta de hierro á un secreto,
el hacer de él confianza.
¿Y qué he de hacer ¡ay de mí!
Inés, si esta industria sola
es la que me quedá?

ESCENA VI.

Dichas y Doña Beatriz con un espejo en la mano, mirándose en él.

Doña Beatriz.

Ola,
¿no hay una fámula aquí?

Inés.

¿Qué es lo que mandas?

Doña Beatriz.

Que abstraigas
de mi diestra liberal
este hechizo de cristal,
y las quirotecas traigas.

Inés.

¿Qué son quirotecas?

Doña Beatriz.

¿Qué?
los guantes, ¡qué haya de hablar
por fuerza en frase vulgar!

Inés.

Para otra vez lo sabré:
ya estan aquí.

Doña Beatriz.

¡Cuanto lidio
con la ignorancia que hay!
¿Ola, Inés?

Inés.

¿Señora?

Doña Beatriz.

Trae
de mi biblioteca á Ovidio;
no el metamorfosis, no,
ni el Arte amándi pedí,
el remedio amoris si,
que es él investigo yo.

Inés.

¿Pues cómo he conocer
libro, si es que eso has pedido,
si aun el cartel no he sabido
de una comedia leer?

Doña Beatriz.

Oscura idiota y lega,
¿no te medra cada dia
la concomitancia mia?

Doña Leonor.

Ahora mi papel llega.
¿hermana?

Doña Beatriz.

¿Quien me habla así?

Doña Leonor.

Quien á tus pies obediente
viene á arrojarse.

Doña Beatriz.

Detente,
no te apropincues á mí,
que empañarás el candor
de mi castísimo bulto,
y profanarás el culto
de las áras de mi honor:
porque muger que fió
del caos de la sombra fria,
y en descrédito del dia
nocturno amor aceptó,
no mirar consigo atenta
mi semblante, á voz profana,
pues víbora será humana
que con su inficion se alienta.

Doña Leonor.

Beatriz discreta y hermosa,
mi hermana eres.

Doña Beatriz.

Eso no,
que tener no puedo yo
hermana libidinosa.

Doña Leonor.

¿Qué es libidinosa, hermana?

Doña Beatriz.

Una hermana que al farol
trémulo, virey del sol,
osa abrir una ventana,
y susurrando por ella
á voz media y labio entero,
dé que decir á un lucero,
dé que callar á una estrella:
pero yo minoraré
el escándalo que has hecho,
diciendo al paterno pecho
sacrilegios de tu fee:
un devoto anoche ví.

Doña Leonor.

¿Y conocístele?

Doña Beatriz.

No,
ni pudo ser, porque yo,
que es máscula conocí.

Doña Leonor.

Pues yo te quiero decir
quien era, y con el intento
que me habló.

Doña Beatriz.

¡Qué atrevimiento!
¡Tal insulto habia de oír!

Doña Leonor.

Pues aunque oirlo no quieras,
lo has de oír, porque tambien
no está á mi decoro bien,
que tú con locas quimeras
te persuadas á que ha sido
liviandad lo que honor fué.

Doña Beatriz.

¿Honor?

Doña Leonor.

Oye.

Doña Beatriz.

No daré
directo á tu voz mi oído.

Doña Leonor.

Pues directo ó indirecto,
todo has de escucharlo ya.

Doña Beatriz.

Oído por fuerza, será
clandestino tu secreto,
y no puedo error tan mucho
cometer.

Doña Leonor.

Si hablando estoy.

Doña Beatriz.

Adipzal conjuro soy;
no lo escucho, no lo escucho.

Doña Leonor.

Oye, ¿mas quien ahí ha entrado?

ESCENA VII.

Doña Leonor, Inés y Moscatel.

Inés.

A mi señor buscará.

Doña Leonor.

Mira quien és, mientras vá
mi desdicha y mi cuidado
siguiendo una fiera.

ESCENA VIII.

Inés y Moscatel.

Moscatel.

Amor,
¡qué cobarde eres conmigo,
pues aun no valen contigo
las leyes de embajador.

Inés.

¿És posible que has tenido,
Moscatel, atrevimiento
de entrar hasta este aposento?

Moscatel.

Sin saber qué me ha movido
á haber entrado hasta aquí,
rigor es anticipado.

Inés.

¿Pues no basta haber entrado?

Moscatel.

Sí, y no.

Inés.

¿Pues como no, y sí?

Moscatel.

No, pues no sabes á qué;
sí, pues enojada estás;
no, pues presto lo sabrás;
sí, pues tarde lo diré;
y aunque pude haber venido
de tu hermosura llamado,
traido de mi cuidado,
y del tuyo distraido:
á darte aqueste papel
vengo, que don Juan me envia,
que de mi cuidado fia
lo que á Leonor dice en èl,
que por no ser conocido
por criado suyo yo,
con el papel me envió,
si ya la causa no ha sido
conocer de mi dolor,
saber de mi mal severo,
que de amor no es buen tercero
el que no sabe de amor.

Inés.

Pues dí que el papel me diste
y que á Leonor le daré;
y vete presto, porque
temerosa, ¡ay de mí triste!
de que Beatriz...

Moscatel.

Yo me iré,
que aunque adoro tu presencia,
las leyes de tu obediencia
tan constante observaré,
que á precio de tu rigor
comprarè el desprecio mio;
y á costa de tu desvío
mereceré tu favor.

Inés.

Bien pudiera responderte,
que tan ingrata no he sido
como te habré parecido;
pero tieneme de suerte
el temor de verte aquí,
que dejo para despues
la respuesta: vete pues,
que tiempo ::: ¡mas ay de mí!
mi señor por la escalera
sube, aquí no me ha de hallar
viendote conmigo hablar.

ESCENA IX.

Moscatel y don Pedro.

Moscatel.

Oye, aguarda, escucha, espera.

Don Pedro.

¿Quién ha de esperar y oir?
¿Quién aguardar y escuchar?

Moscatel.

Quien me tuviere que hablar,
ó yo tenga que decir.

Don Pedro.

¿Qué haceis aquí?

Moscatel.

¿Qué he de hacer:
ya vos no lo estais mirando?

Don Pedro.

¿No hablais?

Moscatel.

Estaba pensando
lo que os he de responder

Don Pedro.

¿Qué buscais?

Moscatel.

¡Qué aquesto pase

á quien sea mi homicida!

Don Pedro.

¿Por qué?

Moscatel.

Porque yo en mi vida
hallé cosa que buscase,

Don Pedro.

¿Quién sois?

Moscatel.

Habeis preguntado
en propios términos: soy
un criado honrado, si hoy
hay un honrado criado.

Don Pedro.

¿Á quién servís?

Moscatel.

No serví,
aunque criado me llamo.

Don Pedro.

¿Cómo no?

Moscatel.

Como mi amo
es el que me sirve á mí.

Don Pedro.

Ya es mucha bellaquería
hablarme de esa manera,
y ya mas plazo no espera
la justa cólera mia.

Moscatel.

Malo va esto, vive Dios:
si me dá con algo aquí,
miré que se me dá á mí
que en la calle esten los dos.

Don Pedro.

Quien sois me habeis decir,
qué quereis, y qué buscais,
y á qué en esta casa entrais,

ó en ella habeis de morir
á mis manos.

Moscatel.

Si firmado
habeis la sentencia ciego,
con ejecutese luego,
yo soy Moscatel, criado
de un don Alonso de Luna.

ESCENA X.

Dichos, don Juan y don Alonso, que se queda al bastidor.

Don Juan.

Pues está aquí Moscatel,
y vimos entrar tras de él
á don Pedro, mi fortuna
no espera mas.

Don Alonso.

Yo dispuesto
á cuanto suceda estoy:
á tomar la puerta voy.

Don Pedro.

Proseguid.

Don Juan. (*Llega*)

Señor, ¿qué es esto?

Moscatel.

Eso si.

Don Pedro.

Forzoso es ya
reportarme: este hombre hallé
aquí, qué busca no sé.

Don Juan.

¿No? pues él nos lo dirá,
ó á aqueste acero rendido
morira

Moscatel.

Vamos de aquí,
Moscatel, que importa así;

buen socorro me ha venido:
un hombre busco, y no hallando
nadie que me respondiera,
de escalera en escalera
me fui poco á poco entrando;
sin ver á quien preguntar,
hasta esta parte llegué
donde una doncella hallé,
la verdad en su lugar;
pensando que era ladron
huyó de mi; y á ella era
el escucha, aguarda, espera.

Don Juan.

Bien puede tener razon.

Don Pedro.

Aunque no estoy satisfecho
de que me diga verdad,
fuera necia liviandad
de mi espada y de mi pecho
saber, don Juan, que he tenido
otra sospecha, y asi,
fingir me conviene aquí
que su disculpa he creido:
porque menos recatado
le pueda despues seguir,
saber quien es, y salir
de una vez de este cuidado:
pues si venís á buscar
un hombre ¿por que os turbais
de verme á mi?

Moscatel.

Porque dais
y soy fácil de turbar

Don Juan.

Id con Dios.

Moscatel.

Que a los dos guarde.

Don Juan.

A don Alonso le dí
se quite luego de ahí.

ESCENA XI.

Don Pedro y don Juan.

Don Pedro.

Luego vuelvo, á Dios, que es tarde.

Don Juan.

¿Dónde vais?

Don Pedro.

Vuelvo á buscar
unas cartas que perdí.

Don Juan.

No habeis de salir de aquí
ú os tengo de acompañar.

Don Pedro.

Algo sin duda ha entendido
de mi enojo; fuerza es
deslumbrarle: venid pues.

Don Juan.

Bien hasta aquí ha sucedido,
pues sin sospechar en mí,
asistirle á todo puedo.

ESCENA XII

Inés y doña Leonor.

Inés.

Confusa de mirar quedo
lo que ha sucedido aquí:
informarse tan severo,
cobrarse tan recetado.
hablar con él tan pesado,
y seguirle tan ligero,
muchos efectos han sido;
no sé que ha de suceder.

Doña Leonor.

Valgate Dios por muger,
qué temeraria has nacido!

Inés.

Señora, ¿qué te ha pasado
que tan colérica vienes?

Doña Leonor.

Que no me escucha Beatriz,
porque ha estado impertinente
con mas sobérbia que nunca,
tan cansada como siempre:
dice que dirá á mi padre
el suceso.

Inés.

Cuando vienen
los pesares, nunca ¡ay triste!
vienen solos, pues de suerte
se eslabonan unos de otros
que enredandose crueles,
es víspera del segundo
el primero que sucede.
Aquel hombre que dejaste
aquí, para que supiese
yo quien era, te buscaba
á ti, señora, con este
papel, que don Juan no quiso,
por el riesgo, que viniese
criado suyo: el papel
me dio apenas, cuando quiere
el cielo que entre tu padre,
y que con el hombre encuentre;
llegó al empeño don Juan,
é hizo que el hombre le diese,
no sé qué necias disculpas;
pero aunque quiso prudente
disimular mi señor,
no pudo, y tras él se vuelve.

Doña Leonor.

Qué bien dicen, que los males
son, si hay uno, como el Fenix;

pues es cuna en que uno nace
la tumba donde otro muere:
dame el papel, porque quiero
al instante responderle
á don Juan en el peligro
que estoy.

Inés.

No le guardes, leele,
que quizá advertirá algo
que en tu cuidado aproveche.

Doña Leonor.

Dices bien; abrirle quiero,
que nada en ello se pierde.
»*Qué mal podré, hermoso dueño,*
»*decirte, ni encarecerte....*

Inés.

Tú hermana viene.

Doña Leonor.

¡Ay de mí!

ESCENA XIII

Dichas y doña Beatriz.

Doña Beatriz.

¿Qué misivo nema es ese
que ajado ocultas?

Doña Leonor.

¿Yo?

Doña Beatriz.

Sí

Doña Leonor.

No entiendo lo que me quieres
decir.

Doña Beatriz.

Con vulgar disculpa
me has obstinado dos veces:
ese manchado papel,
en quien cifró líneas breves

cálamo ansarino, dando
cornerino vaso débil
el etiópico licor,
ver tengo.

Doña Leonor.

En vano pretendes
ver el papel, porque fuera
tambien ser necia dos veces,
no querer saber de mí,
cuando de oirme te ofendes,
lo que yo quiero decir,
y querer saber aleve
lo que pretendo callarte.

Doña Beatriz.

Mi fraternidad no atiende
á tu lengua, sí a tu accion;
porque aquella mentir puede,
y ésta ha de decir verdad,
y así en la ocasion urgente,
oir lo que quieres no quiero,
saber si lo que no quieres.

Doña Leonor.

¿De qué suerte, si no quiero,
lo has de saber?

Doña Beatriz.

De esta suerte. (1)
Suelta la epístola.

Inés.

No es
sino evangelio.

Doña Leonor.

Aunque intentes;
por fuerza verle, tirana,
poco podre ó no has de verle.

(1) *Asela del papel y porfian las dos.*

Doña Beatriz.

Deja el papel. (1)

ESCENA XIV

Dichas y don Pedro.

Don Pedro.

¿Qué papel
es? ¿Por qué reñís, aleves?

Inés.

Cayóse la casa, como
dice el fullero que pierde.

Don Pedro.

Suelta este pedazo tú,
y tu suelta ese otro.

Doña Leonor.

Deme
ingenio amor.

Doña Beatriz.

El que abstraes,
fragmento á mi mano débil,
te referirá baldones,
que tu pundonor padece.

Doña Leonor.

El papel, señor, que miras
yo no sé lo que contiene;
y pues que Beatriz lo sabe
¿quién duda que suyo fuese?
leyéndole estaba cuando
llegué yo.

Don Pedro.

Calla.

Doña Leonor.

Y sin verle,
llegando con tal cuidado,

(1) *Rompen el papel quedándose con la mitad cada una.*

que me le puso de verle,
quise quitársele, y ella
me le defendió: no pienses
que fué atrevimiento en mí,
que despues que sé que tiene
Beatriz quien la escriba, y quien
la hable de noche por ese
balcón, mi virtud me ha dado
disculpa para atreverme,
aunque soy menor hermana,
á tratarla de esta suerte.

Inés.

De mano gana Leonor,
cuando un mismo punto tienen.

Don Pedro.

Por cierto Beatriz...

Doña Beatriz.

Ignoro,
atónita, responderte,
que me construyó su acento
estátua de fuego y nieve:
porque cuanto me acumula,
delicto es suyo in specie.

Doña Leonor.

¿Pues aquí no estaba Inés
que decir la verdad puede?

Doña Beatriz.

¿Pues Inés no estaba aquí
que dirá lo que sucede?

Inés.

Yo soy, en fin, la presencia
de todo el hecho presente.

Don Pedro.

¡Ay de mí! que combatido
de uno y otro mal tan fuerte,
ambos me estan mal, pues ambos
armados contra mi vinen:

que al averiguar ¡ ay triste !
cuya es la culpa evidente ,
no es escusarme la pena ;
pues cuando á saberla llegue,
tan sitiado mi dolor ,
tan acosado mi suerte ,
tan cercado mi desdicha
en este lance me tienen ,
que habiendo oido , que habiendo
de morir precisamente ,
quien me dé muerte sabrè ,
mas no escusaré la muerte.
Vete , tú , Beatriz de aquí ;
y tú , Leonor , de aquí vete.

Doña Beatriz.

Señor , yo...

Don Pedro.

Nada digais.

Doña Leonor.

Quiera amor que no confiese
el papel , lo que yo niego.

Doña Beatriz.

Tú, mental hermana, tienes
la culpa de todo.

ESCENA XV.

Don Pedro é Inés.

Don Pedro.

¿ Inés ?

Inés.

Aquí entro ahora.

Don Pedro.

Detente.

Inés.

Honor , con quien vengo vengo.

Don Pedro.

Pues sola el testigo eres

¿ quién leía el papel?

Inés.

Yo
ni quito ni pongo leyes;
pero hago lo que debo.

Don Pedro.

¿ Qué es lo que dudas? ¿ Qué temes?

Inés.

Al oficio de criada
en ayudar á quien miente.
Señor, poco antes que tú,
llegué yo, sin que pudiese
de la accion, ni de las voces
saber cuyo el papel fuese:
esta es la verdad, so cargo
del juramento, que tiene
fecho cualquiera criada
en el pleito que refiere.

Don Pedro.

¿ Aun este pequeño alivio
del desengaño no quiere
darme el dolor? Vete Inés.

Inés.

Viva á toda ley quien vence.

ESCENA XVI.

Don Pedro.

Que el papel confesará
cuanto tu y ellas me nieguen:
juntar quiero los pedazos
de esta víbora, esta sierpe,
que dividido el veneno
en dos mitades contiene.
»Qué mal podré hermoso dueño,
»decirte ni encarecerte
»el cuidado con que estoy
»de que anoche nos oyese

»tu hermana!.. *Avísame al punto,*
»que á tu padre se lo cuente,
»para que te ponga en salvo.
Á entrambas á dos conviene
el papel, para que sea
hoy mi desdicha mas fuerte:
pues si supiera de una
que con liviandad procede,
supiera tambien de otra
la virtud, y de esta suerte
templado estuviera el daño:
mas para que no se temple,
quiere el cielo que á ninguna
crea, y que en las dos sospeche:
hallar un criado aquí,
turbarse ¡ay de mí! de verme
llegar don Juan y dejarle,
salir tras él y perderle,
volver á casa y hallar
la confusion que me vence,
cosas son que han menester
atenciones mas prudentes;
y así, pues sé que el criado
es, si su temor no miente,
de don Alonso de Luna,
saber quien es me conviene
y atender á sus acciones;
y hasta que á mis manos llegue
ó desengaño ó venganza,
valedme, cielos, valedme.

ACTO SEGUNDO.

Decoracion de calle.

ESCENA PRIMERA.

Don Juan, don Alonso y Moscatel.

Don Alonso.

De buena salimos.

Moscatel.

Yo
soy el que salí de buena
y entré en mala, pues me ví
yá de la muerte tan cerca.

Don Juan.

Determinarme yo á entrar,
viendo la ocasion tan cerca,
tras don Pedro, fué tu dicha.

Moscatel.

Y aun la tuya, pues si dejas
de entrar, confieso de plano.

Don Alonso.

¿Eso dices?

Moscatel.

Y aun lo hiciera
mejor que lo digo.

Don Alonso.

Mira,
don Juan, si amando hay quien tema.

Don Juan.

¿Pues un amante es cobarde?

Moscatel.

Mucho mas, por ver que arriesga
una vida, que no es suya,

sino de su hermosa prenda,
y si es deuda de un amante
en su servicio perderla,
ya es de amor estelionato
hipotecarla á otra deuda.

ESCENA II.

Dichos é Inés, que sale tapada.

Inés.

¿Señor don Juan?

Don Juan.

¿Quién me llama?

Inés.

Yo soy.

Don Juan.

Vengas norabuena,
Inés.

Inés.

Para haberte hallado
he dado á Madrid mil vueltas.

Don Juan.

¿Qué ha sucedido que así
vienes?

Moscatel.

Inesilla es esta;
quiera el cielo que mi amo
ni la atisbe ni la vea.

Inés.

Á darte aqueste papel
he venido; á Dios.

Don Juan.

Espera
le leeré. (1)

(1) *Lee don Juan, y entre tanto se pone Moscatel en medio de don Alonso y de Inés.*

Don Alonso.

No tiene, á fe,
mala cara la mozuela.

Moscatel.

Vióla, no daré un ochavo
por mi honra toda entera.

Don Alonso.

Oye Moscatel.

Moscatel.

Señor.

Don Alonso.

Si como esta moza fuera
la tuya, te disculpára,
si hay disculpa que amor tenga.

Moscatel.

Zelos, vamos poco á poco, *ap.*
no matéis con tal violencia.
¿Esta te parece bien?

Don Alonso.

¿Pues no es bien hermosa esta
para fregona?

Moscatel.

No es,
sino muy mala y muy fea:
si vieras, señor la mia,
pondré el alma, que dijeras
que era pecado nefando,
ó estaba sin competéncia.

Don Alonso.

Viven los cielos, que mientes.

Don Juan.

Ya he leido.

Don Alonso.

¿Y qué hay?

Don Juan.

Mil quejas
de Leonor: en fin, me avisa,

que bien puedo ir á verla,
que no hay sospecha de mí,
por una industria, cual sea
no dice: despues de todo
yo volveré á daros cuenta
vamos, Inés.

ESCENA III.

Don Alonso, Moscatel é Inés.

Don Alonso.

Moscatel,
no la dejes ir, detenla.

Moscatel.

¿Esto mas, zelos?

Don Alonso.

¿Ha hermosa?

Inés.

¿Qué quereis?

Don Alonso.

Veros quisiera
esa buena cara.

Moscatel.

¡Ay cielos!

Inés.

Hay mucho que ver en ellá,
y no vengo tan despacio.

Don Alonso.

Yo la sabré ver apriesa

Moscatel.

Y aun dejar de verla y todo.

ESCENA IV.

Dichos, don Luis y don Diego.

Don Diego.

La criada suya es esta.

Don Luis.

Desde su casa la he visto

salir, y vengo tras ella,
por ver si para Beatriz
darla un recado pudiera.

Inés.

No sé lo que Moscatel
me quiere decir por señas.

Don Diego.

Con don Alonso de Luna
habló.

Don Luis.

Cierta es mi sospecha;
que venir una criada
de Beatriz de esa manera
á buscarle, estar él siempre
en su calle y á su reja
con aquel amigo suyo,
mirar que cuando se aleja,
se quedan los dos hablando,
no es posible que no sean
lances de amor.

Don Diego.

¿Qué quereis
hacer?

Don Luis.

Que aquí no me vean,
que no tengo yo favores,
para que empeñarme pueda,
y reñir un desvalido,
es valentía muy necia.

Don Diego.

Decís bien, y quizá mienten
los viles zelos que os cercan.

Don Luis.

Nunca son viles los zelos,
don Diego.

Non Diego.

Opinion es nueva.

Don Luis.

¿Hay mas nobleza que hablar
verdad? Pues esta nobleza
solo los zelos la tienen,
porque no hay zelos que mientan.

ESCENA V.

Don Alonso, Moscatel é Inès.

Inés.

Bien está; á Dios, que es muy tarde.

Don Alonso.

Dejad, que vaya siquiera
con vos aquese criado:
no vais sola.

Inés.

Norabuena,
venga el criado conmigo.

Moscatel.

¡Qué esto escuche! ¡qué esto vea!

Don Alonso.

¿Moscatel?

Moscatel.

¿Señor?

Don Alonso.

Escucha,
Inés me ha dado licencia
para que en mi nombre vayas
hasta su casa con ella:
vé y dirásla en el camino,
que como tal vez se venga
á casa, no faltará
algun regalo que hacerla.

Moscatel.

¿Es posible que tal dices?

Don Alonso.

Si, que si en su amor ya es fuerza
acompañar á don Juan,

no es muy mala cenveniencia
tener quien aquel instante
tambien á mí me entretenga.

Moscatel.

Yo se lo diré.

Don Alonso.

En los trucos
te aguardo con la respuesta.

ESCENA VI.

Moscatel é Inés.

Moscatel.

¡Quedamos buenos, honor!

Inés.

Vamos, Moscatel, ¿qué esperas?

Moscatel.

Vamos, Inés.

Inés.

¿Pues tan triste
conmigo vas, que aun apenas
alzas á verme la cara?
¿Qué es aquesto?

Moscatel.

¡Ay Inés bella!
¡Ay dulce hechizo del alma,
qué de cuidados me cuestas!

Inés.

¿Qué tienes?

Moscatel.

Amor y honor;
quiero y sirvo, y hoy es fuerza,
entre mi dama y mi amo,
que no sirva, o que no quiera.

Inés.

No entiendo tus disparates.

Moscatel.

Pues yo haré que los entiendas:

don Alonso, mi señor,
te vió Inés, y á Dios pluguiera
que antes cegase, aunque yo
el mozo del ciego fuera:
vióte, Inés, ¡ay Dios! y al verte,
fué precisa consecuencia
quererte, no tanto, Inés,
por tu infinita belleza,
como por su amor finito,
que eres, en fin, cara nueva.
Conmigo á decir te enviá..
aquí se turba mi lengua;
dice, que si vas, Inés,
á verle, tendrás, ¡qué pena!
si es por la mañana, almuerzo;
si es por la tarde, merienda.

Inés.

Grosero, descortés, loco,
suspende la aleve lengua,
que no sé, no sé que has visto
en mí, para que te atrevas
á hablar con tal libertad
á una muger de mis prendas.
Dile á tu amo, villano,
que soy quien soy, y no tenga
pretensiones para mí,
que de cualquiera manera
iré á servirle á su casa:
porque yo no soy de aquellas
mugercillas, que se pagan
en almuerzos y meriendas,
que soy moza de capricho,
y eso le doy por respuesta.

Moscatel.

¿Eso dices?

Inés.

Eso digo,

y presto de aquí te ausenta ,
no te vean en mi casa ,
mira que ya estamos cerca.

Moscatel.

¿En fin, te vas enojada ?

Inés.

No me sigas , no me veas.

Moscatel.

Obedecerte es forzoso ,
pues tan triste , Inés , me dejas ,
bien podeis ojos llorar ,
no lo dejeis de verguenza.

ESCENA VII.

Inés.

Aquesta es mi casa , el manto
me he de quitar á la puerta ,
que para esto solamente
creo que en las faldas nuestras
usamos los guardainfantes :
ahora aunque mi ama la necia
me haya hechado un rato menos ,
no sabrá que he estado fuera :
nadie de ustedes lo diga ,
que los cargo la conciencia.

ESCENA VIII.

Decoracion de salon.

Don Juan , doña Leonor, y poco despues Inés.

Doña Leonor.

Esta mentira ha sido
la que nuestro cuidado ha divertido.

Don Juan.

Fue del ingenio tuyo ,
que con eso que fue sutil arguyo.

Doña Leonor.

Ya del todo perdida
por este medio restauré la vida ;

que lo que era evidencia,
puse con el engaño en contingencia;
que no es pequeño aviso
saber hacer dudoso lo preciso.

Don Juan.

¿Tu padre, en fin, de entrambas sospechoso quedó?

Doña Leonor.

Tanto, que anda cuidadoso,
yendo á casa y viniendo,
escuchando á la una, á la otra oyendo,
que hasta aquí no ha sabido,
cuyo el papel, ni para quien ha sido:
porque Inés, que tenía
sola noticia de la culpa mia,
sin que á decirlo acuda,
dejó en su fuerza la primera duda.

Inés.

Yo no dije que era
el papel de Beatriz, porque pudiera
el papel desmentirme,
y asi en lo que dijiste estuve firme.

Don Juan.

Dicha fué que viniera
el papel de manera,
que á entrambas convenia,
que bien se acuerda la memoria mia
de que no te nombraba,
y de que escrito de otra letra estaba:
pero dime, ¿qué ha hecho
Beatriz al testimonio?

Doña Leonor.

Yo sospecho,
que sujeta al indicio,
si juicio tiene ha de perder el juicio:
pues sobre su melindre y su locura,
tan vana de su ingenio, y hermosura,

verse indiciada tanto
de una sospecha, la convierte en llanto:
y estoy, don Juan, gustosa de manera
de verla así, que diera
porque fuera verdad, y no fingido,
el amor que en su culpa he introducido,
la vida.

Inés.

Piensa tú, señor, qué haremos
por llevar adelante sus estremos.

Doña Leonor.

De nuestro amor industria lisongera
el divertirla, y el culparla fuera;
pues con eso dejára
de perseguirme a mí, y ella callára.

Don Juan

Ahora bien, pues yo quiero
de esta venganza tuya ser tercero,
y trayendo conmigo,
para que la entretenga un cierto amigo,
haré..., pero ella viene,
despues lo oirás, que aquí callar conviene.

Doña Leonor.

Pues vete, no te vea,
que aunque aquesta sospecha en tí no sea,
á toda ley, bien creo
que es mejor desvelar nuestro deseo.

Don Juan.

Pues á Dios, Leonor bella.

Inés.

Santiago, cierra España, á ella, á ella.

ESCENA IX.

Doña Leonor y doña Beatriz.

Doña Beatriz.

Aquí, que Fenix estoy,
porque al fin, la fantasía

hace, y no hace compañía,
soliloquiar quiero hoy,
¿en qué tan infeliz soy,
y en qué oroscopo nací?
pues siendo mi honor en mí
sol que el dia iluminó,
el eclipse padeció,
y yo el efecto sentí.
Entre mi nube y mi ardor,
con epiciclo confuso,
el cuerpo opaco me puso
la mentira de Leonor.

Doña Leonor.

¿Qué me quieres?

Doña Beatriz.

Es error,
aunque á solas te he nombrado,
fantasiar que te he llamado,
que si el nombrar es llamar,
hoy desvia con llamar
al contrario mi cuidado.

Doña Leonor.

¿Pues porque, cruel, conmigo,
tú voz á solas se emplea?

Doña Beatriz.

Pues que me interrogas, sea
tú mendacio tú castigo,
¿tú no fuiste, amor testigo,
la escrita?

Doña Leonor.

Digo que sí.

Doña Beatriz.

¿La que al paterno dijiste,
al fin que era para mí
el lineado papel?

Doña Leonor.

Si

*

Doña Beatriz.

¿Tú no fuiste quien hiciste
tan válida la mentira,
que embelecó la verdad,
aquada su puridad?

Doña Leonor.

Si Beatriz.

Doña Beatriz.

¿Pues que te admira
lamentar tu fraude?

Doña Leonor.

Mira
lo que tu enfado causó;
que nó lo intentara, no,
si tu ayudarás mi engaño:
mas ya sucedido el daño,
Beatriz, primero era yo.
Negarte á solas no quiero,
que mia la culpa fue,
pero tampoco querré
confesársela á un tercero:
yo amo, yo adoro, yo muero
de amor... ¡Mi padre, ay de mí!

ESCENA X.

Dichas y don Pedro que se queda al bastidor detras de Beatriz y de cara á Leonor; ella le vé y él se recata.

Don Pedro.

Yo muero de amor, oí
á Leonor.

Doña Leonor.

Cure mi error
mi voz: ¿yo muero de amor
dices delante de mí?
¿yo quiero?

Don Pedro.
¿Esto llego á ver?
Doña Leonor.
¿Yo amo?
Doña Beatriz
¡Aquesto llego á oir!
Doña Leonor.
¿De amor muero ha de decir
una principal muger?
Mi padre lo ha de saber;
que aunque tú me has dicho aquí
que á èl no; pero á mí si
lo confiesas, brevemente
lo sabrá.
Doña Beatriz.
¿Qué dices?
Doña Leonor.
Tente.
no te apropincues á mí.
Doña Beatriz.
El concepto dificulto
de tus estremos, Leonor.
Doña Leonor.
No me empañes el candor
de mi castisimo bulto.
Doña Beatriz.
¡Qué mudanza!
Doña Leonor.
¿Tal insulto
pronunciar tu lengua osa?
Don Pedro.
Leonor es la virtuosa.
Doña Beatriz.
Oye hermana.
Doña Leonor.
Aqueso nó,
que tener no puedo yo

hermana libidinosa.

ESCENA XI.

Doña Beatriz y don Pedro.

Doña Beatriz.

¿Quién tales estremos vió?
¿Quién vió tales sentimientos?
¿Quién vió tales fingimientos?
de un instante á otro?

Don Pedro.

Yo,
yo los ví, Beatriz, y no
en vano el cuidado ha sido,
que con las dos he tenido.

Doña Beatriz.

¿Señor, tú estabas aquí?

Don Pedro.

Si, si Beatriz, aquí estaba.

Doña Beatriz.

¿Oiste á Leonor lo que hablaba?

Don Pedro.

Lo que habló Leonor oí.

Doña Beatriz.

¿Luego ya estarás de mí
desengañado?

Don Pedro.

Si estoy,
pues he llegado á ver hoy,
que una hermana menor pueda
reñirte.

Doña Beatriz.

¡Que tal suceda!
infausta y crinita soy.

Don Pedro.

¿Qué crinita, ni que infausta?

Doña Beatriz.

Señor...

Don Pedro.

Beatriz, bueno está:
basta lo afectado ya,
lo enfadoso basta, basta:
que es lo que mas te contrasta
para que vencida quede
tu opinion, bien ver se puede,
si á hablar así te acomodas,
que quien habla como todas,
no como todas procede.
Yo sé que el cuidado ha sido,
y el papel de un caballero
bachiller y chocarrero,
leve y mal entretenido:
y que le quieres he oido
cuando Leonor te reñía;
culpa ha sido tuya, y mia,
mas remediarélo yo:
aquí el estudio acabó,
aquí dió fin la poesía.
Libro en casa no ha de haber
de latin que yo le alcance;
unas horas en romance
le bastan á una muger:
bordar, labrar y coser
sepa solo, deje al hombre
el estudio; y no te asombre
esto, que te he de matar,
si algo te escucho nombrar,
que no sea por su nombre.

Doña Beatriz.

Subordinada al respeto,
girasol de tu semblante,
en estilo relevante
no frasificar prometo:
deja, empero, á tu conceto
desvanecer la apariencia,

que el engaño hizo evidencia,
que hizo acaso la malicia,
queriendo con su injusticia
captar tu benevolencia.

Don Pedro.

Perdiendo el juicio, Beatriz,
bien enmedada te veo.

Doña Beatriz.

Por tu anticipata.

Don Pedro.

Creo
que hoy me has de quitar el juicio.

ESCENA XII

Sala en casa de don Alonso: éste y Moscatel.

Don Alonso.

¿Eso la pícara dijo?

Moscatel.

De tu amor tan ofendida,
como si fuera hija Ines
del P..ste Juan de las Indias:
decid, dijo, á vuestro dueño,
que de mi valor no vista,
que soy grande para cama,
y para esposa soy chica.

Don Alonso.

Eso á reyes de comedia
no hay condesa que no diga
de Amalfi, Mantua, o Milan,
mas no las de Picardía:
válgate el diablo, picaña,
¿cómo no tienes á dicha
que te hable un hombre, que al fin
trae una camisa limpia.

Moscatel.

Señor, cada ropa blanca
su semejante codicia.

Don Alonso.

¿Y qué te paso con Celia?

Moscatel.

Estaba á su celosía
asomada, y aun borracha,
pues dijo: porque no ibas
á verla; y esto, señor,
en juicio no lo diria,
¿porqué como has de ir á verla
si ya la viste ha tres dias?

Don Alonso.

Mi firmeza me destruye,
porque todas imaginan,
siendo galan al quitar,
que lo he ser de por vida:
pues mejor es lo que á mí
me ha pasado; como iba
en un coche doña Clara,
llamome, l eguéme á oirla,
y dijóme que a la tarde,
¡hay es una niñería!
la enviase veinte varas
de lama, porque quería
hacer en mi nombre una
pollera; y á media risa,
pregunté: ¿de qué color?
respondio que de la mia;
y así al propósito hice
de repente esta quintilla:
De mi color bien mi amor
dar la pollera quisiera;
mas es tanto mi temor,
que no me dejas color
de que hacerte la pollera.
Con esto me descarté
de la lama.

Moscatel.

Linda finca
es un desenfado.

Don Alonso.

¿Cómo?

Moscatel.

Como paga á chanza vista.

Don Alonso.

No sabes lo que en aquesta
mas me mata, mas me admira,
que usándose hombres que nieguen,
se usen mugeres que pidan.

Moscatel.

Piden por su devocion.
¡Qué presto de Inés se olvida! *ap.*
zelos á Dios.

Don Alonso.

¿Moscatel?

Moscatel.

¿Señor?

Don Alonso.

¿Quieres que te diga
una verdad?

Moscatel.

Si contigo
lo puedes acabar, dila.

Don Alonso.

La Inesillá me ha picado.

Moscatel.

¿Tan aguda es la Inesilla?

Don Alonso.

Y por hacer burla de ella,
solamente he de rendilla.
Allá has de volver.

Moscatel.

¿Yo?

Don Alonso.

Si.

Moscatel.

Zelos, no á Dios tan aprisa.

Don Alonso.

La dirás...

ESCENA XIII.

Dichos y don Juan.

Don Juan.

Gracias al cielo,
que os traigo nuevas un dia
de contento, porque amor
no siempre ha de ser desdichas:
yá cesaron sus disgustos,
sus pesares, sus rencillas,
que como es niño, el semblante,
que ayer fue llanto, hoy es risa.
Ayer de vuestro valor
me valí, cuando tenia
empeños de honor, y ahora,
que han mejorado de dicha;
me he de valer, don Alonso,
de vuestra cortesanía,
buen gusto y sútil ingenio,
porque en dos iguales líneas
los dos estremos toqueis
del pesar y la alegría.

Don Alonso.

¿Pues bien, qué os ha sucedido?

Don Juan.

De cuanta culpa tenia
Leonor, hizo á Beatriz dueño,
cautelosa y prevenida;
dudó el padre entre las dos
cuya fuese la malicia,
y que no por fe dudosa
la que era culpa predisa.

Para ayudar este engaño
con Beátriz, y divertirla,
que si hay envidia entre hermanos,
es la mas cuel envidia;
me ha pedido que con ella
algun nuevo amante finja,
porque la importa en estremo
ó culparla, ó divertirla.
Y aqueste habeis de ser vos,
ayudandoos ella misma
á la entrada de su casa;
y así, desde aqueste dia
la habeis de asistir, pasear,
adorar su celosía,
solicitar sus criadas,
donde saliere, seguirla,
escribirla...

Don Alonso.

Deteneos,
que ni hablarla, ni servirla,
ni pasearla, ni mirarla
sabré yo hacer en mi vida.
¿Yo mirar á una ventana
embobado todo el dia,
haciendo el amor ardiente
á un cántaro de agua fria?
¿Yo sobornar á una moza,
porque mis penas la diga?
¿yo abrazar un escudero
con la barba hasta la cinta?
¿Yo seguir una muger,
ni saber donde vá á misa?
¿ni si la oye? que al fin yo,
don Juan, en toda mi vida
he averiguado á mi dama,
si tiene, ó no tiene crisma,
y ellas se huelgan, pues todas

niegan donde se bautizan.
¿Yo escribir papel tan cuerdo,
que mil locuras no diga,
donde ande el razonamiento
entre el afecto y la dicha?
¿Yo parlar á una ventana,
despues de una noche fria
para pedir una mano?
¿Yo sufrir que cada dia
me responda: es de mi esposo,
y con aquesta porfia
me ande con su doncellez
dando en rostro cada dia?
Vive Dios, que antes me deje
morir, que á una muger siga,
ni solicite, ni ronde,
ni mire, ni hable, ni escriba;
porque en no teniendo yo
libre entrada á mis visitas,
donde tome mi despejo
á la primera vez silla,
la segunda taburete,
y la tercera tarima;
siendo mi lecho el estrado,
y mi almohada una rodilla,
y haciéndola que me rasque
la cabeza, si me pica,
no daré por cuanto amor
hay en el mundo, dos higas;
y mirad, pues, que muger
tan chistosa y entendida
traeis, sino una muger
que habla siempre algaravía,
y sin Calepino, no
puede un hombre entrar á oirla.
Y así, mirad si teneis
algun disgusto en que os sirva;

que voto á Dios, que primero
con diez hombres legos riña,
que con una muger culta:
que ha de ser la dama mia,
como fianza abonada,
sobre lega, llana y lisa.

Don Juan.

En la corte, don Alonso,
¿cada dia no se mira
por hacer tercio á un amigo,
enamorar á una amiga?

Don Alonso.

Tambien se mira, don Juan,
en la corte cada dia,
perder uno su dinero
por hacer tercio á una rifa.

Don Juan.

Yo no quiero que tu amor
sea, sino que lo finjas,
que esto todo ha de ser burla.

Don Alonso.

Mucho lo fingido obliga
y hacer burla de una loca
tan vana y tan presumida.

Moscatel.

¡Qué presto hizo la razon
á la ocasion que le brinda!
tan loco nos venga el año.

Don Alonso.

Cuanto sea engaño, y mentira
vaya, mas pensar que tengo
de obligarla, ni sufrirla,
es pensar un imposible.

Don Juan.

Ni nadie á aqueso os obliga.

Don Alonso.

Desde aquí empiezo a armarla.

Don Juan.

Vamos á su casa misma,
y en el camino os diré
de estas cosas conocidas,
que importan, y haré que entreis
á hablarla.

Don Alonso.

Vamos aprisa,
que ya de pensar, don Juan,
lo que hoy á las burlas mias
han de responder sus veras,
me estoy muriendo de risa.

Moscatel.

Quiera amor no pare en llanto.

Don Alonso.

¿Qué llanto, necio, si miras
que todo es burla; pues solo
mi libertad solicita
hacer buen tercio á don Juan,
vengar á Leonor divina,
burlar á Beatriz hermosa,
y retozar á Inesillá?

Moscatel.

No será, no, sino echarse
con la carga de mis dichas.

ESCENA XIV.

Habitacion de doña Beatriz: ésta é Inés.

Inés.

Grande, señora, es tu melancolía.

Doña Beatriz.

¿Cómo no ha de ser grande, siendo mia?
¿Y harta razon no tengo?
Pues por Leonor con mi ascendiente vengo
á padecer calumnias de que amo,
cuando la misma ingratitud me llamo.
¿Yo pensar que he escuchado á un hombre amores?
¿Qué un papel admití? ¿Qué dí favores?

¿ Què entró en mi cuarto abriendo una fenestra?
¿ Qué fué el tacto la nube de mi diestra ?
Cosas son, que el escrupulo mas leve
dentro de mi, ni aun á pensar se atreve;
y así, aqueste retiro,
donde la luz del sol apenas miro,
lúgubre sera esfera,
donde engañada yo, que vivo, muera.
Estancia será esquiva,
en que burlando lo que muero, viva:
el sol, narciso de jazmin y grana,
desde el primer fulgor de la mañana,
al parasísmo de la noche fria,
á donde espera el parangon del dia;
no me ha de ver la cara
si yá con luz no se penetra avara
á esta mansion, á donde
mi profanado pundonor se esconde.
Lloren aquí mis ojos,
sinónomos neutrales, digo, enojos,
de torpes desvarios,
que son agenos, y parecen mios.
¿ Inés, no me he quejado
en bien humilde estilo, en bien templado?
si mi padre me oyera,
¡ó cuanta enmienda en mis discursos viera!

Inés.

Mucha, aunque del tema reformado
algunas palabrillas te han sobrado.

Doña Beatriz.

¿ Dime cuales han sido?

Inés.

Lúgubres y crepúsculos he oido,
equívocos, sinónomos, neutrales,
fenestras, parasismos, y otras tales,
de que yo no me acuerdo.

Doña Beatriz.

Con la estulticia que hay, el juicio pierdo:
¿pues esas no son voces de cartilla,
que un portero las sabe de la villa?
mas desde aquí prometo,
que calce mi conceto,
apesar de Saturno,
vil zueco en vez de trágico coturno.

Inés.

Enmendándose vá.

Doña Beatriz.

Si tú me oyeres
frase negada á bárbaras mugeres,
por ver si en esto topa,
tírame de la manga de la ropa.

Inés.

La concesion áceto,
y ser fiscala de tu voz prometo.

ESCENA XV.

Dichas, doña Leonor, don Alonso y Moscatel al paño.

Doña Leonor.

Esta es Beatriz, y puesto que has venido
á divertirla, su galan fingido,
hablarla aquí podrás seguramente,
yo atenta á que no haya inconveniente,
con don Juan allí hablando
hoy las espaldas te estaré guardando.

ESCENA XVI.

Dichos menos doña Leonor.

Don Alonso.

¿Quién creerá que he tenido
miedo al amor, aun siendo amor fingido?

Inés.

¿Moscatel, qué es aquesto?

Moscatel.

La droga introducir que se ha dispuesto.

Inés.

¿Para qué entras tu acá?

Moscatel.

Para que amo,
y no has de estar á tiro de mi amo
sin escucha.

Doña Beatriz.

¿Qné es esto?

Inés.

Un hombre osado
que hasta aquí se ha entrado.

Doña Beatriz.

¡Un hombre en mi cúbiculo! ¿Qué haces?

Inés.

Tirarte de la manga.

Doña Beatriz.

Necio intento:
deten, que solo digo, en mi aposento.

Don Alonso.

Hermosa Beatriz, la voz
no dés al aire, no dés
al cielo quejas, huídas
de la prision del clavel.
Oye piadosa mi pena,
sin enojarte; porque
no siempre fué de lo hermoso
patrimonio lo cruel.

Doña Beatriz.

¿Andais por antonomasias?

Inés.

Dos veces tiro.

Doña Beatriz.

Está bien:
atrevido Caballero,
que has sido osado á romper
la clausura, donde el sol,
que fenix y hoguera es,

si tal vez entra atrevido,
sale cobarde tal vez:
y á no traer por disculpa,
que me viene el dia á traer,
no osára donde estoy yo
á entrar en átomos él:
¿qué atrevimiento, que audacia
rige tu alevoso pie?

Inés.

Aquí empiezan sus engaños.

Moscatel.

El mismo vaya con él.

Don Alonso.

Peritísima Beatriz,
Beatriz, dulce enigma, en quien
vive de mas el hablar,
y demas el parecer.
Yo soy aquel, que dos años
viviente girasol fue
de la luz de tu beldad,
fragante al llegarte á ver,
cuanto mustio al ausentarte,
que entre el morir y el nacer
no hubo mas distancia que ántes,
si se vé, ó si no se vé.

Inés.

Atencion, señoras mias,
entre mentir ó querer,
¿cuál será lo verdadero,
si esto lo fingido es?

Don Alonso.

La causa hoy de tanto absurdo,
es haber hallado ayer
tu padre el criado mio,
que te traía un papel:
y viendo la obligacion
que tengo á quien soy, osé,

temeroso de tu riesgo,
ahora que ocasion hallé,
entrar hasta aquí.

Doña Beatriz.

Detente,
que yá me incumbe saber,
aunque mi riesgo derogue
la mas inviolable ley,
¿Qué papel, ó qué criado
aquese que dices fué?

Don Alonso.

El criado, este criado,
el papel, aquel papel
que abrió Leonor, siendo tuyo,
porque á ella se le dió Inés.

Inés.

Yo no se lo dí, que ella
me le quitó sin querer.

Doña Beatriz.

¿Tuyo era el criado?

Don Alonso.

Si

Doña Beatriz.

¿Y tuyo el papel?

Don Alonso.

Tambien.

Doña Beatriz.

¿Y para mi?

Don Alonso.

¿Pues qué dudas?

Doña Beatriz.

Antes no dudo, pues sé
que mi muerte y mi homicida
fuiste de mi paz, cruel
tirano, que introdugiste
escrúpulos en mi fé.

Vuelve, vuelve las espaldas
de piadoso, y de cortés,
que solicitas mi muerte,
si aquí mi hermana te vé,
porque hará verdades hoy
los fingimientos de ayer.

Inés.

¡Qué facilmente creyó
lo que él contó y yo afirmé!

Moscatel.

En fin, no hay cosa mas facil,
que engañar una muger.

Doña Beatriz.

Y no quieras mas victoria
de mi vanidad, que vér
que por tí lloran mis ojos,
que puede en efecto hacer
costar lágrimas á un hombre,
sin quererle una muger,
que no las lágrimas siempre
señas son de querer bien:
vete.

Don Alonso.

Mas lo deseo yo,
que estoy ya para perder
el juicio, buscando modos
para responder.

Doña Beatriz.

No dés
mas escándalo en mi casa,
que basta el primero ser,
que concupiscible oí. (1)
No tires mas, déjame,
que tienes traza, por Dios,

(1) *Tirála Inés de la manga.*

de dejarme muda.

Don Alonso.

En fé
diámetro al menos será
mi opuesto planeta, y quien
ausentándose, sabrá
obedeceros cortés:
pero en sabiendo mi amor.

Doña Beatriz.

Pues á Dios, que ya lo sé.

Don Alonso.

No se ha empezado muy mal.

Moscatel.

Ni se ha acababo muy bien,
que viene gente.

Inés.

¡ Ay Señora!
ir no le dejes.

Doña Beatriz.

¿ Por qué?

Inés.

Porque al paso estan hablando
Leonor, don Juan, y tambien
tu padre.

Moscatel.

El Padre es el diablo
de estos enemigos tres.

Doña Beatriz.

Mi climáterico dia
es hoy ¡ ay de mí! si os ven,
porque contra mi los cielos
(1) han sabido disponer,
evidencias que acrediten
culpas que no imaginé:
para el cuarto de mi padre
el paso esta cuadra es,
no podeis salir de aquí,

(1)

ni allá dentro entrar podeis;
y así, antes que aquí entren,
fuerza el esconderos es.

Don Alonso.

¿Es comedia de don Pedro
Calderon, donde ha de haber
por fuerza amante escondido,
ó rebozada muger?

Doña Beatriz.

Esto conviene á mi honor.

Don Alonso.

¿Yo me tengo de esconder?

Moscatel.

Inés, mala burla es esta.

Inés.

Y muy mala, Moscatel.

Doña Beatriz.

Esto he de deberos.

Don Alonso.

Cielos,
considerad, que no es bien
darme tan fino el pesar,
siendo tan falso el placer.

Doña Beatriz.

¿Qué esperais?

Don Alonso.

¿Qué he de esperar?
saber á donde ha de ser
donde tengo de esconderme.

Inés.

Donde estar mejor podeis,
es en aquella alacena
de vidrios.

Doña Beatriz.

Has dicho bien.

Don Alonso.

Lindo búcaro del duque

y de la Amaya seré:
¡ yo en alacena de vidrios !
Voto á Dios.

Doña Beatriz.

Preciso es.

Inés.

Entrad.

Don Alonso.

Sin un calzador,
no es posible.

Inés.

Entra tambien.

Moscatel.

¿Es alacena de dos
como mula de alquiler? (1)

ESCENA XVII.

Dichas y don Pedro, doña Leonor y don Juan.

Inés.

Mirad que quebrais los vidrios.

Don Pedro.

Ola, unas luces traed
á esta sala.

Don Juan.

Vive Dios,
que no sé lo que he de hacer,
si halla á don Alonso aquí
don Pedro; que yo bien sé
que no tiene el cuarto puerta
por donde salir: y en fé
de haberle empeñado yo,
y ser mi amigo tambien,
no sé, como llegue á verle
¿qué remedio puede haber?

(1) *Al entrar en la alacena se quiebran vidrios.*

Doña Leonor.

¡O nunca hubiera inventado
la venganza que busqué,
pués empezando de burlas,
tan de veras viene á ser!

Don Pedro.

Aquestas noches, don Juan,
¿á que hora os recogeis?

Don Juan.

Temprano; aquesto es decirme
que me vaya, y fuerza es;
en grande peligro dejo
á don Alonso, por ser
mi amigo; el estarme aquí,
no es posible, lo que haré,
será, estar siempre á la mira
de lo que ha de suceder;
queda á Dios.

Don Pedro.

A Dios: alumbra
al señor don Juan, Inés.

Don Juan.

No habeis de salir de aquí.

Don Pedro.

Yo sé bien lo que he de hacer. (1)

ESCENA XVIII.

Dichos menos don Juan.

Doña Leonor.

¿A donde Beatriz habrá,
pues yo no lo puedo ver,
á don Alonso escondido?

Doña Beatriz.

¿Qué tantos sustos me dé

(1) *Don Pedro é Inés le acompañan.*

un hombre que no conozco? (1)

Don Pedro.

Entra aquesa luz, Inés,
en mi cuarto.

Doña Leonor.

Ahora sin duda
dá en su aposento con él.

Don Pedro.

Entrad conmigo las dos,
que os tengo que hablar, ¿mas qué
es aquello? (2)

Inés.

El candelero
se me cayó.

Don Pedro.

¿Qué no estés,
nunca, Inés, en lo que haces?

Inés.

Si estoy, señor.

Doña Beatriz.

Oye, Inés,
pues mi padre se recoge
tan presto, ház al punto que
salgan de ahí aquesos hombres,
sin que lo llegue á entender
Leonor.

Inés.

No lo entenderá:
mas dime ¿cómo ha de ser?
que mi señor no bajó
con don Juan, por ser cortés
tanto, como por cerrar
las puertas.

---

(1) *Vuelven don Pedro é Inés.*
(2) *Deja caer Inés el candelero.*

Doña Beatriz.
Procura hacer
que salgan como pudieren.

ESCENA XIX.

Don Alonso, Moscatel è Inés.

Inés.
Yá por donde salgan sé:
mis aprensados señores,
bien despoblaros podeis.
Don Alonso.
Vive Dios, que si no fuera,
pícaro, por no sé qué,
que te matára.
Moscatel.
No pude
mas si los vidrios quebré,
que eran vidrios en efecto.
Inés.
Venid conmigo.
Don Alonso.
¡Ay Inés!
si fuera por tí el secreto,
fuera empleado mas bien.
Moscatel.
No fuera, sino muy mal.
¿Qué ahora de humor estés?
Don Alonso.
No puedo conmigo mas,
vamos, mas por no perder
ocasion, toma un abrazo.
Moscatel.
Cordero en brazo de Inés,
el hombre le vió mil veces;
pero sola aquesta vez,
es el abrazado el hombre
y el cordero el que lo vé.

Inés.

Salgamos presto de aquí.

Don Alonso.

¿ Quién dice que nó ?

Inés.

Que aunque
mi señor cerró las puertas,
bien salir los dos podreis:
arrojaos sin que os sientan
por este balcon; ea pues.

Don Alonso.

¿ Eso tenemos ahora,
Inés, balconear, despues
de una alacena ?

Inés.

Es forzoso.

Moscatel.

Y diga la tal Inés,
¿ es muy alto ?

Inés.

Del segundo
cuarto no mas, no aguardeis.

Don Alonso.

Mas que me quiebro una pierna:
hombres que enamorais, ved
si estos lances en quien ama
se dejan aborrecer,
en quién no ama, qué será ?
Mal haya quien quiere bien.

ACTO TERCERO.

Habitacion de doña Beatriz.

ESCENA PRIMERA.

Doña Beatriz é Inés.

Doña Beatriz.

¿Qué dices?

Inés,

Lo que ha pasado,
Porque del balcon habiendo...

Doña Beatriz.

¡Ay Dios! ¿cómo, Inés, ha sido?

Inés.

Los dos luzbeles caído
llegaron con mucho estruendo
unos hombres, pretendiendo
conocerlos; y despues
repararon, tanta es
de amo y mozo la destreza,
el uno con la cabeza,
lo que el otro con los pies.

Doña Beatriz.

¿Quién, Inés, te lo contó?

Inés.

Cuanto he referido yo,
relacion es de un criado
del galan de pie quebrado,
como cojo, que partió,
saltó del balcon.

Doña Beatriz.

Y dí,
quien le vulneró ó le ha herido?

Inés.

Eso no se ha sabido.

Doña Beatriz.

¿Doliente en fin, yace?

Inés.

Si;
pierna y cabeza llevó
quebradas, aunque ya está
mucho mejor.

Doña Beatriz.

¿Quedará
claudicante?

Inés.

Que sé yo
que es claudicante ¿que no
has de perder ese vicio?

Doña Beatriz.

¿Ay demencia? ¿ay tosca igual?
el claudicante no es
hombre de alternados pies,
con que ambula desigual.

Inés.

Ni sé lo que es, ni que no;
solo sé, de temor llena,
que ha estado herido.

Doña Beatriz.

Su pena,
¿ay de mi! padezco yo.
Un hombre en mi cuarto entró,
de mis ansias informado,
resuelto y determinado,
accion fue que me obligó,
al compas que me ofendió,
pues si ofensa el amor piensa,
ser la accion en mi defensa,
la construye obligacion:
luego compatibles son
la obligacion y la ofensa.
Vino mi padre, y aquí
trágica mi historia fuera,
si cortés no obedeciera

los preceptos que le dí:
por mi escondido, y por mi
precipitado y caído,
quedó de otra mano herido:
pues si iguales llego á ver
que sentir y agradecer,
¿cual será lo preferido?

Inés.

¿Pues qué pena es esta ahora?
¿que tienes que triste estás?

Doña Beatriz.

¿Qué quieres que tenga mas?

Inés.

No le gastes á la Aurora
las blancas perlas ahora,
que ha de hechar menos despues.

Doña Beatriz.

¡Ay Inés mia! ¡ay Inés!
si tú gúardarme quisieras
un secreto, tu supieras
mi tormento.

Inés.

Dile, pues:
que aunque siempre en mi lugar
San Secreto esclarecido,
dia de trabajo ha sido,
le quiero canonizar
y hacer fiesta de guardar.

Doña Beatriz.

Pues si eso ha de ser así,
yo he de fiarme de tí.
A este galán caballero
agradecer, Inés, quiero
lo que ha pasado por mí:
pero no quisiera que él
sepa, que lo siento yo,
porque ser piadosa hoy, no

es dejar de ser cruel:
á mi obligacion fiel,
y fiel á mi honor, que intente
saber de él, mi fé consiente,
no por él, sino por mí.

Inés.

Claro está que será así:
¡ay señores! que ya siente.

Doña Beatriz.

Quisiera que te llegaras,
como que de tí salia,
á visitarle, Inés mia,
y de su mal te informáras.

Inés.

¿Y qué mas?

Doña Beatriz.

Que le llevaras
una vanda, y le digeras,
que tú la ladrona eras
del favor.

Inés.

Está muy bien:
y haré este papel tan bien,
como tú misma le hicieras:
dame la vanda y verás
cual mi chinelita anda.

Doña Beatriz.

Yo voy, Inés, por la vanda;
pero mira que jamas
nada á Leonor le dirás.

ESCENA II.

Doña Leonor é Inés.

Inés.

Nada le diré á Leonor:
victoria por el amor.

Doña Leonor.

¿De qué es el contento Inés?

Inés.

Yo te lo diré despues;
pero primero es mejor,
que rebiento, te prometo,
porque en Dios y mi conciencia,
que hizo una diligencia
grande Beatriz de este afecto.

Doña Leonor.

¿Qué fué?

Inés.

Encargóme un secreto,
y fue haberme encomendado,
que le cuente de contado,
claro es, pues cuando no fuera
por decirlo, lo dijera
por habermelo encargado.
De Beatriz la fantasía
yá don Alonso rindió,
en tal lenguage la habló,
que á pesar de su porfia
conmigo una banda envia:
en fin, en fin ha de ser
muger cualquiera muger:
por la banda quiero ir,
y pues te lo he de decir
yo, tú no lo has de saber.

Doña Leonor.

Digo, que no lo sabré.

ESCENA III.

Doña Leonor y don Juan.

Don Juan.

Pues ya yo lo tengo oído,
ahora veo, que en amor
número ay, pues en rigor,
por no dejarte infeliz,

crece un afecto en Beatriz,
cuando ha faltado en Leonor.

Doña Leonor.

¿Pues en mi ha faltado? dí.

Don Juan.

En tí, Leonor, ha faltado,
que aunque he sufrido y callado
mis desdichas hasta aquí,
fué, porque pensè hoy de tí
que averiguarlas pudiera,
sin que á tí te lo dijera;
mas siendo fuerza sentirlas,
no muera yo sin decirlas,
ya que sin vengarlas muera.
Don Alonso por tu gusto
á hablar á Beatriz entró,
ni arguyo, ni pruebo yo
si fue justo, o no fue justo,
por escusar su disgusto,
á costa de su opinion,
se arrojó por un balcon,
y yo que en la calle estaba
á esperar en que paraba
su empeño, fue en ocasion
el bajar, que habian entrado
dos hombres en ella, y yo
me desvié, porque no
les diese el verme cuidado:
estando, pues, apartado,
las cuchilladas oí,
y á ellas al punto acudí,
y por presto que llegué,
ya los dos hombres no hallé,
y herido á mi amigo ví.
Mira si de mis recelos
puede haber causa mayor,
pues en su fingido amor,

ví mis verdaderos zelos.
Quien acuchilla, ¡ay de mí!
Leonor en tu calle ha sido,
y quien sale de tu casa,
bien dice, que en ella pasa
mi agravio por tí y por mí.
Disimular he querido,
como he dicho, hasta llegar,
¡ay Leonor! á averiguar
quien ese galan ha sido:
y viendo que no he podido,
y que son intentos vanos,
porque mis zelos villanos
no murmuren en mi mengua,
quiero que diga la lengua
lo que no han hecho las manos.
Quedate, ingrata, que no,
pues que ya me he declarado,
me has de ver desengañado.

Doña Leonor.

¿No tengo una hermana?

Don Juan.

No;
que si tú hermana tubieras,
de quien amores supieras:
no culparla procuráras
ni de burlas ni de veras;
y supuesto que has querido
fingirla un galan, infiero,
que ha tenerle verdadero,
no se le dieras fingido.

Doña Leonor.

¡Plegue al Cielo!..

Don Juan.

No te pido
satisfacciones, Leonor.

*

Doña Leonor.

Ni estas lo son, que es error,
cuando nunca te ha ofendido.

Don Juan.

Pues que tú la causa has sido,
deja que muera mi amor.

ESCENA IV.

Salon en casa de don Alonso: dicho y Moscatel.

Moscatel.

Señor, ¿qué tienes? ¿qué es eso?
¿en qué piensas? ¿en qué tratas?
¿en qué discurres? ¿en qué
imaginas? dí ¿en qué andas?
¿tú melancólico? ¿tú
divertido? ¿qué mudanza
es aquesta? ¿tan valida
ha sido una cuchillada
contigo? ¿tanto consigue
una herida? ¿tanto alcanza
un balcon, que han acabado
contigo no hablar de chanza?

Don Alonso.

¡Ay de mi! que no sé, no,
que és lo que siento en el alma,
que es bien y parece mal,
que es gusto y parece ansia.

Moscatel.

¿Tú, señor, no me dijiste,
que no era tan afectada,
como don Juan te habia dicho?

Don Alonso.

Es verdad.

Moscatel.

¿Tú no la alabas
de hermosa?

Don Alonso.

Si

Moscatel.

¿Tú no sientes,
que hombres en su calle haya
que acuchillen?

Don Alonso.

No lo niego,
pero tal tengo la causa.

Moscatel.

¿Luego son zelos?

Don Alonso.

No son,
que no se me diera nada
que hubiera hombres, como dieran
zelos, y no cuchilladas:
fuera de que si yo fui
á verla, fue por burlarla,
de don Juan apadrinado;
y fuera historia muy mala
haberme llevado á ser
el burlado yo.

Moscatel.

En la plaza
un toricantano un dia
entró á dar una lanzada,
de un su amigo apadrinado,
y airoso terció la capa,
galan requirió el sombrero,
y osado tomó la lanza;
veinte pasos del toril,
salió un toro, y cara á cara
hácia el caballo se vino,
aunque pareció anca á anca,
porque el caballo, y el toro,
murmurando á las espaldas,
se echaron dos melecinas
con el cuerpo, y con el asta:
cayó el caballero encima

del toro, sacó la espada
el tal padrino, y por dar
al toro una cuchillada,
á su ahijado se la dió;
y siendo de buena marca,
levantóse el caballero,
preguntando en vozes altas:
¿saben ustedes á quien
este hidalgo apadrinaba,
á mí, ó al toro? y ninguno
le supo dezir palabra.
Aplica ahora; apadrinado
de don Juan, fuiste á la casa
de Beatriz, la suerte erraste,
y nadie á saber alcanza
si era don Juan tu padrino,
ó de Beatriz.

Don Alonso.

Calla, calla,
¡qué mal aplicado cuento!

Moscatel.

Bien ó mal, á Dios doy gracias
de que ya no reñirás
mi amor, pues que ya en la danza
entras tambien.

Don Alonso.

Si es asi,
dime ¿yá que de esta dama
esté un hombre enamorado,
de qué servicio es guardarla?

Moscatel.

Eso no, que no se pierde
tan presto una mala maña. (1)

Don Alonso.

Mira quien llama á esa puerta.

(1) *Llaman dentro.*

Moscatel.

¿Quien es?

ESCENA V.

Dichos é Inés.

Inés.

¿Está tu amo en casa Moscatel?

Moscatel.

¡Cielos que miro!
¡Inés es esta! ¡Ay ingrata!
viven los cielos que vienes
á verle.

Inés.

¿Pues qué pensabas?
Quiero decir que es verdad,
porque lo que mas me agrada,
es dar zelos de poquito;
porque le importa á mi fama,
que don Alonso conozca,
que sé cumplir mi palabra.

Moscatel.

Bien honrado pundonor.

Inés.

Quita.

Moscatel.

No has de entrar.

Inés.

Aparta.

Don Alonso.

¿Quién habla contígo?

Moscatel.

Nadie.

Inés.

Mientes, que alguien es quien habla.

Don Alonso.

Y muy alguien: Inés mia,
una y mil veces me abraza.

Inés.

Mil veces te abrazo, y una,
por pagarte en otras tantas. (1)

Inés.

¡Ay!

Don Alonso.

¿Qué es eso?

Inés.

Dióme un golpe
la guarnicion de tu daga.

Don Alonso.

No dudo que tu venida
sea á darme vida y alma,
que aunque tú con Moscatel
me respondiste enojada,
en fin sabes que te quiero,
y no has de ser siempre ingrata.

Inés.

Nunca lo fui yo contigo,
que á la primera palabra
dije que á verte vendria.

Don Alonso.

Pícaro ¿pues tú me engañas?

Moscatel.

¿Yo, señor?

Don Alonso.

Viven los Cielos,
que he de matarte á patadas.

Moscatel.

Cumplióse el refran; mas no,
que mandarme baylar falta.

Inés.

En sabiendo á lo que vengo,
Moscatel se desengaña,
durerá los zelos un poco;

(1) *Pellízcala Moscatel.*

Moscatel.

Vive Dios que una picaña..·

Inés.

Pícaro, hablad con respeto,
mirad que soy vuestra ama.
A solas quisiera hablarte.

Moscatel.

¿A solas?

Don Alonso.

Salte allá, y guarda
esa puerta.

Moscatel.

¿Yo la puerta?
Viven los cielos.

Don Alonso.

¿Qué hablas?

Moscatel.

Que soy leal, y no tengo
de consentir tal infamia,
que por una picarona
esceso ninguno hagas,
y se aventure tu vida.

Don Alonso.

¿De cuando acá tanto guardas
mi salud? Salte allá fuera.

Moscatel.

No me saldré si me matas,
que esto conviene a tu vida.

Don Alonso.

Nunca te he visto con tanta
lealtad.

Moscatel.

Guardéla otras veces
para esta ocasion.

Don Alonso.
Ya basta. (1)

ESCENA VI.

Don Alonso é Inés.

Don Alonso.
Ya estás sola ; vuelve, Inés,
á abrazarme.
Inés.
Aunque culpada
me has hecho en venir á verte,
por la opinion de mi ama
ha sido, no porque vengo
como dije, por tu causa.
Don Alonso.
No sé qué quieres decirme.
Inés.
Dirélo en breves palabras.
Beatriz, habiendo sabido
como hubo unas cuchilladas
de donde herido saliste,
á la puerta de su casa,
de tu herida condolida,
de tu término obligada,
y de tu salud dudosa,
te envia toda esa banda.
Favor es suyo, aunque ella
me mandó que no llegáras
á saber que te la envia:
con esto á Dios:
Don Alonso.
Oye, aguarda:
¿Beatriz se acuerda de mí?
¿Beatriz siente mis desgracias?

---

(1) *Echale à empellones.*

¿Beatriz me envia favores?
Novedad se me hace estraña.

Inés.

Á mí no, porque en sabiendo
que era tu voluntad falsa,
supe que sería dichosa;
que por no acertar en nada,
mas con nosotras merece
quien finge, que no quien ama.

ESCENA VII.

Dichos y Moscatel.

Moscatel.

¡Qué mal descansa un zeloso!
¡Què mal un triste descansa!
Mis penas veré, que menos
es verlas que imaginarlas.

Don Alonso.

Inés bella, pues Beatriz
hoy de estremo a estremo pasa,
pase yo de estremo á estremo,
que aunque fineza no haga
de enamorado, de noble
la he de hacer; aquí te aguarda
á que la escriba un papel.

ESCENA VIII.

Moscatel é Inés.

Moscatel.

Él se entra en esotra cuadra;
descanse mi corazon.
Tigre fregatriz de Hircania,
vil cocodrilo de Egipto,
sierpe vil, leon de Albania,
¿tendrá mi lengua razones?
tendran mis labios palabras
para quejarse de tí?

Inés.

No.

Moscatel.

Pues si voces me faltan,
tengan mis manos licencia
de darte de bofetadas
siquiera.

Inés.

No quiera hacer
tu mano tal, que yá bastan
las burlas, que todo ha sido
por solo tomar venganza;
picon fue.

Moscatel.

Pues los picones,
si juegan, muden baraja,
ó truequen la suerte, dame
los brazos.

Inés.

De buena gana.

ESCENA IX.

Dichos y don Alonso.

Don Alonso.

¿Qué es esto?

Inés.

Esto es abrazar
en mi tierra.

Moscatel.

Ha sido tanta
la alegría de haber visto
que yá esa fiera se hablanda;
la curiosidad perdona,
si he escuchado cuando hablas,
que le dí á Inés este abrazo
en albricias de la banda.

Don Alonso.

Toma Inés, este papel,

que le has de dar á tu ama,
y para tí este diamante.

Inés.

Vivas edades mas largas,
que claro está, que es el Fenix
suegra mentira de Arabia.

ESCENA X.

Moscatel y don Alonso.

Moscatel.

Ea, hagamos, señor, cuentas,
que no he de quedar en casa.

Don Alonso.

¿Por qué, Moscatel?

Moscatel.

Porque
amo no quiero que ama,
y que no me acuda á mí
por acudir á su dama.

Don Alonso.

Bien el haberte sufrido
tantas locuras me pagas.

Moscatel.

Esto ha de ser.

ESCENA XI.

Dichos y don Juan.

Don Juan.

¿Qué ha de ser?

Don Alonso.

Irse quiere de mi casa.

Don Juan.

¿Porqué, Moscatel?

Moscatel.

Porque
ha hecho la mayor infamia,
la mayor ruindad, mayor
bajeza, mayor...

Don Juan.

Acaba,
¿qué ha sido?

Moscatel.

Hase enamorado,
mira si tengo harta causa.

Don Alonso.

En esta locura ha dado,
por haber visto con cuanta
fineza sirvo á Beatriz,
por vos.

Don Juan.

Al amor doy gracias,
que ese cuidado dió fin,
y han cesado ya mis ansias.

Don Alonso.

¿Pues cómo de aquese empeño
libre estais?

Don Juan.

Como se acaba
hoy mi amor.

Don Alonso.

¿Pues, y Leonor?

Don Juan.

Leonor de mi pecho falta,
que como amor es fortuna
sujeto vive á mudanzas.

Don Alonso.

Habeis de ir allá conmigo.

Don Juan.

Yo no he de verla ni hablarla
en mi vida.

Don Alonso.

Por Beatriz
he de volver á su casa,
y á su calle á hablarla, y verla
por la tarde y la mañana,

siendo yo el descalabrado,
y vos la cabeza sana,
¿y no ireis?

Don Juan.

No, porque herida
mas penetrante y tirana,
son mis zelos, porque son
mortal herida del alma.

Don Alonso.

Pues troquemos las heridas;
que yo primero tomára,
sea mortal, ó venial,
tener hoy descalabrada
el alma, que la cabeza:
y esto bien claro se saca
del efecto, pues si curan
en falso una herida, mata,
y á los zelosos dá vida
cualquier cura, aunque sea falsa.

Don Juan.

En fin, don Alonso, sea
con poca ó con mucha causa,
no he de volver á poneros
en la confusion pasada.

Don Alonso.

Ni por mí habeis de dejarlo,
que á mí no se me dá nada.

Don Juan.

Por mí lo dejo y por vos,
porque vuestra herida basta.

Don Alonso.

De una herida no escarmientan
caballos de buena casta.

Don Juan.

Yo no he de volver allá,
ni á su calle, ni á su casa.

Don Alonso.

Pues cuando por vos no sea,
por ver si á saber alcanza
quien me ha herido, he de volver.

Don Juan.

Cuando importe á vuestra fama,
desde acá fuera podemos
hacer diligencias varias.

Don Alonso.

Yo mas pretendo, don Juan,
buena opinion con las damas,
que con los hombres; y no
es bien que muger tan vana
como Beatriz, de mí piense!..

Don Juan.

Yo sabré desengañarla
de todo.

Don Alonso.

Don Juan, don Juan,
hablemos verdades claras,
yo he de ir a ver á Beatriz.

Moscatel.

Hablára para mañana;
¿y dirá que miento yo?

Don Juan.

¿Si eso os importa, qué os falta?
Id vos muy enhorabuena.

Don Alonso.

¿Cómo, sin que las espaldas
me guardeis vos y Leonor?

Don Juan.

Yo no he de volver á hablarla.

Don Alonso.

Esto habeis de hacer por mí;
que no es cosa tan estraña,
por hacer tercio á un amigo,
volver á hablar á una dama.

Don Juan.

Por vos, don Alonso, haré
lo que en mi vida pensaba.
Ahora bien, por vos iré;
mas mirad, antes que vaya,
qué hay alacena.

Don Alonso.

¿Qué importa?

Moscatel.

Que hay balconazo.

Don Alonso,

Que haya.

Moscatel.

Que hay cuchillada.

Don Alonso.

Ésó nó;
fuera de que si amor traza,
que por sola una mentira
me sucedan cosas tantas;
vengan ya, por ser verdades,
alacena, y cuchilladas.

ESCENA XII

Decoracion de calle.

Don diego y don Luis.

Don Diego.

Ya sabeis la voluntad
con que siempre os he servido.

Don Luis.

Conozco vuestra amistad,
y sé, don Diego, que ha sido
con fineza y con verdad.

Don Diego.

Pues no me tengais á esceso
una reprension.

Don Luis.

No haré.

Don Diego.

Aquel pasado suceso...

Don Luis.

¿Quereisme decir que fué
locura? Yo lo confieso,
porque haber á un hombre herido,
que conmigo no ha tenido
lances de competidor,
no trae disculpa mejor:
fuerza es remediarlo, pues
quien lleva ya en sus recelos
perdido el miedo á los zelos,
no se le tendrá despues.

Don Diego.

¿Y ahora, qué habeis de hacer
de lo que yá se trató,
pues es cierto, qué á saber
vuestros intentos llegó
don Pedro?

Don Luis.

¿Qué hay que temer?
Deshácese un casamiento,
siendo santo Sacramento,
despues que se efectuó,
¿y no lo desharé yo
sin efectuarle?

ESCENA XIII.

Dichos y don Pedro.

Don Pedro.

Atento
á este zelo que me abrasa,
á este que me yela ardor,
á lo que en mi agravio pasa,
y al respeto de mi honor,
salgo tan tarde de casa.
Á don Luis pretendo hablar,
que mejor es acabar

de una vez con mi rezelo,
que no esperar que un mozuelo,
que es fábula del lugar,
se me atreva: él viene aquí,
¡cuánto de verle me alegro,
galan y noble! Este sí.

Don Diego.

Vuestro suegro viene allí.

Don Luis.

Pues huyamos de mi suegro.

Don Pedro.

Señor don Luis, informado
de deudos vuestros he estado,
de que honrar habeis querido
mi casa, y agradecido,
como es justo, os he buscado,
para mostrar cuanto estoy
ufano de merecer...

Don Luis.

Señor don Pedro, yo soy
el que las dichas de ayer
tiene por disculpas hoy:
confieso que me atreví
á tanto empeño; y que fuí
venturoso en tanto empeño,
pues ser de estas honras dueño
por lo menos merecí.
Pero fuí tan desdichado
en estas dichas, señor,
que para tomar estado,
un nuevo empeño de honor
lo ha deshecho y lo ha estorvado.

Don Pedro.

¿De honor empeño ¡Ay de mí!
os retira de esto?

Don Luis.

Sí.

*

Don Pedro.

¿Pues cómo, en qué, ¡estoy mortal!
puede a Beatriz estar mal?

Don Luis.

Que no lo entendeis así;
que de vuestro enojo ha sido
el honor mal entendido;
vos de mis disculpas, no.

Don Pedro.

¿De qué suerte?

Don Luis.

Porque yo,
señor, habiendo sabido,
que su Magestad, que el cielo
guarde, por sol de esta esfera,
por planeta de este suelo,
con su católico celo
sale aquesta primavera;
y sabiendo como hacia
gente un señor, de quien fuí
deudo por ventura mia,
que me honrase, le pedí,
con alguna compañía.
Hámela dado, este ha sido
el empeño que he tenido
para no tomar estado;
que el que es marido, y soldado,
no es soldado, ó no es marido.
Si yo volviese, señor,
entonces con mas valor
me podeis hacer feliz,
porque hoy casar con Beatriz
no le está bien á mi honor.

ESCENA XIV.

Don Pedro.

¡Por qué hoy casar con Beatriz
no le está bien á mi honor!

¡Válgame el cielo! ¡Qué ha sido
lo que he visto, y lo que he oido!
Poco siento ¡ay infeliz!
pero afligirme es error;
si en aquel caso consiste
su honor, miente mi temor;
¿què en fin, cuánto piense un triste
siempre ha de ser lo peor?

ESCENA XV.

Habitacion de doña Beatriz.

Doña Beatriz é Inés.

Doña Beatriz.

¿Inés, cómo el papel tomaste?

Inés.

¿Cómo?
Todo cuanto me dán, señora, tomo.

Doña Beatriz

Sin duda le dirias,
que de mi parte ibas.

Inés.

Desconfias
de mí sin causa, porque yo he callado,
que era tuya la banda, y el recado
callé por tu respeto,
como suelo callar cualquier secreto.

Doña Beatriz.

Pues Inés ¿á qué efecto,
si es así, me has traido
papel?

Ines.

Vive el Señor, que me ha cojido,
mas yo me soltaré: que le trajera,
me dijo, y que si acaso hallar pudiera
ocasion, te le diese:
yo le tomé, porque de mí creyese
cuan de su parte estaba,
que puesto que una banda le llevaba

hurtada, que era tuya, bien creería
que un papel, que es mas facil, te traería.

Doña Beatriz.

Esa satisfaccion algo me agrada.

Inés.

Aquesto es dar satisfaccion honrada.
Leonor, señora, viene.

Doña Beatriz.

Pues que el papel me vea no conviene.

ESCENA XVI.

Dichas y doña Leonor.

Doña Leonor.

Bien pudiera yo ahora
decir con mayor causa ¿quien lo ignora?
¿qué idioma fué misivo el que en lineado
papel ocultas en tu manga hajado?

Doña Beatriz.

Y yo tambien pudiera
decir, que en vano preguntarlo fuera;
pues quien saber no quiere
lo que quiero decir, saber no espere
lo que callarle quiero.

ESCENA XVII.

Doña Leonor é Inés.

Doña Leonor.

Ines ¿que es esto?

Inés.

Por hablarte muero.

Doña Leonor.

Dime presto ¿qué ha sido
este papel?

Inés.

¡Qué poco te he debido!
¿no aguardáras, siquiera,
á que sin preguntar te lo digera?
que se me hace conciencia te prometo,

la pregunta llevar por un secreto.

ESCENA XVIII.

Dichas y doña Beatriz al paño.

Doña Beatriz.

Mal segura, escuchar desde aquí quiero,
lo que hablan.

Inés.

Fuí á verle, y lo primero
le dije, que Beatriz me lo mandaba.

Doña Leonor.

Bien hiciste.

Doña Beatriz.

Y yo mal, pues me fiaba
de quien con Leonor en chismes anda.

Inés.

Lo segundo, en su nombre dí la banda.

Doña Beatriz.

¡Ay infeliz, qué he oido!

Doña Leonor.

En esa cuadra hay ruido.

Inés.

Don Juan es el que ha entrado.

Doña Leonor.

¿Pues cómo, si de aquí se fué enojado,
diciendo que en su vida no me habia
de ver?

Inés.

¿Qué estés tan nueva todavia,
qué no sepas que cuando está un amante,
diciendo mas furioso y arrogante,
no he de volver á verte, ingrata bella,
es cuando muere por volver á vella?

Doña Beatriz.

Yá que á escuchar mis penas he empezado,
acabe de escucharlas mi cuidado.

ESCENA XIX.

Dichas, don Juan, don Alonso y Moscatel.

Don Juan.

Pensarás que me han traido
á verte, Leonor, y hablarte
mis zelos, porque los zelos,
perdona el civil lenguage,
son ordinarios de amor,
que así llevan como traen:
pues nó, Leonor, no he venido
para que me desengañes,
porque el desaire de amor
es hablar en él desaire.
Con otra ocasion he vuelto
á pisar estos umbrales,
porque nunca les faltó
ocasion á los pesares.
Don Alonso, á quien tú hiciste
de Beatriz fingido amante,
sucediéndole en tu casa
con desaire el primer lance,
tanto, que porque no piensen
de Beatriz las vanidades,
que el no volver aquí es
de escarmentado y cobarde;
me ha pedido que le traiga
á verla, ¿cómo negarle
puedo yo lo mismo á él,
que él no me negó á mí antes?

Doña Leonor.

En notable obligacion
le estais, forzoso es pagarle.

Don Juan.

El viene, Leonor, a esto,
y porque en aquesta parte

nunca piensen mis desdichas,
nunca sospechen mis males,
nunca imaginen mis penas,
que fué gana de buscarte,
en la calle me estaré,
en tanto que á Beatriz hable:
y de este escrúpulo leve,
y de esta materia fácil
desempeñe su opinion,
su crédito desengañe.
Don Alonso, entrad, y pues
ya el sol, helado cadaver,
agonizando entre sombras,
de la noche en brazos yace,
hablad á Beatriz, y ved
que aquí don Pedro no os halle.

Doña Leonor.

Aguarda, don Juan, espera.

Don Juan.

¿Qué quieres, Leonor, que aguarde?

Doña Leonor.

Desengaños.

Don Juan.

Son en vano.

Doña Leonor.

Disculpas.

Don Juan.

Serán en valde.

Doña Leonor.

Tras él iré: don Alonso,
luego vuelvo, perdonadme,
que don Juan está zeloso,
y es fuerza desengañarle.

ESCENA XX.

Don Alonso, doña Beatriz, Inés y Moscatel.

Don Alonso.

Mas que me voy sin hablar

á Beatriz

Moscatel.

No dirás antes,
mas que entramos en aprieto
al pasado semejante.

Don Alonso.

¿Inés, dime donde está,
para que en tanto la hable,
Beatriz?

Doña Beatriz.

Aquí está Beatriz,
escuchando los ultrajes
de una vil hermana, de un
falso amigo, de un infame
criado, una criada aleve,
y de un cauteloso amante:
¡qué entre Leonor, y don Juan,
Inés y Moscatel halle,
sino consuelo á mis penas,
disculpa á mis disparates!
Solo en esta parte intento,
solo quiero en esta parte,
como quejosa ofenderme,
como ofendida quejarme
del mayor de mis agravios,
y no el menor de mis males.
¿Tan pocas las partes son
de mi hacienda y de mi sangre?
¿Tan pocas de mi persona,
decirlo tengo, las partes
que hay, que si un hombre hubiera
que atrevido me mirase,
fuese con fingido amor?
¿Quererme á mí por burlarme?
¿Á mí por...?

Don Alonso.

Beatriz hermosa,

si de tus pesares sales
tan airosa como ahora,
por pagar finezas tales,
facil es el desengaño.

Doña Beatriz.

¿Cómo el desengaño es fácil,
cuando el quererme es por burla?

Don Alonso.

Si atiendes, con escucharme.
Tal vez por burla se atreve
uno al mar, sin que presuma,
viéndole jardin de espuma,
viéndole selva de nieve,
que hay peligro en él, y en breve
selva y jardin con horror
le anegan; y así es amor:
luego en placer y pesar,
si no hay burlas con el mar,
no hay burlas con el amor.
Tal vez por burla, ó ensayo,
polvorista artificial
hace un rayo material,
y forja contra sí el rayo,
cuando con mortal desmayo
muere á su violento ardor:
rayo es amor en rigor
contra su artífice, luego,
si no hay burlas con el fuego,
no hay burlas con el amor.
Tal vez desnuda un amigo
la espada para esgrimir
con otro, y le viene á herir,
como si fuera enemigo;
su destreza es su castigo,
y así usar de ella es error;
espada amor en rigor
es, luego desenvainada,

si no hay burlas con la espada,
no hay burlas con el amor.
Tal vez por burla, mirando
doméstica y mansa yá
una fiera, un hombre está
con ella, Beatriz, jugándo,
cuando mas la halaga blando,
volver suele á su furor:
fiera es amor en rigor;
luego si yá lisongera
no hay burlas con una fiera,
no hay burlas con el amor.
Por burla al mar me entregué,
por burla el rayo encendí,
con blanca espada esgrimí,
con braba fiera jugué,
y así en el mar me anegué,
del rayo sentí el ardor,
de acero y fiera el furor:
luego si saben matar
fiera, acero, rayo y mar,
no hay burlas con el amor.

Doña Beatriz.

Á ese argumento...

ESCENA XXI.

Dichos y doña Leonor

Doña Leonor.

¡Ay de mí!
huyendo salió á la calle
don Juan, y mientras le daba
voces, ví entrar á mi padre:
esconder me importa ahora...

Doña Beatriz.

No, Leonor, porque yá es tarde,...

Doña Leonor.

Á don Alonso.

Doña Beatriz.

Que hoy
ha de saber cuanto pase
mi aquí padre, y tus engaños
se han de saber.

Doña Leonor.

Cuando trates
tú decirlo, yo sabré
culparte á tí, y disculparme.
Y así, puesto que las dos
corremos el riesgo iguales,
iguales, Beatriz, busquemos
el remedio.

Doña Beatriz.

Por mostrarte
á proceder bien, lo haré,
que es fuerza estar de tu parte.

Moscatel.

Alacena, como Iglesia,
pido.

Don Alonso.

Eso no haré yo, que antes..

Inés.

Él entra yá.

Doña Beatriz.

Este aposento,
hoy de su vista te guarde.

Moscatel.

Y á mí me guarde tambien.

Don Alonso.

¡Qué pesados son los lances
de amor hijo de familias!

Moscatel.

Inés, avisa en la calle,
que ya estamos escondidos,

que haya quien nos descalabre. (1)

ESCENA XXII.

Dichos y don Pédro.

¿Tan tarde, y no han encendido?
Haz tú que unas luces saquen.

Inés.

Ya las tengo prevenidas.

Don Pedro.

¡En mi casa tal desaire!
¡A mis hijos tal afrenta!
Cielos piadosos, ó dadme
paciencia, ó dadme la muerte.

Doña Beatriz.

Señor, ¿qué tienes?

Doña Leonor.

¿Què traes?

Don Pedro.

Tengo honor, y traigo agravios;
aunque miento en esta parte,
que yo no soy quien los traigo,
ellos vienen á buscarme
dentro de mi misma casa.

Doña Leonor.

¡Ay de mí, todo lo sabe!

Doña Beatriz.

¿Pues no me diras, señor,
de que esos estremos nacen?

Don Pedro.

De tus locuras, Beatriz,
que ya es fuerza declararme,
viendo, que por tí se atreve
hoy un mozuelo arrogante
al honor de aquesta casa.

Doña Leonor.

Ya no hay cosa que no alcance.

---

(1) *Se esconden.*

Doña Beatriz.

¿Yo, señor?

Moscatel.

Malo vá esto.

Don Pedro.

Sí, pues por tí don Luis hace
desprecios de ella y de mí.

Doña Beatriz.

Convaleciendo vá el lance.

Doña Leonor.

Eso sí, cobre mi aliento.

ESCENA XXIII.

Dichos y don Juan.

Don Juan.

Un caso bien puede errarse
de una vez, pero de dos
la una, no le yerra nadie,
no he de esperar á que cierren
las puertas, y despues baje
por el balcon don Alonso;
remediarlo pienso antes:
Señor don Pedro, si en vos
hoy la amistad de mis padres
hereda la obligacion
de mi casa y de mi sangre.

Doña Leonor.

¿Qué es lo qué intenta don Juan?

Doña Beatriz.

Muerta estoy hasta escucharle.

Don Juan.

Os obliga en un aprieto
á valerme y ampararme:
de vuestra casa á las puertas
me ha sucedido un desaire
con tres hombres, y me importa
no volver solo á buscarles.

Muy bien sé que puedo á vos
atreverme y declararme,
porque sé que es vuestro pecho
el Etna, que dentro arde,
aunque cubierto de nieve.

Don Pedro.

No paseis mas adelante,
que ya sé que es ley precisa
de mi honor y de mi sangre
en esta edad, no dejar
á hombre que de mí se vale.
Vamos.

Don Juan.

En fin, sois quien sois.
En llevando yo á tu padre,
Leonor, echa á don Alonso.

Don Alonso.

Estos son los que matarme
quisieron, no me está bien
ir con ellos ni quedarme.

Don Pedro.

Esperad, que ya es de noche,
que de aquesta sala saque
un broquel, prenda olvidada
de mi mocedad.

Don Juan.

Sacadle
presto.

Doña Beatriz.

Él se ha empeñado mas,
por donde pensó librarse.

Don Pedro.

¿Quién está aquí de otro?

Don Alonso.

Un hombre.

Moscatel.

Dice bien, porque no es nadie

el otro que está con él.

Don Pedro.

Don Juan, pues que yo á ayudarte
iba contra tu enemigo,
obligacion es mas grade
el ayudarme tú á mí
cuando la causa es mas grave:
este hombre ofende mi honor,
y á mí me importa matarle.

Don Alonso.

Don Juan, de tan grande empeño
la obligacion tuya sabes;
mi vida y la de estas damas
es preciso que yo ampare. (1)

Doña Leonor.

¡Ay de mí!

Doña Beatriz.

Infelice soy.

Don Juan.

¿Quién vió empeño semejante?

Don Pedro.

¡Te suspendes?

Don Alonso.

¿Ahora dudas?

Don Pedro.

Mas soy bastante á vengarme
sin tí.

Don Juan.

Tente, don Alonso...
Tente, señor.

Don Pedro.

¿Pues tú pazes
pones?

Don Alonso.

¿Pues tú contra mí

(1) *Riñen, y don Juan se pone en medio.*

tan viles estremos haces?

ESCENA XXIV.

Dichos, don Luis y don Diego.

Don Luis, dentro.

Cuchilladas hay en casa
de don Pedro.

Don Diego.

Mas no aguardes,
entremos, don Luis.

Don Luis.

Teneos.

Don Pedro.

Gente viene.

Don Alonso.

¡Duro trance!

Don Luis.

¿Qué es esto?

Don Pedro.

Esto es, don Luis
satisfacer el ultrage
que te oí, pues si no está
bien á tu honor el casarte
con Beatriz, al mio está bien
satisfacer y vengarme.

Don Luis.

Ahí verás que no sin causa
traté yo de disculparme,
quizá, por haber tenido
algun empeño en la calle.

Don Alonso.

Sin duda, que tú me heriste.

Don Luis.

Es verdad.

Don Alonso.

Yo he de vengarme.

Don Juan.

Pues quiere el cielo que así
hoy mis zelos desengañen,
viva Leonor en mi pecho,
ya es forzoso que la guarde
contra ti.

Don Pedro.

Don Juan, don Juan,
en aquesta casa nadie
ha de defender mis hijas
sino es quien con ellas case.

Don Alonso.

Esa palabra te tomo.

Don Juan.

Pues el remedio es tan fácil,
yo soy de Leonor.

Don Alonso.

Y yo
de Beatriz.

Don Pedro.

Fuerza es que calle,
que ya sucedido el daño
nada puede remediarse.

Moscatel.

En fin, el hombre mas libre,
de las burlas de amor sale
herido, cojo y casado;
que es el mayor de los males.

Inés.

En fin, la muger mas loca,
mas vana, mas arrogante,
de las burlas del amor,
contra gusto suyo, sale
enamorada y rendida,
que es lo peor.

Moscatel.

Inés, dame

esa mano, si ha de ser,
no lo pensemos, y acaben
burlas de amor, que son veras.

Don Alonso.

No se burle con él nadie,
sino escarmentad en mí:
todos del amor se guarden,
y perdonad al poeta,
que humilde á esas plantas yace.

ADVERTENCIA.

Despues de impresa la primera comedia de esta Coleccion, los editores, deseosos de merecer mas y mas el aprecio del público, han tomado una fundicion de letra nueva, de la cual se han servido para la impresion de la segunda comedia, y se servirán para las sucesivas. Hubieran reimpreso aquella desde luego; pero como esto retrasaría la publicacion del cuaderno, les ha parecido mejor darlo en el estado que se halla, reimprimirla despues y entregarla gratis con una nueva portada; á cuyo fin avisarán por los papeles públicos para que los señores suscritores acudan á recogerla.

A instancia de algunos de ellos se han tirado ejemplares en papel fino, que se venderán á cinco reales por suscricion y á seis reales sueltos.

BINDING SECT. APR 10 1989

462236

«Comedias». Vol. 25.

LS.C
C7324

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED